



UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO  
PROGRAMA DE MAESTRÍA Y DOCTORADO EN PSICOLOGÍA  
FACULTAD DE ESTUDIOS SUPERIORES IZTACALA  
RESIDENCIA EN TERAPIA FAMILIAR

LA RESIGNIFICACIÓN DE LA EXPERIENCIA PROBLEMÁTICA EN LA  
TERAPIA FAMILIAR SISTÉMICA: UN ACERCAMIENTO CIBER-SEMIÓTICO

T E S I S

QUE PARA OPTAR POR EL GRADO DE  
MAESTRO EN PSICOLOGÍA

P R E S E N T A

GUSTAVO MILLÁN AGUILAR

DR. RICARDO SÁNCHEZ MEDINA  
FES IZTACALA

MTRA. CARMEN SUSANA GONZÁLEZ MONTOYA, FES IZTACALA  
MTRA. ELOISA GUADALUPE FUENTES MAYÉN, UAM XOCHIMILCO  
DR. ALEXIS IBARRA MARTÍNEZ, FES IZTACALA  
MTRA. OFELIA DESATNIK MIECHIMSKY, FES IZTACALA

Los Reyes Iztacala, Tlalnepantla, Estado de México

Enero, 2021



Universidad Nacional  
Autónoma de México



**UNAM – Dirección General de Bibliotecas**  
**Tesis Digitales**  
**Restricciones de uso**

**DERECHOS RESERVADOS ©**  
**PROHIBIDA SU REPRODUCCIÓN TOTAL O PARCIAL**

Todo el material contenido en esta tesis esta protegido por la Ley Federal del Derecho de Autor (LFDA) de los Estados Unidos Mexicanos (México).

El uso de imágenes, fragmentos de videos, y demás material que sea objeto de protección de los derechos de autor, será exclusivamente para fines educativos e informativos y deberá citar la fuente donde la obtuvo mencionando el autor o autores. Cualquier uso distinto como el lucro, reproducción, edición o modificación, será perseguido y sancionado por el respectivo titular de los Derechos de Autor.

A Francisco y Alma.  
Porque sin ellos, nada de esto sería posible.

Nunca se ha hablado tanto de la  
comunicación como en una sociedad que no  
sabe comunicarse con ella misma.

-Lucien Sfez-

## Agradecimientos

Hubo una ocasión, muy entrada la noche, que conocí la frase que más ha marcado mi vida al menos desde hace un lustro: *Hay más tiempo que vida*. No es una frase cotidiana y sólo ella pudo haberse engendrado en una conversación de aquellas que la vida pocas veces concede y que, entre café, risas, canto y reflexiones, suele depositarse muy adentro del alma que ha sido tocada por una revelación. Por supuesto, dicha revelación no es fortuita, se trata más bien del poder que una buena plática tiene, cuando dos personas descubren que se han entendido a pesar de la vasta distancia de sus experiencias.

Así que esta tesis, puesto que es su nombre oficial, es, de manera encubierta, la síntesis de la mayoría de los aprendizajes que he adquirido a lo largo de mi crecimiento y formación. Es, por extensión, un agradecimiento que historia la línea de pensamiento de todos aquellos que, estando en mis mejores momentos, así como en los peores, me han otorgado un poco de su tiempo, compartiéndome enseñanzas -aun cuando esa no fuera la intención-, escuchándome, dándome palabras de aliento y recordándome que la tarea más difícil de todas, a la vez que la más placentera, es aprender a *con-vivir*.

De todas ellas, merecen una mención necesaria dos grandes personas que me han permitido descubrir y re-descubrir que *hay más tiempo que vida*. La primera, mi mejor amiga, colega y conciencia: **Eloisa Fuentes Mayén**, porque todas las conversaciones y momentos con ella siempre dejan huella y reflexiones que quizá, de otro modo no habría podido alcanzar. De cierta forma, es mi maestra de vida, sus frases y observaciones siempre me impulsan a considerar nuevas perspectivas y la presente tesis debe su contenido e importancia a lo que mejor sabe hacer: dialogar. La otra, a quien considero que depositó en mí la semilla del interés en el discurso y las ganas y fuerza de convertirme en terapeuta: **Lidia Beltrán Ruíz**. Su sed de conocimiento y

constancia de su trabajo resultan ser el mejor impulso para continuar por esta veta inexplorada. Creo que su vida la ha llevado por caminos que le han enseñado que *las soluciones casi nunca están conectadas con los problemas*, que la forma en la que hablamos revela mucho más de nosotros mismos que de aquello que señalamos y sea justo mencionar que es la prueba viviente de que el lenguaje construye mundo.

Otros agradecimientos se los debo a **Jessica Reyes Mancera y Jessica León Ortiz**, quienes desde hace varios años me han ofrecido un espacio en su vida para compartirla y crecer juntos; a **Gizel, Sandra, Benazir, Montse, Anaid, Rosario, Monserrat y Mónica**, porque cada momento con ellas me convengo que la vida es digna de vivirse, porque al estar con ellas he descubierto que el cariño y el apoyo se expresa de diferentes formas. A mi tutor **Ricardo Sánchez Medina**, a **La Residencia en Terapia Familiar del Posgrado de Psicología y al Consejo Nacional de Ciencia y Tecnología**, porque sin su apoyo, este gran proyecto académico y personal no hubiera podido realizarse y verse culminado.

Finalmente, y no menos importante, a mi familia, mi madre **Alma**, mi padre **Francisco** y mi hermana **Angélica**, porque ellos me han visto crecer, caer, levantarme y transformarme en el proceso, porque de muchas formas, mi vida siempre estará atada a ellos. Y, recientemente, a mi pareja, **Alejandro**, porque todo lo teórico que hay en esta tesis, se ve forzado a ponerse en práctica a su lado, descubriendo en el proceso que, efectivamente, vale la pena reflexionar sobre lo que implica aprender a *con-vivir*.

Y porque todos ellos son la expresión máxima del verso de Bécquer:

*Mientras sintamos que se alegra el alma, sin que los labios rían;  
Mientras se llore sin que el llanto acuda a nublar la pupila;  
Mientras el corazón y la cabeza batallando prosigan;  
Mientras haya esperanzas y recuerdos, ¡habrá poesía!*

## Índice

<b>Introducción</b>	<b>7</b>
La historia nada simple de la terapia familiar	<b>14</b>
Cibernética dialógica o la síntesis teórica	<b>22</b>
La estructura de la tesis	<b>28</b>
<b>Capítulo 1. La cibernética batesoniana: una propuesta comunicativa-epistemológica</b>	<b>31</b>
La comunicación humana: del telégrafo a la orquesta	<b>33</b>
La epistemología cibernética	<b>40</b>
De los procesos de distinción y puntuación: la ética comunicativa	<b>55</b>
De la doble descripción: el sustento colectivo	<b>72</b>
Los límites de la cibernética batesoniana	<b>84</b>
<b>Capítulo 2. El pragmaticismo: la significación en la cibernética</b>	<b>87</b>
De los sistemas lingüísticos a los sistemas semióticos	<b>95</b>
El concepto de función en los sistemas semióticos	<b>103</b>
Las condiciones formales del signo peirciano	<b>113</b>
El estatus de la información en la propuesta semiótica peirciana: sentido, significado, significación	<b>124</b>
De la creencia, el hábito, la duda y sus efectos: la postura pragmaticista	<b>130</b>
La ciber-semiótica: del pensamiento a la mente	<b>138</b>
<b>Capítulo 3. La estética y la retórica en la cibernética-dialógica</b>	<b>141</b>
El diálogo argumentado de la retórica: del oprobio a la su práctica legítima	<b>150</b>
El diálogo sensible: la experienciación como fuente de toda comunicación dialógica	<b>161</b>
<b>Capítulo 4. Propuesta metodológica</b>	<b>175</b>
Planteamiento del problema	<b>175</b>
Método	<b>179</b>
Procedimiento	<b>182</b>

<b>Capítulo 5. Resultados</b>	<b>185</b>
<b>Capítulo 6. Conclusión y discusión</b>	<b>234</b>
<b>Referencias</b>	<b>240</b>
<b>Apéndices</b>	
A. Tabla de aspectos logonómicos	<b>251</b>
B. Tablas de análisis de palabra hablada	<b>252</b>
C. Códigos Jeffersonianos	<b>255</b>

Hace un par de años que comenzó mi estudio sobre la interacción humana. De hecho, es este uno de los objetos de estudio de la psicología en general que rara vez es reconocido como tal sino es acotándolo a la psicología social o bien, a las intersecciones entre ésta y otras disciplinas como la sociología o la antropología (Fernández, 2019). Sin embargo, si se ha reconocido el interés de estudio de la interacción humana, sea por su valor teórico o práctico, sólo se ha hecho parcialmente puesto que, al menos desde el plano de la psicología, ésta se ha enfocado desde una visión que ha ponderado conceptos como el de “mente”, “cerebro”, “self” o “individualidad”; la interacción humana fue despojada de una de sus características fundamentales que es la *inter-acción* o mejor dicho, aquello que resulta del contacto entre dos “mentes”, individuos, etc., pero que no es reconocible como su simple suma, sino que siempre es cualitativamente distinto a lo que una persona pueda hacer o decir individualmente. Y en realidad, casi todo fenómeno, si no es que todos y cada uno de los fenómenos sociales son resultado de la *inter-acción*: entre personas, entre sujeto y su ambiente, entre células de grupos como los salones de una escuela, entre grupos aún más grandes que comparten características comunes como los estados de un país e incluso como ocurre entre naciones.

Pero, estudiar esta interacción al nivel de complejidad que sea es, indiscutiblemente, difícil. Al menos como terapeuta sistémico puedo afirmar que así es; en terapia lo que existe no es sólo una voz que habla ni un oído que escucha, no hay pasos ni estructuras fijas a seguir donde el “paciente” hable primero una media hora y el “terapeuta” regrese una opinión de lo escuchado para terminar la sesión; en realidad, esta descripción correspondería más a una visión tradicional de la práctica clínica. Lo que hay en una sesión sistémica es un continuo preguntar y escuchar: pregunta quien está interesado y escucha quien busca una respuesta y, para quienes practicamos la



---

psicoterapia, es reconocible que no sólo el terapeuta pregunta y no sólo el consultante escucha; ambos se encuentran expectantes del acontecimiento, ambos tienen duda de lo que puede suceder ahí y de lo que se hablará. Lo que resulta de ello es la comprensión del acontecimiento.

Estas fueron algunas reflexiones que lentamente me hice en la supervisión de la Residencia en Terapia Familiar en la Facultad de Estudios Superiores Iztacala. Tras un espejo unidireccional, muy al estilo de las primeras investigaciones sobre familias (Hoffman, 1981), y de la cual la concepción sistémica ha sido heredera; observamos cómo terapeuta y consultante trabajan conjuntamente para resolver el conflicto o problema que llevó a este último a solicitar el servicio. Las sesiones duraban alrededor de una hora y el máximo de sesiones, en promedio, era de 10; en general los casos eran exitosos, podíamos dar de alta rápida o lentamente, pero también quedaba la duda, al menos en mí, de cómo había sido que un problema que había saturado la vida del consultante incluso hasta por años, se resolviera tan fácilmente, en concreto: ¿Qué había sucedido en terapia para que un problema fuera resuelto exitosamente?

Esta pregunta no es infrecuente, su respuesta sí que lo es. Con el pasar de los años y el desarrollo de la terapia sistémica, sus fundadores y discípulos han generado un vasto conocimiento sobre los problemas humanos y cómo resolverlos, se ha hecho crítica epistemológica y sobre el papel del terapeuta, por ello se han creado nuevos enfoques sobre cómo dar terapia y lo que hay que ponderar al hacerla. Pero responder cómo se logra esto, está más allá de las técnicas y la posición terapéutica, es más complejo. En parte porque la respuesta se encuentra en un cúmulo de conocimientos totalmente distintos que fueron incubándose, desde la antigüedad, y eclosionaron hacia la década de los 60's en forma de un profundo criticismo hacia la modernidad, y en parte por la "guerra" que esto provocó; es decir, el rechazo de la modernidad, sus metáforas y herramientas, sus conceptos y teorías por parte de la postmodernidad que



negó, por decirlo de una manera, el acceso de los terapeutas a estas herramientas o si lo tenían, sólo era por medio de las nuevas formas de dar terapia en consonancia con el *Zeitgeist*. <sup>1</sup>Todavía hoy existe aquel viejo dilema ¿es posible que, al menos en terapia, los sistémicos y los postmodernos se reconcilien?

Pero ese no es el asunto de esta tesis, aunque tenga que ver, el asunto es que con los conocimientos y teorías que la postmodernidad nos ofrece, estamos en condiciones de evaluar e investigar lo que sucede en terapia más allá de las técnicas y de la teoría que las orienta. Es posible desmenuzar la manera en que consultante(s) y terapeuta(s), construyen la terapia -para hacer eco de una visión interaccional- y por cuáles medios, para establecer y puntualizar aquello que muchas veces denominamos intuición y para evaluar incluso los prejuicios y la cultura a la cual pertenecemos. Lo que podemos evaluar, entonces, no compete al terapeuta en el momento de la terapia, sino más bien, al investigador sobre la terapia: el terapeuta rara vez se da cuenta de todo lo que sucede en la conversación terapéutica, es por medio de videos, registros e incluso la mirada de otros, que puede evaluar su desarrollo.

Sin embargo, la presente evaluación es distinta pues parto de la idea de que en la terapia lo que hay es un discurso dialógico, esto es que la terapia en conjunto es un texto que puede ser interpretado y que de hecho lo es todo el tiempo. Por consiguiente, las intervenciones no sólo son técnicas que se aplican invariablemente, sino que son el resultado de un conocimiento comunicativo, sabemos cómo comunicar. Pero, para acercarse a ese conocimiento y evaluarlo no sólo hace falta responder ontológica o epistemológicamente lo que hay en el mundo y lo que puede ser conocido, también hay que seleccionar y/o desarrollar la forma en que hemos de hacerlo. Por ello, el evento

---

<sup>1</sup> Traducido como “espíritu de la época” que coloquialmente es entendido como la serie de características que define y determina *grosso modo* la idiosincrasia de la época. En ese sentido, me refiero a que cuando los terapeutas familiares sistémicos tuvieron acceso a los conceptos y teorías postmodernos surgió un desplazamiento de las teorías modernas a las posmodernas e implícitamente, dicho movimiento parecía negar las aportaciones de la modernidad al ámbito de la Terapia Familiar Sistémica.

comunicativo está constituido por una mirada semiótica que apunta a establecer los criterios formales y los procesos por los cuales el conocimiento de lo que es la vida, los problemas y sus significados son validados; está constituido, desde una mirada microanalítica, por la forma en que la retórica y la estética son puestos en juego para ejecutar nuestro conocimiento en acciones concretas con efectos particulares y que, además, estas acciones son producto de una interacción constante que empata más con la noción de diálogo y recursividad que con una idea moderna de la individualidad.

Por medio del diálogo, el terapeuta no sólo resignifica, comprende e interpreta, sino que también, puede justificar sus intervenciones y generar teoría, de cierta forma, negar el estudio del diálogo terapéutico en nuestros tiempos resulta totalmente anacrónico. Sin embargo, para hacerlo, hemos de ser críticos respecto a los modos en que los terapeutas hemos entendido la terapia y los problemas humanos, y le pido al lector que considere la siguiente situación:

Una pareja de jóvenes teniendo una cita romántica se torna abruptamente en un caos indescriptible. El hombre ha recibido un mensaje, suena su celular -el tan acostumbrado sonido que hacen los mensajes de WhatsApp o de Messenger- la mujer le pregunta dudosa y un poco aireada - ¿quién es? - y responde el hombre -nadie, sólo un amigo del trabajo pero le contestaré más al rato-, -deberías contestarle-, -tal vez, pero ahorita estoy contigo-, -¿o será que es una de tus amiguitas?-, -¡Ya vas a empezar de nuevo!-.

Ésta, a pesar de ser una situación inventada resulta común y podríamos pensar en el subsecuente diálogo entre la pareja que sería algo semejante a lo siguiente: - ¿o lo vas a negar? - dice retadoramente la mujer, -sí, lo niego, no es ninguna de mis amiguitas como dices tú-, -claro que lo es-, -sabes qué, olvídalo! -. En este punto sería muy fácil considerar soslayada la situación, sin embargo, la experiencia indica que pocas veces acaba ahí un problema de este estilo y podemos llegar a inferir que dicha situación

podría prolongarse en el tiempo, sea en el mismo acto, o bien, en otros momentos, con otras personas y en otras situaciones.

¿Cómo podemos explicarnos lo anterior? En general, los psicoterapeutas hemos utilizado, históricamente, lo que Gergen (1991) define como formas metafóricas de entender la conducta y pensamiento humanos, descripciones que suelen estar ancladas a un contexto específico, no simplemente físico, sino también político, social, cultural y temporal. Dichas metáforas son el resultado de la reflexión teórica, ontológica y epistemológica de nuestra disciplina y en buena medida revelan la manera en que organizamos nuestros mundos de experiencia. Al decir que tales formas metafóricas se anclan a su contexto hago eco de los supuestos hermenéuticos de Beuchot (2002), quien en su libro *Perfiles esenciales de la hermenéutica* sostiene que:

La hermenéutica es la disciplina de la interpretación, trata de comprender textos, lo cual es-dicho de manera muy amplia-colocarlos en sus contextos respectivos. Con eso el intérprete los entiende, los comprende, frente a sus autores, sus contenidos y sus destinatarios, estos últimos tanto originales como efectivos. (pp.9)

De esta forma advierto al lector que no podemos evaluar la coherencia de nuestras explicaciones y ni siquiera hacer valer su aplicabilidad, sino es entendiéndolo desde su contexto de origen. Hasta antes de los años sesenta, cuando la psicoterapia y más específicamente la Terapia Familiar Sistémica (TFS) ya había sedimentado numerosos presupuestos y técnicas, la metáfora más utilizada por los científicos sociales y naturales era la del mundo mecánico. Todo fenómeno para ser explicado debía ser observado con la mirada del relojero que desentraña con una lente de aumento, el mecanismo que lo sostiene; señalando sus componentes, evaluando su



posición y pertinencia y experimentando con ellos, ¿qué pasaría si en lugar de un perno pusiéramos un tornillo? La metáfora de la modernidad se fincaba, gracias al positivismo heredado del siglo XIX y los logros del método empírico en las ciencias naturales como la física o la química, en la idea del sistema de engranajes.

Esta metáfora se volcó en las ciencias sociales y baste recurrir a las explicaciones psicoanalíticas freudianas para encontrar sus rastros: tensión, represión, energía, pulsión, etc., fueron algunos de los conceptos físicos que se tradujeron para la explicación del comportamiento humano (Gergen, 1991). La metáfora de la máquina hallaba su lógica en una linealidad causa-efecto y del proyecto del hombre/mujer que se vale por sí mismo, que se desentendía de la fragilidad temporal de los hechos sociales y de su imposible reversibilidad. De esta forma, las explicaciones “generales” sobre la escena antes descrita podrían haber quedado así:

- 1) Ella ha desarrollado una neurosis histérica debido a un trauma reprimido de su infancia, probablemente con su padre quien no le dio suficiente cariño, por ello busca una pareja con la cual superar dicho conflicto; él nunca supero su complejo de Edipo por lo cual no logró identificarse con su padre y aprender cómo ser hombre, por ello a pesar de molestarle las acciones de su novia la necesita, puesto que necesita una segunda madre que le ofrezca el cariño primigenio.
- 2) El problema tiene su origen en un ambiente que propició la primera interacción problemática, ésta fue reforzándose mientras el ambiente más lo permitía hasta hallar un condicionamiento suficiente para hacerlo notar como problema.

Una de las mayores dificultades que subyacen a la metáfora mecanicista, independiente de la explicación a la cual se recurra, es que ambas necesitan de la idea

de causa-efecto para ser entendidas. La primera, con un corte más psicoanalista, ubica el inicio de los problemas en los recuerdos reprimidos del pasado que buscan salir y que de hecho se expresan en los comportamientos de las personas, con ello el problema adquiere un matiz ambiguo, no queda claro si su puntuación es en el individuo y sus relaciones o bien en la interacción entre individuos. Sólo el entendimiento del pasado permite explicar lo que ocurre en el presente y este proceso puede llegar a durar años convirtiendo la vida del paciente en una red de problemas y dificultades que sólo el especialista puede interpretar y devolver al paciente para que éste, en un *insight*, los pueda elaborar.

En cuanto a la segunda, de corte más conductista, el problema se reduce a la covariación ambiental; los pensamientos, el lenguaje, la cultura e incluso la historia dejan de ser relevantes para ubicarse en el espacio y tiempo de una conducta determinada; modificar la secuencia que sostiene estas conductas asociadas y/o reforzadas es el objetivo de la terapia conductista, un simple esquema A luego B.

Ambas posiciones teóricas, aunque reducciones absurdas de su amplia historia, desarrollo y reformulaciones, ejemplifican la lógica de una secuencia lineal donde el pasado (A) determina el presente (B) y por tanto el futuro (C); su centralidad recae en la búsqueda del origen del comportamiento humano, eufemismo de la idea platónica de la esencia de las cosas, que llevada al absurdo complica las explicaciones de la actividad humana. Veamos, si A luego B y por tanto C, y B puede llegar a convertirse en un A que determina otro B y otro C, entonces tenemos que aceptar que el primer A debió de haber tenido un pasado que lo determinase que a su vez habría tenido otro pasado que lo determinara.

Para ejemplificar mejor esta posición, si decimos que la chica es celosa o neurótica o cualquier otra categoría de enfermedad mental o similar, surge la pregunta inmediata de ¿por qué es así? Por ello recurrimos al pasado para averiguar el porqué de

su presente, y al averiguar su pasado encontramos que sus padres fueron un modelo a seguir, hasta ahí nuestra pregunta se resuelve parcialmente pues no sólo no hemos llegado al origen primero de su condición psicológica, sino que hemos abierto un camino más complejo ¿por qué su padre es así? ¿por qué su madre es así? Piense el lector entonces este problema en términos exponenciales. ¡Realmente se complica la búsqueda del origen de la condición psicológica individual!

Sin embargo, a la par de la existencia de este marco de la búsqueda por el origen, de las atribuciones individuales, del proyecto histórico del hombre/mujer autosuficiente, de la experimentación como condición científica, la comprobación como pre-supuesto de la verdad, etc., emergía un marco distinto que intentaba responder no a los porqués de los fenómenos a través de la reducción a sus partes sino, más bien, del cómo y para qué de los fenómenos a través de sus relaciones con la totalidad. Es decir, lo importante no recaía en la comprobación ni experimentación lineal, sino en la comprensión circular del fenómeno. Comenzaba a surgir el paradigma sistémico.

### **La historia nada simple de la Terapia Familiar**

El recorrido histórico de la palabra *sistémico* es un buen comienzo para familiarizarse con sus implicaciones discursivas; es decir, con la manera en que su historia determina la forma en que será utilizada para construir un mundo determinado y sus relaciones de existencia, para limitar su desarrollo o bien, para potenciarlo. Así pues, valga la pena recordar que la mayor parte de los términos -si no es que todos- tienen la característica de ser polisémicos o, dicho de otro modo, poseen varios sentidos según en qué contexto sea utilizada. Por ello, la palabra sistémico no se escapa de esta convención y resulta más que interesante observar ciertas discrepancias entre quienes

utilizamos el término en la práctica psicoterapéutica y los que utilizan el término en otras disciplinas, por ejemplo, en matemáticas, física, lingüística, incluso semiótica.

Para quienes practicamos la psicoterapia sistémica, el término siempre nos remite a algunos autores fundamentales: Gregory Bateson, Paul Watzlawick, John Weakland, Jay Haley, Milton Erickson, Bradford Keeney, Virginia Satir, Mara Selvini-Palazzoli, Juliana Prata, Luigi Boscolo, Gianfranco Cecchin, Steve de Shazer, Insoo Kim Berg, por nombrar algunos. Sin embargo, parece ser que, en terapia, lo sistémico hace alusión a dos corrientes distintas de pensamiento, por un lado, la centrada en los aspectos más cibernéticos y/o comunicacionales y, por otro, la centrada en la tradición clínica-psiquiátrica (Hoffman, 1981). No obstante, he de aclarar que esta diferenciación se trata de matices y no de un cisma contundente puesto que en la práctica los autores se retroalimentaron mutuamente como puede encontrarse en las diversas ideas trigeneracionales, triangulaciones y la concepción de sistema, de autores como Jay Haley, Murray Bowen, y/o Salvador Minuchin.

Empero, para quienes no pertenecen a la psicoterapia y observan desde fuera las ideas sistémicas, llama la atención que la tradición psicoterapéutica pasa de largo en los registros sobre la evolución del concepto, priorizando o bien, las nociones cibernéticas de Norbert Wiener, Ross Ashby y Julian Bigelow, o las aportaciones sobre la Teoría General de Sistemas de Ludwig Von Bertalanffy; dejando de lado la arista fundamental para la construcción de un paradigma psicológico, a saber, las aportaciones antropológicas de Gregory Bateson y las reflexiones comunicativas aportadas por el proyecto Bateson y el Mental Research Institute en Palo Alto, California (Figuroa, 2013).

Una revisión superficial y no exhaustiva nos brinda la señal de esta situación; en el libro Teoría de sistemas. Orígenes y aplicaciones en ciencias sociales de Robert Lilienfeld (2004), el repaso teórico se centra casi exclusivamente en las aportaciones de

las ciencias duras y en lo tocante a la cibernética pasa desapercibido casi por completo las aportaciones de Gregory Bateson. Por otro lado, otros autores como Matterlart y Matterlart (1997), y Copley (2004), que se han centrado en la historia de los modelos de comunicación y del estudio de los signos (semiótica) respectivamente, le han dedicado un espacio, por muy pequeño que sea, a la cibernética, y llama la atención este hecho, puesto que la propuesta cibernética si bien se considera una teoría de la comunicación, poco habla sobre los signos y su función y más bien se cristaliza en el libro de Teoría de la comunicación humana (Watzlawick, Bavelas & Jackson, 1991), al identificar los axiomas que rigen todo intercambio comunicativo. Sea como fuere, en ninguno de los espacios revisados dedicados fuera de la terapia se ha hecho justicia sobre el importante desarrollo de la cibernética batesoniana y, al contrario, parece que, si se le han dedicado apartados sustanciales, éstos se han enfocado en romper los vínculos entre las diferentes tendencias, profesiones y perspectivas que conforman el paradigma sistémico.

Ahora bien, esta situación ha valido a la teoría sistémica, vista con los ojos de la psicoterapia, como una metáfora útil en el entendimiento de los problemas humanos, sin embargo, quisiera hacer una aclaración, puesto que se ha dicho que el sistémico es una confluencia de formas de mirar el mundo unidas por la idea de la totalidad, la complejidad, la interrelación y palabras similares. Estoy convencido que al menos en el campo de la terapia está mayormente influida por la visión batesoniana y se ha alejado de cierta forma de las consideraciones mecánicas, matemáticas y físicas. Me atrevo a decir que más que una terapia familiar sistémica es una terapia familiar cibernética.

Minuchin, en su modelo general de cuatro pasos (Minuchin, Nichols & Lee, 2011), explica la manera en que la TFS, comenzó a teorizar partiendo de la idea de que toda problemática dependía y se sostenía por y para una interacción determinada, que estas problemáticas estaban ligadas comúnmente a conflictos familiares y que esta

familia debía ser vista como una unidad trascendente de sus miembros. Con ello, la TFS dio un giro de 180 grados (al estilo del MRI) para dejar de perseguir explicaciones atomistas, internas, e individuales y observar al ser humano en interacción, cambió sus preguntas de por qué, hacia las de la comprensión, cómo y para qué. La estrategia bicameral fue la pieza clave para este proyecto (en dos habitaciones conectadas por un espejo unidireccional, los investigadores podían observar el comportamiento de toda una familia en interacción), además, estos logros prácticos fueron producto del proyecto Bateson donde se había estado teorizando sobre la interacción comunicativa desarrollando el artículo fundamental Hacia una teoría de la esquizofrenia (Bateson, 1985).

Dicho lo anterior y siguiendo con nuestra exposición, con la llegada de la posmodernidad, la teoría crítica, el posestructuralismo, la metáfora literaria, el giro lingüístico, hermenéutico, discursivo y narrativo (Alvarado, 2017), la metáfora de sistema sostenida por la terapia fue duramente criticada y tachada de mecánica y deshumanizadora, era como si el terapeuta fuera el relojero capaz de cambiar las piezas rotas o disfuncionales de un reloj, con algunos movimientos sería capaz de generar cambios en la familia como si éstos tuvieran una participación pasiva en su propia vida. Creo que esta crítica tiene validez sólo parcialmente, permítame el lector explicarlo a través del desarrollo lineal de la cibernética.

En el mismo contexto en que se desarrolló la metáfora mecanicista, ahí mismo surge la metáfora sistémica. Primera mitad del siglo XX, algunos sucesos marcaron el caldo de cultivo para las ideas contra-positivistas entre ellos el advenimiento de la tecnología que comenzaba a ver los frutos de las revoluciones industriales, la complejidad de estas nuevas tecnologías y su inserción en el mundo bélico y común, reorganizaban las interacciones entre las personas obligando a los científicos a voltear a la “vida común y corriente” y dejar los laboratorios; la primera guerra mundial

también trajo reflexiones interesantes en cuanto suponía una organización geopolítica donde las naciones debían tomar partido, si podían. Pero, tal y como diría Bateson (1985), fue la segunda guerra mundial y agregaría, sus secuelas, las que trajeron las consolidaciones de las reflexiones cibernéticas.

Hacia la década de los 40's, muchas de las ideas principales del paradigma sistémico ya se habían desarrollado, sin embargo, no habían encontrado aún espacio de intersección: la teoría general de sistemas, las ideas cibernéticas de Wiener, los conceptos de homeóstasis de Claude Bernard y Cannon (Capra, 1996), e incluso los desarrollos antropológicos de simetría y complementariedad de Bateson. Sería hasta la serie de conferencias auspiciadas por la fundación Macy (1942-1948) donde hallarían terreno fértil para converger ideas similares de distintas disciplinas y que culminaría hacia 1948 en la proclamación de la nueva perspectiva teórica: la cibernética (Sluzki, 1987). Creo que parte de las críticas a la metáfora sistémica en terapia están fundamentadas en contra de la cibernética de primer orden, la cual de alguna manera extrapola las ideas wienerianas al entendimiento de los problemas humanos, equiparando a las máquinas con los seres humanos.

Pero también, es cierto que Wiener pensaba que la cibernética podría tener mayor alcance que el simple estudio del flujo de comunicación en máquinas, en realidad, su propuesta era una propuesta sobre el estudio de los mensajes y creía que esto también era aplicable a las sociedades puesto que “ya no nos ocupamos de estudiar todos los mensajes posibles recibidos o enviados; nos interesa la teoría de los más específicos que entran o salen; ello implica una medida del contenido de información proporcionado que ya no es infinito” (Wiener, 1988, pp. 20), haciendo el objetivo de su cibernética: 1) el estudio de los problemas generales de la comunicación y su regulación y 2) establecer un repertorio adecuado de ideas y métodos para clasificar sus manifestaciones particulares.

La unión de estas premisas a las propuestas de Bateson y Milton Erickson, llevó a considerar el estudio de la comunicación en familias como el estudio de los sistemas observados, pero, para los sesenta, surgirían nuevas reflexiones que darían luz a una cibernética más compleja, aquella que la haría convertirse en una epistemología y no sólo una teoría de la comunicación: la cibernética de segundo orden (Alvarado, 2017).

En ella, comenzaron los cuestionamientos sobre la posición del observador y lo que observaba, autores como Maturana y Varela influyeron también en esta nueva perspectiva al argumentar que sólo existimos en el mundo en tanto lenguaje, pues es por medio de éste que trazamos distinciones, sin poder acceder a una realidad objetiva e independiente, postura que ya Bateson había desarrollado sobre su concepto de epistemología y que queda claramente apreciable en sus metálogos (Bateson, 1985). La inserción del observador en lo observado inevitablemente llevaría a cuestionar el proceso cultural de formación de las personas y su influencia en la construcción de mundo, así como el papel del lenguaje en ella. Ahí comienza la evolución de las escuelas de TFS.

Vale la pena distinguir entre las escuelas de primer orden y las de segundo orden (Sluzki, 1987). Las de primer orden o de los sistemas observados partían de la premisa de que era posible observar al sistema familiar, salir y entrar en él cuántas veces fuera necesario con la finalidad de modificar su organización, los síntomas eran considerados expresiones de una perturbación en la organización que es disfuncional a su contexto y al mismo estilo que un médico observa y determina la intervención más eficaz, los terapeutas familiares de primer orden observaban y determinaban la estrategia más eficaz para “aliviar” el síntoma. Si cambiaban la organización de la familia que perpetuaba el síntoma entonces el síntoma desaparecería.

Mientras tanto, las escuelas de segundo orden o de los sistemas observantes, comenzaron a notar que el papel del terapeuta como elemento del sistema era incluso

más importante que el diseño de una estrategia eficaz. La manera en que el terapeuta observa y puntúa las interacciones determina el camino que seguirá para construir la “realidad familiar” en la que intervendrá. Por ello, comenzó a resultar importante examinar las ideas y el lenguaje que el terapeuta ponía en juego en el acontecimiento terapéutico.

La terapia centrada en soluciones puede considerársele el salto cualitativo entre una y otra. Steve de Shazer, influido por las ideas de la filosofía de Wittgenstein, pronto se dio cuenta que la manera en que hablamos de un asunto determina en gran medida las reglas de juego sobre éste. Es decir, hablar del problema consistía un nivel lógico que dependía de reglas sobre cómo hablar del problema que a su vez lo reforzaban constantemente y por ello, consideró que podía saltarse toda la fase inicial del MRI o centrado en problemas, y comenzar a buscar los recursos y habilidades que el paciente había desarrollado para hacer frente a su problema.

Alimentado por estas ideas y por los giros centrados en las distintas dimensiones del lenguaje, pronto comenzó a cuestionarse la posición del terapeuta frente al paciente, la idea misma del “paciente” resultó problemática, se hizo evidente que temas como el sexo, la raza, el género, el nivel económico, entre otros, atravesaban transversalmente el acontecimiento de la terapia y movían hacia una u otra dirección específica al consultante (Goldner, 1988; Hare-Mustin, 1987). Fueron recuperados autores como Foucault, Deleuze, Derrida y otros, y se habló de poder y dominación, si antes estos conceptos se abstraían en la metáfora sistémica, la postmodernidad los había aterrizado para evidenciar la sumisión y la adecuación que los terapeutas hacían con sus pacientes. La terapia, de cualquier índole, pasó a conceptualizarse como un espacio al servicio de las clases e instituciones dominantes.

La ola de la postmodernidad y sus múltiples revisiones y teorías condenaron de cierta forma las teorías modernistas, incluyendo la sistémica o cibernética. Cuyo

propósito era luchar contra las meta-narraciones unívocas que constreñían la vida de las personas, desvalorizando sucesos, recuerdos, acciones, etc., que eran importantes para ellos, pero no para el *status quo*. Y en ese afán, considero, rechazaron categóricamente al modernismo. Como escribe Bauman (2003), en *Modernidad Líquida*:

Si el “espíritu” era “moderno”, lo era en tanto estaba decidido a que la realidad se emancipara de la “mano muerta” de su propia historia... y eso sólo podía lograrse derritiendo los sólidos [...] uno de los motivos más poderosos que estimulaban su disolución era el deseo de descubrir o inventar sólidos cuya solidez fuera -por una vez- duradera, una solidez en la que se pudiera confiar y de la que se pudiera depender, volviendo al mundo predecible y controlable. [...] la situación actual [modernidad líquida] emergió de la disolución radical de aquellas amarras acusadas -justa o injustamente- de limitar la libertad individual de elegir y de actuar. (pp. 9-11)

Es posible detectar la paradoja que describe Bauman, la postmodernidad surgió a partir de la empresa moderna, la búsqueda de instituciones sólidas controlables y predecibles y la necesidad del ser humano libre, potenció la licuefacción de éstas, diluyendo a su paso todo aquello que estuviera relacionado. A mi parecer, fue justo eso lo que sucedió con el paradigma sistémico en psicoterapia, cuando la modernidad comenzó a cuestionarse su posición en la construcción de mundo y optó por las nociones de discurso, interpretación, comprensión, diálogo, etc., se deshizo de aquello que le había dado vida.

Resulta aún más interesante que a casi 40 años de distancia de estas ideas, apenas se esté intentando reconciliar ambas perspectivas como es el caso de la terapia dialógica (Bertrando, 2011), y la propuesta sobre el tiempo hecha por Luigi Boscolo y Paolo Bertrando (1996). Y que poco se haya comenzado a estudiar sobre el discurso en

terapia y cómo se construye el acontecimiento, de cierta manera es como si la terapia fuera un mundo ajeno al de la investigación psicológica, como si la postmodernidad le hubiera puesto un freno al desarrollo del paradigma sistémico y debiera conformarse con lo que logró en su máximo esplendor.

No obstante, quisiera llegar al nudo central de esta breve introducción: si la postmodernidad es la exacerbación de la modernidad, y de esta segunda nació la primera, no existe impedimento alguno para comenzar a plantearse la idea y el ejercicio de buscar los puentes que las conectan, y, en lo tocante a la presente tesis, ésta es un intento por abrir el camino a dicha reconciliación, al final de cuentas: ¿No acaso sería esto también una actitud sistémica o cibernética?

### **Cibernética-dialógica o la síntesis teórica**

El lector estará preguntándose, ¿cuál es la actitud sistémica o cibernética de la que hablo? El pensamiento lineal se ha caracterizado por el univocismo; es decir, por la búsqueda de una verdad absoluta y trascendental que sea capaz de explicar los más diversos fenómenos. Y, cuando no sucede así, sea cuando la experiencia refuta nuestras hipótesis, el experimento falsa nuestros datos, o simplemente nuestros hallazgos no se adecuan a nuestra epistemología (entiéndase como la serie de premisas básicas que subyacen a nuestra manera de conocer, pensar, hacer y decir) los descartamos parcialmente, buscamos alternativas y consideramos que o los datos pertenecen a categorías distintas o nuestra forma de descubrirlos fue incorrecta.

Keeney (1991), desarrolla una posición interesante sobre este asunto que es la antesala de la actitud sistémica. Para este autor, así como Bateson y en general para el constructivismo, los datos no son una especie de ente que podamos encontrar independientemente de nuestras formas de conceptualizarlos, no existen

independientemente del observador, no al menos en cuanto su valor explicativo, sino que aquello que hallamos, es el resultado de un proceso doble de descripción-prescripción. Nuestros datos son en realidad *captos* puesto que al describir lo que vemos no sólo nombramos, sino que nos prescribimos tal o cual construcción del mundo. Esto *grosso modo*, quiere decir que, si los datos son el resultado de nuestra propia epistemología y nuestros procesos subjetivos de construcción, entonces no hay razón para desecharlos completamente, sino para buscar la pauta que los conecta con el resto del conocimiento adquirido.

Quisiera desarrollar mi posición frente al problema ontológico y epistemológico que implica hallar puntos de encuentro reconciliables entre la visión constructivista y socioconstruccionista encarnados en la práctica sistémica; y es que la empresa del constructivismo, si bien fue revolucionaria en su tiempo y sigue siendo un paradigma exitoso, nos coloca en dos dilemas importantes. Por un lado, la visión de la construcción del mundo a partir de la experiencia y la posición activa del individuo puede fácilmente caer en un solipsismo ingenuo. La importancia que se le atribuye a la subjetividad gana terreno frente a la experiencia comunitaria y el lenguaje como medio de intercambio de información, cultura y significado. Por ello, desde una mirada constructivista llevada hasta sus últimas consecuencias parecería negar una “objetividad” cognoscible independiente del sujeto, siendo que ésta es totalmente construida por el sujeto en relación a su mundo y medio. Paradoja interesante que no deja en claro la participación del medio en la construcción de mundo.

Por otro lado, el concepto de cognición, ampliamente utilizado en las posiciones constructivistas tampoco tiene una definición tan clara entre las diversas vertientes de esta epistemología. Localizar la mente como el resultado de la actividad cerebral refuerza los clásicos dilemas cuerpo-mente y pensamiento-lenguaje; y al hacerlo de este modo estamos obligados a proclamar su importancia y método de estudio, sin embargo,

la división entre mente-cuerpo y pensamiento-lenguaje también puede ser llevada hasta sus últimas consecuencias. Veamos. Si el lenguaje se considera la expresión de la actividad cerebral, significa que debe haber un punto específico donde se halle la formación del pensamiento listo para ser efectuada en habla; hoy sabemos que esto no sucede así y que en realidad el cerebro funge como un todo interconectado y que por tanto el lenguaje es más que la suma de las partes cerebrales que integran dicha función. “Los investigadores actuales del cerebro dicen que este es flexible, que los recorridos en su interior no se pueden asignar *a priori* que en cualquier caso es muy plástico y que todas las localizaciones pueden cambiar y transformarse (Fabbri, 2004, p. 42)

Pero también resulta que aceptar un pensamiento antes que lenguaje, indica un proceso lineal y jerárquico que al ser estudiado queda imposibilitado de comprobación. Cualquier oración desde una perspectiva lingüística puede ser sujeta a comprobación, desde la sintaxis, la semántica o la pragmática; pero, si necesitamos evaluar el pensamiento que antecede a esa oración, no existen métodos suficientes -aún y creo no existirán- que permitan identificar el pensamiento antes de la oración, simplemente no podemos meternos en el cerebro y decir ¡ahí está el pensamiento! La única manera que poseemos para evaluar la certeza de una oración es por medio de otra oración, y al justificar esa otra oración nos remitiremos a otra oración y así sucesivamente sin poder llegar a un inicio ni a un final.

En ese sentido me posiciono como Jonathan Potter (1998), me muestro mudo ante la noción tradicional de cognición, y en su lugar ocuparé la definición de mente propuesta por Bateson y Peirce; aquella será definida y explicada en capítulos siguientes. Me parece que partiendo de estas aclaraciones es importante no confundir la propuesta cibernética como sinónimo de constructivismo, si bien es cierto que una influyó a la otra y que al menos la cibernética explicada por Keeney pudiera contener muchos matices constructivistas, el lector observará que conceptos como interacción,

retroalimentación, mente o aprendizaje, van más allá de la experiencia subjetiva y la construcción del mundo.

Elegir entre una visión constructivista o una socioconstruccionista impone límites entre lo que se puede decir y/o hacer como si al elegir una se tuviera que negar a la otra; retomando nuestra posición sistémica, no se trata de elegir entre una y otra, sino de hallar, en palabras de Bateson, la pauta que los conecta. Keeney se refiere a ello de la siguiente forma:

no creo que nadie conozca *totalmente*, o pueda *jamás* conocer totalmente, los procesos que dan cuenta del cambio personal y social dentro o fuera de la terapia. Más bien pienso que las tentativas de la ciencia social por comprender el cambio suministran innumerables modelos parciales del proceso terapéutico, que con suma frecuencia se desdoblán en disyuntivas del tipo “o bien... o bien...”, en las que se sostiene que sólo una de las partes de esta dualidad es verdadera, correcta o más útil que la otra. (Keeney, 1991, p. 17)

No es menester que nos autolimitemos preguntándonos: “¿Son reales nuestras descripciones de la experiencia?” o bien: “¿son invento nuestro?” Muchos más fascinante y amplia es esta otra pregunta: “¿Cómo hacemos para que converjan diferentes perspectivas, ya se trate de la realidad y la ficción, la comprensión formal y la acción práctica o un problema y su cura?” (Keeney, 1991, p. 18)

Y bajo esta perspectiva, entonces, ¿cuál es la pauta que los conecta? ¿Cómo poder reconciliar el modernismo expresado en la cibernética y el postmodernismo en el socioconstruccionismo? ¿Esta pauta, si acaso es hallada, qué implicaciones tendría para ambas epistemologías en general y para la terapia en particular? Éstas, son algunas preguntas que intento contestar indirectamente partiendo del entrecruce necesario

entre la cibernética y la semiótica, ambas como teorías de la comunicación y sobre todo como explicación del proceso de validación de nuestros conocimientos, y en ello, encuentro las nociones de significación, doble descripción y conocimiento como conceptos insertos en un paradigma que bien podríamos denominar: discursivo. De esta forma, me resulta útil llamar a la presente propuesta: cibernética-dialógica.

El nombre encierra su propósito; por un lado, la tradición modernista y por el otro, las formulaciones postmodernas. Es un intento de describir los puntos de encuentro entre ambas, y esos puntos los hallo en las similitudes teóricas y complementarias que la cibernética y la semiótica tienen. El lector además notará que, si un argumento de peso es el del progreso en el conocimiento, es decir, el de la superación lineal de los modelos arcaicos por otros más novedosos y ajustados al mundo actual; dicho argumento se diluye pues al menos la semiótica, vista con los ojos de nuestra contemporaneidad tiene raíces mucho más antiguas que de la Grecia Antigua o la Época Medieval.

La cibernética-dialógica integra, además, nociones tanto de estructura como de contenido puesto que una no puede ser sin la otra y parece que con ello es posible afrontar las discrepancias entre las teorías sistémicas en psicoterapia y las postmodernas. Quizá el punto de encuentro más fuerte es aquel que trasciende las nociones de comunicación propuestas por la cibernética para integrarlas al contenido, desde su interpretación, buscando el sentido de lo dicho en los contextos de su producción, haciendo uso de las disciplinas del discurso y sobrepasando la excesiva importancia dada al lenguaje como sistema semiótico-interpretativo (Warley, 2011).

En la cibernética dialógica hallamos por un lado la confluencia de nociones tradicionalmente sistémicas: como la recursividad, el plano de contenido y lenguaje, la forma en que los comportamientos se organizan en secuencias comunicacionales y la forma en que estas secuencias se integran en sistemas más amplios que los contienen.

Por otro lado, se insertan nociones discursivas que plantean la posibilidad de ver la terapia como una construcción de la realidad, entonces, hallamos lo estético o la comunicación sensible que negocia las identidades de los interlocutores; la retórica y la semiótica como aspectos fundamentales en la construcción del discurso constructor y la cultura, los prejuicios y el contexto que permiten a cada interlocutor llegar a una comprensión del otro en la situación comunicativa; es decir, se encuentran los elementos que tejen un puente entre los mundos de los interlocutores y los retroalimenta.

No obstante, advierto al lector que, si bien pareciera que el presente trabajo apunta principalmente a proponer dicha integración en el ámbito de la práctica clínica, aprovecho para recordar que ésta es más bien un corolario del objetivo principal que es: investigar el evento comunicativo que representa la conversación terapéutica de la TFS. Finalmente, hago constar que esta integración adquiere la potencialidad, por extensión de las disciplinas del discurso de ser vista como una propuesta analítica a la vez que productiva y esto se debe a que todo el texto está impregnado de la filosofía pragmaticista o la integración entre teoría y práctica.

### **La estructura de la tesis**

Poder integrar dos tradiciones teóricas que a simple vista parecen inconexas como lo es la cibernética batesoniana y la semiótica peirciana, requiere de un esfuerzo teórico y explicativo que dé cuenta de los sutiles puntos de entrecruce, pero también, que a la par, puedan ser aterrizados puntualmente en ejemplos más o menos

reconocibles para el auditorio de este trabajo, es decir, que sea reconocible, entendible y aplicable al campo de la psicoterapia sistémica, o, mejor dicho, cibernética.

Por ello, el primer capítulo está dedicado a recorrer, desde una mirada distinta, la historia y desarrollo de la cibernética y la red de conceptos de la cual forma parte: sistema, función, recursividad, retroalimentación, simetría, complementariedad, entre otros. En gran medida, es un eco del maravilloso trabajo integrativo que Keeney (1991), hace en su libro *Estética del cambio*; no obstante, el lector podrá observar que, desde este capítulo, las nociones de diálogo y significación se hacen fuertemente presentes, no como una pieza que ha de embonar a la fuerza, sino como el resultado implícito de las ideas batesonianas y que, las diferentes escuelas en Terapia Familiar Sistémica hubieron interpretado y organizado de acuerdo con sus premisas, dejando de lado el valor semiótico intrínseco a ellas.

En ese sentido, el segundo capítulo busca dar cuenta de lo que para el presente trabajo es su “principio organizativo”, se trata del concepto de función. El recorrido que el lector puede hacer sobre este, lo lleva de la mano desde las matemáticas hasta las nociones más lingüísticas de Wittgenstein y en última instancia, semióticas y comunicativas: la vida es una función/relación constante. Y si todo es una relación, entonces el lenguaje deja de poseer tanto peso como materia de trabajo exclusivo del terapeuta para entenderlo como el resultado de una compleja organización y relación con múltiples sistemas de significación (semióticos).

Entender la semiótica, y sobre todo una semiótica capaz de ser aplicable al trabajo terapéutico, lleva al lector a recorrer algunos postulados e ideas de Charles Sanders Peirce. Sus nociones de creencia, duda y hábito, tal y como han sido recuperados por sus exégetas, empatan fuertemente con las premisas cibernéticas: mapa, información, signo, diferencia, recursividad, comunidad, tipos lógicos,

significación, etc., encuentran un terreno para dialogar y generar sus puntos de encuentro, de tal forma que hacia el final, no sólo se ha establecido un acercamiento a la cibernética-dialógica sino que también, concluye en una definición de comunicación nutrida por las similitudes en las concepciones de mente y pensamiento de Bateson y Charles Sanders Peirce, respectivamente.

El tercer capítulo trata implícitamente la necesidad de no sólo presentar una reconciliación teórica epistemológica entre la comunicación, la semiótica y la cibernética; sino también ofrecer un estrato metodológico que permita cumplir otra característica fundamental de la presente tesis: ser pragmático. Esto es, la retroalimentación entre teoría, práctica y sus efectos. Para ello, la retórica y la estética, disciplinas del discurso que han evolucionado en paralelo a las propuestas de comunicación, son recuperadas desde una visión dialógica que, dicho de paso, también ha sido intrínseco a ellas. La visión retórica de la propuesta potteriana y la estética de lo cotidiano o prosaica de Katya Mandoki, ofrecen este marco teórico-metodológico puesto que sus propuestas tratan más bien de un entendimiento microanalítico, ofreciendo la posibilidad de acercarse al espacio pragmático de todo evento comunicativo.

En el cuarto capítulo, encontrará el lector una propuesta metodológica para aterrizar el vasto marco teórico antes descrito a las conversaciones terapéuticas, guiado por la pregunta de investigación: ¿cómo se resignifica una experiencia problemática en el curso de la práctica terapéutica sistémica? Resolver dicha pregunta requiere poseer propuestas específicas de acercamiento analítico, por ello, recupero la propuesta de Beltrán y Mandujano (2018) para el análisis del sistema semiótico lingüístico en acción y la propuesta de Mandoki (2006b), para el análisis de sistemas semióticos extralingüísticos; además de la propuesta de la transcripción multimodal de Williamson

(2009), que permite obtener y ofrecer un registro del análisis y ser democratizado con el auditorio o público que se acerque al presente trabajo.

Finalmente, el quinto y sexto capítulo, están dedicados al registro de resultados, a la discusión y las conclusiones del trabajo analítico. En ellos se explora, además, algunas limitantes, retos a resolver y virtudes de hacer investigación discursiva sobre el trabajo del terapeuta en general y del trabajo del terapeuta sistémico en particular.

*“Cuando la peste se convirtió en el deber de unos cuantos,  
se la llegó a ver realmente como lo que era, esto es, asunto de todos.”*

*La peste, Albert Camus*

## CAPÍTULO 1. La cibernética batesoniana: una propuesta comunicativa- epistemológica

“Cuando la peste se convirtió en el deber de unos cuantos,  
se la llegó a ver realmente como lo que era, esto es, asunto de todos.”

La peste, Albert Camus

Decidí abrir el capítulo sobre comunicación y cibernética con una cita de Albert Camus. La peste (Camus, 2016), es un libro extraordinario, no sólo por el hecho de recorrer preguntas profundamente humanas sobre la existencia y el sentido de aquello que nos mantiene a flote en los momentos de adversidad; sino porque entre sus líneas, con una mirada cibernética es posible interpretar y observar en la peste -aquel enemigo que llega a ser deseado por unos, amado por otros y repudiado por su mortalidad y su intermitencia- como sinónimo de comunicación.

Cuando Camus aduce que la peste era “realmente” un asunto de todos está refiriéndose a la potencia que un evento al azar tiene para trastocar los límites de su existencia temporal; de alguna forma se esparce y fluye, se vuelve importante y trascendente, afecta la experiencia y los recuerdos y permite la reflexión sobre ellos; las aseveraciones cambian y junto con ellas los significados. Para Camus, los eventos críticos de este tipo sacan lo peor y mejor de la gente, y cualquiera que sea su resultado; el diálogo, la interacción y la relación con el tiempo resultan imprescindibles para entenderlos. Por eso cuando la peste inició como un evento extraño y fortuito sólo su relación con los ciudadanos de Orán logró, con el tiempo, definirla y bordearle sus límites.

La peste fue cobrándose víctimas exponencialmente, llevó a los límites las medidas de sanitación de Orán, ésta decidió cerrar sus puertas marítimas y terrestres como medida profiláctica, separó familias y amantes, metafórica y literalmente y todos sus habitantes se aferraron a la idea de que algún día habría de pasar. Para algunos, la peste fue sinónimo de desgracia religiosa y fue tachada de “mala”, sin embargo, Camus nos recuerda en su recorrido narrativo, que estos conceptos dependen en realidad de quien los mira, postura entendible desde la cibernética, y nos confronta con la “realidad”: a la peste no le importa ser llamada “buena” o “mala”, simplemente es.

Y cuando la ciudad se dio cuenta de ello, cuando cada personaje comenzó a sentir la amenaza de la muerte fue cuando cayeron en cuenta que, si aquella maldición no se detenía tal y como había empezado (fortuitamente), al menos debían de hacer algo, bien para detenerla, bien para apresurar su final. Todos dependían de cada una de sus acciones, interrelacionados, por más fútiles que fueran, alimentaban la esperanza no ya del final prometido sino de recuperar el amor y la amistad, la benevolencia y el placer que les fue arrebatados. En suma, cuando algunos comenzaron a actuar para otros, fue cuando se dieron cuenta de que se trataba de una empresa colectiva.

Hasta aquí he querido mostrar el panorama general que Camus nos delinea con sus palabras sobre la peste o bien, en nuestro asunto, sobre la comunicación. Aunque el autor escribió este libro hacia la década de los 40's y en aquella época apenas y se estaban gestando las ideas cibernéticas, se puede encontrar sus rastros en tres ideas fundamentales que, isomórficamente, se convirtieron en puntos de estudio sobre la comunicación humana:

- 1) ningún fenómeno existe independiente de su observador; he ahí que Camus mediante la conversación como estrategia retórica señala las percepciones de sus personajes y sus implicaciones en sus actos y sentimientos
- 2) que tales percepciones no son un reflejo solipsista sino el resultado de un contexto físico y temporal que le da sentido
- 3) que cualquier acto, declaración, movimiento, silencio, palabra incompleta, mirada, etc., son mensajes que comunican a cualquiera que esté inmerso en un contexto y sea capaz de aprehender tales señales

A través de la narración, los diálogos, las reflexiones, etc., Camus genera una mirada abarcadora que termina por tocar cada situación, resaltando las diferencias de las miradas de sus personajes, llegando a consensos, influyendo unos a los otros.

Camus trata el tema de la comunicación tangencialmente y, sin saberlo, lanza una idea profunda: nos comunicamos para solventar nuestras diferencias puesto que nuestra propia mirada resulta insuficiente para conocer lo que hay en el mundo. Esta declaración, mía por supuesto a la vez que una interpretación ajustada al tema de la presente tesis encierra un dilema filosófico que necesita ser resuelto para poder entender la manera en que la cibernética y la semiótica se entrecruzan como teorías complementarias de la comunicación. No obstante, antes de llegar a ello quisiera dedicar espacio a aclarar los inicios de la cibernética y de la comunicación.

### **La comunicación humana: del telégrafo a la orquesta**

Si nos detenemos a pensar, es la comunicación y sus derivados, el concepto humano más recurrido en los problemas y soluciones de nuestra especie. Por ejemplo: es recurrente escuchar o saber que, tras un funeral, algunas personas declaren abiertamente “debí haberla visitado más cuando estaba con vida” o “le hubiese dicho todo lo que quería decirle”; también la comunicación suele ser el objetivo de muchas parejas al ir a terapia esgrimiendo frases como “fue falta de comunicación” o “no sabemos cómo comunicarnos, no me entiende y yo tampoco a él”. Con estos ejemplos me permito señalar una de las creencias más arraigadas sobre la comunicación humana y es que ésta, por regla general, siempre se remite a lo lingüístico, a la palabra hablada o escrita y que, por tradición platónica, siempre es el reflejo de una idea consciente, bien dirigida y con intenciones (Racionero en Aristóteles, 1990)

Esta idea es entendible en el seno de nuestra cultura occidental que ha ponderado el logocentrismo -entendiendo *logos* como pensamiento, y al lenguaje como un reflejo, vaciado o volcado de aquellos pensamientos (Potter, 1998)- como forma base de la comunicación humana y ha fragmentado el total de la experiencia comunicativa en partes más o menos aditivas de las cuales se puede prescindir. De hecho, desde pequeños se nos enseña que la mejor forma de arreglar problemas es por medio de las palabras; creo recordar que cuando niño, mi madre usaba algunos verbos específicos para referirse al acto de hacerse entender, arreglar problemas, participar en clase, leer un escrito, practicar oratoria e incluso cantar ópera, para mi madre el verbo “hablar” y/o “expresar” siempre fueron sus verbos favoritos, y hasta creo que mi abuela tenía un dicho para eso: “si no hablas, Dios no te escucha”. En suma, somos una cultura que ha ponderado a la palabra como medio para entender la comunicación.

Empero, cuando uno se enfrenta a una situación en la que ha de hacer valer su opinión a través de la palabra sucede que muy frecuentemente lo que decimos no es lo que se entiende o lo que decimos no es lo que quisimos decir y parece que, en realidad, la comunicación humana va más allá del empleo formal del lenguaje como estructura y va más allá de las ideas tradicionales de intencionalidad. Si esto no fuera de esta manera simplemente al decir algo a alguien, su contenido sería interpretado con su justa intencionalidad y en realidad, de poco servirían los contactos cara a cara puesto que no necesitaríamos observar nuestros movimientos, nuestros gestos o posiciones porque el lenguaje lo sería todo.

El caso es que no es así y al comunicar buscamos constantemente las claves que nos ayuden a descifrar la intencionalidad que hay detrás de lo dicho, aunque esta intencionalidad sea fugaz e hipotética. Al comunicar existe un margen de lo que puede ser entendido y muchas veces nos sorprendemos a nosotros mismos siendo interpretados y señalados con intenciones y sentidos que jamás quisimos expresar pero

que por momentos se nos antojan posibles, sobre todo cuando la situación comunicativa resulta vaga o confusa. En ese momento el lenguaje se agota pronto y comenzamos a atender otro tipo de códigos o señales que nos permitan interpretar “correctamente” la situación. Tales señales pueden provenir de los cuerpos, del lugar en el que se ejecuta el acto comunicativo e incluso del conocimiento que tenemos sobre la otra persona, nuestro tipo de relación con ella, las tradiciones y hábitos que profesa, etc. (Mandoki, 2006a)

Así, al cambiar la mirada de un intercambio meramente lingüístico y lineal y comenzar a apreciar el cuadro completo del acto comunicativo resulta claro que la noción de intencionalidad y lenguaje se torna impráctica. En parte porque el empleo de una comunicación lineal nos remite a una secuencia A luego B, y en parte porque al definir la comunicación como el resultado de todos aquellos elementos que transmiten información en un momento dado sobre un tema en específico, descubrimos que no hay agentes exclusivamente pasivos o activos, unos que respondan u otros que escuchen, sino que jugamos ambos papeles buscando orientar nuestros comportamientos, modificando nuestro desempeño. Y, por otro lado, que tal comunicación en realidad es simultánea entre sus partes, abstraída de su totalidad para ser entendida. Esta idea puede ser mejor comprendida con la siguiente cita:

La comunicación es, pues, un proceso social permanente que integra múltiples modos de comportamiento: la palabra, el gesto, la mirada, la mímica, el espacio interindividual, etc. No se trata de establecer una oposición entre la comunicación verbal y la <<comunicación no verbal>>: *La comunicación es un todo integrado [...] no se puede aislar cada componente del sistema de comunicación global y hablar de <<lenguaje del cuerpo>>, <<lenguaje de los gestos>>, etc., asumiendo con ello que cada postura o cada gesto remite inequívocamente a una significación particular.* (Winkin, 1990, pp. 22-23)

Con ello se sientan las bases de lo que más adelante definiré como comunicación. Por el momento ofreceré una definición temporal y baste decir que se trata de un acto temporal constituido por distintos elementos en interacción que buscan transmitir información para regular su propia actividad y en donde ninguno de sus elementos posee una significación *a priori*, sino que su significado es el resultado de la actividad conjunta.

Ahora bien, esta idea de comunicación pertenece a la denominada “nueva comunicación”, que la observa como un proceso circular más que lineal y en el que se abandona el interés en el detalle por la pauta que lo sostiene, su objetivo principal era el de generar una teoría general de la comunicación aplicable a los más diversos contextos (Winkin, 1990). Algunos autores pertenecientes a esta concepción son Bateson, Birdwhistell, Hall, Watzlawick, Weakland, Don Jackson, entre otros, y a pesar de ser múltiples sus intereses sobre la comunicación todos poseían dos enlaces comunes: el primero, todos fueron influidos por las ideas de la pauta y la comunicación batesoniana y, el segundo, todos aterrizaron al modelo de estudio en contexto.

Pero, para que esto sucediera, la universidad invisible <sup>2</sup>o mejor dicho todos los que formaron parte del paradigma cibernético de la comunicación, tendrían que formularse una pregunta lo suficientemente amplia para pensar sobre ella y lo suficientemente estrecha para tener un objetivo en la mira. Esta pregunta fue enunciada de la siguiente manera:

---

<sup>2</sup> Este nombre es acuñado por Winkin en su libro *La nueva comunicación para hacer referencia a un conjunto de estudiosos pertenecientes a las más diversas profesiones; psicólogos, sociólogos, antropólogos y psiquiatras forman parte de ella. Es invisible en la medida en que nunca se constituyó una institución física que reuniera a todos y cada uno de los que compartían las premisas de la comunicación recursiva, no obstante, parece ser que estas ideas se diseminaron a tal grado por dos razones: la primera es que representaba un nuevo paradigma en el estudio de la comunicación y, la segunda, que quienes formaron parte de este paradigma colaboraron en distintas épocas unos con otros, generando una red invisible que sólo un proceso historiográfico puede evidenciar.*

La investigación de la comunicación entre los hombres sólo comienza a partir del momento en que se formula la pregunta: *¿cuáles son, entre los millares de comportamientos corporalmente posibles, los que retiene la cultura para construir conjuntos significativos?* [...] Plantear esta cuestión de una selección y una organización de los comportamientos entraña la adhesión a un postulado: la existencia de <<códigos>> del comportamiento personal e interpersonal, regularían su apropiación en el contexto y, por lo mismo, su significación. (Winkin, 1990, pp. 21-22)

De la cita anterior es posible extraer tres condiciones básicas de la comunicación que poco a poco fueron refinándose según la diversificación que se hizo de su estudio:

**1) La comunicación humana es un comportamiento.** Con ello, el paradigma comunicativo cortaba provisionalmente con las ideas lingüísticas estructuralistas que veían al lenguaje como un sistema al margen del ser humano y por medio del cual podía interpretarse cualquier otro sistema semiótico, el resultado de ello fue que la semiótica se hizo presente, al menos en tanto código o signo que regula y/o coordina la actividad humana.

**2) La comunicación humana es un proceso que conecta a sus participantes recursivamente.** Quizá este sea uno de los mayores avances en tanto se hable sobre lo que sucede cuando acontece la comunicación, si cuando se hablaba sobre éste se veía un sistema lineal en tanto contenido, es decir, qué dice qué a quién, la perspectiva cibernética cerraba este vínculo al introducir el resultado de la comunicación de A hacia B, regresando su respuesta hacia A; subía a un nivel lógico mayor, del contenido al proceso que lo permite.

**3) La comunicación humana siempre está situada en un contexto del cual es inseparable.** El análisis sobre el contenido vertido en el acontecimiento comunicativo versaba anteriormente en el sentido de que el

sistema lingüístico podía verse desde una mirada sincrónica, estática, que permitía su análisis. Si bien no negaba un análisis diacrónico o histórico, era necesario descubrir las leyes semánticas y sintácticas que lo gobernaban para poder pasar a su uso en el acontecimiento comunicativo. Al regresar al contexto, es decir a todo aquello que había quedado fuera de la estructura lingüística, autores como Hall y Birdwhistell se dieron cuenta que el código sólo podía tener sentido o significado en el proceso de la interacción y que, de cierta manera, el acto comunicativo no dependía de la intención que A tuviera sobre B, sino el resultado de aquella interacción. La comunicación era mayor que sus partes constituyentes.

Así pues, parece que la mirada cibernética apuntaba a un sentido de la comunicación que había sido desterrado, **el de la comunicación como comunión o estar con otro**. A este resurgimiento de sus orígenes se le conoció como **el modelo comunicativo de la orquesta** en contraste con el modelo del telégrafo o bien el modelo recursivo frente al modelo lineal (Laborda, 2017).

Sin embargo, resulta importante señalar que el modelo basado en el sentido de comunión fue apropiado y desarrollado por las más diversas disciplinas y por ello, cuando hablamos del modelo de orquesta nos referimos exclusivamente al de La nueva comunicación. Recuperar dicha propuesta, además, se vuelve un acto historiográfico y se inserta dentro de las líneas críticas que autores como Vidales (2013), hacen sobre los estudios de la comunicación.

Este autor, señala a la cibernética -desde una mirada más general- junto con el modelo de la comunicación de Shannon, como pilares fundamentales en el desarrollo de los estudios en comunicología. Representan el caldo de cultivo para las más diversas ideas y propuestas sobre cómo entender y analizar la comunicación humana y abren la

puerta a otras disciplinas que no habían sido consideradas del todo como la semiótica, la retórica o la estética; las contribuciones de estas disciplinas se hacen evidentes en conceptos como código, interacción, sincrónico, diacrónico, significado, fruición, *aisthesis*; pero el uso de tales conceptos no alcanza a evidenciar el proceso de simbiosis entre ellas y al contrario, parece que al menos en el campo de la psicoterapia sistémica oscurece el proceso de discernimiento de eso que es llamado “contenido”; es decir, de cómo damos cuenta de que el significado existe y cuáles son sus efectos en los participantes de esa construcción significativa.

Así pues, para poder acceder al entrecruce entre el entendimiento de la comunicación humana desde la cibernética con la semiótica, la estética y la retórica, primero será necesario delinear el contenido teórico de la cibernética abordada, aquella desarrollada por La universidad invisible y alimentada por las contribuciones de Gregory Bateson, para después evidenciar sus alcances, así como sus límites.

No obstante, quisiera ofrecer al lector una guía para comprender el resto del capítulo: la cibernética batesoniana representa el contexto de entrecruzamiento con la semiótica peirciana (de la cual se hablará en el siguiente capítulo), esto es que, más allá de ofrecer un marco general que provee conceptos para unificar las descripciones que hacemos de la comunicación humana, es una forma específica de analizar, cuestionar y modificar los discursos -siempre sociales- de la realidad; esto es: la manera en que legitimamos nuestro propio conocimiento, cómo sabemos, y cómo sabemos que sabemos.

## **La epistemología cibernética**

Según Winkin (1990), el término comunicación aparece en la segunda mitad del siglo XIV con el sentido de *participar en* y es hasta el siglo XVI que conserva aquel

sentido más cercano a la índole religiosa de *comuni3n*. No obstante, el t3rmino devino progresivamente hacia otro sentido que, a mi parecer, limit3 su desarrollo; este es el de *transmitir* y llama particularmente la atenci3n su asociaci3n con mucho m3s 3nfasis a la noci3n de informaci3n y al modelo metaf3rico del ser humano como m3quina, la limitante surge en cuanto dicho modelo se enfoc3 espec3ficamente en la informaci3n, entendida desde una visi3n fisicalista y matem3tica.

Ambos sentidos apuntan a dos modelos distintos de entender la comunicaci3n; la primera hacia una visi3n inform3tica y matem3tica o lineal y la segunda a una visi3n que me es 3til llamar dial3gica o cibern3tica. Sus implicaciones son interesantes y necesarias de desglosar, pues a lo largo del presente cap3tulo el lector podr3 observar que la visi3n lineal de la comunicaci3n, si bien trajo avances importantes en el entendimiento de la transmisi3n de informaci3n, 3ste se qued3 fuertemente anclado a una visi3n positivista de la vida, en tanto causa-efecto; por otro lado, la visi3n dial3gica-cibern3tica se transform3 a s3 misma para constituir una suerte de epistemolog3a o forma de pensar sobre el mundo que empata con otras disciplinas como la semi3tica peirciana.

Bateson sab3a que la cibern3tica, o al menos los conceptos tratados en las conferencias Macys, ten3an una gran implicaci3n para la compresi3n del sentido de la vida. Sus estudios anteriores sobre la ceremonia Naven y sus filmes y observaci3n en Bali le llevaron a desarrollar la idea de que la interacci3n humana est3 regida por dos procesos: la complementariedad y la simetr3a (Bateson, 1958). Sin embargo, tambi3n hab3a observado que estos no eran procesos separados, es decir, no se trataban de episodios aislados que pudieran rotularse simplemente como complementarios o sim3tricos, sino que, en el curso de un acontecimiento dado, ambos procesos pod3an alternar su aparici3n y estos depend3an del tipo de contexto que los sustentaba.

La idea que conecta ambos procesos fue el término de retroalimentación, el cual es definido por Wiener (1958), como:

Un método para controlar un sistema reintroduciéndole los resultados de su desempeño en el pasado. Si estos resultados son utilizados meramente como datos numéricos para evaluar el sistema y su regulación, tenemos la retroalimentación simple de los técnicos de control. Pero si esta información de retorno sobre el desempeño anterior del sistema puede modificar su método general y su pauta de desempeño actual, tenemos un proceso que puede llamarse aprendizaje. (p. 84)

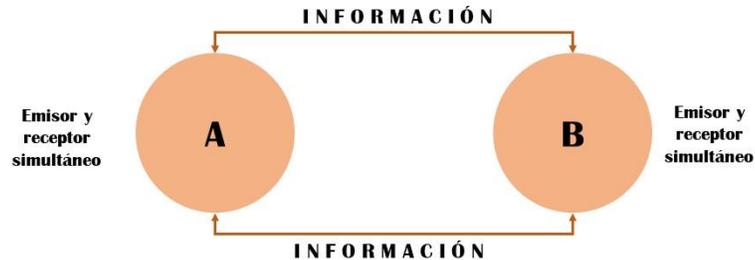
Con este concepto, la cibernética cerraba un proceso que la noción de información miraba de forma lineal. Para explicarlo mejor observe la figura 1, en ella el proceso de transmisión de información salía de un emisor (A) para llegar a un receptor (B), lo que importaba era el trayecto que seguía tal información y la cantidad de ella que llegaba al receptor. Dicho modelo tuvo por consecuencia una división de las actividades de los agentes comunicativos, quien emitía poseía una capacidad activa, construía su mensaje y lo enviaba y quien recibía simplemente lo hacía desde la pasividad (Escandell, 2014).

**Figura 1**  
Modelo lineal de la comunicación aplicada al campo de la ingeniería



Cuando la cibernética propuso la retroalimentación, ambos agentes A y B se transformaron simultáneamente en agentes emisores y receptores. Toda la información que sale de A como mensaje produce una respuesta en B que a su vez provoca una respuesta en A, con ello los mensajes regresaban en un *loop* o rizo hacia su lugar de procedencia generando un continuo flujo de información que adoptaría una secuencia simplista pero ejemplificadora A-B-A-B-A-B (ver figura 2). Con ello el proceso comunicativo no sólo se cerraba sobre sí mismo, sino que continuaba indefinidamente autoperpetuándose (Keeney, 1991)

**Figura 2**  
Modelo recursivo de la comunicación humana



Bateson trató de convencer a Wiener de trasladar el modelo cibernético hacia las ciencias sociales, no obstante, este último había concebido una teoría desde las matemáticas y se había orientado hacia la ingeniería. Muy a pesar de ello, en su libro *Cibernética y sociedad* (1958), se pueden hallar los rastros de una aplicabilidad sociológica, su idea sobre la cibernética era la de establecer la generalidad sobre la transmisión de información fuera en máquinas o sistemas humanos. Este autor diferenciaba en el trascurso de la retroalimentación dos finalidades: el control y el aprendizaje. Si en cuanto al primero se refería a circuitos simples que sostenían el desempeño de cualquier sistema, el segundo podía ser trasladado fácilmente al mundo humano en cuanto el aprendizaje lo movía de dirección, evaluando sus consecuencias en el sistema total.

El mayor error, a mi consideración, que se ha cometido cuando se trata la cibernética como modelo comunicativo es el de no diferenciar las implicaciones de la cibernética wieneriana y batesoniana.

En la wieneriana, podemos formularnos la siguiente pregunta: ¿por qué un sistema necesitaría control o aprendizaje?, su respuesta la hallamos en el contexto de

su desarrollo, pues ésta fue ideada en el seno de una guerra que necesitaba perfeccionar sus mecanismos de defensa; idear una máquina capaz de recibir información del exterior para corregir su desempeño fue la pieza fundamental para el desarrollo de armas capaces de derribar aviones y por consiguiente, aplicable a toda máquina en constante interacción con el medio, aunque autores como Siles (2007) enfatizan que este no fue en ningún momento el objetivo del trabajo de Wiener.

Para la visión batesoniana, si el término de retroalimentación le fue útil, sólo en tanto conectó sus primeras ideas, y quizá la pregunta que puede abstraerse de su uso sea la siguiente: ¿para qué necesita el ser humano de retroalimentación?

Responder a esa pregunta requiere explicar un poco más los procesos que la cibernética conectó al desarrollar el concepto de recursividad, o bien de cerrar un circuito lineal para comenzar a observarlo como un sistema que está constantemente evaluando y modificando su desempeño. Sin embargo, resulta necesario describir lo que entenderé por sistema, puesto que dicho concepto no necesariamente nos remite a una visión estrictamente cibernética, sino que depende de la teoría que lo enuncie.

Un sistema, siguiendo la línea de la universidad invisible, se caracteriza por ser una organización que no se constriñe a una referencia ontológica tangible o física y tampoco se define por la cantidad de elementos que participan en dicha interacción, sino más bien a la interacción que varios elementos pueden llegar a tener en un momento determinado (Ochoa, 2004).

Considere la siguiente pregunta: ¿Cuál de las siguientes descripciones empata más con la definición de lo que es un sistema? ¿un joven que acude con un terapeuta por problemas de consumo de alcohol o una familia de cuatro integrantes que asisten con el mismo terapeuta para tratar los problemas de consumo de alcohol del miembro más joven? Nuestra forma de entender el mundo, más comúnmente llamado pensamiento occidental se ha fundamentado desde antaño en la comprobación

empírica, el fisicalismo y la tangibilidad y bajo estos preceptos estaríamos más inclinados a contestar que es la familia la que podríamos denominar como sistema. Esto es así por dos razones: una semántica y la otra pragmática.

En cuanto a la semántica, me refiero a la convención social que ha definido en cierta dirección una palabra, su significado. La Real Academia Española (2019), recoge las siguientes definiciones de sistema:

1. m. **Conjunto de reglas** o principios sobre una materia racionalmente *enlazados* entre sí.

2. m. **Conjunto de cosas** que *relacionadas* entre sí ordenadamente contribuyen a determinado objeto.

3. m. Biol. **Conjunto de órganos** que intervienen en alguna de las principales *funciones* vegetativas. Sistema nervioso.

4. m. Ling. **Conjunto estructurado** de unidades *relacionadas* entre sí que se definen por oposición; p. ej., la lengua o los distintos componentes de la descripción lingüística.

Parece ser que, semánticamente hablando, un sistema hace referencia a la cantidad de elementos que lo conforman y tal se evidencia en el uso de plurales (reglas, cosas, órganos), por ello, bajo esta óptica, la familia puede ser vista como un sistema si está conformada por unidades individuales como papá, mamá, hijo, hija, tío, tía, etc., y hasta podemos hacer diferencias cualitativas con base en la cantidad de personas que la conforman y el tipo de lazo que los une.

Ahora bien, en cuánto a la razón pragmática, la Real Academia Española también recoge algunas palabras que suelen ser utilizadas en las conversaciones más naturales para designar nuestro entendimiento sobre el mundo: el sistema de justicia,

el sistema electoral, el sistema de transporte colectivo o incluso el sistema operativo; y, con cualquiera de ellas, si bien entendemos su puesta en escena en las conversaciones, rápidamente nos remite a pensar en las unidades que lo conforman y la capacidad de reconocerlo existente en nuestro mundo. Sería casi una aberración o al menos resultaría sumamente extraño escuchar decir, por ejemplo, “no he dormido muy bien que digamos, el *sistema colchonal* de mi casa se ha descompuesto”.

Al hablar de sistema lo hacemos tradicionalmente en un marco binario que lo aprueba o desaprueba (ejemplo de lo que digo), como se suele hablar de la corrupción u honestidad del sistema de justicia o el electoral; si va rápido o lento y falla o funciona el sistema de transporte; si son buenas o malas o justas o injustas las reglas de un juego, o si está enfermo o sano el sistema nervioso o digestivo. Como es posible apreciar, en cualquiera de estos casos, hablar de sistema desde esta visión, nos remite a ontologizar lo que considero la máxima de nuestro pensamiento occidental: lo colectivo versus lo individual; el valor del primero a partir del estatus y esencia del segundo; la esencia de cualquier unidad como responsabilidad de ella misma.

Si nuestro pensamiento lineal dicotomiza y parte en unidades tangibles cualquier relación y hace de ésta el resultado de sus elementos como si se tratase de una sumatoria cualquiera, la cibernética o el pensamiento recursivo, gira y se enfoca en lo olvidado de los sistemas, aquello que se encuentra entre el espacio de esas unidades; es decir, enfoca a la relación como unidad, o mejor dicho como proceso a analizar. Al hacerlo de esta manera los cibernéticos entendieron que todo fenómeno sólo podía tener sentido en tanto se consideraran las relaciones que lo hacían posible y de esta forma, el depresivo dejó de serlo sólo por el hecho de tener depresión o poseer una estructura psíquica predispuesta a ello para entenderlo como una respuesta **funcional** a su contexto; el comportamiento humano pasaba de tener un valor concreto a

representar una variable, con la capacidad de adquirir ciertos valores según esté inserta en uno u otro contexto (Watzlawick, Beavin & Jackson, 1991).

Lo cierto es que la idea de función en psicología no es propia del pensamiento cibernético, ésta ya había sido explorada por grandes investigadores y teóricos de los procesos de medición en psicología como lo demuestra la historia de la psicometría (Garaigordobil, 2013), empero, lo que sí le es propio al pensamiento cibernético fue haber trasladado la explicación teórica y filosófica de la aplicabilidad de este concepto al entendimiento de la actividad humana, con lo cual, se iniciaba la transformación de la cibernética como teoría de la información a una teoría epistemológica. Dicha explicación matemática contenía la semilla de lo que después se conocería como distinción y puntuación:

El secreto radica en el hecho de que un matemático no pretende afirmar nada acerca de la existencia, la realidad o la eficacia de las cosas. Le interesa la posibilidad de simbolizar cosas y de simbolizar las relaciones, que pueden establecerse entre ellas. Sus “entidades” no son “datos” sino conceptos” [...] Las construcciones matemáticas son sólo símbolos; tienen significado en términos de relaciones, no de sustancia. (Watzlawick, Beavin & Jackson, 1991, apartado de Noción de función y relación, párrafo 8).

Al igual que las entidades matemáticas, las entidades psicológicas no poseen sustancia y tampoco pueden comprobarse aislándolas de sus relaciones, simplemente son propuestas sobre la posibilidad de la realidad y su comportamiento. Como aducen Watzlawick, Beavin y Jackson:

Así, la esencia de nuestras percepciones no son “cosas” sino funciones y éstas, como vimos no constituyen magnitudes aisladas sino “signos que representa una conexión... una infinidad de posiciones posibles de carácter similar...” Y si esto es cierto, entonces ya no debe sorprendernos que incluso la percepción que el hombre tiene de sí mismo sea, en esencia, una percepción de funciones, de relaciones en las que participa, por mucho que después pueda cosificar esa percepción (1991, apartado de Noción de función y relación, párrafo 14 ).

Quisiera puntualizar, entonces, la diferencia entre un sistema “tradicional” frente a un sistema cibernético ya que esta simple diferencia marca el camino que seguiremos para entender la propuesta de comunicación vertida aquí. Un sistema cibernético se reconoce antes que por sus unidades individuales (que las hay) por sus relaciones y, en estas relaciones lo que es posible estudiar es el flujo de información. Sin embargo, la información no se refiere a una cantidad matemática como en el modelo lineal de la comunicación, sino a “eso” que es percibido, dotado de significado y utilizado para evaluar y/o modificar el desempeño de cualquier sistema; es decir, la forma en que la significación de los sucesos nos hacen actuar en uno y otro sentido; la percepción a su vez de cualquier información también es información que otro sistema puede percibir y utilizar para su desempeño; dicho de otra forma: en una relación cualquiera de dos individuos, su estatus individual dice poco respecto de su relación, la forma en que uno se comporte con el otro y la forma en que ese otro recibe tal información y responde y así sucesivamente, es lo que define su estatus como “individuos”.

Este flujo de información sólo es posible gracias a la retroalimentación, a decir verdad, el concepto de retroalimentación es propio de todo aquello que empate con la noción de función, relación o similares. Sin embargo, un sistema fluctúa a partir de esta

información en dos direcciones distintas que le permiten a) o bien sobrevivir con la misma organización -referente a la morfostásis, o por su raíz el mantenimiento de la forma-, b) o bien, complejizarse al generar una nueva forma de organización - morfogénesis que por su raíz se entiende como el origen de la forma- (Ochoa, 2004).

Pensemos un poco en qué pasaría si un sistema se comportara como lo hace el pensamiento lineal, su organización tendería hacia su saturación puesto que mientras haya más de lo mismo más retará la flexibilidad que sus relaciones pueden sostener. La idea es simple y puede ejemplificarse con un experimento muy básico, si uno cogiera un globo (sistema) y lo llenara de agua (flujo de información) el globo tendería a hacer uso de sus propiedades sistémicas o bien pondría a prueba la flexibilidad de las relaciones de sus componentes físicos; como es sabido si a un globo se le satura de agua llegará un punto en que su estructura no tolerará tanta agua y por consiguiente explotará.

Empero, el comportamiento de los sistemas sea que englobemos en este concepto propiedades inertes u organismos, actúan de una manera más compleja. Todo sistema tiene la capacidad de autorregularse y esta regulación no se comporta linealmente, es decir que, cuando un sistema se satura de cierta información pone en marcha mecanismos que jalan al sistema hacia su estado contrario, a disminuir la saturación o inclinación hacia un lado añadiendo información que, por decirlo de alguna manera, neutraliza el flujo hacia una sola dirección. Keeney (1991) siguiendo a Bateson ejemplifica esta situación al describir la manera en que funciona un termostato, y lo explica de la siguiente manera:

El ejemplo clásico de retroalimentación es el sistema de calefacción controlado mediante un termostato: cuando la temperatura fluctuante excede los límites del termostato calibrado, se activa en el horno un mecanismo que lo enciende o apaga, volviendo otra vez la temperatura al intervalo dentro del cual debe mantenerse. (p.83)

La retroalimentación tiene dos formas, ellas son la retroalimentación positiva y la retroalimentación negativa, que guardan estrecha relación con los procesos de simetría y complementariedad batesoniana. En la retroalimentación positiva, cuando un sistema es dirigido por el flujo de información hacia una dirección se le conoce como retroalimentación positiva, sus relaciones se comportan simétricamente en cuanto en una relación cualquiera un elemento aporta información en un sentido, el otro en relación aporta más en la misma dirección. Una pelea de pareja puede servir para dejarlo en claro, cuando una de las personas comienza a reclamar un olvido y lo achaca a la falta de interés del otro, ese otro puede a su vez decir que el otro también lo hace y comenzar a señalar ejemplos que evidencien su posición. Ambas personas están en el mismo lugar: ambas buscan demostrar su punto a través de una lucha por ver “quien puede más”.

En cuanto a la retroalimentación negativa, pensemos en el mismo ejemplo, una pelea que se comporta simétricamente puede amenazar la existencia y organización del sistema en cuanto aumenta las probabilidades de llegar a un desacuerdo irresoluble y disolver la relación de pareja. Afortunadamente los sistemas ponen en marcha sus propios mecanismos de regulación que evitan que esto pase. Tal puede ser que uno decida ceder ante la perspectiva de ruptura o que llegue un tercero y corte la dinámica simétrica que sostenían, en cualquiera de los casos, el sistema ahora dirige el flujo de información hacia el lado contrario: si cede uno, el otro podría también hacerlo, con lo cual comienza una secuencia de complementariedad asociada a la retroalimentación negativa.<sup>3</sup>

---

<sup>3</sup> Observe el lector que cuando hablamos de positivo o negativo no lo hacemos desde una categoría moral que señale la bondad o virtud de uno y la negligencia del otro, sino que más bien se trata de direcciones opuestas, y así como un sistema con una pauta simétrica puede amenazarla, también lo puede hacer una pauta excesivamente complementaria, como lo evidencian los problemas surgidos en una relación “co-dependiente”. Cuando estos procesos exceden la capacidad del sistema para autorregularse puede surgir

Es necesario diferenciar dos aspectos importantes en tanto la descripción de todo sistema, esto es: existe una estructura y una organización, que, dicho de paso, si las dividimos sea sólo pedagógicamente puesto que en la práctica ambas se retroalimentan mutuamente para coexistir.

En cuanto a la estructura, sospecho que esta es la visión más tradicional que poseemos cuando hablamos de un sistema y que ya he mencionado anteriormente, se trata pues de los elementos que dan el soporte, de las unidades individuales y descontextualizadas que lo conforman; estas unidades sólo pueden pasar a conformar una estructura en cuanto se ponen en marcha sus relaciones creando un nivel lógico superior que las comprende pero que no se reduce a ellas, esto es que las relaciones que sostienen estas unidades conforman una organización determinada que comparte información.

El flujo de esta información tiene efectos e intencionalidad, en parte porque los sistemas son teleológicos; es decir, poseen una intención en el sentido de cumplimentar un objetivo específico, y esto es válido para cualquier tipo de sistemas si pensamos abiertamente en ellos como sistemas insertos dentro de sistemas, insertos dentro de sistemas y así sucesivamente. Esto implica que, si un sistema posee una autoorganización, la posee en virtud de la actividad que tiene que desempeñar pero que también está “diseñada” para interactuar o “experimentar” su propia actividad en relación a estímulos o información provenientes de su exterior.

Esto lo ha demostrado Maturana y Varela (2009), al describir cómo el ojo es un sistema independiente del estímulo que elicit su respuesta y que de hecho la experiencia cromática funciona más por la organización del ojo que por la organización

---

lo que Bateson denominó como *cismogénesis* (1979) o bien la ruptura de un sistema. Sin embargo, vale la pena reflexionar sobre el concepto de ruptura ya que, aunque un sistema sea autónomo y pueda poner en marcha regulaciones de su desempeño, en realidad, está conectado de múltiples formas a otros sistemas que lo retroalimentan constantemente.

de, por ejemplo, las ondas físicas que producen la reflectividad de la luz en la retina. No obstante, aunque dicha demostración nos proporciona la clave para reflexionar sobre las implicaciones y alcances de los sistemas, también es necesario pensarlos como sistemas abiertos a la información de otros sistemas pues nuestra existencia, y la existencia de todo sistema también depende de sus relaciones con lo que no es él mismo.

Por consiguiente, la ruptura de un sistema al menos desde el ámbito teórico no necesariamente es sinónimo de algo malo, sino que se relaciona con la morfogénesis. Al estar relacionados con otros sistemas, su ruptura pone en marcha mecanismos de regulación de órdenes superiores que influirán en el surgimiento de una nueva organización y una nueva estructura; sin embargo, en cuanto aplicamos esta descripción a lo práctico, aterrizamos en un suelo más azaroso en comparación con el suelo de la abstracción teórica. Influir en un sistema con el pensamiento de que sea que se establezca o rompa un sistema su resultado será benéfico en uno u otro sentido puede llevarnos, como terapeutas y como seres humanos que se comunican, a generar situaciones conflictivas y riesgosas para los involucrados.

Por ejemplo: es posible que como terapeutas estratégicos prescribamos la saturación de información hacia un sentido rigidizando una relación conflictiva con el propósito de hacerla insoportable para los involucrados y “obligarlos” a organizarse de otra manera. La estrategia sigue la descripción cibernética, empero, podemos obtener una serie de resultados deseados y no deseados. A la siguiente sesión esta misma familia puede haberse autoorganizado de una manera tal que el problema pudo desaparecer desarrollando conductas comunicativas más funcionales a sus contextos, o, por el contrario, podemos encontrar a una familia disuelta, enojada, y mucho más problemática que al inicio. Si rigidizamos una interacción entre esposos o bien pueden resolver sus conflictos o bien pueden decidir por el divorcio. Pensar que una u otra es el

resultado de la propia organización del sistema nos deslinda de nuestro compromiso ético como terapeutas e invalida lo que Keeney llamó: conciencia ecológica (1991).

Esto pone de manifiesto que nuestras intervenciones no son simples estrategias utilizadas para “arreglar” o “modificar” situaciones conflictivas y que nuestra forma de pensar una situación influye en la manera en que actuamos, hablamos y sentimos sobre ella. Desconectarnos de nuestros pacientes de esta forma diluye el compromiso ético, esto es, el de intervenir con miras hacia lo benéfico, es negar, además, que nos es necesario pensar ecológicamente, vislumbrar, en la medida de lo posible, los efectos que nuestras intervenciones pueden llegar a tener, por ello algunas preguntas que nos es importante hacer son: ¿qué pasaría con estos consultantes si el problema no estuviera? ¿si no pelean sobre este tema, entonces pelearían por algo más? ¿esta propuesta es útil y deseada o es el producto de mis propios marcos de entendimiento de lo que es correcto o incorrecto? A partir de esta serie de preguntas, los terapeutas familiares y la cibernética se concentraron en desarrollar un modelo que diera cuenta de los sistemas observantes y no sólo de los sistemas observados; es decir, se desarrolló la noción de cibernética de segundo orden acuñada por Heinz Von Foerster (Howe & Von Foerster, 1947).

Ahora bien, antes de pasar de lleno a las cuestiones más epistemológicas, me es necesario aclarar el concepto de intencionalidad ya que su uso, a mi consideración, tiene implicaciones distintas en lo tocante al desarrollo de la cibernética y de la semiótica. El concepto de intencionalidad debe ser tratado de un modo diferente a lo usual, un modo distinto al propuesto, por ejemplo, por la psicología cognitiva o el psicoanálisis quienes desmenuzan este concepto como un “dar desde adentro hacia un afuera”, la intención por tanto es la prefabricación de las conductas, es en nuestro tema, la corporización de la máxima cartesiana: “pienso, luego existo”.

Empero, para la visión comunicativa de Bateson y sus herederos, lo teleológico o lo intencional no puede partir desde “un adentro hacia un afuera”, puesto que con ello se parte el acontecimiento comunicativo en unidades que “interiorizan” su significado, más bien, se trata del resultado de los sistemas en interacción, se vuelve una descripción inversa, de lo exterior a lo interior, en virtud de que la comunicación y la organización de los sistemas, por su propio curso desarrollan mecanismos que permiten el flujo de información y que sólo con una mirada amplia de estas relaciones es posible ver su intencionalidad. Pongámoslo más simple, la intención es el corolario “fortuito” de toda organización, es el resultado de las relaciones que se establecen en el transcurso de cierto tiempo y cierto espacio. Watzlawick lo explica de la siguiente forma haciendo eco del primer axioma de la comunicación humana:

Sí, eso se ha dicho [que el primer axioma es imposible no comunicar puede ser no útil o significativo], y en general responde a la siguiente pregunta <<¿Es la intencionalidad una componente esencial de la comunicación?>> Si usted se interesa por el intercambio de información a un nivel que calificaría de consciente, voluntario y deliberado, entonces, efectivamente, la respuesta es afirmativa. Pero si adopta nuestro punto de vista y admite que todo comportamiento en presencia de otras personas es comunicación, entonces me parece que debe ir usted hacia las implicaciones del axioma. (Winkin, 1990, p.339)

No obstante, argumentaría, que la intencionalidad además de ser el resultado del proceso sincrónico de la comunicación tiene por lo menos dos estratos bien diferenciados: aquél que apunta a su consciencia y aquel que lo hace a su inconciencia. No trataré el tema de la consciencia y el inconsciente de manera tradicional, entiendo que estos conceptos se conectan con nuestros hábitos comunicativos y epistemológicos, así su diferencia recae en que la consciencia es la capacidad que tenemos de saber cómo

sabemos mientras que la inconciencia es un hábito que se ha cristalizado en nuestras pautas comunicativas, así lo entiendo yo.

Con ello quiero decir que por mucho que pensemos que la intencionalidad es el resultado de toda la interacción comunicativa, también existe una intencionalidad vivida por los interlocutores de manera muy “presente”, muy consciente; se trata pues de una intencionalidad cibernética y de una intencionalidad lineal.

### **De los procesos de distinción y puntuación: la ética comunicativa**

Es bastante frecuente observar un fenómeno de “todo o nada” al tratar por primera vez con las ideas cibernéticas. El lector que comienza a adentrarse en esta mirada sobre el mundo, tiende a desechar casi instintivamente todas las ideas y explicaciones que no encajen con el modelo de la comunicación recursiva, denostando y calificando a los modelos lineales como teorías y presupuestos sin valor, erróneos o anacrónicos. Adentrarse en la explicación cibernética (o a cualquier explicación novedosa sobre el mundo), requiere forzosamente una re-presentación del mundo, en la medida en que nos obliga a generar nuevas descripciones, imágenes y explicaciones sobre lo que sucede en la “realidad”, que nos permita dar sentido a lo que estamos aprendiendo y, una vez que consideramos que hemos concretado este “paso” damos por hecho que así funciona el mundo. Comenzamos a creernos que esta es la única explicación válida para la realidad.

Considero que este es un hábito que cierra nuestra capacidad de entendimiento: creer que nuestras explicaciones son la “realidad”, es tomar por el territorio lo que sólo representa un mapa. Nuestras explicaciones, descripciones y teorías sobre el funcionamiento de la realidad dirigen nuestra existencia y acción en el mundo, posee implicaciones específicas sobre cómo interactuar con uno mismo y con todo aquello que

no es uno mismo, valora y categoriza, en suma, constituye la organización y contenido de nuestra epistemología, concepto acuñado por Bateson (1985) para hacer referencia al conjunto de reglas que indican lo que se sabe y lo que no.

Todos poseemos epistemología, pues todos nos encontramos en interacción constante, incluso, quien afirme no poseer una, está paradójicamente afirmando que la posee, aunque quizá no sea consciente de ello. Todos poseemos epistemología pues todos somos capaces de discernir y nombrar las cosas; a esta capacidad la denominaremos **distinción**; pero, toda distinción implica un segundo proceso: el de **puntuación** (Keeney, 1991). Con ello nos referimos a que al distinguir o describir lo que hay en el mundo, forzosamente categorizamos y valorizamos como prioridad ciertas cosas, eventos o fenómenos; para entenderlo de una manera simple atendamos la siguiente oración: *Las arañas suelen ser muy agresivas*.

En este ejemplo observemos la puesta en marcha de la distinción, con ella la oración presupone la existencia de ciertos entes diferenciados que son las arañas, además esta distinción presupone la existencia de una multiplicidad de tipos de arañas o bien del conjunto de ellas, si se quiere como especie o como diferentes especies. Distingue además cualidades sobre ellas: agresividad. He ahí la distinción. Ahora bien, si atendemos al proceso de puntuación, la secuencia sintáctica nos indica quién tiene qué cosa, es decir, la agresividad: esa descripción válida y en este caso saliente de la multiplicidad de posibilidades de lo que puede ser una araña, pues bien pudo haberse elegido otras cualidades para calificarla.

Sin embargo, las oraciones, así como el contenido de nuestra epistemología no es un atributo que se encuentre en nuestro cerebro o que se desconecte fácilmente de su contexto de sentido; así como los lingüistas se dieron cuenta que reducir el análisis del lenguaje a sus categorías sintácticas y semánticas no equivalía a conocer “el habla”, así nuestra epistemología o premisas sobre el mundo no pueden ni deben reducirse a

meros enunciados producto de la actividad solipsista del ser humano. Esto quiere decir que lo que sabemos del mundo no sólo es una construcción activa de los sujetos en interacción (como sostiene de manera muy general el constructivismo), sino que, de hecho, toda construcción “individual” está situada y conectada de múltiples formas a contextos y personas específicos atravesadas por el lenguaje en acción.

Así, cualquier individuo si bien construye lo que distingue y puntúa como “su propia organización del mundo”, está inmerso en las relaciones que sostiene con otros individuos que a su vez están inmersos en sus relaciones con sus contextos más cercanos, los físicos; pero también de sus contextos menos tangibles como la red de discursos, significados, acciones y sentidos que atraviesan a la sociedad a la que pertenecen. Siendo leales a nuestro entendimiento cibernético, individuo y colectividad son entes secundarios a la importancia de su relación, de su conexión recursiva.

Si construimos lo que vemos al describirlo, y describimos lo que vemos construido por uno mismo, y si hemos de aceptarlo, también hemos de aceptar que nuestras construcciones activas sobre el mundo dependen del uso de nuestro lenguaje, de sus implicaciones éticas y políticas, de sus nexos indisolubles con la sociedad a la que nuestro lenguaje pertenece (Halliday, 1982). Todo descripción-construcción es, de cierta forma, construcción-descripción profundamente colectiva.

Lo que un individuo construye para sí, tiene congruencia lógica con su colectivo (sea que se reconozca o no lo haga), sus premisas no son premisas individuales, aunque así lo parezcan, sino una red fluctuante de discursos preferentes, algunos tomados conscientemente y otros performatizados habitualmente hasta diluir su conciencia. Lo colectivo retroalimenta a los individuos, les marca caminos por dónde ir, hacia qué discursos emigrar, qué acciones tomar; pero, sería ingenuo pensar que la colectividad posee mayor influencia sobre el individuo, así, cada individuo en relación ejerce su

efecto de moldeamiento de lo colectivo, lo transforma, y todo ello en un proceso profundamente cibernético determinado por su contexto y su temporalidad.

Quiero decir con esto que, nuestros hábitos de distinción y puntuación, hábitos epistemológicos, no pertenecen enteramente al individuo ni a la colectividad. Son hábitos esencialmente pragmáticos, a través de su puesta en acto, son temporales, limitados, puede hablarse de ellos sólo con relación a su contexto de existencia; sin embargo, lo pragmático no equivale a diluir cierta regularidad o isomorfismos epistemológicos, por hacer eco de Bertalanffy (1976); debajo de ellos hay una estructura que los sostiene que no es rígida ni inmutable, sino más bien, posee grados variables de solidez según su coherencia y su uso. En el plano lingüístico, lo pragmático o los acontecimientos lingüísticos, según su regularidad van estableciendo una estructura que lo sostiene: lo sintáctico y lo semántico, y estos, a su vez, determinan ciertos límites para su uso. En el plano epistemológico, la puntuación y distinción como acontecimiento va engendrando su propia estructura que pueden rastrearse y confundirse con productos sólidos y atemporales: mandatos, creencias, significados, dependiente de estructuras sociales y políticas que pueden llegar a tomarse como fenómenos *a priori* y anteriores a todo uso, valga la redundancia, pragmático.

“Cuando suponemos que ya tenemos una explicación [descripción sobre el mundo], a menudo dejamos de buscar otras descripciones. Así, renunciamos a una postura de curiosidad [postura cibernética] porque creemos haber “descubierto” una descripción que “encaja” [con la realidad].” (Cecchin, 1989, p. 10). Entonces, nuestras explicaciones sobre el mundo son representaciones construidas a través de una interacción recursiva entre la propia actividad del sujeto y la colectividad que lo sostiene y por lo tanto su enunciación no significa que puedan o deban ser la única forma de describirlo, lo cual implica que 1) no son necesariamente válidas para todos y cada uno de quienes participan en dicha colectividad -y mucho menos universalmente- pero

tampoco le son totalmente ajenas y, 2) que las descripciones dejan de perseguir la verdad objetiva y última para trasladarse al campo de lo que es creíble o verosímil, en virtud de que tales declaraciones comparten redes de significados y usos para la sociedad que las evalúe.

Identificar y subrayar que las descripciones que hacemos de algo es una posibilidad, una construcción, de las múltiples posibles, esgrimidas por otros y otras en interacción, permite lo que para mí es la mayor actitud sistémica: todas las descripciones posibles pueden ser válidas y útiles si encontramos la pauta que los conecta. De esta forma, parece que no sólo posibilitamos un contexto de ejercicio mental para hallar los puntos de unión de diversas perspectivas, sino que volvemos la actividad humana, comunicativa, una actividad fronética (ética). Esta es una idea esparcida a lo largo de las reflexiones hechas a partir de la postura batesoniana sobre la vida y que tanto Keeney (1991) como Cecchin (1989) recogen en diferentes momentos.

En cuanto al primero, Keeney (1991), describe a la cibernética como una forma de reconciliar diferencias en la medida en que nuestras descripciones, una vez más, sólo tienen sentido en relación con algo o alguien y al ser de este modo es imposible ignorar la descripción de ese otro en relación, así, surge lo que Bateson llamaba: una doble descripción. Las distinciones que hacemos con base en nuestros hábitos epistemológicos pueden o no ser iguales o diferir en grados con otras distinciones sobre el mismo fenómeno, es lógico que cuando difieren -lo cual es la regla y no la excepción- existan diferencias importantes que generen desacuerdos y problemas.

Quisiera ser enfático con que cuando nos comunicamos y describimos el mundo, nuestro proceso “individual” en realidad pertenece a un orden superior, el del proceso recursivo, así, cualquier distinción que hacemos es necesariamente parcial, por más compleja y lógica que sea, su existencia estará en relación a otro y, por tanto, sólo puede adquirir un sentido total cuando enlazamos las distintas descripciones que entran en

juego. “Para el observador, esto significa que la combinación simultánea de sus respectivas puntuaciones da una vislumbre de la relación total” (Kenney, 1991, p.53).

Respecto de la segunda, Cecchin, en su artículo Nueva visita a la hipotetización, la circularidad, la neutralidad. Una invitación a la curiosidad (1989), conceptualiza esta multiplicidad de descripciones desde la postura de curiosidad que el terapeuta debe adoptar si quiere ser sensible y empático con sus consultantes; para este autor, la curiosidad es el resultado de mantener la visión estética o bien de conceptualizar las descripciones como posibilidades insertas en patrones determinados con efectos distintos, dice:

La curiosidad desde una perspectiva estética [...] está basada en la noción que cada sistema tiene una lógica en su interacción. Esta lógica no es buena ni mala, ni correcta ni incorrecta. Es, simplemente, operativa. Desde esta perspectiva respetamos la integridad del sistema. Y, nuevamente, nuestro respeto hacia el sistema acrecienta nuestra curiosidad acerca de cómo ideas, comportamientos y eventos participan en la creación y el mantenimiento de la integridad del sistema. Respetar un sistema significa que actuamos hacia el sistema con la recurrente comprensión de que el sistema simplemente hace lo que hace y que esta acción es la misma que lo hace. (p.12)

Considerar las múltiples descripciones del mundo que entran en juego en el acto comunicativo nos responsabiliza como interlocutores para reflexionar y cuestionar sobre la posición desde la cual nos comunicamos, a la vez que nos abre la posibilidad de dudar sobre nuestros mapas y reconstruirlos en la interacción con nuestro mundo circundante y con nuestros interlocutores. Esta postura vista desde el ángulo cibernético batesoniano entraña por lo menos tres ejes fundamentales del proceso comunicativo (Apel, 2008), y que han sido obviadas a favor de una visión simplista de la pragmática de la comunicación:

**1) Lo ético va más allá del uso del lenguaje:** es posible que el lector haya notado que tanto Keeney como Cecchin parecen referirse a esta postura como una, esencialmente lingüística; cuando hablamos de descripciones es natural pensarlas desde esta perspectiva. No obstante, lo que es ético en la comunicación se amplía con el modelo de la orquesta: si lo lingüístico es una parte, lo que queda fuera de su dominio también lo es; nuestras posturas, las inflexiones, nuestros acercamientos o alejamientos, las sonrisas, el ritmo de nuestros movimientos, el espacio en el que se desarrolla la interacción, entre otros, también tienen y deben ser vistos desde la reflexión ética pues conforman un todo comunicativo.

**2) Lo ético está anclado a un contexto conformado por la situación *per se* y por su historicidad:** cuando nos comunicamos lo hacemos en un punto específico de nuestra temporalidad, y en aquel espacio confluyen por una parte las cuestiones físicas o geográficas (si se trata de un salón de clases, un parque, un concilio, un juicio oral, una convención, etc., así como el lugar de ubicación: colonia, país, entre otros) y, por otra parte, los discursos sociales<sup>4</sup> que son conocimientos socialmente compartidos. También entra en juego la historicidad de aquella situación y que está en función del bagaje que cada persona trae consigo para comunicar; es decir, es la historia, la cultura y la tradición que confluyen para tejer el acto comunicativo que, es bueno decir de paso, es único e irrepetible (Grondin, 1994; Grondin, 2008).

---

<sup>4</sup> He preferido llamarle discurso social a lo que comúnmente es llamado como lo *simbólico*. Esta distinción está fundamentada en Krees y Van Leeuwen (2001) quienes consideran al discurso como un conocimiento socialmente situado sobre algún aspecto de la realidad, entraña por supuesto una dosis simbólica en la medida en que es una convención compartida por una comunidad específica, no obstante, no hipotetiza por sí misma sobre la función de este discurso puesto que es en función de su uso.

**3) La ética es práctica, es el resultado de la interacción comunicativa:** la ética está implícita en toda práctica comunicativa como el resultado de la propia interacción. Si bien es cierto que no es una reflexión “consciente”, los hábitos que cada uno posee y que pone en juego encarnan esas premisas éticas, el resultado es que la ética atendiendo a su raíz etimológica *ethos* como el carácter histórico y el carácter del interlocutor (Aristóteles, 2008), está anclado al desarrollo social de cada sujeto, de su educación y de lo que considera valioso o no.

En la residencia de Terapia Familiar tuvimos un caso que puede ayudarme a ejemplificar estos dos puntos, sin embargo, quisiera aclarar que se trata de un simple ejercicio y no de un análisis comunicativo. Se trataba de una señora de aproximadamente 60 años de edad por nombre Soledad (he cambiado el nombre para mantener la privacidad de la consultante). Había decidido acudir al servicio porque tenía problemas con su marido y sus hijos, problemas relacionados a la manera en que era tratada, tanto su marido como sus hijos le exigían actividades del hogar y cuando estas no eran hechas, se las reclamaban. El proceso terapéutico duró solamente dos sesiones; sin embargo, quisiera concentrarme en el final de la segunda sesión.

Los terapeutas, un hombre y una mujer de 25 y 28 años respectivamente, estaban elogiando el gran cambio que Soledad había mostrado en sólo dos sesiones y que la había llevado a sentir que le era suficiente. Durante el proceso, Soledad había entablado una relación más estrecha con la mujer terapeuta que con el hombre terapeuta; al despedirse y dar por cerrado el proceso, Soledad y los terapeutas se levantaron, la señora y la terapeuta se acercaron con un paso casi sincronizado, la

señora agarró de los brazos a la terapeuta agradeciéndole con lágrimas en los ojos y bendiciéndola por lo logrado, acto seguido, hubo un abrazo corto pero enternecedor.

Al mismo momento, el terapeuta quien en general posee una forma de acercarse bastante cercana y cálida, tenía su brazo extendido hacia Soledad y su mano sobre su antebrazo, cerca del omoplato, parecía que quería abrazarla; sin embargo, Soledad no estaba dispuesta a hacerlo, siempre se mantuvo considerablemente alejada en comparación con la mujer terapeuta, cuando terminó de despedirse de ella, volteó hacia el terapeuta hombre y con una sonrisa y un apretón de manos se despidieron. Los tres salieron de la cámara de Gesell y terminó el acto comunicativo.

¿Cómo esta escena puede ejemplificar lo ético en la comunicación? Pues bien, consideremos el primer punto, si bien es cierto que hubo intercambios lingüísticos entre los tres participantes, la señora también comunicaba con su cuerpo y el uso del espacio, los elogios y felicitaciones se mezclaban con acercamientos y miradas dependiendo del sexo del terapeuta, con la mujer terapeuta estaba dispuesta a tener un acercamiento más próximo que con el hombre. Cuando nos encontramos en esta situación es indispensable captar estos mensajes, respetar la forma en que cada interlocutor ha conceptualizado la mejor manera de comunicarse y, considerando que es un espacio terapéutico, los “expertos” deberían estar al pendiente de ello. Así, si el terapeuta hombre no hubiera captado el mensaje de la señora: *no voy abrazarte porque eso sólo lo hago con ella*, probablemente hubiera insistido y forzado a la señora a abrazarlo creando un posible ambiente de tensión e incomodidad.

Aunque resulte burdo, insistir en comunicarse proxémicamente de otra forma con la cual el otro no está dispuesto es una forma de no respetar los límites que los interlocutores ponen en la interacción, habrá que pensarlo desde un lugar común, no respetar estos límites no lingüísticos tienen el mismo efecto que desconfirmar o descalificar lo que otro dice sobre un hecho, por ejemplo cuando tajantemente decimos

“estás loca”, “estas inventando todo eso” o “ahora puedes cambiar la versión de la historia”; es decir, su efecto es negar la participación del otro en la comunicación.

Ahora bien, respecto del segundo punto, debemos considerar la situación y su historicidad<sup>5</sup>. Por un lado, se trata de una clínica de Terapia Familiar de la Maestría en Psicología, ubicada en Los Reyes, Iztacala, Tlanepantla y la cual atiende cada semestre una cantidad considerable de pacientes, de cierta forma podemos decir que se ha cristalizado como una institución importante en la atención de problemáticas psicológicas. Este carácter físico se une simbióticamente con los discursos sociales generales y particulares; generales en tanto sabemos que el trabajo del psicólogo es visto como un “arreglar problemas”, que los psicólogos son expertos en el “tratamiento” de estas problemáticas y que un servicio con especificaciones como “terapia familiar” tiene un nicho bien definido y especializado sobre ciertas problemáticas.

En cuanto a los discursos más particulares, aquellos relacionados con el bagaje que cada interlocutor pone en juego en el acto comunicativo, la simple descripción de la escena arroja algunas premisas: a) Soledad al ser una mujer de 60 años tiene una educación distinta basada en cómo se debe socializar con hombres y mujeres, b) con las mujeres se puede ser cercana, se puede expresar sentimientos, c) con los hombres se debe ser distante pero educada, existen límites de interacción corporal. Por otro lado, el terapeuta hombre revela algunas de sus premisas, a) tengo que ser cálido y afectuoso

---

<sup>5</sup> Utilizo el término de historicidad para referirme a las experiencias con-formadoras del acto comunicativo. Esto quiere decir que si bien aceptamos la existencia de los interlocutores como agentes que comunican, también lo son los espacios donde se desarrolla, por ello la historicidad tratada de esta manera intenta alejarse de las nociones antropocentristas para ampliar su mirada hacia todo aquello que confluje en la interacción y que, con el tiempo ha adquirido cierto significado en las prácticas sociales que lo involucran. Por otro parte, el término está influido por mis lecturas sobre la hermenéutica gadameriana, Gadamer (1993), en verdad y método, reconoce que esta historicidad tiene efectos en la forma comprensiva de los interlocutores, reconoce que existe una historia configurada por los prejuicios que son la suma histórica de todos mis juicios y por ello lo que sucede en el acto comunicativo es un juicio que está conectado a una tradición y cultura determinados; es decir, la historia efectual es un proceso temporal que emerge de la comunidad a la cual pertenecen los involucrados y que guía el desarrollo de la comunicación.

con quien me relaciono, b) si se trata de una paciente, hay que mostrar soporte emocional y c) es importante respetar la manera en que Soledad quiere acercarse y, finalmente en cuanto a la mujer terapeuta es posible inferir las siguientes premisas: a) como terapeuta y mujer me puedo permitir conectar fácilmente con otra mujer y b) si una mujer de mayor edad me trata afectuosamente es importante permitirlo.

De esta manera y aunque se trata de un ejemplo muy superficial, pone en práctica las cuestiones éticas de la interacción humana.

La ética no es un concepto ni una acción nacida de los privilegios teóricos o de estrato socioeconómico, se trata pues, de una acción implícita cuando nos comunicamos. De esta manera, comunicarse, que es un proceso formativo de ser-en-el-mundo está permeado por nuestra cultura y en tanto así sea, todos poseemos una intelección comunicativa: sabemos cómo relacionarnos y cómo comportarnos en lugares específicos y personas específicas, y este conocimiento es lo suficientemente flexible como para permitir a cada persona adaptarse en cada situación que se le presente. Recuperando a Bateson, nos insertamos en contextos de aprendizaje y en contextos de deuterio-aprendizaje (aprendemos a aprender). El tercer eje, entonces hace énfasis en la ética como producto comunicativo y no como producto individual.

La relevancia de la ética comunicativa radica en los efectos que ésta tiene como un quehacer práctico, es decir, como *praxis*, qué, según la visión aristotélica, es una forma de producir conocimiento sustentada en una visión colectiva. Aristóteles (1983), distinguía por lo menos cinco formas de producción de conocimiento que estaban asociadas a prácticas distintas, sin embargo, sólo mencionaré la distinción entre dos de ellas: la *praxis* y la *tekné*. Hacerlo de esta forma tiene por lo menos dos implicaciones importantes para la práctica terapéutica en general y para la práctica terapéutica

cibernética<sup>6</sup> en particular, estas son: 1) proporciona un nexo importante que vincula forzosamente la práctica y la teoría y 2) convierte a la comunicación en un acto esencialmente dialógico en el cual los interlocutores adquieren la misma importancia según la acción desempeñada.

Si bien es cierto que en los espacios de formación existe la idea generalizada de construir puentes entre práctica y teoría, la práctica muchas veces termina convirtiéndose en una aplicación de fórmulas y preguntas que poco tienen que ver con la lógica epistemológica de la cual parten. Por poner un ejemplo muy particular y taquillero, en mi experiencia, cuando se enseña la escuela de Terapia Breve Centrada en Soluciones, ésta tiende a decantarse y generalizarse como un “hacer preguntas que resalten lo positivo”, y de ello resulta que esta escuela se convierte en la escuela de la pregunta por el milagro, la pregunta de escala, o las preguntas por excepciones. Con frecuencia los terapeutas en formación comienzan a tener dudas importantes: ¿Cómo sé en qué momento aplicar una u otra pregunta?, lo cual a su vez revela una comprensión basada en una confusión lógica; es decir, tratar la técnica como base teórica.

Así pues, recuperar las nociones de *tekné* y *práxis* permiten hacer esta distinción entre la práctica y la teoría, entre la técnica y la lógica que la sustenta. La *tekné*, según la tradición aristotélica está asociada con un quehacer poiético, es decir, con un saber especializado centrado en la experticia y la manipulación de la sustancialidad; he de precisar que la *tekné* era una forma de explicar la producción del artesano que, en la Grecia Antigua, correspondía a una categoría de ser humano que debía producir para

---

<sup>6</sup> He decidido utilizar el término *cibernética* para resaltar las aportaciones que esta epistemología ha tenido en el desarrollo de la terapia sistémica y postmoderna ya que, si bien es cierto que cada escuela ha conceptualizado de distinta manera lo que implica la práctica terapéutica, todas ellas, incluyendo las escuelas postmodernas han sido influidos por trozos del gran aparato teórico ofrecido por la *cibernética* batesoniana. Por otro lado, el término también hace referencia al posicionamiento particular de la presente tesis, se trata pues de una reflexión teórica-práctica sostenida por el concepto de comunicación recursiva como pilar fundamental.

generar recursos económicos, se trataba pues de una suerte de hombre inferior. Por otro lado, la praxis está asociada con la *phrónesis*, o ética, y que si bien producía lo hacía en tanto consideraba su práctica como una obra orientada al bienestar común; la praxis era ese tipo de conocimiento que reconocía a los hombres libres y superiores capaces de dirigir, tomar decisiones y deliberar la justa proporción entre el exceso y la medida (Zambrano, 2019).

Si aplicamos estas nociones a nuestra práctica terapéutica distanciándonos de la diferencia entre seres humanos inferiores o superiores, resulta que la enseñanza de la técnica la transforma en un hacer poiético o, dicho de otra manera, en una destreza técnica centrada en la manipulación de un cierto tipo de sustancialidad, en nuestro caso, las conversaciones terapéuticas. Pero, centrarse en la técnica implica a su vez desestimar que nuestra práctica está inserta en una comunidad y que tiene efectos en ella; no podemos simplemente comenzar a preguntar sin considerar de qué forma esa pregunta o intervención pueda llegar a acceder en la manera en que el consultante se piensa a sí mismo y sus relaciones.

Con ello, la práctica terapéutica se transforma a sí misma para orientarse hacia su entendimiento como *praxis*, como práctica social. Vista de esta forma, toda práctica social es atravesada por la interacción, en el sentido cibernético, por las descripciones que los interlocutores hacen de un fenómeno dado; en nuestro sentido dialógico, trata sobre la manera en que los interlocutores consensan en el intercambio comunicativo lo que cada cual sabe e interpreta de una realidad que emerge de aquél encuentro.

Quizá este es un punto central de la ética en la comunicación dialógica y es que para propiciar el diálogo terapéutico hemos de considerar que existe un otro distinto y al margen de nosotros, que si puede compartir premisas socioculturales que dan forma a la realidad, también es cierto que estas pueden diferir por grados. Por ello, el terapeuta cibernético no sólo orienta su quehacer hacia el otro, sino que para hacerlo ha de pasar

constantemente por el autocuestionamiento de cómo entiende él mismo aquello de lo que se dialoga. Quizá esta postura pueda compartir similitudes con los conceptos centrales de la hermenéutica gadameriana (1993), utilizada en las posturas postmodernas: la tradición y el prejuicio configuran la historia efectual<sup>7</sup> de cada interlocutor y solamente desde ahí, bordeando sus límites y contenido es posible comenzar a apreciar lo que el otro tiene para decirnos.

Esto conmina a los terapeutas a reflexionar y cuestionar lo que sabe sobre los problemas humanos y desde donde los caracteriza como tal, cómo ha aprendido que la vida es de esa manera y cómo lo que ha aprendido se inserta en el entramado discursivo -entramado de conocimiento socialmente construido- que abre posibilidades en las conversaciones terapéuticas.

Quisiera hacer una ligera digresión ya que al hablar de posibilidades no me refiero a la asociación típica que supone que toda posibilidad es sinónimo de algo bueno. Más bien me refiero a que todo encuentro comunicativo dialógico abre posibilidades en tanto su función es insertar información en un sistema determinado que, al incluirse en los circuitos comunicativos, transforma su organización en sentidos que sólo pueden apreciarse como buenos o malos según los efectos vividos por los implicados. La posibilidad siempre es constructiva en tanto está ligada al saber que tenemos sobre la realidad que encarna prácticas de poder -haciendo eco de la postura

---

<sup>7</sup> Gadamer plantea una propuesta interesante para entender la dialogicidad y que no es recuperada del todo como sistema conceptual, siendo evidente en algunos artículos como *El lenguaje no es inocente* (Andersen, 1995) y *El lenguaje es poderosos, y puede ser peligroso* (Andersen, 1996), aunque esto no significa que no sea recuperado en textos más amplios y especializados. Así pues, la historia efectual hace énfasis en la manera en que participar en una comunidad y cultura específica condiciona los procesos de interpretación y comprensión; la tradición y el prejuicio son revitalizados por Gadamer para dar espacio a esa particular forma de estar en el mundo, es decir, el horizonte de comprensión. Para Gadamer, este horizonte es constituido por los efectos constitutivos de la tradición y el prejuicio, y entiende que el prejuicio, a diferencia de una postura de desacreditación, es necesaria si la observamos como la suma de todos los juicios que se han ido formando a lo largo de la experiencia. Finalmente, estos conceptos están ligados a la postura humanista del *sensus communis*, pues no puede haber un horizonte si no existe ese otro horizonte que contrasta y da sentido a nuestra propia forma de ser en el mundo.

focaultiana del poder (Rodríguez, 1995)-, la vivencia de esa construcción puede ser experienciada como buena o mala.

Caracterizar los encuentros terapéuticos como *praxis* nos conduce por el camino de la reflexión epistemológica y lo conecta con lo que eso nos permite hacer, el tipo de preguntas que emergen de ella y la manera en que esas preguntas pueden ser recibidas por ese otro que atendemos en el diálogo. Y de hecho lo hacemos constantemente en nuestras relaciones, no elegimos las mismas palabras ni la misma forma de decirlas cuando hablamos de un problema con un amigo que con un colega, con un terapeuta o con nuestra familia; lo ético del diálogo es también una competencia comunicativa arraigada en nuestros procesos de socialización.

Es, además, una forma de darle voz al germen de lo político inserto en las ideas cibernéticas; puesto que la comunicación debe ser ética, también ha de considerar la manera en que tales encuentros no resultan fenómenos aislados, sino que participan activamente en la configuración de la realidad compartida.

Cuando tratamos un tema de depresión, por ejemplo, disponemos de múltiples formas para referirnos a ella, la manera en que se resuelva aquello que se conviene como problemático, tendrá un efecto estructurante en la vida de las personas y sus relaciones, aún más, si consideramos que todo diálogo, por más horizontal que pueda ser, conlleva una serie de expectativas y premisas que posicionan de diferente manera a los interlocutores. En nuestro caso, el posicionamiento del terapeuta, en una sociedad que valora la jerarquía y la experticia por medios institucionalizados, siempre será de experto, y desde ahí el consultante dará sentido y significado a las conversaciones.

Espero que la descripción de un proceso terapéutico sirva para asentar mis argumentos. Se trata pues de un joven de 27 años que acude a terapia porque se siente muy enojado y tiene miedo de que, en cualquier momento, en el transporte público, pudiera agredir a las personas. Preguntando sobre el momento en el que sintió que el

problema se presentó, comentó que era a raíz de la muerte de su madre por un cáncer el cual tuvo el efecto en la relación con sus hermanos y amistades de alejarlos y sentirse aislado, al grado de pensar que todo el mundo había olvidado ya a su madre.

Las sesiones continuaron por caminos distintos hasta que en la tercera sesión comentó que a veces escuchaba voces en su cabeza y que no podía controlarlas, le frustraba y le hacía enojarse. Este momento resultó una pieza clave de todo el proceso terapéutico. En ese momento los terapeutas se enfrentaban con una cuestión central: ¿cómo contribuir a resolver la problemática sin imponer ideas o concepciones sobre lo que es escuchar voces? Así pues, pensemos en las posibilidades -que en realidad son infinitas- que pueden explicar ese fenómeno, presentaré por lo menos dos, una posible y la que fue utilizada:

1. Los terapeutas pudieron utilizar de referente el DSM para caracterizar la situación, en ese sentido, es posible describirlo como inicios de un trastorno mental como esquizofrenia que podría cerrar el cuadro diagnóstico: enojo, impulsividad, no control de las emociones, y alucinaciones auditivas.

2. Los terapeutas ofrecieron una metáfora, la del ceniztle o el pájaro de las mil voces para decir que quizá esas voces que escucha, pudieran ser voces de aquellas personas que a lo largo de su vida se han relacionado con él, y que, de hecho, todos poseemos la capacidad de escuchar lo que otros nos podrían decir, quizá el punto era saber, cómo podíamos darle turnos a cada voz y escuchar lo que cada una tenía para decirle.

A la siguiente sesión el cambio fue evidente, se sentía más tranquilo y con mayor agencia personal, al preguntar sobre qué fue lo que contribuyó a llegar a ese estado,

comentó que fue el hecho de saber que eso era normal y que él tenía la capacidad de controlarlo, así mismo pudo empezar a controlarlas y darles espacio a cada una; el proceso duro dos sesiones más. Como siempre, este es un ejemplo más pedagógico que analítico.

La cuestión política nos lleva a preguntarnos cuáles hubieran sido los efectos de haber elegido la primera opción. Si consideramos que la manera en que las personas organizan sus mundos de experiencia y que ello condiciona sus relaciones en uno y otro sentido, la primera opción hubiera generado la experiencia de patologización y poca agencia personal, quizá la terapia hubiera quedado como un proceso secundario ante la posibilidad de medicación e internamiento psiquiátrico y con ello comenzaría un proceso de posible despersonalización como el narrado por Goffman (1972) en su libro *Internados: Ensayos sobre la situación social de los enfermos mentales*. Además, tales categorías de experiencia no sólo afectan a quien se le imputan, sino también a quienes se relacionan con aquél, por ejemplo, el diagnóstico podría haber sido vivido como otro golpe a la familia después de haber perdido a la madre, hubiera sido visto como incapaz, enfermo y necesitado de ayuda, quizá como un fracaso personal pero también familiar al no haber podido evitarlo, o quizá, si atendemos a las explicaciones genéticas de los trastornos mentales, como una preocupación familiar por saber que su genética tiene esa tendencia.

Con todo, ahora imaginemos si esta situación se replica con los millones de terapeutas en el mundo que pueden recurrir a esta explicación. No sólo contribuimos al malestar de la experiencia de las personas, sino que además configuramos el discurso social de la enfermedad mental, discursos que luego pueden ser diseminados por medios de comunicación masiva como la televisión, el radio, el internet, plataformas de música, etc. En ese sentido la investigación hecha por el grupo de psicología discursiva de la Facultad de Estudios Superiores Zaragoza (Beltrán, Mandujano, Sánchez &

Capistrán, 2016; Capistrán-Caballero, Sánchez-Somera, Mandujano Vázquez & Beltrán-Ruiz, 2017; Mandujano, 2018) arrojan luz de aquellos procesos que diseminan estos discursos y la manera en que son configurados para tal acción.

### **De la doble descripción: el sustento colectivo**

Es posible que, en este punto, después de haber abordado sintéticamente conceptualizaciones importantes que permitieron a la cibernética transformarse en una epistemología, surja la siguiente pregunta: ¿Cómo y de qué manera puedo acercarme de forma ética y amplia a ese otro en un acto comunicativo cualquiera? Pienso que esta pregunta es válida y con frecuencia es de las primeras en hacerse por el hábito arraigado de saber cómo hacer las cosas, hábito que se sustenta en la idea de que a toda teoría le corresponde una práctica y viceversa. Sin embargo, la pregunta es engañosa; su respuesta por otro lado es lo que le ha valido a la cibernética batesoniana ser considerada, además de una teoría de la comunicación, una propuesta abierta para la semiótica (Cobley, 2004), y en la presente tesis, para la semiótica o lógica peirciana y su conceptualización dialógica.

Se trata pues de centrarse no ya en un saber hacer entendido como *tekné*, sino en un saber hacer como *praxis*; se trata de conocer la lógica por la cual las personas hacemos tajadas de realidad que conforman nuestra experiencia y sobre cómo esas tajadas son el resultado de un quehacer que se actualiza entre aquello que hace ser y estar a la persona en el mundo con su pertenencia a una comunidad específica en constante relación.

Si nos volcamos al concepto de epistemología desarrollado por Bateson, podemos encontrar múltiples definiciones que tocan distintas dimensiones de este y que de alguna manera oscurecen su propuesta (Hoffman, 1981), no obstante, me

centraré en aquella que la maneja como aquellos procesos que permiten validar lo que sabemos y cómo es que sabemos lo que sabemos (Bateson, 1985). Para ello, Bateson desarrolló un entendimiento de nuestras descripciones basada en la teoría de los tipos lógicos de Bertrand Russell y Whitehead, al utilizar su propuesta teórica como herramienta de análisis fue capaz de desmenuzar en procesos recursivos lo que en la experiencia lo hemos de vivir como un todo.

Imagine el lector una conversación cualquiera con algún amigo, familiar o conocido; imagine que se encuentran hablando sobre la felicidad de manera general para pasar a describir las experiencias que desde su experienciación les ha valido ser calificadas como experiencias felices. Ambos interlocutores pueden utilizar un sinfín de sinónimos para acentuar, calificar o descalificar experiencias y entre ambos interlocutores pueden llegar, además, a un acuerdo o desacuerdo de lo que implica dicha felicidad. En realidad, este tipo de conversaciones son muy comunes y oscilan entre aquellas prácticas que consideramos más habituales, como decidir qué comer, a dónde salir en una cita, cómo abordar un equipo de trabajo, etc., hasta cuestiones más sensibles y confusas como lo son los problemas humanos que los consultantes llevan a terapia.

Estos episodios pueden ser vividos como un todo organizado para cada persona involucrada, pero, en lo tocante a la práctica terapéutica -y que puede ser fácilmente trasladado como forma de vida fuera de esos espacios- surge otra pregunta: ¿cómo sé que estoy comprendiendo lo que ese otro me está diciendo? Parto de la idea dialógica de que comunicarse con alguien es poner en relación dos o más formas distintas de experimentar la vida. No significa que una conversación entre tres o más personas no sea un diálogo, más bien se trata de enfatizar que en cada acercamiento comunicativo, existen tantas posibilidades de organización como personas involucradas, así, puede haber un diálogo entre dos personas, entre tres, en un grupo focal, en una familia, etc.

De ello resulta que la primera condición a un acercamiento cibernético batesoniano -y por extensión dialógico- presupone la existencia de un otro distinto a uno mismo y que posee una lógica específica de distinguir y puntuar la realidad.

Para poder responder la pregunta hecha anteriormente es necesario comenzar a recorrer el entramado recursivo latente en la cibernética batesoniana y desmenuzar en procesos más o menos reconocibles todo el acto comunicativo. Así pues, en primera instancia uno sólo puede reconocer a ese otro en la medida en que parta de la idea de que un mismo concepto puede, y que de hecho está, distinguido y puntuado de manera diferente. Así que, empecemos con un concepto cualquiera: el amor.

Puede el lector utilizar la explicación siguiente como un ejercicio para comprender la lógica de la cual nos hace partícipes Bateson y que nos permite aprehender la manera en que llegamos a clasificar nuestras propias experiencias.

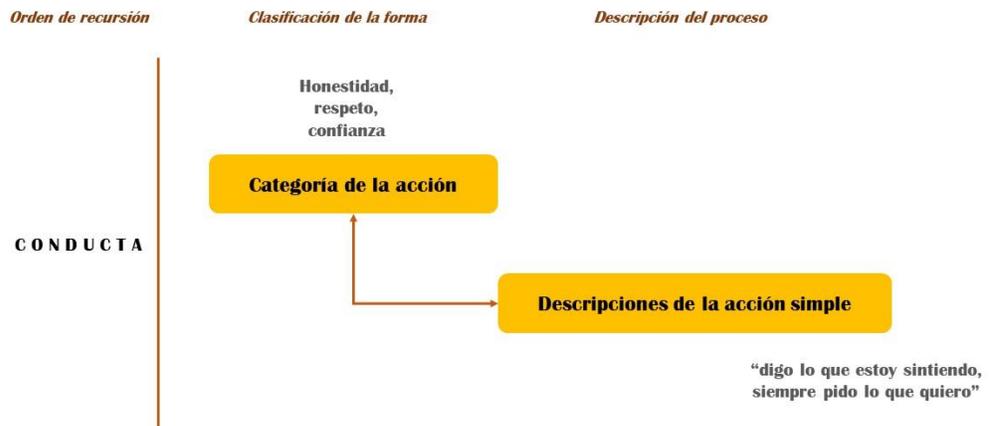
¿Qué es el amor? Con frecuencia, cuando nos preguntan sobre este tema, podemos recurrir a explicaciones que pueden antojarse reconocibles y dar por zanjada la respuesta; es decir, el amor puede ser definido como: sentirme querido por otro y quererlo, respetarlo y que me respete, tener confianza mutua, ser honestos, etc. Sin embargo, aceptar estas descripciones abstractas como descripciones de un concepto que es en sí, abstracto, puede llevarnos a un principio dormitivo (Keeney, 1991), y de paso empañar la existencia de esa otra persona en la medida en que, si acepto tal descripción como fundamento del concepto y como símil al mío, no habrá ninguna diferencia que permita la conversación dialógica. Por ello toda clasificación de la experiencia debe ser explorada en tanto un nivel recursivo inferior: ¿Qué acciones conforman tal o cual concepto?

Ser honestos, tener confianza y respetarse son clasificaciones que hacemos con base en el curso de nuestra vida y hemos de suponer que ésta, al ser única e irrepetible se construye a partir de acciones particulares que identificamos forman parte de esa

clasificación. Así, si el amor implica honestidad, confianza y respeto, ¿qué acciones conforman esa honestidad, confianza y respeto? ¿qué hago yo que me permite saber que estoy siendo honesto, que tengo confianza y que respeto? ¿Qué tendría que hacer el otro para que pudiera clasificar sus acciones como honestas, respetuosas y confiables? En la práctica terapéutica sistémica esto implica posicionarse en el primer nivel recursivo elaborado por Bateson, aquél que hace referencia a la conducta y que podemos desmenuzar entre las descripciones de la acción simple (esas acciones que hacemos o hace el otro, cosas que dice o no dice, etc.) y las categorías de acciones (o la clasificación que hacemos al agrupar tales acciones).

Entonces puede que a eso que yo llamo honestidad, respeto y confianza (categorías de acción pertenecientes a la clasificación de la forma en el nivel de la conducta) este compuesto por: siempre digo lo que estoy sintiendo, si quiero algo lo pido, si tengo algún problema suelo buscar un espacio tranquilo para poder hablarlo, cuando lo hablo trato de decir siempre que esa es mi manera de ver las cosas pero que me interesa saber lo que piensa el otro, etc. (descripciones de la acción simple). (ver figura 3)

**Figura 3**  
Nivel de recursión de la conducta de la comunicación humana



Note el lector que las descripciones de la acción simple no necesariamente pertenecen indefectiblemente a la categoría de honestidad, respeto o confianza, sino que estas acciones pueden estar insertas en múltiples categorías como “resolver conflictos” o “ser directo”; la lógica es sencilla: nuestras acciones son agrupadas y categorizadas en conceptos que nos son valiosos y que guían la organización de nuestro mundo de experiencia. Al no pertenecer de manera rígida a un cierto tipo de clasificación, nos permite reencuadrar o resignificar de múltiples maneras.

Ahora bien, cibernéticamente toda categoría de la acción remite a un otro implicado y he ahí donde se pone de manifiesto dos pilares fundamentales de la misma: categorizar acciones implica, por un lado, 1) la relación entre quien categoriza y las acciones de quien es categorizado y por otro (Keeney, 1991), 2) sólo puede categorizarse con base en los efectos de esas acciones en esa relación (Peirce, 1987).

En cuanto al primero, nos libera de considerar que la honestidad, la confianza o el respeto son cualidades inherentes a una persona y por lo tanto su valía no depende de su presencia o ausencia, más bien, nos traslada al ámbito de la relación poniendo de manifiesto su estatus, se trata pues de una relación que se experimenta como honesta o deshonestas, más no significa que sus implicados sean inherentemente honestos o deshonestos.

En cuanto a la segunda, la evaluación que hacemos de esas acciones depende de cómo nos hacen sentir y lo que nos conmina a hacer, así, una acción puede ser vivida como deshonestas si no cae dentro de lo que consideramos como acciones que conforman la honestidad, llevándonos a actuar, por ejemplo, con enojo, retirándonos de la conversación, evitando a la persona etc., y esas acciones a su vez serán clasificados por el otro con otro concepto: “evitativo”, “inmaduro”, etc. Lo que una persona puede considerar “deshonestidad” otra puede nombrarlo como “evitar conflictos”. (ver figura 4)

Poner de manifiesto que nuestras descripciones son descripciones de nuestras relaciones implica que “cada vez que dos personas interactúan, cada una de ellas puntúa el flujo de la interacción” (Keeney, 1991, p. 52), y que, en la práctica terapéutica, esto no ha de perderse de vista, de lo contrario podríamos admitir que una persona es depresiva porque tiene rasgos depresivos o que una persona es agresiva porque tiende a la agresión, lo cual constituiría un principio dormitivo. Pero también nos lleva a preguntar si estamos hablando de lo mismo o si existen diferencias que impliquen consecuencias distintas; en este nivel recursivo, el terapeuta debe aprender a hablar en el marco lógico de sus consultantes, en suma, aquellas diferencias es lo que constituyen el material para el diálogo.

A su vez la conducta se supedita a un nivel de recursión superior que lo regula y este es el que hace referencia al contexto que lo posibilita. Es de hecho este nivel de

recursión tan importante porque se trata de una suerte de figura-fondo, la importancia de ello no recae tanto en los límites entre la conducta y el contexto, sino que el contexto permite por contraste la comprensión de los momentos en que una serie de conductas y sus clasificaciones se entrelazan para formar aquello que denominamos interacción.

**Figura 4**  
Nivel de recursión de la conducta desde el diálogo



La inclusión del contexto en la cibernética es lo que le ha valido el membrete de pragmata y usualmente malentendida como utilitarista, pero también lo que ha posibilitado observar las prácticas humanas como prácticas situadas que no reflejan la totalidad de las relaciones ni de los individuos que las conforman; además de constituir su dimensión colectiva. Esto es que, en una interacción cualquiera, las clasificaciones de la forma están relacionadas con su espacio, lo que las posibilita, pero también de lo que cultural y colectivamente sabemos de lo que se “debe” y “no se debe” hacer en tales espacios.

Así pues, Bateson argüía que para acceder a este nivel de recursión era necesario utilizar la doble descripción, ya antes había hablado sobre este concepto; pero, en este momento hemos de utilizarlo en el sentido que Keeney (1991), hace de ella:

La doble descripción es fundamentalmente una herramienta epistemológica que nos permite generar y discernir diferentes órdenes de pautas. Si bien el lenguaje, por los límites que nos impone con sus términos y estructuras particulares, constriñe nuestro conocimiento, la doble descripción nos permite utilizarlo de modo de alcanzar órdenes de descripción superiores. Al proceder así, nos salimos por nuestros propios medios del pantano epistemológico en que estamos metidos. Así como los ojos, utilizados simultáneamente generan la profundidad, dos descripciones pueden generar la pauta y la relación. (p. 54)

Debemos atender a dos aspectos importantes; uno tiene que ver con que, como observadores de la relación, una sola descripción es insuficiente para poder observar o clasificar la interacción. Al contrario, hemos de acceder a esa doble descripción o las diferentes puntuaciones que hacen los interlocutores sobre un episodio de experiencia para observar de qué forma se relacionan (Bateson, 1985).

En terapia, se traduce fácilmente cuando tenemos una sesión de pareja o familiar; sin embargo, como he mencionado anteriormente la virtud de la postura cibernética no se centra en la presencia o ausencia de los involucrados, sino de discernir la pauta y la relación, cuando nos hallamos frente a una sola persona esto pudiera parecer hasta imposible, pero, con frecuencia, el consultante puede acceder aproximadamente a las descripciones que pudiera hacer el otro en relación. Las personas somos capaces de acercarnos a la experiencia del otro en tanto que compartimos formas culturales de entender la realidad:

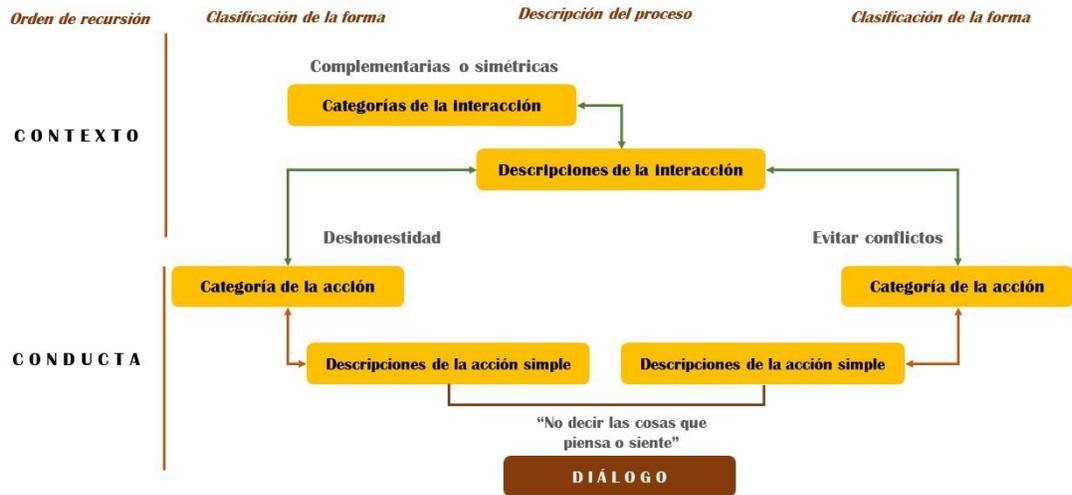
Las descripciones de la experiencia basadas en los sentidos están siempre vinculadas a alguna especie de sistema simbólico interiorizado -como el lenguaje que empleamos- el cual determina ciertas maneras particulares de “confrontar el mundo” a través de los propios sentidos. (Keeney, 1991, p.61)

La cita anterior pone de manifiesto que, si bien la experiencia es única e irrepetible, nuestros recursos “simbólicos”, como Keeney lo denomina, son conocimientos culturalmente compartidos; sabemos las convenciones que existen alrededor de reconocer a una persona enojada, fastidiada o feliz, pero también sabemos que, en lo tocante en una relación más particular, hay entendimientos no dichos que surgen precisamente en el tiempo, como puede ser, reconocer una cara particular como señal de enojo o un ademán como muestra de cariño. Finalmente, esta distinción colectiva doble -por nombrarla de alguna manera- que versa entre lo convenido a nivel cultural y lo convenido en una relación no siempre es isomórfico, por lo que el terapeuta deberá estar al pendiente de acceder a las formas convenidas de esa relación sin formular sus intervenciones desde lo que debiera ser o no ser.

El otro punto por considerar es que, a diferencia de la cibernética de primer orden, nuestras observaciones son autorreferenciales y por tanto formamos parte de las descripciones que hacemos de los sistemas que observamos, estamos inmersos en el mismo sistema al cual pretendemos describir y pautar. Estar conscientes de ello nos permite, además, evaluar nuestro desempeño comunicativo con el otro, corregir nuestras descripciones a fin de llegar al entendimiento mutuo que posibilita conversaciones de reencuadre o resignificación (Keeney, 1991).

Entonces, cuando pasamos al nivel del contexto es importante considerar que las relaciones de las descripciones según su tiempo y espacio pueden ser clasificados como simétricas y complementarias. (ver figura 5)

**Figura 5**  
Nivel de recursión de la conducta y el contexto



Empero, centrarse exclusivamente en esa clasificación de la forma a nivel del contexto puede resultar una trampa epistemológica ya que, si bien nos permite dimensionar la interacción, no necesariamente agota el total de información que nos ayudaría a comprenderla, esto es que, si hablamos de contexto hemos de considerar a la comunidad, sus otros significativos que pudieran estar contribuyendo a la manera en que se desarrolla una interacción cualquiera.

Las diferentes premisas de las escuelas terapéuticas que conforman la terapia sistémica y postmoderna reflejan este entendimiento común; desde la manera en que el MRI centra su indagación en conocer dónde y cómo se desarrolla la pauta que sostiene al síntoma, hasta la forma en que la TBCS pregunta sobre aquellos momentos en que no existe el problema y qué es lo que hay de diferente ahí. En ambos casos, las preguntas orientadas a conocer al contexto pudieran parecer obvias y es posible que esta obviedad sea el fundamento para ser desestimadas pues rara vez consideramos que esos otros elementos contextuales tengan influencia directa en la manera en que se

desarrolla la comunicación en detrimento de nuestro entendimiento occidental de la valía individual.

Podemos preguntar sobre: ¿cuándo han notado que pelean más? ¿Qué sucede antes de que ustedes se den cuenta que va a empezar una pelea? ¿Hay alguien más ahí usualmente? ¿Y esa otra persona qué dice o qué hace? ¿Si pudiéramos preguntarle a esa persona lo que a su consideración podría ayudar, qué creen que nos diría?, o bien, podemos preguntar, ¿han notado que en algún momento pareciera que el problema no está? ¿Qué sucede en esos momentos? ¿Ustedes se notan haciendo algo diferente a lo usual? ¿Otras personas notan también esta diferencia? ¿Qué creen que esa otra persona nota de diferente en los momentos en que no está el problema?

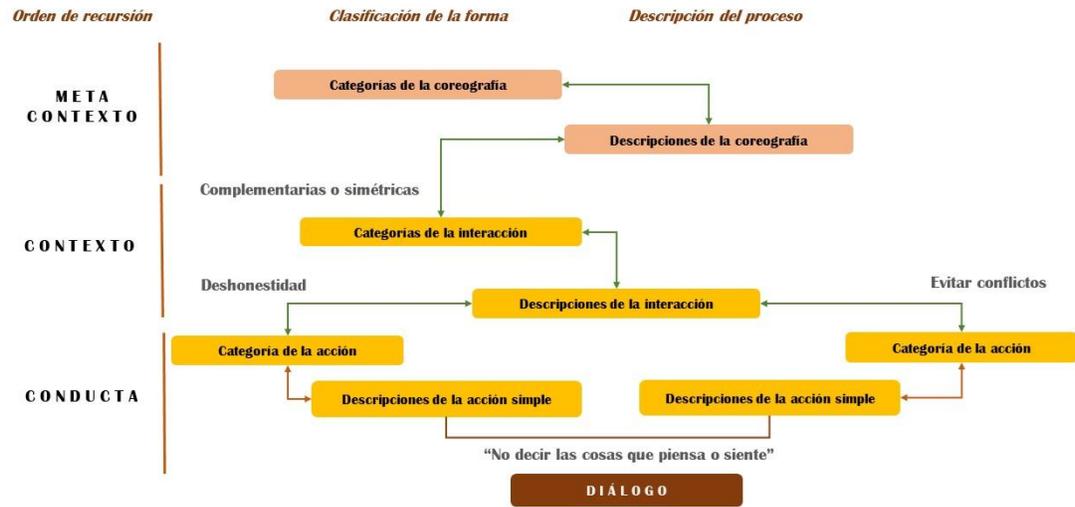
Estos son algunos de los ejemplos de preguntas que derivan de entender al contexto no sólo como una relación complementaria o simétrica, sino de considerar ampliamente al contexto cómo todo aquello que entra en juego en un acto comunicativo determinado, sean objetos, personas, eventos, sensaciones, frases, expectativas, etc. Mantener la vista en la doble descripción entonces nos permite evitar el pantano epistemológico que individualiza los problemas a la vez que amplía el panorama para “intervenir” en la pauta y no en las personas. No hay que perder de vista que la simetría y la complementariedad son clasificaciones epistemológicas que hacemos de la realidad y no representan en ningún sentido a una “realidad objetiva”.

Finalmente, el nivel recursivo del contexto está a su vez supeditado a un metacontexto que es posible entenderlo como el resultado de aquello que podríamos hacer si fuera posible acceder a todos los momentos de relación en el tiempo y el espacio, hacerlo de esta manera nos llevaría a describir todas esas interacciones y clasificarlas según su coreografía; sin embargo este acceso resulta imposible en tanto que acceder a ella representaría el cierre autopoyético del sistema y el alcance de ese pleroma donde están todas y cada una de las relaciones y las relaciones de esas

relaciones y las relaciones de esas relaciones de esas relaciones (Keeney, 1991). En otros términos, acceder al metacontexto es imposible en la medida en que estar ahí implicaría no pertenecer de ninguna manera a nuestra cultura o a la especie humana y, en dado caso que pudiera ser de esa forma, el hecho de ser observador de un sistema y describirlo ya nos hace estar dentro de ese sistema observado pues toda descripción es autorreferencial. (ver figura 6)

A pesar de ello no resulta improductivo el concepto en al menos dos sentidos: por un lado nos propone una especie de un todo organizado y pautado, nos conmina a considerar que todas las acciones y conversaciones que sostengamos con nuestros consultantes tendrán efecto en sus relaciones y las relaciones de sus relaciones, diseminados a lo largo de las conversaciones que generan las comunidades y la cultura; por otro, nos mantiene en la posibilidad que ofrece el cambio y la estabilidad pues, si toda relación oscila entre estas dos, entonces no hay nada que nos indique que existirá el momento en que todas las relaciones confluyan en la estaticidad ni todas en el cambio; eso es lo que permite a los terapeutas encontrar lo que Bateson denominó: la diferencia que hace la diferencia o como lo denominó Peirce: el signo en acción o semiosis ilimitada.

**Figura 6**  
Nivel de recursión de la conducta, el contexto y el metacontexto



## Los límites de la cibernética batesoniana

Antes de cerrar el presente capítulo, quisiera ofrecer al lector un contexto para poder evaluar los efectos que la epistemología cibernética tiene en tanto teoría de la comunicación. De manera simple y sin dar cuenta de la complejidad del entramado teórico que se ha desarrollado en la comunicología y la psicología y sus entrecruces, distingo, con base en Sfez (2008), por lo menos tres categorías distintas que agrupan a las teorías según su objeto de análisis: las teorías centradas en la estructura, las teorías centradas en el contenido y las teorías centradas en el proceso.

1. **Teorías centradas en la estructura:** Se tratan de aquellas propuestas que derivadas del estructuralismo han hecho de su objeto de análisis las estructuras sostenidas por el lenguaje, convirtiendo al sistema lingüístico en una especie de marco interpretativo para todas las prácticas sociales y llegando

a postular que no hay nada fuera del lenguaje que pueda ser comprendido ni aprehendido.

2. **Teorías centradas en el contenido:** Estas han conformado una respuesta teórico conceptual ante los límites de las teorías centradas en la estructura que tenían el efecto de considerar los conceptos como gigantes inamovibles -por influencia del modernismo- para centrarse en la manera en que tales estructuras eran actualizadas en las conversaciones, en su historia y lo que estaba ausente pero implícito. La desconstrucción, el posestructuralismo y en general la actitud postmoderna fácilmente puede ser categorizada en este conjunto de teorías, aunque reconociendo que su desarrollo extiende sus raíces hacia el estructuralismo.

3. **Teorías centradas en el proceso:** Este tipo de teorías quizá han tenido mucho más desarrollo en la teorización psicológica llegando a abandonar a la comunicación como eje central para avocarse hacia la organización del proceso en pasos.

El caso de la cibernética batesoniana puede ser fácilmente ubicada dentro de las teorías centradas en el proceso ya que su ambición la orientó a desarrollar una teoría capaz de explicar procesos comunicativos en sus múltiples expresiones. La virtud de la cibernética en general es que, cuando se consolidó como teoría ofreció a un sin número de estudiosos un marco general con conceptos y descripciones que permitieron generar nexos entre múltiples disciplinas; y en cuanto a la cibernética batesoniana en particular permitió aplicarlo a la comunicación humana.

No obstante centrarse en el proceso por el cual nos comunicamos y orientarla hacia una especie de validación del conocimiento social le costó cierta especificidad que las escuelas terapéuticas sistémicas no han podido solventar, me refiero a aquella que

pueda dar cuenta en las conversaciones la forma en que se significa colectivamente la realidad. De hecho, a lo largo del desarrollo de la escuela sistémica se ha hablado de reencuadre, de significado, de plano de contenido y relación, etc., pero poco se ha teorizado sobre la significación y cómo ésta se lleva a cabo por otros medios además de la utilización del sistema lingüístico. Finalmente, se ha obviado el papel que juega la experiencia sensible y la argumentación en la creación de significados y la manera en que estos significados están conectados con las creencias, los hábitos y sus efectos en la colectividad y de los cuales hablaremos en los siguientes capítulos. Por ello, Vidales (2013), si bien reconocen las aportaciones de la cibernética, también reconocen que resulta indispensable comenzar a considerar cómo y de qué manera anexar una teoría de la significación.

## Capítulo 2. El pragmaticismo: la significación en la cibernética

*“-¿Quieres decir que tienes la solución?- dijo la Liebre de Marzo.*

*-Así es- dijo Alicia*

*-Es necesario que digas lo que piensas.*

*-Eso es precisamente lo que estoy haciendo -respondió Alicia-,*

*o al menos pienso lo que digo, que es lo mismo, ¿no?*

*-iDe ningún modo! -dijo el Sombrerero- Puestas las cosas así, también podrías decir*

*“veo lo que como”, como si fuera lo mismo que “como lo que veo”*

*-Y también podrías decir- dijo ahora la Liebre de Marzo-:*

*“me gusta lo que tengo”, como si fuera lo mismo que “tengo lo que me gusta.”*

*Alicia en el país de las maravillas, Lewis Carroll*

El problema de la comunicación humana ha estado, desde antaño, ligada a una fuerte reflexión sobre el papel que juegan el pensamiento y el lenguaje en ella, ora como facultad cognitiva, ora como conocimiento, ora como práctica social. Sin embargo, parece que se ha convenido en la historia de la producción del conocimiento humano que, entre ambas, hay una diferencia lógica y sustancial que conduce, por fuerza, a separarlas; de tal manera que su investigación, análisis y comprobación sólo ha reificado aún más nuestra creencia logocentrista de que, en efecto, el pensamiento y el lenguaje son actividades o procesos distintos, cuando ambas poseen una raíz común: *logos*, que tanto puede significar razón o pensamiento como lenguaje o argumentación. (Fuentes, 2020)

Elegí un pasaje del libro de Alicia en el país de las maravillas del célebre escritor Lewis Carroll (2010) para ejemplificar la tendencia a centrarnos en aquel aspecto de la comunicación humana que, desde mi punto de vista, resulta secundario si queremos

entenderla como un proceso ecológico o cibernético. Esto es que, tal como el Sombrero Loco y la Liebre de marzo exponen cómica y sensatamente a Alicia, pensar lo que se dice y decir lo que se piensa son actividades totalmente distintas que, no obstante, entrañan una trampa epistemológica: ¿Qué proceso sucede a qué proceso? O, dicho de otro modo: ¿Qué ha de suceder, primeramente, el pensamiento que da paso al lenguaje o el lenguaje que permite ser al pensamiento? ¿Uno piensa lo que dice o dice lo que piensa?

La respuesta a estas preguntas, además, ha estado indefectiblemente ligada a la búsqueda de una verdad ontológicamente distinta a la existencia del ser humano. De alguna forma, teorizar sobre ellas había prometido, de la mano de grandes filósofos como Platón o Descartes, alcanzar verdades incuestionables sobre la realidad que permitieran entenderla, explicarla, modificarla y utilizarla en provecho de una sociedad en constante transformación.

De hecho, para Platón el problema radicaba en que el lenguaje sólo podía acceder a la realidad de forma imperfecta. Cuando nombrábamos algo de nuestra existencia ésta señalaba la esencia de aquella cosa a la que refería, pero su nombramiento no equivalía a la cosa misma (González, 1997). El lenguaje se reducía a una especie de herramienta secundaria al pensamiento que empañaba nuestra capacidad de acceder a la esencia de las cosas, a la verdad trascendental de ellas.

Esta misma distinción iniciada por Platón fue retomada por la postura científica tradicional y formulada en un programa de generación de conocimiento que hoy reconocemos como positivismo lógico, neopositivismo, post-positivismo, etc., y que, de paso, impactó en la manera en que las ciencias, sean naturales o humanas, comprendían sus propios procesos de investigación, que eran de manera sintética, organizados con la finalidad de acceder a una realidad independiente, de aprehender su veracidad y desmitificar los conocimientos falsos (Guba y Lincoln, 2002).



La experiencia (empirismo) o el razonamiento (racionalismo), propios de la capacidad del cuerpo humano visto como una herramienta del conocer, adquirieron un papel central y primordial en el proceso cognoscitivo y relegaron al lenguaje a un papel secundario en tanto éste sólo servía para la expresión de aquellos (Gergen, 1994).

El lenguaje, si antes opacaba nuestro acceso a la realidad, ahora sólo era un volcado de la experiencia o el pensamiento, un sistema vasallo encargado no de comunicar sino de transmitir información. Piense el lector al lenguaje como un sistema de paquetería de entregas, el énfasis se depositaba en cómo hacer que tal información llegara a un destinatario, información que no se modificaba en absoluto o si acaso perdía parte de ella en su trayecto, se consideraba que el lenguaje era el reflejo de esa realidad aprehendida. Como diría Potter (1998), el lenguaje como espejo de la realidad. Aunado a esto, si el lenguaje sólo representaba una herramienta humana para transmitir información, la comprensión del contenido de aquellos enunciados recaía en la capacidad cognitiva que una persona pudiera tener, lo que se decía desde el ámbito científico no era cuestionable, pues su contenido reflejaba una realidad verificada.

Sin embargo, existe otra propuesta, alimentada de las más variadas disciplinas y posturas filosóficas que surgieron hacia la década de los 60's que observa al lenguaje como un taller de construcción que no refleja la realidad, sino que la produce y reproduce constantemente. Lo que decimos sobre aquello que llamamos realidad es el resultado de una actividad lingüística conjunta en un tiempo y espacio determinado, se produce con intención y sus efectos son reales en tanto existe una comunidad que avala tales producciones. El conocimiento, el lenguaje y la realidad dejaron de ser pasos secuenciados del método científico para apreciarse como elementos constitutivos de las prácticas humanas (Gergen, 2011).

Con ello se abrió paso a lo que hoy conocemos como el nicho de las prácticas discursivas y de la cual existen diversificaciones que han puesto el acento en las distintas

dimensiones que lo comprenden. En la posición propuesta en la presente tesis, concibo las prácticas discursivas como un sistema que pone en relación al lenguaje (mejor dicho, signos), el conocimiento y la realidad; la posición ecológica nos advierte de no proferir demasiada importancia a una u otra de manera individual, sino a la forma en que ellas interactúan y lo que produce y sostiene dicha interacción. Así que, si lo que hacemos con esta relación es producir conocimiento con fines específicos, entonces, sería un error pensar que aquello a lo que llamaré discurso es propiamente el contenido de nuestras descripciones que, si bien es cierto forman parte de ella, no es menos cierto que se supedita a un alcance mayor, el de la producción y validación de conocimiento socialmente construido.

Lo importante de este conocimiento ya no se centra en su origen -posición esencialista- sino en el cómo y para qué hacemos uso de ese conocimiento -más bien funcionalista- como aduce Halliday (1982):

No sólo “conocemos” nuestra lengua materna como un sistema abstracto de signos vocales [...] lo conocemos en el sentido de saber cómo utilizarla, sabemos cómo comunicarnos con otras personas, cómo elegir formas de lenguaje apropiadas al tipo de situación en que nos encontramos [...] Por tanto, es posible y a decir verdad sumamente común, en lo que ahora se llama “sociolingüística” considerar **el comportamiento lingüístico como un tipo de conocimiento.** (p. 23)

De la cita anterior extraemos algunas consecuencias necesarias para la transformación de la psicología tradicional y el ejercicio de la terapia cibernética. Si como vimos en el capítulo anterior, toda comunicación es un comportamiento, ahora estamos en condiciones de reformular tal aseveración: si la comunicación depende desde el punto de vista hasta aquí tratado de lo que podemos hacer con el lenguaje y sus efectos en la constitución de nuestro conocimiento de la realidad, y si el lenguaje visto

desde su función pone el énfasis en su teorización, no sólo como comportamiento sino como conocimiento, entonces, toda comunicación humana es comportamiento y conocimiento<sup>8</sup> a la vez.

Esta reformulación teje un puente distinto con la postura cognoscitivista. Al contrario de lo que Potter (1998), denomina una posición anticognitivista en el seno de su visión discursiva, considero que hacerlo de esta manera sería por un lado no atender al sentido cibernético de la pauta que conecta los conocimientos y por otro, cercar el diálogo entre múltiples formas de entender la cognición. Por ello, si entiendo a la cognición no como un aspecto inherente a la funcionalidad del cerebro ni a la individualidad de cada ser humano, sino como una actividad del conocer en el seno de las practicas humanas, entonces, la visión de cognición aquí vertida se orienta al proceso mismo de la validación del conocimiento: epistemología y cognición se fusionan para construir nuestra experiencia sobre la realidad.

Una segunda consideración es que aquello que llamamos como producto psicológico tal como el lenguaje, el pensamiento, la creatividad, los problemas, los “trastornos mentales”, etc., si bien pueden tener un componente psicofisiológico o neurológico, inconsciente o individual, no deben reducirse a ellos sino más bien, articularse con el conocimiento producido en otras ciencias y/o disciplinas. La propuesta de la cibernética se hace más plausible a la vez que desmitifica lo psicológico

---

<sup>8</sup> La integración del lenguaje como conocimiento y comportamiento en la propuesta de Halliday es lo que le ha valido de ser considerada y nombrada como una lingüística sistémico funcional (2001). Y esto se debe a que después de la propuesta saussuriana del lenguaje como un sistema virtual que ha de estudiarse, la diversificación que se hizo de ese estudio arrojó tres grandes dimensiones: 1) el lenguaje estudiado como conocimiento, 2) como comportamiento y, finalmente 3) como arte. Me interesa enfatizar los dos primeros ya que a la psicología le ha interesado el nicho del lenguaje como conocimiento y ha intentado ofrecer respuestas desde una perspectiva intra-orgánica; es decir, buscando las capacidades cognitivas y estructuras cerebrales que permiten la facultad del lenguaje, dejando de lado la perspectiva inter-organismo, o bien, lo que le permite al ser humano hacer en sus relaciones. Sin embargo, nos advierte Halliday que la perspectiva intra-orgánica se ha estancado persiguiendo los orígenes del lenguaje y aduce que sería más fructífero empezar a investigar lo que se puede hacer con el lenguaje pues su uso nos diría mucho más sobre cómo y para qué ha evolucionado este sistema. Con ello, el lenguaje adquiere importancia en tanto construye la realidad de las personas y las estructuras sociológicas de las que forman parte.

como algo inherente exclusivamente a cada ser individual, se trata pues de observar a lo psicológico como el devenir o punto medio entre lo colectivo y lo individual que sólo puede entenderse en el contexto de las prácticas humanas. Modificando el aforismo de Halliday: ¿De qué otro modo puede considerarse *lo psicológico* como no sea en un contexto social?” (1982, p.19).

Con esto quiero dejar en claro tres aspectos de la comunicación humana que me permitirán integrar a la cibernética batesoniana con una teoría de la significación y que servirán como hilo conductor de los subsiguientes capítulos:

**1. El lenguaje es un “componente” del complejo proceso que supone comunicar:** en general se ha considerado que comunicar es sinónimo de utilizar el sistema lingüístico, sin embargo, desde la óptica de la universidad invisible si en una interacción todo comunica, entonces, aquellos elementos no considerados dentro de este sistema también participan del proceso comunicativo. Como consecuencia, el lenguaje es destronado como el sistema más eficiente para transmitir información para considerarlo como un sistema inserto en otro sistema; es decir, como un sistema en relación con otros sistemas como el corporal, el espacial, de entonación, de expresividad facial, etc., que, al participar conjuntamente configuran la experiencia comunicativa.

**2. La comunicación ordena y estructura nuestras experiencias:** extendiendo nuestra noción de comunicación como una forma de validar conocimiento, forzosamente ese conocimiento se dirige a construir las experiencias colectivamente; las tematizamos y les damos sentido en la medida en que se llega a la comprensión de aquello que se

comunica y, esa comprensión sólo es posible mediante el diálogo y la evaluación de sus efectos. Es decir, de cómo aquello que hablamos incide en la vida de los involucrados, o desde la cibernética, de cómo esa comunicación en constante retroalimentación modifica el desempeño de los interlocutores y por qué medios se vale.

**3. La comunicación humana puede ser considerada el principio organizativo de la vida:** quizá este sea un punto polémico en la medida en que hablar de principios puede llevar a remitirnos a verdades absolutas; no obstante, entiendo un principio como una inferencia abductiva en el sentido de que, el conocimiento, al relacionarlo, puede generar descripciones innovadoras que han de someterse al que hacer conjunto de la validación de las inferencias deductivas e inductivas. Así, este principio es más bien organizativo más que dogmático. No trata sobre un punto de inicio ni un punto final, sino de las múltiples organizaciones que una experiencia puede tener y los efectos de esa organización. La comunicación en las prácticas humanas articula la actividad humana como dependiente de la materialidad con la que se funde y produce hábitos y prácticas epistemológicas que reflejan formas de vida. La comunicación permite “aprender a actuar como miembro de una “sociedad” dentro y a través de los diversos grupos sociales” (Halliday, p. 18).

Tener en cuenta estos tres aspectos libera a la práctica psicoterapeuta de una historia limitante que deposita en el lenguaje su única materia de trabajo. Creer que es por medio del lenguaje por el cual se logran cambios en terapia es lo mismo a considerar que la psicoterapia es un pie de página a la teoría psicoanalítica tradicional, que pondera

la palabra sobre otros sistemas de generación de significado y tiene por consecuencia la instauración de una relación permeada por el control social, la experticia y lo velado.

Por ejemplo, cuando un terapeuta centrado en el lenguaje asume que en las palabras del consultante hay algo oculto, no sólo descalifica la experiencia relatada por el interlocutor y sus significados asociados, sino que, además, oscurece su propio proceso de discernimiento. Esto es que, si bien podemos aceptar que algo puede estar “escondido” en el relato o, dicho de otra forma, hay un algo implícito, pero no dicho (Carey, Walther & Russell, 2010), es menester del terapeuta cuestionarse cuál ha sido el camino que lo ha llevado a esa conclusión.

Si, por otro lado, este mismo terapeuta estuviera centrado en el proceso comunicativo, probablemente atendería a aspecto extralingüísticos, y, además, sería capaz de explicitar el camino que le condujo a tal conclusión. En contingencia, podría aducir que fue una expresión, una forma de mover el cuerpo, quizá un leve chasquido de la boca, un movimiento rápido e intermitente de ojos o la estaticidad del cuerpo; pero además atendería a esa ecología que contiene a los múltiples sistemas en relación. No sólo el chasquido en relación con lo que dice, sino respecto a qué tema, en qué momento específico de su vida, algún evento cultural o social importante, etc. La ecología contiene esos múltiples sistemas que dotan de significado la interacción en un espacio y tiempo específico.

Sea como fuere, ya no sólo son las deducciones lógicas formales que hacemos del contenido de lo lingüístico sino de aquellas inferencias que vienen desde la *aesthesis* o experienciación (Mandoki, 2006a) hasta aquello contenido en lo cultural y en la cual participan esos otros sistemas que desde este punto en adelante llamaré: sistemas semióticos.

Comencemos con el primer aspecto, aquél que observa al lenguaje como un sistema semiótico en relación con otros sistemas semióticos que en su conjunto producen la comunicación.

### **De los sistemas lingüísticos a los sistemas semióticos.**

Hablar de semiótica es en primera instancia hablar del proceso de significación que entraña todo acto comunicativo, pero también de cómo cualquier sistema capaz de discernir información, puede significar algo con lo cual está en relación. Es por ello que es relevante puntualizar que, si bien toda comunicación se sirve de la semiótica para explicar la significación en la interacción humana, no todo sistema que significa es capaz de comunicar, pues ésta requiere, tal y como fue expresado en el capítulo anterior, de una intencionalidad: sea lineal o recursiva.

Cualquier práctica social entrañará un acto comunicativo, es parte de su dimensionalidad y en ese sentido hago caso a lo que Eco (1986) denominó la necesidad de estudiar la cultura y sus prácticas desde tal dimensión -lo cual no significa en lo absoluto que no existan otros ángulos desde los cuáles mirar un fenómeno determinado-. Ahora bien, respecto de otros sistemas como los computacionales o los biológicos -por mencionar algunos- no podemos afirmar que exista una intencionalidad, sino acaso que cuentan con formas particulares de poner en relación elementos significantes, tal es el caso de la existencia de la zoosemiótica o biosemiótica (Sfesz, 2007).

Lo mismo sucede si consideramos la relación dada entre un ser humano y una nube. Es bien cierto que la nube puede significar algo para ese alguien, como fuera que está nublado, que produce felicidad o le recuerda algo, pero, la nube, hasta donde sabemos, no tiene la intencionalidad de generar tal significación en aquél (Fuentes,

2019; en comunicación personal) De esto se desprende que, aunque otros sistemas puedan significar, sólo podemos hablar de la significación comunicativa en el ser humano y sobre todo en el ser humano en relación por medio de sus prácticas sociales. En última instancia, siguiendo nuestra postura epistemológica, la existencia de un sistema en la experiencia humana y sus consecuencias dependerá de la manera en que puntuemos esa existencia en nuestras relaciones; aunque una nube no comunica nada a un ser humano que lo observe, sí que puede “comunicar” algo cuando esa misma nube esta inserta en un sistema más complejo de relación, como cuando es utilizado por un ser humano para señalarle a otro que el día estará nublado, que observe la figura de elefante a la que asemeja o para señalar la creencia de que si el cielo está aborregado, entonces, seguro temblará. Los sistemas que vemos en la “realidad” son el resultado de nuestro acto de puntuación y distinción.

Así pues, la semiótica, dice Fabbri “debería interesarse por el modo en que producimos sistemas y procesos de significación [...] por el modo en que somos capaces de significar mediante cierto tipo de organización” (2004, p. 33). Esta definición ofrecida por Fabbri es el resultado de lo que ha denominado el giro semiótico y que en los términos de la presente tesis representa el punto de quiebre entre aquellas posiciones que ponderan al lenguaje como el medio más importante de significación, respecto de una posición que aquí llamaré cibernética, que pondría énfasis en la manera en que múltiples sistemas interactúan recursivamente para significar.

Para entender cuál es el papel de la semiótica aplicada al proceso comunicativo propuesto por la cibernética debemos trasladarnos hacia finales de la década de los sesenta cuando se convino que, de entre todos los estudios realizados sobre el signo y sus usos, era la semiótica y la semiología, visiones distintas que podían alimentarse mutuamente. Inaugurando con ello a la semiótica como una ciencia con un objeto de estudio específico: el signo. Empero, resultará importante diferenciar estas dos

vertientes del estudio del signo; en primera porque, aunque ambas han sido unificadas en distintas teorizaciones como la propuesta por Umberto Eco (2000), sus objetivos y alcances, así como la historia de su surgimiento son totalmente distintas y sus consecuencias, por extensión, también.

La semiología de Saussure parte de una tradición lingüística que buscaba estudiar el papel de los signos en el seno de la vida social (1986). Aunque esta fue la aseveración hecha por Ferdinand de Saussure en su Curso de lingüística general, su desarrollo recayó exclusivamente sobre el signo lingüístico, de manera que su mayor intención era generar un estudio científico y sistemático del lenguaje.

Para este autor, según el rescate que hace Palleiro, el lenguaje estaría diferenciado por dos conceptos fundamentales: habla y lengua. El habla sería el acto individual de voluntad e inteligencia, heterogénea y accidental, de índole física, psíquica y fisiológica, sujeta a evoluciones y cambios; por otro lado, la lengua sería aquel producto social de un sistema virtualmente existente en los cerebros de un conjunto de individuos, homogéneo, de naturaleza psíquica, registrada pasivamente en la memoria bajo la forma de un sistema de signos convencionales y arbitrarios (2008).

Esta propuesta inauguró toda una corriente de pensamiento que posteriormente fue llamado estructuralismo, en virtud de que el lenguaje era una estructura que debería estudiarse sincrónicamente con la finalidad de hallar aquellas reglas que la gobernaban. La gramática y la semántica cobraron especial relevancia dejando de lado el uso que se hace de ese conocimiento que, dicho de paso, no se registra pasivamente, sino que es el producto vivo del quehacer de las personas y que reflejan esos modos de vida en los cuales se insertan y subsisten.

A la par, hacia finales del siglo XIX, otro teórico conceptualizaba el estudio del signo desde un ángulo distinto, me refiero al químico y filósofo Charles Sanders Peirce. Para Peirce, la semiótica no estudiaba solamente aquel sistema ponderado para la

comunicación, es decir, al lenguaje; su interés era mucho más ambicioso: ¿cómo explicar la manera en que se organizaba el conocimiento y cómo ésta era posible y bajo qué criterios formales podría darse? (Peirce, 1974). Lo que revela esta pregunta es que su interés radicaba en el quehacer del signo, el signo en acción o también llamado semiosis y el producto de ésta que es la significación.

Una de las consecuencias de concebir la semiosis como el signo en acción es que para Peirce no había nada que no pudiera explicarse a través de la acción significativa o bien del uso de los signos (Peirce, 1868), y aquello que podía producir tal acción no era simplemente un producto lingüístico, sino el resultado de la interacción de diferentes sistemas semióticos que producían efectos específicos para configurar la realidad. “Los significados son el resultado de un proceso de acoplamiento basado en experiencias mutuas [...] las palabras no cargan significado; al contrario, los significados son percibidos sobre la base de la experiencia previa del perceptor” (Vidales, 2013, p. 113)

De tal forma que además de ser un estudio del signo en acción también es una teoría de la producción y validación del conocimiento colectivo; es por ello que otro nombre dado a la semiótica peirciana es el de “lógica” (. “El verdadero origen de la concepción de la realidad, muestra que esta concepción esencialmente implica la noción de comunidad (community), sin límites definidos, y capaz de un incremento del conocimiento en general” (Elizondo, 2012, p. 79) Enfatizaré entonces un aspecto central de la comunicación y la significación: ésta no puede darse por la existencia misma del signo, sino por el uso que se le dé en una relación específica, lo que hace al signo ser signo no es ni su materialidad ni su existencia *per se*, sino que su existencia está dada por la función que ha de cumplir; el significado como producto de esa función es explicada por Vidales de la siguiente forma:

La pregunta por el sentido [diría significación] implica entonces, un cambio en la visión de las condiciones físicas de su producción hacia las nociones prácticas de su emergencia en todo proceso comunicativo, cognitivo y social. Los signos emergen como procesos parciales de producción de significados, pero es el resultado de su mutua operación de la cual deviene el sentido. (2013. p. 117)

La razón para utilizar la propuesta peirciana del signo en lugar de una propuesta estructuralista salta a la vista: mientras la postura estructuralista enfoca su quehacer en el lenguaje como estructura y al signo como una relación existente independiente de quienes lo usan y como un acoplamiento entre significado y significante (Beuchot, 2004); la postura peirciana pone su lupa sobre el conocimiento mismo y su naturaleza procesual comunicativa. Además de, primeramente, observar al signo como una función triádica entre un objeto, el signo que representa a ese objeto y un alguien que es capaz de interpretar mediante un interpretante o conocimiento previo y, segundamente, porque la noción de signo de Pierce busca salir del psicologismo de su época y que se ha extendido a nuestra contemporaneidad en forma de la igualdad mente-cerebro.

Una metáfora que puede servir es aquella que Potter (1998), ofrece sobre el uso del signo lingüístico. Este autor aduce que las palabras que utilizamos, si concebimos un acto discursivo como hacer un edificio, no son simples ladrillos rígidos que se utilizan invariablemente en cualquier encuentro comunicativo, antes bien son de naturaleza flexible, maleable que se solidifican en cierto grado según cada ladrillo obtenga un lugar en el gran complejo constructivo que es la comunicación.

Quisiera extender esta metáfora, ya que no sólo hablamos del signo lingüístico sino de todo aquello que pueda funcionar como signo, y tampoco hablamos del signo como algo independiente de quien lo usa. Así pues, la cibernética y la semiótica aluden

a las acciones de todos aquellos personajes que participan de una construcción discursiva: albañiles, chalanos, arquitectos, ingenieros, clientes, entre otros; todos y cada uno se ponen en relación para generarlo y sus acciones depende de las acciones del otro. Es decir, un albañil no puede simplemente empezar una construcción sin la guía de un arquitecto que, a su vez, no puede trazar un edificio sin la participación de un ingeniero que le ayude a distribuir las cargas y medir los riesgos y, todos ellos no pueden hacer su trabajo si no hay una demanda por parte de un cliente.

No obstante, no debe pensarse que se trata de un acomodo jerárquico, pues las interacciones humanas son más complejas que ello, cada uno de los involucrados modifica su desempeño que a su vez modifica el desempeño de otros: la comunicación es un acto, un performance si se quiere, pero siempre es un acto de función o relación.

Invito al lector a pensarlo desde el quehacer del psicoterapeuta cibernético y para ello referiré uno de los casos mencionados en el capítulo anterior. Se trata pues, del joven de 27 años que tras una serie de infortunios entre los cuales se encontraba la muerte de su madre, sentía que no iba a poder controlar su ira y que escuchaba múltiples voces en su cabeza. Parte de los efectos “lógicos” que surgieron al escuchar su historia es que, al ser relaciones tan significativas las que tenía con sus amigos y su familia, parecía que él hubiera esperado mayor apoyo de ellos tras la muerte de su madre, lo cual, al no recibir, pudo haber contribuido a la sensación de molestia y de poco control. Tengo que recordar que las inferencias<sup>9</sup> hechas en terapia más que

---

<sup>9</sup> Utilizo el concepto de inferencia en lugar de hipótesis -como su antigua usanza en el modelo de terapia de Milán- por dos razones: 1) porque la inferencia es parte central de la semiótica peirciana, es por medio de ella que los conocimientos son articulados y validados en una situación comunicativa. La inferencia peirciana por pertenecer a una lógica no formal, no sólo utiliza inferencias deductivas o inductivas que están mucho más ligadas al proceso de investigación científica tradicional que busca “comprobar” o “mostrar” una verdad general, sino también inferencias abductivas, que reconocen el papel de la intuición que deviene de la manera en que otros conocimientos son relacionados para generar propuestas novedosas sobre algo. De forma que una inferencia peirciana (constituida por la abducción, inducción y deducción) integra lo sensitivo con lo razonable y transforma al conocimiento en verosímil o razonable. 2) Porque el uso del concepto hipótesis puede ser tramposo en la medida en que hemos de comprobar lo que ya sabemos. Sin embargo, debo reconocer que la hipótesis sistémica no comparte esta tradición, antes bien

centrarse en el origen o la causa, lo hacen en las relaciones de las descripciones y sus efectos.

A lo largo de las sesiones surgieron múltiples inferencias, tanto por parte de los terapeutas, como del equipo terapéutico y la supervisora y llama particularmente la atención este caso porque me permite ejemplificar que la comunicación genera significados que estructuran la realidad y que tienen efectos en la vida de esos interlocutores. Así pues, al llegar la sesión dos, surgieron dos inferencias distintas y encontradas: por un lado, la supervisora argüía que el chico era un probable suicida y que estaba deprimido, por el otro, los terapeutas defendían que el enojo venía de sentirse herido y poco apoyado y que, aunque había dicho que no tenía sentido la vida para él, en lo que hablaba y cómo se comportaba, existían múltiples acciones y descripciones que hacían pensar que este “sin sentido” más bien era decepción.

El encuentro de esas dos inferencias no son simples descripciones pasivas, más bien son construcciones que guían las acciones de quienes se vieron involucrados. Así, la discusión sobre qué inferencia debía seguirse o ponderarse ocasionó un problema de inconformidad entre los terapeutas y la supervisora. Entienda el lector que aquella inferencia centrada en el posible suicidio construía una realidad a través de lo que se sabe de cómo se debe actuar en tal situación: la urgencia, la preocupación y la atención inmediata; de ahí que la supervisora señalara acciones o conocimientos de acciones que también comunicaban. Por ejemplo, un señalamiento recurrente fue que uno de los terapeutas tenía una posición corporal de desinterés y poca preocupación, esto es, con un codo apoyado en el respaldo, el cuerpo echado hacia atrás y las piernas cruzadas; otro, fue el de haber ofrecido pañuelos inmediatamente después de notar que el

---

nos advierte que no hemos de casarnos con ninguna de ellas, pues son solamente guías de exploración que determinan el tipo de preguntas generadas en un encuentro terapéutico.

consultante lloraba, con lo cual el mensaje, según el significado atribuido por la supervisora, era: “deja de llorar”.

Cabe preguntarse seriamente: ¿Cómo es que la supervisora supo que esas acciones significaban eso para el terapeuta o para el consultante? Y sobre todo ¿Cómo sabe que sabe que esas posiciones implican tales significaciones? Al punto al que voy es que, si el centro de atención hubiera recaído en el simple signo lingüístico o lo que el consultante hablaba para utilizarlo como guía interpretativa (al estilo de la translingüística barthesiana) (Fabbri, 2004; Warley, 2011) de los otros sistemas semióticos como el kinésico, espacial, facial, etc., entonces corríamos el riesgo de no atender a la complejidad de la significación y decantarnos por la inferencia del posible suicidio.

Finalmente, los terapeutas decidieron optar por su propia inferencia arguyendo que sus expresiones corporales no reflejaban el significado atribuido por la supervisora, y dio espacio al aspecto diferencial de la comunicación humana: la significación depende de cómo aquello que es signo es interpretado por un intérprete con un interpretante particular. Si para la supervisora tales signos en relación referían tal significado, para los terapeutas era diferente, con todo, los terapeutas decidieron utilizar una de las técnicas terapéuticas desarrolladas en Milán: dar a conocer la hipótesis; pero, más allá de una técnica, también resulta ser un principio dialógico de la comunicación que permite atender a la constitución del significado.

Cuando los terapeutas mencionaron que una parte del equipo se encontraba preocupado por que veían la posibilidad del suicidio, el consultante comentó que esto no era así, que si sentía que no tenía sentido la vida no significaba forzosamente la posibilidad del suicidio. Con ello me permito ejemplificar que el significado no está dado completamente *a priori* por el conocimiento previo y que tampoco está totalmente construido, sino que éste se actualiza constantemente en cada interacción posible y

efectiva y por lo múltiples sistemas semióticos en acción. En adición, la significación es el resultado de la manera en que en la comunicación dialógica se acomodan las respuestas recursivamente mediante la pregunta y la respuesta, mediante el papel activo de ambos interlocutores.

No hay categorías y partes de significado antes de la comunicación que se combinan de distinta forma después, en el momento de la comunicación. Lo que hay son subdistinciones del flujo del sentido que se hacen en el preciso momento en que se verifica el proceso comunicativo. (Fabbri, p. 46)

Quizá pueda sonar descabellada esta idea y anti-heurística puesto que pareciera que cuando nos relacionamos, en definitiva, existen significados previos que nos acompañan. No obstante, para entender a qué me refiero con la comunicación dialógica hemos de explorar el concepto de función que tiene alcances mayores que el de la simple relación de dos entes distintos.

### **El concepto de función en los sistemas semióticos**

Hemos hablado anteriormente de que en un acto comunicativo existen múltiples sistemas semióticos en interacción, de tal manera que podemos afirmar que nuestra existencia más que monomodal; es decir, estructurada por un modo semiótico<sup>10</sup>, es más bien multimodal (Kress y Van Leeuwen, 2001), según distingamos y puntuemos los

---

<sup>10</sup> Según Kress y Van Leeuwen (2001) los modos “son recursos semióticos que permiten la realización simultánea de discursos y tipos de (inter)acción” (p.13). Según esta definición, corresponde a la articulación de los signos en los sistemas semióticos y podemos considerar como modos al lenguaje, la coloratura vocal, la kinésica, la proxémica, etc. No obstante, no deben confundirse los modos con los medios, estos últimos son “los recursos materiales utilizados en la producción de productos o eventos semióticos, incluyendo las herramientas y los materiales usados [...] están generalmente producidos para este propósito” (p.14),

sistemas relevantes que suministran información. El tránsito entre una y otra nos ofrece la posibilidad de estudiar con mayor detalle la función que cada sistema tiene en interacción y la manera en que estas interacciones afectan al significado que emerge de ellas.

Lo importante de un sistema semiótico, al igual que un sistema cibernético no son los elementos que la constituyen sino las relaciones que constituyen a tales elementos y, en un sistema semiótico no es el signo en sí lo que ha de estudiarse, sino el signo en acción. Los signos permiten articular la significación (Fabbri, 2004).

Comencemos por entender de manera general lo que es un signo. Según se ha convenido, un signo es algo que está en lugar de otra cosa para alguien de alguna forma; es decir, un signo designa la existencia de aquello que nombra y este es el principio que se ha mantenido desde sus primeras teorizaciones en la Grecia Antigua -con sus diferencias cualitativas- con Platón, Aristóteles, los Estoicos; pasando por la época medieval con San Agustín, Roger Bacon y Juan Duns Escoto, hasta nuestra época actual en la que se extiende en mayor medida las teorías de Pierce y Saussure (como se citó en Beuchot, 2004).

Sin embargo, a diferencia del signo lingüístico y su uso por los nominalistas, desde una perspectiva peirciana, el signo no refiere forzosamente a una entidad física u ontológicamente palpable como las cosas que hay en el mundo (Fuentes, 2018), sino que, tal y como el principio peirciano lo describe, al no poder pensar y actuar por fuera de los signos, aquello que designa puede ser palpable o no, pues refiere a un conocimiento específico, a una cierta organización. Así, un signo puede referir a algo como una cubeta, una huella o una casa, pero también a conceptos como el amor, la solidaridad, la esperanza o la culpa. Queda claro un primer elemento del signo, la de la referencia.

Seguido de ello notemos que un signo por guardar una relación con aquello que designa no puede sino elaborar un signo de igual equivalencia o más desarrollado (González, 1997). Esto es que, el uso de los signos existe por su concatenación y no por su existencia individual; cuando referimos, por ejemplo, que nos hallamos tristes, esa tristeza siempre refiere a un algo como pueda ser una tristeza por la pérdida de un empleo, la muerte de un ser querido, la imposibilidad de obtener algo que se desea o similares; he ahí la relación de referencia. No obstante, ese signo también se enlaza con otros como pueda ser que la tristeza refiere la existencia de un futuro incierto -sea lo que ello se refiera-.

Tener en claro estas relaciones de referencia y elaboración nos permite exponer un elemento primordial para la comprensión de la significación y el desarrollo del diálogo. En la práctica terapéutica siempre ha de mantenerse en cuenta puesto que cuando un consultante llega a terapia y trae consigo una descripción que para él resulta problemática, entonces debemos considerar que esa descripción siempre nos refiere a un antecedente y a un consecuente que están conectados no independientemente del consultante, sino que esa conexión de posibilidades está dada por el conocimiento que tiene sobre el pasado, el presente y el futuro.

Existen preguntas simples pero poderosas que no deben olvidarse y que pueden hilarse según la escuela terapéutica que se maneje. ¿Qué tuvo que pasar para que usted comenzara a sentirse así, ubica ese momento específico? ¿Y antes de eso, usted como se veía a sí mismo? ¿Qué piensa que pueda pasar con usted, su futuro y sus relaciones de seguir con este problema que refiere? ¿Piensa que puede haber otra forma de estar además de esa? ¿Qué tendría que pasar para que eso fuera posible? Como puede observar el lector, estas preguntas están formuladas en términos de la Terapia Breve Centrada en Soluciones, pero bien pueden ser aplicadas a otras escuelas siempre y cuando se mantenga en la práctica dialógica la siguiente idea: las personas tenemos

conocimientos sobre nuestras vidas, y este conocimiento no necesariamente es progresivo o uniforme, sino que se pone en juego con otros conocimientos que son, por regla más que por excepción, entendimientos de la vida y sus relaciones avalados por comunidades específicas.

Esto conduce a preguntarnos y reflexionar sobre otra cualidad del signo que es la de un quehacer constante, ilimitado y comunitario (Elizondo, 2012). Cuando dialogamos con nuestros consultantes, es posible caer en la trampa de considerar que el conocimiento sobre un problema es producto exclusivo del razonamiento individual; nada más alejado de lo que es posible observar cuando nos comunicamos. Le invito al lector a pensar que cuando hablamos de problemas humanos, en la conversación es posible notar que todo “problema” o descripción de esa porción de experiencia incluye por lo menos dos cosas: 1) un conocimiento sobre cómo son las cosas y cómo quisiera que fueran y 2) otras personas y acciones de personas que están en relación.

Una depresión, por ejemplo, tiende a ser considerada como un desequilibrio químico, un trauma del pasado o una personalidad depresiva (principios dormitivos), pero cuando se escucha atentamente el discurso de ese otro en el curso de un diálogo, frecuentemente escuchamos que esa depresión está conectada con una pareja que no reconoce los logros ni decisiones, con la muerte de un ser querido que fue significativo, la pérdida de un empleo por chismes o malas decisiones de otros, etc. Nuestras experiencias no son solipsistas, ellas se constituyen por un quehacer colectivo y de ellas participan los demás. Sin embargo, sí he de aclarar que, aunque esto sea así, en terapia poco podemos hacer para resolver expectativas que incluyen acciones que otros deberían hacer, así que, si el conocimiento que genera un problema es por depositar en otro tales acciones, hemos de cambiar mediante el proceso de significación la capacidad o agencia que una persona percibe de sí misma para estar de una manera distinta en esas relaciones de existencia.

En ese sentido la escuela de Terapia Narrativa es enfática en que si el proceso de terapia es re-historiar o narrar historias alternativas, ellas emergen del cúmulo de conocimientos que pueden entrar en juego para explicar la experiencia (Denborough, 2018). De hecho, tales conocimientos se hallan en pugna y son socavados o subyugados cuando la comunidad que habita la persona pondera un conocimiento sobre el otro. Empero, no debemos caer en el facilismo de que tal ponderación es en efecto una imposición de la comunidad, sino más bien, hemos de considerar que en tal comunidad no existe una apertura al diálogo en el sentido de hacer visible el principio sistémico de la relación y de la doble descripción. Como diría Sfes (2007):

Nunca se ha hablado tanto de la comunicación como en una sociedad que no sabe comunicarse con ella misma, cuya cohesión esta cuestionada, cuyos valores se descomponen, cuyos símbolos demasiado usados ya no logran unificar [...] se habla cada vez más, pero se comprende menos. (p. 12)

La declaración que hace Sfes sobre la comunicación constituye un problema que toda práctica terapéutica ha de considerar puesto que, si el conocimiento que una persona tiene sobre sí misma y su experiencia depende de lo que una comunidad avale -en el sentido de ser un conocimiento compartido- en el seno de una sociedad que habla pero no comprende, entonces ese conocimiento no puede sino fragmentarse y aislar, cada vez más a las personas, potenciado sus problemas y la desesperanza al no poder resolverlos.

La terapia cibernética reconoce en su práctica esta consecuencia y, de hecho, puede verse reflejada en la noción de entrevista circular desarrollado por los asociados de Milán (Penn, 1982). Esta entrevista no es un mero ejercicio de preguntar linealmente a cada integrante de un sistema determinado, sino de conocer la manera en que es

compartido un conocimiento sobre una experiencia, sus matices, sus propuestas, encuentros y desencuentros, y por ello note el lector que existe una gran diferencia en la cualidad de la información que puede encontrarse al hacer una pregunta lineal respecto de una circular (Tomm, 1988).

Para notar estas diferencias sugiero el siguiente ejemplo: y tú Juana, ¿cómo te explicas que este problema haya llegado a su familia? Y tú, Pedro, ¿cómo te lo explicas?; ambas son preguntas lineales que por sí solas no tienen nada de improductivo, al contrario, nos permite acercarnos, desde nuestra postura de doble descripción, a la manera en que cada persona involucrada categoriza las acciones presentes en un episodio concreto. No obstante, cuando comenzamos a hacer preguntas circulares, ponemos en relación al conocimiento y por extensión, a las personas: Juana, ¿qué piensas que tu madre podría decirnos ahorita si escuchara lo que Pedro acaba de compartirnos? Las preguntas circulares, una vez más, no tratan sobre enemistar o poner en contra, sino de palpar la distribución del conocimiento y su significado en una comunidad particular.

Pero, ¿por qué un problema puede subsistir a pesar de que una comunidad este de acuerdo en que es un problema? Me parece que debemos llevar hasta sus últimas consecuencias nuestra noción de conocimiento qué, si desde una perspectiva semiótica peirciana siempre está avalada por una comunidad, no significa que no existan diferencias entre la manera en que es compartida y la forma en que es vivida y experimentada por cada persona. Así pues, en un episodio concreto de experiencia pueden existir múltiples conocimientos y dado que dependen de una comunidad, hemos de aceptar que múltiples comunidades entran en juego para dar sentido a una experiencia, sea problemática o no.

Por ejemplo, cuando a consulta llega una familia que lleva a su hijo adolescente por problemas de consumo de alcohol, y todos en la sala comparten que es un problema

¿cómo explicamos la contradicción de que persista? Esto se debe a que, así como todos saben que tomar alcohol a esa edad puede ser contraproducente y conducir, quizá, por un camino no apropiado de desarrollo, también es cierto que cada persona puede además compartir otras descripciones que implican acciones concretas. El adolescente puede hacerlo porque para él significa una forma de relacionarse con sus compañeros, para la hija mayor una etapa que debe ser comprendida y no reprendida o un padre que reconoce que vivió lo mismo cuando era adolescente. En el primer caso, tomar alcohol, está avalado por sus amigos y por los efectos en sus relaciones; para la hermana, que supongamos, estudia pedagogía, observa tal evento desde un ángulo de desarrollo y no de preocupación; para el padre, su adolescencia y quienes la compartieron refuerzan ese conocimiento. Entonces, el diálogo y el significado que surge de ahí no es, en términos bajtinianos, monológico sino más bien polifónico (Arnkil & Seikkula, 2015).

Lo que hace poder comprender la idea de polifonía recuperada en las escuelas postmodernas y anexarlas, además a la cibernética sin incurrir en un “fallo lógico”, es que la simple idea de doble descripción y los niveles recursivos que la permiten ya hacían referencia a una comunidad de interlocutores y de conocimientos en interrelación distribuidos a lo largo del tiempo y dependientes de sus contextos de generación.

Con los ejemplos antes expuestos y hasta este punto, podemos redundar en el tema de este apartado: el significado resulta de la acción del signo que en un diálogo concreto permite coordinar, dotar de valor y categorizar cada conocimiento que constituye la relación de esos signos, y la manera en que cada participante significa la acción y conocimientos propios y ajenos. La significación es una función, una relación puesto que “lo que se representa con signos no son cosas, sino procesos” (Fabbri, p.62).

En realidad, esta idea está muy extendida y aplicada de múltiples formas. Wittgenstein (1921), ya lo dilucidaba cuando en su primer periodo veía al lenguaje como

una forma de figuración del mundo. Para este autor, las palabras por sí solas -que en la lógica de la semiótica estructuralista corresponderían a los signos- no expresaban nada que pudiera ser conocido, sino que esas palabras se articulaban en forma de proposiciones, de relaciones que figuran la comprensión de ese mundo -en términos de la semiótica peirciana, esa relación es equivalente al signo en acción: un algo que es referido para alguien de alguna forma-; “el mundo es la totalidad de los hechos, no de las cosas” (1.1). Me interesa, además de hacer notar que efectivamente el lenguaje refiere relaciones y no objetos, adherirlo a las tesis del segundo periodo de Wittgenstein (1945) quien sostenía que era por medio de ese lenguaje que nuestro mundo era configurado y qué, además, construía el modo de vida de quienes lo usan.

Por lo tanto, para Wittgenstein el lenguaje es dinámico mientras algunas palabras adquieren significados nuevos, otras dejan de significar lo que significaban. Así como nuestra fisionomía ha cambiado de acuerdo a nuestras necesidades (como es el caso de nuestras manos que cada vez son capaces de realizar movimientos más precisos), nuestro lenguaje [nuestros sistemas semióticos] se ha ido modificando también. (Fuentes, 2018 p.21)

Fuentes (2018), cita una metáfora expresada por este autor que nos permite entender a los sistemas semióticos en relación como fuente de significación:

En cuanto a entender al lenguaje [sistemas semióticos] como juego, Wittgenstein hace una referencia directa con el ajedrez. Para jugar ajedrez de inicio se deben conocer los nombres de las piezas, pero esto es sólo uno de los pasos y no puede ser suficiente para “saber jugar”, esto constituye sólo el primer paso. Por ejemplo, “rey”, “caballo”, “torre”, son términos que pueden denominar varias cosas y objetos, así como las piezas también pueden tener distintos nombres o términos que las denominen. Por ello el significado

de cada pieza no es dijo, sino que depende del uso que cada una de ellas tiene en el juego (en este caso ajedrez) o en otro juego lingüístico [comunicativo]. Como siguiente paso se debe conocer los movimientos que puede realizar cada pieza, de hecho, este paso es más importante que el anterior ya que esto representa cómo debe significarse cada cosa, es decir, que uso tiene cada pieza en el juego. Y, por último, una vez que denominamos y significados cada pieza, deberemos conocer las reglas de ese juego, que como cualquier otro, son particulares y específicas. (p.21)

El significado estará constituido en el diálogo mismo, y para que pueda ser esto posible hemos de jugar, con nuestros consultantes el mismo juego, que, traducido a palabras sistémicas: hemos de hablar el mismo lenguaje que nuestros pacientes. Me es necesario aclarar esta idea ya que, en terapia puede llegar a ser confuso y a veces, al llevarse a la práctica, algo caótico.

Hablar el lenguaje del paciente no significa simplemente “copiar” las palabras que utiliza o la manera en que se expresa bajo el supuesto de que al hacerlo, entonces habremos accedido a su pensamiento; se trata más bien, de saber cómo comunicarnos con él; es decir, de saber preguntar lo que sabe y, a partir de ahí, generar intervenciones; es conocer la lógica con la cual su experiencia es significada y le da sentido, de lo contrario, incurriríamos en la creencia generalizada (fútil) del quehacer psicológico: “nosotros somos expertos en la vida de las personas”.

Antes de finalizar este apartado quisiera dedicar un espacio a explicitar cómo el significado depende, también, de la manera en que, en un diálogo cualquiera, la retroalimentación puede afectar a la significación, generar simetría o complementariedad<sup>11</sup>. De esta manera, cuando un terapeuta se encuentra con

---

<sup>11</sup> Una de las problemáticas que pueden surgir al relacionar conceptos como diálogo e interacción comunicativa es que cada una parte de disciplinas distintas pero que no obstante se enfrentan al mismo fenómeno: el de la comunicación. Así que, entiendo al diálogo desde dos vertientes complementarias: 1) la gadameriana, quien lo considera una acción de pregunta y respuesta y 2) bajtiniana, donde un concepto



consultantes con los cuales no comparte la explicación o significado otorgado a una experiencia, como puede ser en casos de violencia, abuso, drogadicción, etc., es posible que fácilmente se pueda llegar a caer en una interacción simétrica por “imponer” al otro el significado atribuido. No obstante, invito al lector a reconsiderar esta “imposición” de una manera distinta ya que, si nuestra visión es dialógica entonces tal imposición es en realidad una expresión de la necesidad de comprensión puesto que, al haber un desacuerdo, cada uno busca ser comprendido a como dé lugar, la simetría tiene el efecto, cuando escala, de ser una suerte de negación de los interlocutores.

Por otro lado, la complementariedad en el diálogo cuando es excesiva puede llevar al terapeuta a mostrarse condescendiente y mantener en la misma zona de experiencia y con las mismas descripciones al consultante. En este caso, los significados se mantienen estáticos, o al menos su reformulación se vuelve lenta. Un diálogo que parte de la idea de la comprensión deberá oscilar entre la complementariedad y la simetría y en ello hallamos un paralelismo con la propuesta cibernética de una relación que oscila entre la estabilidad y el cambio<sup>12</sup>.

---

central es el de polifonía; entendamos al diálogo como la conversación que pueden sostener dos o más personas que buscan la comprensión del tema del cual conversan, esta comprensión no puede sino desarrollarse a través de su carácter de pregunta-respuesta que no necesariamente describe preguntas en términos gramaticales, sino que constantemente orientamos nuestra comprensión (cibernéticamente, nuestro desempeño) a través de la previsión y proyección del sentido. La previsión trae consigo nuestra propia experiencia, historia, tradición y prejuicios -en mayor medida monológicos por la tendencia a considerar el conocimiento como propio de un quehacer individual-, lo que sabemos sobre las cosas orienta lo que es posible comprender; no obstante como esta comprensión no puede sino ser siempre parcial, en el diálogo hemos de responder estas preguntas con la interacción con el otro, lo que reconocemos aquí como sistemas semióticos que nos facilitan la búsqueda de ese sentido, y esto es válido para todos los interlocutores en relación. Así mismo, el diálogo no es uniforme ni lineal, antes bien oscila entre altos y bajos que pueden explicarse de forma general por los conceptos de simetría y complementariedad.

<sup>12</sup> Las exacerbaciones que surgen en el diálogo relacionadas con la simetría y la complementariedad están relacionadas, desde mi punto de vista, con el concepto de horizonte de comprensión y fusión de horizontes gadamerianos. Esto es que, al conversar, como se ha mencionada antes, podemos conocer el tema y las condiciones generales del mismo, pero la manera en que se comprende-significa serán propias de cada persona y su historia colectiva, esto de forma simple es el horizonte de comprensión que el lector puede imaginarlo como estar parado contemplando una escena, dependiente de nuestra posición en ese plano es lo que podemos alcanzar a ver. Es justo pensar que, si hay dos o más personas paradas en ese mismo espacio o si atendemos a los discursos disponibles de nuestra cultura, entonces habrá tantos horizontes

Ahora bien, entender cómo se da el proceso de significación en un evento comunicativo cualquiera necesita forzosamente conocer cuáles son las condiciones que lo permiten, por decirlo de alguna manera, los ejes guía que permiten identificar y comprender al signo en acción y de ello hablaré en el siguiente apartado.

### **Las condiciones formales del signo peirciano**

Invito al lector a imaginarse el proceso de la comunicación dialógica desde la teoría de los tipos lógicos de Bertrand Russell y que, según Keeny (1991), Bateson transformó en una herramienta para desentrañar, o al menos explicitar, cómo funcionan las paradojas en la comunicación humana. Esta herramienta epistemológica nos permite discernir la manera en que se relaciona una clase con los miembros que la conforman, si bien inicialmente fue utilizada para nombrar aquellos elementos de la realidad que puedan designarse ostensiblemente, en nuestro caso nos ayuda a distinguir nuestros conceptos y la manera en que los construimos.

De esta manera, el asunto de la semiótica, comunicación, significación y signo, se transforma en una especie de matrioshka; es decir, procesos contenidos en procesos contenidos en procesos. Existe la tendencia en que, cuando hablamos en metáforas que repiten patrones como lo hemos hecho con la matrioshka o como lo hace Keeney con las cajas chinas; nuestro pensamiento lineal tiende a organizarlo bajo la creencia de que esta sucesión de contenciones es estrictamente jerárquica en cuanto un proceso contenido tiene menos valor respecto de aquel proceso que lo contiene. Parto de la propuesta hermenéutica-retórica de las relaciones existenciales que establecen la parte y el todo de cualquier sistema, por lo que un todo no puede entenderse sin hacer

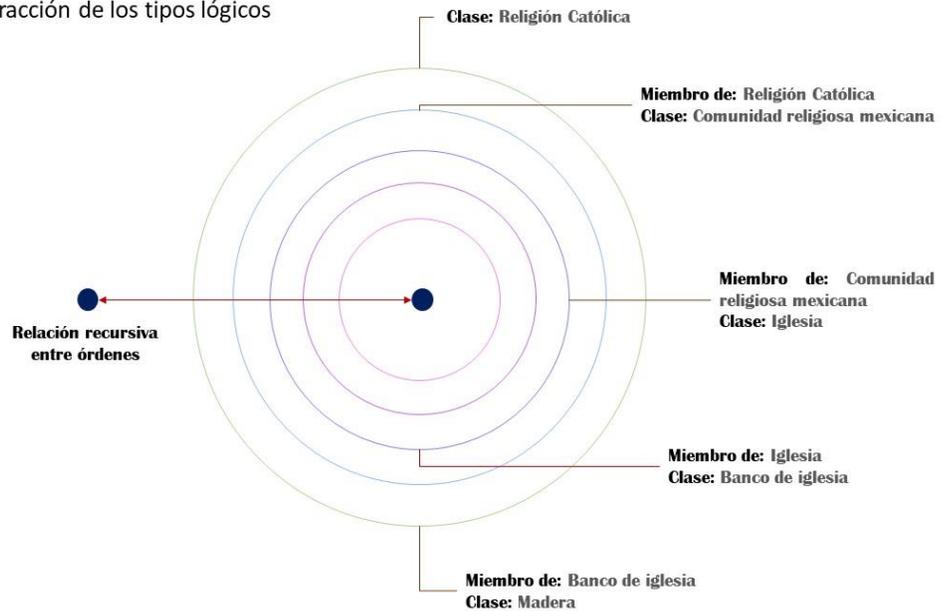
---

como personas; un encuentro dialógico apunta a la fusión de esos distintos horizontes que propician la comprensión. Fusión que no es eterna, sino temporal.

referencia a esas partes que lo conforman pero que no se reducen a ellas, y las partes no pueden sino desvanecerse si no atendemos al sentido que configura el todo en el cual está contenido (Gadamer, 2001).

Para dejar más claro la lógica que entraña esta metáfora, imaginemos un concepto cualquiera (ver figura 7): una iglesia, ella sería nuestro punto de partida y entienda el lector que la mayor razón para abandonar la idea de jerarquía es que el punto de partida que determina las clases y los miembros, son, una vez más, procesos epistemológicos y comunitarios.

**Figura 7**  
Esquema de interacción de los tipos lógicos



Siguiendo con nuestro ejemplo, en un sistema de tipos lógicos, la iglesia como concepto y como conocimiento colectivo está constituida por los elementos que sabemos la conforman a la vez que conforma una clase superior a ella. Por consiguiente, en una iglesia podemos encontrar figuras sacras, bancas, personas, el párroco, etc., que conforman a los miembros perteneciente a la clase “iglesia”, pero también podemos agarrar un miembro de esa clase, como una banca de iglesia y observarla como una nueva clase que posee a sus propios miembros como podría ser una banca y delimitar entonces sus miembros como: la madera con la cual está hecha, los clavos o tornillos y así sucesivamente. Pero también podemos considerar a nuestra primera clase, la iglesia, como miembro de una clase superior que podría ser la comunidad religiosa mexicana y ésta a su vez, podría pertenecer como miembro a una clase superior como la iglesia católica en general.

Me gustaría redundar en esto: si bien la metáfora nos permite puntuar epistemológicamente, tal puntuación no corresponde en absoluto con una verdad ahistórica e independiente del sistema que lo puntúa y, aunque en cibernética a eso lo conozcamos como autorreferencia (Keeney, 1991), y pueda entenderse como el germen de una propuesta constructivista, le pido al lector que recuerde que tal autorreferencia es, al mismo tiempo, referencia a una comunidad discursiva particular.

Ello tiene por consecuencia que la metáfora cibernética utilizada en el corte batesoniano, a diferencia de las críticas hechas tras la aparición de las escuelas postmodernas en psicoterapia, no despersonaliza ni observa a los seres humanos como máquinas, tuercas y tornillos que hay que arreglar. Más bien, trata sobre cómo un proceso epistemológico es perpetuado en el seno de las relaciones de una comunidad con tiempo y espacio determinado.

Ahora bien, si aplicamos esta idea a la comunicación significativa entonces observemos que la significación funciona ora como clase, ora como miembro. En cuanto

a la primera, la significación es el proceso que resulta de la acción del signo y los sistemas semióticos- y es entonces el signo el que conforma o, mejor dicho, articula, tal significación; en cuanto a la segunda, esta significación es miembro de un proceso superior que es en sí misma la comunicación. Esto deberá quedar claro para los terapeutas cibernéticos ya que, con frecuencia, es posible caer en la trampa antes dicha de que el lenguaje es el único sistema semiótico con el que trabajamos, pero también, en que el significado atribuido por una persona es el proceso comunicativo en sí mismo. Me refiero a que la significación es una relación y no un volcado de procesos mentales.

Así pues, para entender la manera en que este significado emerge, hemos de adentrarnos en lo que en la semiótica peirciana se conoce como: las condiciones formales del signo, y advierto que, si bien serán descritas de forma separada para un entendimiento más pedagógico, no deben considerarse como entidades sino como relaciones. Peirce jamás intentó hacer una clasificación de los tipos de signos, sino más bien, de la manera en que las relaciones que sostienen los signos configuran diferentes tipos de semiosis y significaciones (Castañares, 1994).

Comencemos con la gramática semiótica y que corresponden a los elementos que conforman al signo en acción. A diferencia del signo elaborado por el estructuralismo, Peirce postuló que el signo en acción era el resultado de una función triádica, estas son: el representamen o signo (estático si se quiere), el objeto y el interpretante.

El signo o representamen, que debe diferenciarse del signo en acción, debe cumplir tres condiciones que ya he mencionado anteriormente (González, 1997):

- a. El signo está en relación con un objeto que designa, sea este objeto ontológicamente físico o no
- b. El signo está por alguna cualidad o aspecto de aquel objeto

- c. El signo está por alguna cualidad respecto de su objeto para alguien que es capaz de discernir su existencia

El representamen, el objeto y el interpretante están en función de los modos del ser del signo que, de alguna manera, designan los tipos lógicos por los cuales se constituye y que dependiendo de la configuración entre estos modos del ser es como ha de entenderse el tipo de semiosis que emerge de una interacción comunicativa. Un signo en acción contendrá los tres modos indefectiblemente, dependiendo de cómo estos modos se presenten en la acción del signo es cómo significará un fenómeno determinado.

Para Peirce existe una primeridad que está asociada al representamen, este es un “modo de ser de aquello que es tal como es, de manera positiva y sin referencia a ninguna otra cosa, debe entenderse esta primeridad como potencialidad o posibilidad que el signo tiene pero que no constituye en sí mismo al signo; por ejemplo, una cualidad o una sensación. Esta potencialidad es por regla algo que no puede nombrarse en su justa dimensión debido a que al nombrarlo hemos ya establecido una relación con un algo, le hemos dado un estatus de hecho (Beuchot, 2004).

Su uso nos permite conceptualizar la posibilidad de manera menos escurridiza ya que, si todo signo tiene esa primeridad, entonces tiene la potencialidad y/o posibilidad de ser expresado en referencia a un segundo, en convertirse en segundidad y con ello, en hecho. Esta primeridad es de suma importancia porque es a partir de esta posibilidad que se significa a la vez que se resignifica. Por otro lado, la segundidad se refiere a un modo de ser de aquello que es tal como es respecto de una segunda cosa; es ocurrencia o hecho y los objetos pertenecen a esta categoría, se trata de algo que es posible designar. Finalmente, la terceridad hace referencia a la mediación o la síntesis

y es el modo de ser de aquello que está en relación con un primero y un segundo (Peirce, 1987).

Estos modos y sus definiciones, aunque parezcan trilladas, ofrecen la posibilidad de entender el proceso comunicativo desde ángulos que el racionalismo o el empirismo habían dejado de lado al momento de querer descubrir leyes y verdades universales no teniendo en cuenta que la realidad no era independiente de tal razonamiento o experiencia. Me refiero a que, si todo signo en acción contiene estos modos del ser en diferentes proporciones, ello deriva que la primeridad como sensación o posibilidad pone de relieve el aspecto inacabado de la comunicación; la segundidad, que existe una materialidad (sea palpable o no) y la terceridad que existe una comunidad que instaaura una significación determinada, se transforma en ley o hábito y por ello en conocimiento. El lector avezado habrá notado que es imposible hablar de una primeridad o segundidad a secas puesto que al referir a ella en un diálogo sea con otra persona o con uno mismo, hemos ya de ocupar formas comunitarias de designarlas; es por ello que González (1997), habla de una primeridad de terceridad, segundidad de terceridad y terceridad de terceridad.

Así pues, seguimos la línea de pensamiento de Brier (como se citó en Vidales, 2013), quien arguye que los elementos básicos de la realidad son: 1) energía, 2) materia y 3) información, o también, hay primeridad, segundidad y terceridad. La realidad no simplemente está semiotizada, sino que es semiótica en sí misma (ver figura 8).

**Figura 8**

Esquema de la relación triádica del signo peirciano y los elementos básicos de la materia



Quisiera intentar dejarlo más claro, uno puede fácilmente creer que la calidad y cualidad del conocimiento está dado por su referencia a hechos independientes de la existencia del ser humano, esto es que mientras más fácil sea de probar la existencia de aquello que hablamos, mayor valor tendrá. Esto es parcialmente cierto si consideramos, por ejemplo, que el ciclo del agua existe independiente de nosotros; sin embargo, ese hecho no es ajeno a la manera en que saberlo nos permite hacer y saber más cosas; de manera más simple, cuando en una conversación cualquiera se habla del ciclo del agua no se hace simplemente para describir ese ciclo sino que cumple una función en ese encuentro comunicativo, como puede ser informar, enseñar, explicitar etc., y tal función está inserta en distintos tipos de relaciones; alumno-profesor, jefes-trabajador, defensores del medio ambiente-políticos etc. De ahí que no podamos hablar de la realidad más que significada, contextual y posicionada.

Los pragmalingüistas ya nos advertían de este uso, autores como Sehl, Austin (como se citó en Beuchot, 2004), e incluso lingüistas como Sapir y Whorf aducían que al hablar no solamente referimos eso que llamamos “realidad” sino que el habla es un

acto performativo en virtud de que tiene efectos e intencionalidad en una conversación. Cuando decimos “ya no hay agua”, no solo lo hacemos porque nos guste describir el estatus de las cosas, sino porque bien puede significar “ve a comprar”, “alguien tiene que comprar agua”, “tengo sed”, etc. Al menos en el caso de los primeros autores. En cuanto a Sapir y Whorf (Potter, 1998), su hipótesis marca una diferencia en el mismo sentido ya que para ellos, el lenguaje y la manera en que lo usamos construye lo que podemos percibir de ella

En términos comunicativos, el representamen que corresponde a la primeridad, siempre está para alguien y se constituye por su cualidad, en ese sentido, el signo posee una dimensión presentativa, el representamen considerado por sí mismo bien puede ser cualisigno, sinsigno o legisigno. En cuanto a la relación que guarda ese representamen con el objeto de que designa y que está por ese objeto en alguna cualidad o aspecto (fundamento) constituye la dimensión representativa del signo (Marafioti, 2004). Siguiendo nuestra reflexión teórica, en esta relación hemos de considerar dos cosas: 1) la división que hace Peirce del objeto y 2) la relación entre el representamen y ese objeto mediado por un fundamento.

En cuanto al primero, el objeto puede ser de dos clases: dinámico e inmediato. El dinámico hace referencia al objeto que existe, esa materialidad, que aún no ha ingresado a una cadena semiótica; debido a que no hay nada existente fuera de la acción signica, el objeto dinámico puede considerarse como la multiplicidad de formas en las que puede estar ese objeto en una cadena semiótica. Ahora bien, respecto al objeto inmediato, se refiere a la manera en que ese objeto ingresa en la semiosis, es la forma en que se presenta y representa ante una persona con un interpretante en particular por medio de un fundamento o *ground* que es el aspecto por el cual se interpretará.

Esto puede ser mejor comprendido si lo aplicamos al quehacer terapéutico. Veamos. Cuando en una interacción comunicativa el consultante afirma que se siente

triste todo el tiempo, no lo hace desde la totalidad de cosas que puede significar la tristeza, sino que lo hace desde un aspecto en particular, por ejemplo, la tristeza relacionada con una ruptura amorosa. Entender esto es indispensable para poder elaborar preguntas en un diálogo que apunta a la resignificación ya que, una ruptura amorosa, si bien puede significar “tristeza”, al considerarlo como un objeto dinámico, estamos en posibilidades de explorar otros aspectos que la constituyen, como puede ser: “una oportunidad de aprender a mejorar las relaciones”, “un aprendizaje personal”, “desarrollo de habilidades”, “buenas experiencias”, etc.

Esta cualidad del objeto dinámico explicitada puede considerarse desde un plano semiótico el fundamento de las preguntas de excepción de la TBCS o de lo ausente pero implícito en la TN, por mencionar algunas. Cuando preguntamos: ¿Cree usted que pueda haber algo más que tristeza en esta ruptura amorosa, por muy mínima que sea? O: Cuándo me dices que estas triste por esta ruptura yo pienso que sólo se está triste cuando algo que quisimos mucho se pierde y quizá yo preguntaría ¿Qué hubo de satisfactorio en esa relación que ahora deviene en tristeza? Lo que hacemos es participar de la posibilidad que un objeto dinámico ofrece y buscar aquellos otros fundamentos que puedan ingresar en una semiosis distinta a la inicial, la que es vivida como problemática.

Respecto del segundo punto, la relación entre el objeto y el representamen, existen tres formas: el ícono, que guarda una relación de semejanza; el índice, que guarda una relación de contigüidad y el símbolo, que trata a la relación como conocimiento socialmente construido. No es menester de la presente tesis abordar con detalle estas relaciones ni tampoco deberán considerarse como tipos de signo en sí misma; sin embargo, su mención es necesaria por formar parte de las relaciones que constituyen al signo en acción.

Finalmente, en la dimensión comunicativa, la relación que guarda el interpretante con el objeto y el representamen puede considerarse como su dimensión interpretativa ya que trata sobre la manera en que ese interpretante -que es conocimiento- permite significar la relación dada entre el objeto y su representamen. Esta interpretación asemeja en demasía a la acción hermenéutica y de cierta forma pueden considerarse disciplinas paralelas; así que la acción interpretativa estará ligada forzosamente a alguien que sea capaz de ejercerla y según Marafioti (2004), constituirá la traducción del signo en su resultado significativo que tendrá: 1) sus propios efectos significantes sobre el intérprete, 2) será el resultado de la semiosis y 3) constituirá la regla de traducción del signo.

Cuando hablamos de un interpretante que está ligado a un intérprete, me refiero al interpretante no como un conocimiento individual sino a lo que en Kress y Van Leeuwen, denominan discurso (2001), y que es conocimiento socialmente construido. El interpretante no es personal, sino comunitario y no refiere a una homogeneidad de conocimientos, sino a múltiples discursos de los cuales las personas hacemos usos con fines específicos y dependientes de nuestro contexto e historia. “Toda palabra [signo] huele al contexto o a los contextos en que ha vivido su intensa vida social, todas las palabras y formas están habitadas por intenciones” (Shepherd, 1993, p.87)

En ese sentido el interpretante tampoco es un conocimiento totalmente acabado, se trata de una constante transformación que liga al intérprete con sus interlocutores y con su contexto pero que sin embargo puede ser conocido por todos de manera distinta, como cuando se habla en terapia de un problema de pareja. Como intérpretes utilizaremos aquellos interpretantes comunes que nos permiten establecer una comunión comunicativa con nuestro consultante, pero cuando accedemos a las dimensiones más escurridizas de cualquier aspecto, en este caso, de un problema de

pareja, cada interlocutor, por más similitudes que tenga, tenderá a poseer una distinción en cuanto a lo que significa, como aduce Shepherd (1993) respecto al texto<sup>13</sup>:

El significado no reside ni en el texto ni en el contexto sino en la relación entre ambos [...] el dialogismo y el monologismo no son tipos diferentes de texto, sino tipos diferentes de configuración intertextual [...] el significado de un texto cambiará conforme sea leído en nuevos contextos por lectores situados histórica y socialmente que siempre traerán en ese texto presupuestos (compartidos) (p. 88)

En las líneas anteriores es posible notar que, aplicando la semiótica peirciana encontramos puntos de encuentro con el dialogismo, tanto bajtiniano como hermenéutico; quizá porque ellos estudian el mismo fenómeno y porque su propuesta aterriza en la comprensión misma del evento comunicativo y su significación. En el seno de este estudio la semiosis cumple un papel importante ya que ella no sólo permite significar en un momento particular considerando la situación y la historia de todos los contextos y sus interlocutores que lo hacen posible, sino que también configura un aspecto central del conocimiento y la comunicación: su aspecto sinéquico (Elizondo, 2012).

Esto quiere decir que las ideas y la comunicación misma no son estáticas ni tienen un punto de inicio apreciable o un punto final al cual llegar; antes bien hemos de enfocarnos en que ellas tienden a su expansión continuamente, afectándose unas a

---

<sup>13</sup> La noción de texto es un concepto ampliamente difundido en los estudios del significado y la comprensión, pero no debe suponerse que se trata de un “texto” en su sentido literal, aunque así sea tratado por Shepherd o Bajtín en cuanto a las producciones literarias. Atendiendo a su significado, un texto hace referencia a un entramado o un entretejido que supone la interacción de múltiples discursos que, en la lógica seguida, es el resultado de esos sistemas semióticos o modos en relación con los medios utilizados para su expresión. Esta relación es recursiva en el sentido de que medio y modo se retroalimentan mutuamente para generar una significación distinta a la que por sí solas pudieran hacer. Ahora bien, un texto puede entenderse además como la distinción y puntuación de un evento comunicativo particular y por ello un encuentro terapéutico es un texto que se nutre de la interrelación de modos y medios que configuran discursos sociales.

otras recursivamente. La semiosis es un proceso ilimitado. Por ello el signo en acción no hace referencia exclusivamente a lo que en el aspecto estructuralista se conoce como sincrónico; sino más bien a la manera en que ese signo en acción produce una significación que puede servir como base para otro proceso semiótico; un interpretante que relaciona un objeto con su representamen puede a su vez convertirse en un representamen para otro interpretante y así sucesivamente de modo que la semiosis no termina nunca.

Para Peirce no hay ningún sujeto que mire los signos desde fuera y los relacione entre sí, el sujeto forma parte de la cadena de reenvíos de signos [autorreferencia]. Tanto es así que el interpretante, es decir, el signo que interpreta, también puede ser signo para otro signo, y así hasta el infinito. (Fabbri, p.80)

De hecho si consideramos a la semiosis como un quehacer colectivo, podemos discernir entre la finalización de una semiosis específica relacionada con un intérprete específico, pero también con una semiosis relacionada con una comunidad; si a ello le aunamos que los discursos-conocimientos se mantienen y transforman constantemente por las relaciones que las comunidades sostienen a lo largo del tiempo, entonces, esta semiosis no sólo termina cuando muere un intérprete sino hasta que una comunidad desaparece y, en última instancia, la especie humana.

### **El estatus de la información en la propuesta semiótica peirciana: sentido, significado y significación**

El concepto de información representó uno de los aspectos principales de la propuesta cibernética de Norbert Wiener pues este era el medio por el cual un sistema

ponía en relación y daba sentido a su organización. No obstante, el intercambio de esta información no se centraba en su contenido, sino que fue conceptualizado desde un punto de vista matemático, así se trata de “el contenido de lo que es objeto de intercambio con el mundo externo, mientras nos ajustamos a él y hacemos que se acomode a nosotros” (Wiener, 1958, p.17).

Esta definición está permeada en su totalidad por la visión recursiva en la medida en que esa información poseía la función de coordinar la actividad de quienes la compartían, el control y el aprendizaje cibernéticos se lograban por medio de éste; es decir, se mantenía o modificaba el desempeño de los sistemas. Pero, más allá de esta simple descripción, la conjunción con la tercera ley de la termodinámica hizo que el concepto de información se volviera más relevante que una simple configuración organizativa; así pues, observaba a los sistemas como tendientes a la entropía o “desorden” que, también lo entiendo como la multiplicidad de organizaciones posibles que un sistema puede adoptar.

Con ello, la información se transformaba en una especie de regulador de la entropía que impedía el desorden, se convertía en lo que es denominado como neguentropía (Siles, 2007). Para los matemáticos y los ingenieros el desarrollo de este concepto representó el parteaguas a una nueva forma de estudiar la comunicación en sistemas informacionales, y a su vez, su inclusión en las ciencias sociales proveyó el suelo fértil para entender cómo y de qué manera se organizaba la vida y sus relaciones.

Considero que es un error suponer que este concepto fue trasladado sin cambio alguno del campo de las matemáticas, al aplicado por Gregory Bateson ya que, si este lo aplicó en torno a la comunicación, no lo hizo sin considerar que esta información estaba atada indisolublemente al contexto en el cual se daban sus relaciones y al significado que emergía de él. Para este autor junto con sus colaboradores en el proyecto Bateson (Bateson, 1985), la información no tenía un estatus matemático y no comenzaba con el

intercambio de palabras, sino más bien, con la presencia de dos seres humanos capaces de significar en una interacción cualquiera, de ahí que las posturas e incluso los silencios representaban información que podía ser objeto del proceso de significación.

Sin embargo, también es cierto que no hubo una teorización puntual sobre cómo esa información proveía significado, ¿cómo en un sistema particular, los elementos en interacción podían discernir lo que era significativo o no y cómo este discernimiento tenía efectos en su propia organización? Esta descripción, no obstante, pudo ser la base para algunas conceptualizaciones de la comunicación humana que se han centrado en lo oculto, en lo que no nos damos cuenta, pues si toda interacción transmite información que significa, y si toda interacción es compleja por los múltiples niveles que la configuran, entonces el ser humano no sería capaz de percibir conscientemente todos y cada uno de esos elementos, ergo, cierta parte de la comunicación debía incidir en sus participantes de forma velada.

Lo cierto es que adherirnos a esa tesis represente un retroceso para la cibernética (y aclaro jamás se adhirió a ella). Por una parte, hacerlo de esa manera equivalía a admitir que ciertos participantes tenían una posición pasiva, de recepción exclusivamente, negándoles la participación activa y, por otra parte, representaba una puerta abierta a la inconciencia psicoanalítica, esa a la cual es imposible acceder de forma consciente y que admite que hay ideas y experiencias que nos rigen más allá de nuestro control. Aceptar tal tesis, en suma, conducía a la actividad humana por un sendero de no responsabilidad comunicativa.

Para evitar llegar a estos callejones sin salida, la universidad invisible planteó su pregunta de trabajo como ya se ha expresado en el anterior capítulo y que fijaba su interés en cómo y de qué manera, de los múltiples códigos existentes en cualquier actividad humana, se seleccionaban aquellos que podían ser portadores de significación cultural.

Para poder lograrlo hemos de aceptar que, en cualquier encuentro comunicativo, habrá, efectivamente, un sinnúmero de signos que participan conjuntamente en sistemas semióticos pero que no todos tendrán la capacidad de ser significados. Tan sólo imagine el lector la cantidad de información que puede existir en un diálogo cualquiera, no sólo lingüístico, sino corporal, facial, de entonación, del espacio, auditivo, proxémico, etc., es casi imposible poder prestar atención a todos y cada uno de esos elementos, así que la pregunta necesaria por hacer es: ¿qué es lo que produce que un signo se inserte en una cadena semiótica capaz de significar? La respuesta es: la diferencia.

Note el lector que información no significa necesariamente significación; esto es porque la información puede ser atendida o no y la diferencia es la clave para ello. Cuando cierta información, que podemos llamar contenido de una interacción comunicativa que es la conexión entre forma y materia, se pone en marcha en un sistema cibernético, sólo aquella que sea capaz de producir una diferencia en su propia organización, podrá ser percibida y significada, y esto es válido tanto para aquella información que produce tanto la morfostásis como la morfogénesis. Entonces, la diferencia, no trata forzosamente en producir cambio o estabilidad, sino en ser reconocida como relevante.

Si aplicamos esto a un encuentro terapéutico y lo aunamos con la teoría peirciana, quiere decir que los intercambios de información deben producir sentido, significado y en última instancia significación. Ahora, para entender estos conceptos me es necesario regresar sobre mis pasos y recuperar nuestro concepto de interpretante que hemos dicho ya se trata de un conocimiento socialmente construido.

En la teoría semiótica de Pierce, el interpretante que pone en relación un objeto y su representamen puede ser de tres tipos: inmediato, dinámico y final. Siguiendo a Marafioti (2004), el 1 inmediato es el “efecto total no analizado, es el proceso que

posibilita la acción de interpretar un signo como interpretable” (p.82) es la inmediata inteligibilidad del signo. El dinámico es “cualquier interpretación que cualquier mente realiza de un signo” (p.82), y el final, es el efecto de cualquier regla o ley que un signo tiene sobre la acción interpretativa.

Quizá estas definiciones no parezcan claras, pero podemos considerarlas de la siguiente manera: en un intercambio comunicativo, un signo en acción produce una diferencia cuando es percibido sobre la base de la posibilidad. Cuando en terapia experimentamos un movimiento de nuestro consultante que no sabemos bien su intención ni su significado, ese es el sentido peirciano. Cuando ese mismo movimiento, por ejemplo, apretar los labios, le dotamos, gracias a nuestro interpretante dinámico de un significado, supone que tenemos un conocimiento semántico de ese movimiento, lo que cualquier persona con ese mismo interpretante sabe de ese movimiento. Pero, al ser la propuesta peirciana una, centrada en la relación entre teoría, práctica y efectos (pragmaticista), ese movimiento en ese momento en particular puede significar algo distinto a nuestro conocimiento semántico, así, si fruncir los labios semánticamente puede ser considerado como signo de molestia, pueda ser que en esa interacción sea significada como preocupación, el interpretante final trata sobre cómo los signos en acción son interpretados en un contexto en específico.

Un signo puede generar esta diferencia fácilmente cuando los interlocutores comparten contextos parecidos como el de vivir en una misma zona, tener los mismos gustos, hablar el mismo idioma; sin embargo, sólo será una diferencia que hace la diferencia cuando ese signo sea capaz de modificar la forma en que un sistema corrige su desempeño, es decir, aprende (Vidales, 2013).

Quisiera advertir al lector que la significación no ocurre abruptamente en la comunicación, sino que es un proceso gradual que acontece en el diálogo mismo. Por su carácter de pregunta y respuesta y por la manera en que múltiples interpretantes

pueden entrar en juego, la significación se desarrolla conforme los interlocutores generan un contexto de encuentro o sentido de la comunicación que implica ( Marafioti, 2004):

- 1) que los miembros sean capaces de mediar o tengan capacidad de interpretar signos
- 2) que exista una conexión o relación comunicativa
- 3) y que en esa relación exista una identificación entre aquellos que están involucrado, que pueda denominarse “nuestra”

De no tener claras estas condiciones podemos fácilmente cometer el error de evaluar negativamente el desempeño de los interlocutores en el encuentro terapéutico. El concepto de “resistencia” ligado al no cambio del consultante y el de “inexperiencia” o “mala ejecución” relacionado con el terapeuta son muestra de que no se ha comprendido que, aunque sean tres condiciones la que sustentan el encuentro, es la tercera, la de generar una identificación común, la que no se ha llevado a cabo. Empero, es común creer que el ejercicio de preguntarse constantemente qué es lo que se ha hecho en terapia y que podría haberse hecho diferente se considere la totalidad de esta evaluación, pero ello no puede sino ser una tipificación lógica errónea desde el punto de vista peirciano ya que no podremos conocer si las intervenciones han funcionado o si la conversación nos ha transformado hasta no observar los efectos de aquella y sólo pueden ser evaluados estos efectos por su extensión en el tiempo y por el diálogo mismo.

Tampoco hemos de suponer *a priori* que toda conversación nos transforma por el mismo hecho de ser conversación dialógica. Creo que el riesgo de romantizar la actividad del terapeuta y el consultante como una conversación es la de dejar de considerar que nuestras acciones tienen efectos y, en consecuencia, dejar de evaluarlos, así, comunicar también implica ser capaces de preguntar lo que ha significado y la

forma en que se ha hecho, nos libera a la par de la experticia social que se le confiere al terapeuta, es metacomunicar.

### **De la creencia, el hábito, la duda y sus efectos: la postura pragmaticista**

Parte de los discursos que circulan en la sociedad occidental centrada en el logocentrismo (racionalidad) y que se han matizado con el conocimiento generado en la psicología, puede expresarse de la siguiente forma: lo que una persona considera que debe o no hacer, está permeado por un sistema de creencias (discursivo) que lo sustenta (Gergen, 1994). Esta aseveración es, desde mi perspectiva, el resultado de un quehacer político del cual han participado las ciencias humanas que ha fragmentado la conexión entre sociedad-comunidad y acción individual; en parte, 1) porque como ya he mencionado anteriormente, la valía, el éxito y los problemas humanos son cortados epistemológicamente para depositarlos en la individualidad, convirtiendo a la sociedad en una sumatoria de acciones individuales que especifican la cualidad de la comunidad a la que pertenecen, y, por otro lado aunque ligado al anterior, 2) porque la noción de creencia o sistema de creencias se ha cristalizado en el concepto metafísico de “la mente individual”.

Tratar el tema de las creencias en la presente tesis resulta imprescindible, sobre todo si conceptualizamos la terapia cibernética como una terapia comunicacional ya que no es lo mismo el concepto de creencias desde una mirada psicológica que desde la comunicativa. Si el lector ha recorrido hasta este punto la explicación sobre la comunicación humana, se habrá dado cuenta que mucha de la información que sustenta la práctica cibernética está lejos de ser un conocimiento propiamente psicológico. Y esto es relevante porque a pesar de tratarse de una terapia psicológica con fundamentos extrapsicológicos, quienes ejercen dicha práctica son en su mayoría psicólogos que, por

su tradición profesional, quizá sea difícil de captar el alcance que pueden aportar las disciplinas que estudian la comunicación para entender los problemas humanos.

De esta forma, parece ser que la transformación de la terapia cibernética a lo largo de su historia ha estado atravesada perpendicularmente por la falta de integración entre la psicología y los estudios de la comunicación. Si la propuesta cibernética resultó ser la puerta abierta a un nuevo entendimiento de lo psicológico, hoy sólo tenemos un pie fuera de ese umbral y el otro, en nuestra tradición mentalista.

Una de las mayores consecuencias para la terapia cibernética versa sobre el estatus que el comportamiento y las creencias tienen en la conformación de la experiencia humana. Cuando recién se gestaban y consolidaban las primeras propuestas de la terapia cibernética (recordemos que hablamos sobre la cibernética de primer orden, o de la cibernética de los sistemas observados), se creía que, si un sistema estaba conectado recursivamente, entonces, podíamos dilucidar la pauta que conecta a todos y cada uno de esos integrantes y sus consecuencias (Sluzki, 1987). Con frecuencia, estas explicaciones parecían enfocarse a una descripción que me funciona llamar “por fuera”, esto es, se describían las acciones que cada integrante hacía en torno a la experiencia problemática y con ello se podía alcanzar a discernir la pauta que lo sostenía; muchas de esas acciones funcionaban como intentos de solución o más de lo mismo (Nardone & Watzlawick, 1992); en lugar de contribuir a modificar la situación, la cristalizaban.

El problema de estas primeras prácticas es que luchaba con un contexto que ponderaba, gracias a la teoría psicoanalítica infiltrada en las prácticas sociales, con la idea de que los consultantes bien podían cambiar sus acciones -y de hecho sucedía- pero eso no significaba que aquello que lo determinaba también lo hubiera hecho: las creencias. Así, una vez más, se depositaba el concepto de creencias con una metafísica que no podía alcanzarse y que sólo podíamos confiar en el cambio siempre y cuando se

verbalizara la creencia que lo sustentaba. ¿Quién nos aseguraba que un simple cambio de comportamientos garantizara que no volvería el problema?

Por supuesto, para los autores de esas primeras escuelas terapéuticas (estratégico y MRI), el concepto de creencias no figuraba como uno importante, puesto que hablar de ellas suponía hablar de una cognición individual, corriendo el riesgo de que, al ponderarlo, perdieran de vista que la experiencia humana se trataba de un acomodo más allá de la cognición individual, sino de la manera en que cada acción se concatenaba con las acciones de otros, la materialidad que entraba en juego, etc. (Fisch, Weakland & Segal, 1984). Empero, eso no suponía que las creencias no jugaran un papel importante, ellas eran conocimiento, eran hábitos epistemológicos; por consecuencia, a la práctica cibernética empezó a tildársele como una práctica pragmatista, o, mejor dicho, utilitarista.

Le llegada del giro lingüístico a finales de los 60's produjo un contexto para cuestionar lo que se supuso era un trato frío de las personas. Puesto que el acento recayó en el lenguaje y la forma en que él constituía nuestro mundo, y si el lenguaje contenía las creencias o discursos que lo hacían posible, entonces era menester entender la experiencia humana desde lo lingüístico, ahora las creencias recaían exclusivamente en el lenguaje y su uso (Gadamer, 2001). La práctica terapéutica encuadrada dentro de la postura postmoderna comenzó a ponderar los significados y los discursos asociados y parecía que las acciones, las tareas directivas, etc., ya no eran estrategias tan eficaces ni útiles, la conversación transformaba los discursos y con ellos la manera de puntuar la realidad.

Sin embargo, acción y creencia no son aspectos que puedan fácilmente separarse y la visión cibernética lo sabía, así no pueden sino existir las creencias por medio de las acciones que las personas ejecutamos en nuestras prácticas sociales y las acciones dependen de lo que cada persona sabe de cómo se comporta la realidad; es decir, acción

y creencia son conceptos que están conectados recursivamente. Una vez más, he de aclarar que las creencias vistas desde un punto de vista semiótico y cibernético son esencialmente conocimiento socialmente construido, ellas son el material de los discursos, a la vez que son discursos en sí mismos, y como tal, un discurso puede contener múltiples creencias que complejizan la manera de asirlas y estudiarlas. Lo que, es más, esta conexión y su evaluación de la coordinación de las prácticas humanas esta mediada por los efectos colectivos que tienen y ello constituye la centralidad de la visión pragmaticista de Peirce: un conocimiento es válido y valorable cuando se han experimentado y puntuado colectivamente sus efectos en la organización del mundo. Nuestras creencias guiarán nuestros deseos y conforman nuestras acciones. (Elizondo, 2012).

La relación creencia-acción supone para el terapeuta un reto en la medida en que, por medio del diálogo, deberá comprender la forma en que para el consultante están inmersas estas categorías en la descripción de su experiencia. No obstante, no debe suponerse que en la práctica terapéutica podemos hacer preguntas que aborden exclusivamente la dimensión discursiva, que apunten a las creencias, al conocimiento; ni tampoco preguntas que se enfoquen en las acciones. Y es que, frecuentemente, confundir la terapia con una mera aplicación de preguntas nos hace incapaces de reconocer que en las descripciones que hacemos de la realidad dejamos entrever nuestros hábitos epistemológicos, nuestras propias formas individuales-comunitarias de puntuar la realidad.

Así pues, para comprender en el curso de una interacción la lógica que persigue cada descripción es prioridad definir lo que entiendo por hábito. Dice Marafioti (2004), el hábito es nada más que la permanencia de una relación que se ha establecido en el tiempo por medio del azar:

El azar tiene el carácter del sentimiento, la continuidad, de establecer hábitos. El azar despliega cualidades y reacciones, la continuidad despliega leyes de acción; es, en resumen, la ley general de la acción [...] los fenómenos mentales evolucionan según la tendencia universal de todas las cosas hacia la generalización. (pp. 50-54)

Es indiscutible la similitud que esta definición guarda con el concepto de entropía utilizado en la cibernética y aplicado en las diversas escuelas de la terapia cibernética. El azar-entropía y la continuidad-neguentropía, por consecuencia son procesos que se contraponen pero que también se complementan, permiten la constitución de la regularidad a partir del conjunto de las posibilidades que un sistema puede tener respecto de su organización, en términos semióticos, son la forma en que la realidad semiótica es significada en el curso del tiempo, se torna significativa para quienes la viven, lo que es más, tal significación sólo puede darse por medio de las acciones que la elicitan. Por poner un ejemplo burdo. Imagine el lector cómo es que ha llegado a mantener un hábito, con frecuencia, esta pregunta es insalvable si pensamos en un punto de origen que explique sus razones, más bien solemos descubrir un punto en el tiempo reconocible donde nos hemos percatado de su existencia, donde la información se ha vuelto significativa para uno mismo, pero también, para otros: fumar, por ejemplo.

Si hacemos un análisis de ese hábito y los momentos en que solemos hacerlo, descubriremos, además, que guarda relación con contextos específicos. Así, un fumador lo puede hacer porque reconoce que el cigarrillo en algún momento le mantuvo menos ansioso respecto de una relación tormentosa, o porque lo hace en reuniones y contribuye a su sensación de bienestar, o por el mero gusto de fumar, y al convertir tal contexto en uno de discernimiento y no explicativo, entonces, solemos recurrir a ello por sus efectos que, observe el lector, apuntan a la dimensión sensitiva, a la gratificación

sensorial que obtenemos de ella. Es por ello por lo que Peirce aduce la existencia de una primeridad, una sensación o posibilidad, pues sin la existencia de esta condición primera que alude a lo que llamaré *aisthesis* (Mandoki, 2006a), simplemente la significación no podría existir.

Ahora bien, para que la continuidad establezca una relación en el tiempo, necesita forzosamente de las creencias que forman parte del conocimiento total de una comunidad y he de advertir que estas se encuentran desde el primer momento en que surge una acción. La multiplicidad de creencias que permiten valorar los efectos de un “algo” entran en juego si consideramos que no todas apuntarán hacia un mismo lado, sino que constantemente están en pugna por generar categorías éticas y morales. Siguiendo nuestro ejemplo del fumador, imaginemos que un adolescente de 14 años prueba un cigarrillo en la salida de la secundaria (he elegido este escenario ya que, en México, el tema del consumo de sustancias es frecuente en esta etapa de la vida y constituye un problema de salud social); el adolescente puede saber que fumar a esa edad es incorrecto por que daña los pulmones y podemos preguntarnos ¿cómo sabe eso? ¿quién se lo ha dicho? o ¿dónde lo ha aprendido? ¿Qué entiende por dañar los pulmones? ¿Este discurso es significativo para aquél? Las preguntas, como puede observarse, están dirigidas a saber la forma en que un conocimiento se distribuye en una comunidad y no dan por sentado que el conocimiento emerge espontáneamente, de tal forma que podemos imaginar que sabe que fumar es malo por las campañas que salen en la televisión, por pláticas escolares sobre adicciones, o porque sus padres y familiares le han dicho que eso no debe hacerse. Pero la experiencia es más compleja que ello, y el adolescente también puede ver que aun sabiendo eso, hay adultos y otros adolescentes que fuman y cabe preguntarse qué tipo de conocimiento genera observar acciones que son contradictorias. Si otras personas lo hacen, entonces no debe ser tan malo como aseguran y ahí, se ha conformado otra creencia-conocimiento, en virtud de

que su experiencia ha contradicho lo que sabe de antemano, además, tiene la potencialidad de generar una acción: probemos qué se siente, o a qué sabe fumar un cigarrillo.

Si, además, consideramos que, al hacerlo, el adolescente es visto y categorizado por sus amigos como alguien atrevido y esto se vuelve gratificante para él, entonces se habrá iniciado la tendencia al hábito; es decir, se habrá consolidado una relación entre creencia-contexto-acción que tendrá la posibilidad de repetirse en el tiempo. Quizá esta descripción se asemeje al esquema conductista básico de asociación u operacionalidad donde un hábito se conserva por la recompensa que lo refuerza, no obstante, la diferencia recae en que no trata sobre un reforzamiento, sino en su funcionalidad, en la evaluación que hacemos de los efectos y la forma en que tal hábito se vuelve significativo en la comunicación humana.

Ahora bien, ¿cómo es que una creencia-conocimiento puede llegar a instaurarse de forma férrea en las prácticas humanas? La semiótica peirciana aduce que hay por lo menos cuatro formas de fijar una creencia: 1) el método de la tenacidad, 2) de la autoridad, 3) *a priori* y 4) el científico. En el caso del de la tenacidad se trata de sostener la creencia a pesar de sus efectos contradictorios y de la no inclusión de la comunidad, “al no asumir a los demás en términos de igualdad, [cualquier persona] se verá rebasado por la dinámica social, que propicia el intercambio y la transformación de las creencias” (Elizondo, p. 89); ahora, en el caso de la autoridad se trata de la imposición jerárquica de una doctrina o forma de pensar a subordinados, como puede ser un gobernante sobre sus gobernados, un sacerdote sobre sus feligreses, etc.; en el caso del método *a priori*, Elizondo dice que “su naturaleza misma es la de pensar tal y como uno está inclinado a pensar” (p.91), y podemos equipararlo a lo que en psicología social cognitiva se le conoce como profecía autocumplida. Finalmente, el método científico, contempla una sucesión de inferencias en el transcurso de esta fijación; a diferencia del método

científico tradicional que busca comprobar una hipótesis por inferencias inductivas o deductivas, Peirce contempla un espacio relevante a la inferencia abductiva, que trata sobre las nuevas posibilidades de organización que el conocimiento puede adquirir, así, la abducción contiene el aspecto de la intuición, la sensación y la posibilidad (Zavala, 2014).

La inferencia abductiva resulta de gran valor para cualquier fijación de la creencia, pero también para su modificación y sus prácticas asociadas. La intuición no es magia, sino el resultado de nuevas posibilidades, sin embargo, es difícil de comprobar si nos quedamos en su mera pronunciación, antes bien, Peirce nos advierte que esta descripción debe y tiene que ser comprobada por medio de las inferencias inductivas y deductivas. No obstante, esta separación, es, una vez más pedagógica puesto que toda experiencia se vive como un todo y al ser de esta manera su vivencia puede resultar caótica, ininteligible, crear desconcierto, y conforman el proceso semiótico en sí mismo: “la semiosis, antes de ser objeto de análisis, es una inferencia vivida. La semiosis vivida es una transacción para donde los términos en relación no se distinguen uno del otro, ni ninguno de ellos de la transacción” (Elizondo, p.33).

Quizá ello constituye la dificultad que las personas pueden llegar a tener para explicitar y describir su experiencia y sus efectos, mucho más si consideramos que puede haber inferencias que trastocan las creencias de las que formamos parte. A aquellas ideas que cuestionan lo que hacemos y ponen en duda el valor de nuestras propias creencias, hemos de llamarle: duda. Ésta, a diferencia de las creencias, no genera ninguna acción y más bien puede llegar a ser vivida como una perturbación. Piense, por ejemplo, cuando una persona se encuentra en una situación problemática de pareja: una chica ha aceptado tener una relación abierta con su pareja a pesar de no ser eso lo que ella desea. La duda: yo no comparto el querer una relación abierta y no me gustan los efectos de tenerla (aquél lo aprovecha para estar con otras mujeres,

aquella lo ha aceptado por no perder a su pareja). Como se puede apreciar en este ejemplo burdo, la duda mantiene a la joven en un dilema: si me retracto puedo perder a mi pareja, si sigo ahí me causa dolor y sufrimiento; si lo acepto entonces cuestiona mis creencias sobre lo que implica una relación. ¿Cómo tomar una decisión? La duda es a la semiótica lo que la paradoja a la cibernética.

### **La ciber-semiótica: del pensamiento a la mente**

Afortunadamente la distinción entre las posibles inferencias nos permite a su vez, en la práctica terapéutica, utilizarla para generar una resignificación en la conversación. Para ello le pido al lector que recuerde que en la comunicación dialógica hemos de partir de lo que anteriormente ya he definido: 1) la doble descripción, 2) la existencia de una relación recursiva entre creencia-acción, 3) la existencia de dudas que pueden trastocar la experiencia, 4) la existencia de las creencias como discursos culturales que se actualizan constantemente en las prácticas humanas y 5) que toda actualización implica significaciones derivadas del proceso semiótico que entraña una conversación en la que las personas se identifican, el contexto.

Así pues, si seguimos el esquema de los tipos lógicos de Bateson (Keeney, 1991), referente a la conducta-contexto-metacontexto, nuestro primer movimiento dialógico sería, en primera instancia abordar de manera amplia la definición de la experiencia problemática y la manera en que ella es constituida: es decir el nivel recursivo de la conducta. Conforme uno escucha activamente el relato, uno puede echar mano de las inferencias abductivas que son posibilidades de organización y preguntar por ellas, buscar en la experiencia relatada del consultante si esta posibilidad ofrecida ya existió o si, por el contrario, podría existir. Subir de nivel, al contexto, es preguntar por las inferencias inductivas o deductivas, esto es que, si por ejemplo, reencuadramos un

depresión como un enojo ante la impotencia de decir algo a alguien, y este es aceptado por nuestro consultante, entonces resultará importante comenzar a recorrer el mapa de su experiencia con esos *captos* que le den sentido a esta nueva organización; por el contrario, si utilizamos inferencias deductivas, hemos de utilizarla para posicionar a nuestro consultante en relación al cúmulo de discursos existentes alrededor de su propia experiencia; así por ejemplo, uno puede preguntar de dónde ha salido tal o cual idea, quién le ha enseñado que eso tendría que ser así, si cree que esta es un idea ampliamente difundida o no.

No es menester desarrollar más allá de estos simples ejemplos las inferencias; más bien se trata de evidenciar que ellas nos permite emigrar de una posición individual de la mente hacia una comunicativa u organizativa de la misma. Esto es que, si bien poseemos facultades psicológicas relacionadas con un sustrato material depositado en la mente, ésta sólo existe por las relaciones que sostiene; así, nuestra capacidad lingüística es tanto hay otros que pueden entenderla, hay un mundo que refiere y por las funciones que cumple en las prácticas donde se inserta; lo mismo con la atención, la creatividad o el pensamiento.

Seguir centrándonos en la particularidad de lo considerado psicológico atomiza y reduce nuestra comprensión sobre su funcionalidad, más bien, centrarnos en la forma en que ella conforma un todo organizado con nuestra realidad conjunta, nos permite explorar y discernir la pauta y la ecología de nuestra propia existencia. Estamos conectados unos a otros de formas complejas, y esta conexión, desde mi perspectiva, tiene posibilidades de ser discernida por medio de las disciplinas que estudian la comunicación y la semiosis, pues es a través de ella que podemos “evidenciar” la forma en que una organización se comporta y los mecanismos que utiliza para generar relaciones o hábitos que son en sí las pautas que nos sostienen.

Así pues, con todo lo expuesto hasta este punto, es posible definir lo que entiendo por comunicación humana, esta es: un proceso semiósico e interaccional que organiza la realidad de las personas involucradas por medio de la transmisión de información que oscila entre la estabilidad y el cambio; es además, un proceso que puntúa y distingue epistemológicamente y que extiende sus efectos en constante transformación conectando el pasado, el presente y el futuro de cualquier sistema humana; el producto de la comunicación es el de generar significaciones, hábitos.

### Capítulo 3. La estética y la retórica en la cibernética-dialógica

*“De aquello ya había pasado tanto tiempo que cada uno de los hombres allí reunidos en el porche del granjero holandés, narraba su historia con un halo de leyenda; bajo la incertidumbre y vaguedad de la memoria, evitar un roque de ilusión en lo que se relata, evitar narrar los hechos en cuestión sin tenerse uno por su mayor protagonista, resulta algo menos que imposible, por lo que cada cual tenía una historia que contar, cada cual más extraordinaria que la precedente.”*

*La leyenda de Sleepy Hollow, Irving Washington*

Si el lector ha llegado hasta este punto de la presente tesis habrá notado que el concepto de comunicación humana es de naturaleza escurridiza y compleja, debido a que, como muchas otras cosas, es un invento estrictamente humano, no hay nada fuera de nuestro propio entendimiento que nos asegure que exista de forma independiente. No hablo de una suerte de licencia relativista en su sentido peyorativo, donde todo puede ser lo que uno quiere que sea, ni niego categóricamente la existencia de “fenómenos naturales” en los cuales el ser humano, en teoría, bien podría prescindir; antes bien he expuesto que, si hay una materialidad que indefectiblemente nos conforma, no puede ser entendida fuera de las categorías humanas que son conocimientos colectivos.

Y al tratarse de un invento humano, paradójicamente se vuelve difícil de comprender por razones teóricas y prácticas. Teóricas en tanto que los conceptos que desarrollamos para construirla son sistemas organizativos que corren el riesgo de

abstraerse del proceso dialéctico entre ésta y su práctica, como suele pasar, por ejemplo, con algunas categorías filosóficas si pensamos en las ciencias humanas, pero también con categorías hipotéticas como las elaboradas por el gremio físico-matemático. Y prácticas, en tanto que al ser semiótica su constitución, la comunicación se vuelve sinéctica, en constante ampliación y transformación que está ligada al tiempo y a la actividad humana que, en crudo, aparece y desaparece con su devenir.

Así pues, estas dificultades se conectan con lo que antes he mencionado como la recursividad entre la estabilidad y el cambio, o en comunicación, con el contenido y su estructura. Vale la pena recordar en este punto que la estructura hace referencia a categorías simbólicas que se toman por ciertas, hasta naturales, y que edifican instituciones que forman el telón de fondo de las prácticas humanas. Si recordamos a Bauman (2003), estas instituciones adquieren su valor por ser sólidos, antes pensados como inamovibles, y la familia, la salud, el estado o la educación forman parte de aquellas.

Si bien la actitud postmoderna ha mostrado los efectos constitutivos de los sólidos, al crear, siguiendo el pensamiento de Foucault, cuerpos dóciles, también pueden verse desde un punto de vista hasta antropológico. Ellos son el resultado de una especie de registro que trasciende la inmediatez de cualquier actividad humana; como aduce Ricoeur (1995), sin estos registros (aludiendo a los textos), un acto comunicativo se desvanecería, cumpliría su función en el momento para desaparecer en la retahíla de eventos de los cuales formamos parte, y de hecho, este registro del acontecimiento, ha permitido consolidar una historia, que si lo ha hecho parcialmente y al servicio de los intereses de quienes tienen la posibilidad de hacerlo, no es menos cierto que, desde un punto de vista cibernético, dicen más de la manera en que tal grupo configura su realidad que de la realidad misma, y en ello hay un interés necesario por entenderlo.

Ahora bien, los sólidos, vistos con la mirada cibernética-dialógica son discursos disponibles en nuestra cultura y, según la tradición comunicativa aquí vertida, pueden ser validados o desechados en el transcurso de su existencia. Me gustaría ahondar en este punto ya que, con frecuencia, cuando se estudian con la perspectiva estructuralista, psicoanalista, o similares, pareciera que tales discursos nos dominan en cierto sentido, como si las personas no tuviéramos agencia sobre ellos o decidiéramos acerca de la forma en que las hemos de integrar en nuestra vida (Barthes, 1986; Metz, 1972).

Al contrario, sostengo que, si la comunicación dialógica-cibernética concede importancia al papel activo de los interlocutores, entonces podemos y de hecho debemos considerar las posibilidades prácticas de tales discursos. Sin embargo, esto no es tan simple debido a que tal y como Bajtín (como se citó en Shepherd, 1993), propone, las voces que integran nuestra existencia no tienen el mismo peso político, ni la misma relevancia. Algunas estarán “privilegiadas” por condiciones económicas, de acceso a la información, por género, orientación sexual, entre otras y, lo cierto es que, en la práctica psicológica es dónde se hace más evidente tal heterogeneidad. Sucede de esta forma porque la identidad de las personas se configura por la adhesión a uno y otro discurso, por la posibilidad que tienen de acceder a ellos y porque toda identidad implica un posicionamiento en nuestras relaciones, toda identidad implica responsabilidades, pero también privilegios (Hardy, 2001).

Por consecuente, la terapia es un intercambio de identidades y el terapeuta deberá atender por partida doble: 1) la identidad de los consultantes y 2) su propia identidad, de lo contrario podemos llegar a caer en una conversación que no busca comprender, sino imponer. Para dejar más claro este punto, permítame el lector narrar el caso de una joven de aproximadamente 17 años que acude a terapia porque su madre está preocupada por algunas decisiones que ha tomado: tatuarse y consumir sustancias psicoactivas. Para la madre, el tema que le preocupa es el del consumo de sustancias,

pero también que al tener 17 años ande con un chico de 21, y pueda llegar a tener relaciones sexuales con él.

El caso se desarrolló sin alguna complicación, pero cuando comenzaron a hablar de sus gustos y a entender un poco más el contexto al que estaban atados estos episodios “problemáticos” para la madre, los terapeutas y el equipo terapéutico se enteraron de que ella disfrutaba de ir a “perreos”, fiestas donde se escucha exclusivamente reggaetón. Quizá el lector piense que estos “perreos” eran el ambiente propicio para hacer realidad los temores de la madre de la chica y he ahí el asomo de los discursos más reificados, culturalmente aceptados y diseminados que conforman el entendimiento de la realidad. Así, el equipo terapéutico, la supervisora y los terapeutas, deliberaban lo que sería bueno decir y mandar a hacer sin atentar contra la identidad de la chica, pero sin caer en una especie de desafío a la madre.

En aquella conversación la supervisora comentó sobre el perreo y el gusto por el reggaetón: “esa chica va a salir embarazada en cualquier momento”. ¿Qué implicaciones tiene en la práctica terapéutica hacer este tipo de comentarios? Y es que, a simple vista sólo es un comentario al aire pero que, si seguimos el hilo de la presente tesis nos revela más de quien lo dice, la comunidad a la que pertenece y la forma en que se autoconstituye como miembro de ella, pero también, nos permite hacer inferencias de lo que puede pasar si el proceso terapéutico se sigue con aquella idea. Podría la terapia convertirse en un replicador de discursos discriminatorios hacia la gente que gusta del reggaetón, reproducir estereotipos de la mujer que perrea y “se embaraza”, quizá la terapia podría convertirse en una especie de psicoeducación, de cómo vivir “correctamente” la vida.

De hecho, este es un buen ejemplo de cómo los sólidos actúan en nuestras formas particulares de interacción operando, a veces, de forma casi automática. Así pues, para la supervisora existe un prejuicio que indica que escuchar y bailar reggaetón

es sinónimo de alta probabilidad de salir embarazada, pero no existía nada en el caso que lo señalara, no obstante, este discurso nos revela que ella se mueve en una comunidad que avala tal prejuicio, que es funcional a un contexto determinado por el simple hecho de partir de la propuesta peirciana de que toda idea necesita de una comunidad para ser y de actores que, en palabras más bien postestructuralistas, la performativizan.

Este performance, o la manera en que encarnamos los discursos sociales en nuestras prácticas llevó, con la postmodernidad, a colocar la lupa sobre lo que decimos, analizando la interacción, buscando los discursos que se juegan en ellos y los efectos que tienen en las relaciones. En ese sentido, la tradición postestructuralista se hizo aún más presente al conceptualizar el contenido lingüístico como significados en constante transformación con una dimensión política palpable; es a través de estos intercambios lingüísticos que configuramos lo que es moralmente valioso y dotamos de cierta solidez a nuestras premisas (Gergen, 2005; Gergen y Gergen, 2011).

Sin embargo, en esta revisión crítica necesaria para nuestros tiempos de interconectividad masiva gracias al desarrollo de las tecnologías de la comunicación digital, parece que hubo un punto en el que la pragmática, necesaria para entender los caminos que utilizamos para llegar al acuerdo comunicativo, quedó relegado a una especie de entendimiento utilitarista<sup>14</sup> y, al desecharlo, se construyó un puente directo

---

<sup>14</sup> El desarrollo del pragmatismo y su aplicación a la psicología, en especial al entendimiento de la comunicación y la terapia cibernética plantea algunos problemas históricos que vale la pena aclarar. Algunos autores como Laborda (2017) arguyen que hubo cierta influencia de ella en la terapia familiar sistémica, aunque puntualizando que su acción resultó ser distinta al desarrollo que la Escuela de Palo Alto y la Universidad invisible propusieron para el estudio de la comunicación. No obstante, el pragmatismo no puede encuadrarse como una evolución lineal entre la propuesta de Charles S. Peirce y las de William James o John Dewey. Para Dewey el acento recaía en generar y atenerse a un método científico capaz de dar cuenta del conocimiento práctico, dejando de lado categorías conceptuales difíciles de asir como las especulaciones metafísicas y religiosas de William James, del cual puede sintetizarse su pensamiento como: sólo lo útil es verdadero (Deladalle, 1996); el resultado fue que el pragmatismo de Dewey junto con el proyecto de nación estadounidense “American Way of Life”, puso énfasis en el desarrollo netamente instrumental y utilitarista (Beuchot, 2019; López, 2004). Por el contrario, Peirce quien inauguró el pragmatismo a finales del siglo XIX tenía la idea de generar una propuesta de validación del conocimiento por sus efectos prácticos, se trataba de una síntesis en teoría y práctica. A diferencia de

entre lo sólido de los discursos y el contenido de nuestras interacciones. Esto significa que la especificidad de los encuentros comunicativos quedaban de lado, y ocupar ciertas palabras revelaban siempre y forzosamente la historia del concepto utilizado; por ejemplo, si en algunos encuentros comunicativos uno de los interlocutores decía “me vale madre”, este era observado como una reproducción de un discurso que sobaja y discrimina a la mujer por el simple hecho de ser mujer, dejando de lado si aquella forma de relacionarse era aceptada y específica a una interacción, por ejemplo, entre amigos que saben que no se habla de manera semántica, no es que realmente quieran que vaya y sobaje a su madre, sino más bien de forma pragmática, sea que esta expresión signifique “estás loco”, “ya deja de molestar” o similares.

Lo cierto es que este puente entre lo sólido y lo específico de la comunicación corre el riesgo de ser la base, paradójicamente, de una actitud modernista, esta es, construir un sólido camuflajeado que tendría la forma de ser un discurso que dicta que constantemente hemos de estar evaluándonos, convirtiéndonos, en palabras foucaltianas, en nuestro propio panóptico para vigilar y castigar. El pensamiento de Bauman, de hecho, ya vaticinaba esta paradoja sociológica y aquél la denominó “moda”, que adquiere un impulso constante, acelerándolo cada vez más, y presentándonos la licuefacción postmoderna como una especie de salvador ante los sólidos que nos alienan, aunque ella misma constituyera un sólido alienador (Bauman, 2013).

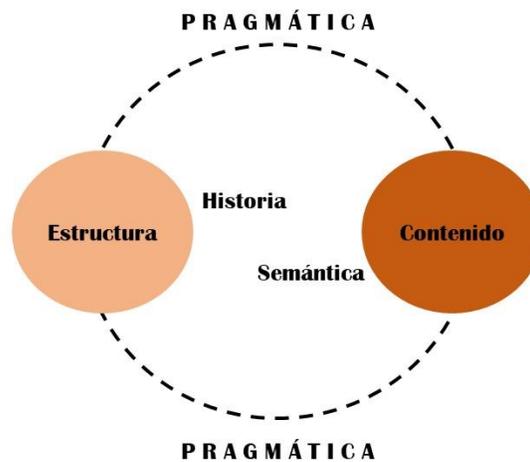
Como cualquier producto moderno, este puente si bien se nos antoja sólido y líquido a la vez, es más bien de naturaleza frágil, y esto tiene que ver con que no hay forma de sostenerlo, a la larga, sino es mostrando la forma en que opera, y para ello, hay que estudiar minuciosamente aquel espacio pragmático que está atado a su contexto específico. Para dejar más clara esta relación le pido al lector que observe la

---

Dewey las nociones metafísicas también eran conocimiento con efectos en la vida práctica por lo que decidió llamar a su propuesta como pragmaticismo, dibujando con ello una línea clara entre las propuestas de Dewey y James (Fuentes, 2019).

figura 9, en ella encontrará a la izquierda los sólidos: los discursos históricos o metadiscursos que exudan y dictan prácticas específicas de interacción (Lyotard, 1987); a la derecha el contenido: el cual se nutre de los sólidos. Sin embargo, la conexión entre ambas no es un simple puente semántico ni histórico, ellos son una parte importante, por supuesto, pero lo que nos permite entender de qué forma nuestras prácticas van generando nuestros sólidos comunitarios es la pragmática, en donde indisolublemente, operan dos disciplinas del discurso que han sido revitalizadas en nuestra contemporaneidad: la estética y la retórica.

**Figura 9**  
La pragmática como base de la comunicación humana



Pero antes de entrar a ellas, he de hacer notar que, si la comunicación es un proceso cibernético, por un lado, y significativo, por otro; el producto de ellos, sabiendo que la comunicación humana opera con sus respectivos actores, directores y guionistas, entonces no podemos sino hablar de la existencia de la identidad que se juega en esos procesos. Entiendo a la identidad como un producto discursivo (Anderson, 1997), y entiendo al discurso como conocimiento colectivo, ergo, la identidad es en sí misma conocimiento que está sujeto a una actividad relacional, semiótica, que se construye y re-construye, transformando con ella todo aquello de lo que se sostiene.

La consecuencia más obvia de ello es que la identidad es dialógica y dialéctica. Lo que sabemos sobre nosotros mismos y sobre nuestras relaciones con los otros posee, en caso de existir un centro, la noción de comunidad, por lo que no podemos hablar sobre nosotros sin tomar en cuenta que contiene el germen de lo que son los otros para uno mismo. En adición, las descripciones que sostienen a la identidad están vinculadas al lugar que cada uno ocupa en la comunidad o comunidades a las cuales pertenecemos (Davis & Harré, 2007), y de hecho, podemos pertenecer simultáneamente a una u otra, lo que hace más complejo poder asirlo y describirlo sin caer en un reduccionismo ingenuo o en un absolutismo; antes bien, si somos respecto a tal posición entonces la identidad es multi-historiada, tal y como lo han hecho ver las prácticas de corte narrativo como la de Michael White y David Epston (1993).

Sin embargo, estas prácticas, por tener un objetivo específico que es el de generar identidades preferidas que afronten aquellas descripciones que nos empobrecen, no ofrecen una forma de dar cuenta de cómo y de qué manera se logra, en términos comunicativos, este movimiento. Dicho de otra forma, ¿qué sucede en terapia para que los consultantes se adhieran a las descripciones co-construidas?

Atender esta pregunta, nos abre la puerta al cúmulo de estudios y teorías que se han enfocado desde antaño al diálogo, al discurso y a la comunicación humana y que

actualmente han sido recuperadas en el seno de una sociedad globalizada que busca encontrar la manera de dar voz a cada postura y cada idea con el objetivo de llegar a un acuerdo (González en Perelman & Olbrechts-Tyteca, 1994). Si antes he dicho, con la cita de Camus que lo que nos ofrece es la tesis de que nuestra mirada es insuficiente para dar cuenta de todo lo que hay en el mundo y por consecuencia lógica y hasta experiencial, comunicar es la forma en la que reconstituimos un acuerdo perdido, ahora permítame el lector ofrecer una tesis paradójica: la comunicación parte no del desacuerdo evidente, si no del acuerdo implícito, no reconocido como tal, de que hay un desacuerdo.

Probablemente esto suena obvio, pero para la práctica terapéutica es indispensable considerar este último nivel debido a que, al hacerlo, estamos respondiendo y generando una de las principales condiciones peircianas del acto comunicativo: ha de haber un nosotros. Así, este acuerdo del desacuerdo nos implica como interlocutores de una manera caótica y paradójica, porque, si todo diálogo en un momento determinado contiene la historia de las cuales los sistemas semióticos se han nutrido y a su vez, contienen, todo el futuro posible, su realización, su verdadera acción, solamente se encuentra en el presente. Quizá de la misma manera que González (1997), quien nos advierte de nuestra incapacidad de escapar de la terceridad, la ley o el hábito, así mismo somos incapaces de escapar de nuestro presente y hemos de hablar entonces de un presente del pasado, un presente del futuro y un presente del presente.

Y es precisamente por ello que ninguna actividad comunicativa puede ser comprendida cabalmente, ni aludiendo a la historia de las palabras *per se* o a su significado colectivo -semántico, ni a su acontecimiento en el presente. Nos hallamos en una encrucijada constante de cambio y estabilidad, porque mientras nuestra historia como seres humanos la reconocemos como un signo de estabilidad y de memoria, nuestro presente nos obliga, a veces de manera más bien violenta que anticipada, a

replanteárnosla. Baste con el simple hecho de indagar cómo cada país construye la narración de su nación y su identidad, cómo para quienes los españoles fueron tiranos conquistadores, para otros sólo sea una mínima parte de la historia española.

Lo que quiero resaltar con ello es que, a lo que llamo pragmática (una parte nutrida por la propuesta peirciana), es el proceso comunicativo -relacional por supuesto- que desde nuestro presente es capaz de alcanzar el pasado, el futuro, nuestra historia; dicho de otra forma, mucho se habla de entender nuestro pasado para no repetir errores, parece que la fórmula no nos ha salido muy bien, ¿qué tal si comenzamos por comprender el presente para no condenar nuestro futuro a revivir el pasado?

En ese sentido, la retórica y la estética resultan ser dos disciplinas adecuadas para examinar cualquier evento comunicativo, la primera porque tal y como Barthes (1970), señala, ha sido la única que ha nacido por la necesidad de llegar a un acuerdo legítimo; la segunda porque como Mandoki (2006a, 2006b), observa, es la única que nos permite experimentar sensiblemente nuestra realidad. Así pues, la cibernética y la semiótica si bien representan el marco ontológico y epistemológico de la tradición comunicativa aquí trata, necesitan forzosamente de la retórica y la estética para responder, en los términos de Guba y Lincoln (2002), la pregunta metodológica: ¿con qué herramientas no acercaremos a determinado fenómeno? Ambas posturas ofrecen una especie de recurso microanalítico que puede dar cuenta de cómo acontece el proceso comunicativo. Empecemos con la retórica.

### **El diálogo argumentado de la retórica: del oprobio a su práctica legítima**

La historia de la retórica es algo caótica y de cierta manera, injusta. La principal razón de ello es que, tras la instauración del pensamiento y la lógica formal como pilares

de la sociedad contemporánea, así como la conceptualización del lenguaje como un reflejo de la realidad, la retórica pasó de ser una práctica de mediación jurídica, para aterrizar en un simple ornato del lenguaje dedicado más bien a la literatura y la poesía (López, 1995).

Este proceso fue lento pero desgastante y para entenderlo hemos de remitirnos de manera sucinta al episodio que le vio nacer. Según Barthes (1970), hacia el Siglo V. en Sicilia, dos tiranos, Gelon e Hieron decretaron expropiaciones, deportaciones y traslados de población con la finalidad de poblar Siracusa; su tiranía y el descontento que generaron fue tan grande que la población se levantó contra ellos logrando arrebatárles el poder, sin embargo, todas aquellas pertenencias que habían sido tomadas y que ahora eran reclamadas por unos y por otros presentaron un reto para la población que buscaba un arreglo democrático. A partir de ese momento, la fuerza dejó de tener sentido para emigrar a la palabra, al orador.

Era por medio de la práctica argumentativa por la cual las partes litigantes arreglaban y decidían qué correspondía a cada cual, su importancia radicaba en el centro de la disputa, en hacer de ella un acuerdo entre los involucrados. Las razones que cada expositor daba no eran en absoluto verdades encarnadas en la palabra, y ese es el primer punto en el cual me he de detener.

Con frecuencia y debido a la historia del lenguaje en occidente, suponemos que en cualquier diálogo hemos de dar “argumentos” considerados reales o verdaderos y que estos deben estar medidos y avalados contrastándolos con el cúmulo de conocimiento del cual podemos tener acceso, hemos de dar pruebas de que lo que decimos tiene un sustento ontológico; empero, lo cierto es que en un diálogo cualquiera, si acaso el lector decide hacer un experimento y grabar una conversación, se dará cuenta de que las conversaciones rara vez poseen una estructura y secuencia lógica formal.

Es decir que rara vez nos explicamos el mundo con premisas tipo: si A y luego B, entonces C, ellas apuntan a la verdad, pero, incluso en términos científicos no podemos llegar a enunciar aquellas premisas que demuestren la verdad absoluta de la realidad, si acaso nos acercamos, lo hacemos siempre tentativamente. Por supuesto, estas premisas, como la historia de la filosofía de la ciencia lo demuestran (Chalmers, 1984), parecen estar más cercanas a la ciencia física que a la ciencia humana; no podemos simplemente extrapolar la misma explicación científica de una para la otra.

Seguramente el lector podrá objetar lo contrario; es decir, que sí recurrimos a ese tipo de premisas que desde ahora llamaré silogismos, y que de hecho ellos constituyen el quehacer científico de la propuesta hipotético-deductiva. Entonces he de hacer notar que, la recurrencia en términos de cuánto podemos repetir un experimento y la enunciación de sus condiciones, no constituyen en sí mismo silogismos y esto es porque para serlo deberían poder ser probadas bajo todas las condiciones posibles, lo que hace que, humanamente, sea imposible; los silogismos sólo admiten una resolución posible (Perelman & Olbrechts-Tyteca, 1994). Ahora bien, si recorremos el camino inverso, desde la deducción, entonces hemos aceptado que existen hábitos o patrones semióticos que parten de la ley, de lo que comúnmente es aceptado como verdadero sin nada que nos asegure que, bajo otras condiciones, tal ley o hábito actúe de distinta manera.

En adición, esas premisas que hemos considerado silogismos son en realidad verdades comunitarias que extienden sus efectos a quienes participan de ella y que dependen de la manera en que son comunicadas, aceptadas y replicadas en la interacción para constituirse como tales. Por ejemplo, piense el lector en la historia -parcializada, por cierto- de la santa inquisición. Sabemos por los relatos y las historias que han perdurado, así como por el trabajo de los historiadores, que la noción de bruja era más bien una categoría política que estaba destinada a una empresa judeo-cristiana

que buscaba unificar a la población en torno a la dupla estado-religión (Turberville, 2006); de tal forma que quienes participaban en comunidades religiosas diferentes o tenían hábitos que no concordaban con lo que dictaba la iglesia eran llamados herejes, brujas, magos, etc., siendo la población más vulnerable, las mujeres con conocimientos que las emancipaban de las prácticas hegemónicas.

Estas premisas, dictadas por la iglesia-nación emergente no eran verdades universales, aunque para aquella época así lo fueran y su aceptación replicaba una forma específica de interacción. Cada persona que era objeto de sospecha de herejía no sólo era vapuleada, sino que era condenada a un juicio eclesiástico donde se dictaminaba su castigo; muchos de ellos, aunque no fueron quemados como algunos documentos históricos lo cuentan, sí que eran mancillados poniendo sus nombres en ropaje que era colgado en los campanarios. Lo que hace más interesante este tipo de prácticas es que, no sólo quedaba ahí el vilipendio, sino que se extendía hasta por generaciones; quien acusaban a alguien de brujería también lo hacía al resto de su descendencia.

A su vez, el lector podrá replicar que esto sucedía solamente en la época medieval y post-medieval, porque hemos de reconocer que “el progreso” no llegó a tiempos iguales para todas las naciones. Si esto fuera “verdadero”, es decir, si el progreso cumpliera con la característica de trascender el tiempo y los contextos, no habría gente en la actualidad que acepta la existencia de las brujas y sus conocimientos como prácticas válidas de su realidad, no habría de hecho la necesidad de creer en un Dios omnipotente, sea encarnado en la naturaleza, en el espíritu, la fe o similares. ¿Esto significa que quienes creen en las brujas en la actualidad son más ignorantes que quienes no lo hacen?

Creo que responder esta pregunta con un sí o un no sería reducir la rica y compleja experiencia que es participar de esas prácticas. Más bien me atrevería a decir

que el hecho de que aún existan nos indican procesos comunicativos y persuasivos que las dotan de sentido y practicidad a su contexto. Al final de cuentas, aún “demostrando” en términos científicos su validez o no, será muy probable que ellos no cambien esa idea. La forma en que el “progreso” ha actuado para instaurar verdades hegemónicas no es a través de su simple demostración, sino de la manera en que ese conocimiento es comunicado, los recursos semióticos que utiliza y la forma en que una diferencia es reconocida como tal por un grupo diferente al de uno mismo.

Lo que sí es importante señalar es que esos recursos semióticos con frecuencia no son simplemente lingüísticos sino multimodales. Nuestra creencia de que es a través del signo lingüístico el medio por el que constituimos la realidad está parcializada; siguiendo nuestro ejemplo de la santa inquisición y adhiriéndonos a la premisa cibernética de “todo comunica”, las acciones y el despliegue de prácticas no lingüísticas también contribuyen a esa construcción. Entonces, el castigo enunciado por los eclesiásticos, plasmado en un papel y dictado al pueblo en juicios públicos conformaban una parte de toda la práctica; también lo eran las grandes marchas a las cuales eran sometidos los llamados herejes, el ropaje específico para la ocasión, los insultos, la ceremonia de condena, los ropajes colgados en campanarios, etc. Todo ello formaba parte de circuitos de comunicación; todo acto encuadrado en el juicio del hereje simplemente servía para reforzar la idea de que, en efecto, lo eran y de que la brujería existía como una verdad universal.

En la actualidad estas prácticas han tomado caminos más sutiles, pero igual de efectivos y Foucault, recuperado por la práctica narrativa nos lo recuerda (White, 2005). El poder ejercido en aquellas épocas hemos de llamarlo un poder tradicional, se servía del autoritarismo, del sometimiento a través de la violencia para instaurarse y lograba que quienes participaban de ella, fueran las víctimas o los victimarios legitimaran tal práctica. Ahora, ese poder se ha establecido por medio de los discursos

a los cuales tenemos acceso, se ha hecho una diferenciación entre quien tiene el saber/poder y quien no, quien sabe es quien puede decir lo que es moralmente valioso y lo que no, la forma en que ha de castigarse o premiarse, y nuestra participación en ella nos ha llevado a adherirnos a la idea de alcanzar tal “perfección” mediante la internalización de los discursos del déficit, de la locura, de lo abyecto; ahora nos juzgamos nosotros mismos y a los demás, ya no por medio de la violencia sino de qué tanto cumplimos el discurso de la perfección. A pesar de ello, me atrevo a decir que nuestra realidad es más compleja y pareciera que, al observarla, el poder moderno y el tradicional existen y se legitiman al mismo tiempo.

Lo que quiero resaltar es que, ya no podemos simplemente decir que ciertos enunciados son verdaderos o no, pues cada enunciación está atada a su contexto de producción y distribución (Kress & Van Leeuwen, 2001), cada discurso cumple objetivos específicos para los intereses del grupo que lo enuncia y, en la época de la democracia, se vuelve necesario saber cómo y de qué manera persuadir al otro para adherirse a determinadas tesis; es decir, la retórica se ha hecho presente como práctica de creación de nuestros enunciados.

Así pues, entendamos a la retórica como en sus inicios, esta es la de generar por medio del propio discurso un acuerdo entre quienes no lo tienen, la retórica es la práctica de la persuasión, es “la facultad de discernir en cada circunstancia lo admisiblemente creíble” (Aristóteles, 2008, p.86), y ésta sólo puede ser lograda por medio de la argumentación. Como aduce Ricoeur (2008), “la función general de la retórica, que es ‘persuadir’, es decir, influir en el auditorio por medios propios del discurso que no son ni los de la prueba ni los de la violencia, sino que apuntan sólo a hacer lo probable más amable” (p. 23). Se trata no de esgrimir silogismos, sino de argumentos probables, verosímiles, y a ellos hemos de llamarles entimemas que, en la presente tesis son de índole semiótica.

Ahora bien, la razón por la cual la retórica es desestimada es porque, del tercer genero que surgió a partir de ella, que se enfocaba en su práctica, en la forma en que el orador esgrimía sus argumentos y de las figuras retóricas a las cuales recurría para ello, sólo se recuperó como una forma de entretenimiento y no como un ejercicio constitutivo del *ethos*<sup>15</sup> del orador. Con el tiempo, esta práctica se redujo a una especie de recubrimiento de las descripciones, las figuras retóricas comenzaron a tener mayor importancia y era como si estuvieran en una caja de utilería de la cual agarrábamos la que mejor se adecuara para expresar estilísticamente nuestra descripción; la hipérbole, la metáfora, o la sinécdoque eran secundarias al proceso de creación de argumentos.

El foco en las figuras retóricas o lo que también es conocido como *elocutio*, llevó a considerar que esta disciplina tenía por objetivo la manipulación. Algunos autores como Van Dijk (2006), describen en torno a ella, una simbiosis entre los modelos de comunicación y su entendimiento como manipulación; no obstante, la retórica y su práctica misma, desde que fue esgrimida por Aristóteles, historiada por Barthes y recuperada por Perelman y Olbrechts-Tyteca en forma de una nueva retórica (1994), ha tenido en su centro la idea de conformar una práctica ética, y esto es claro cuando Perelman y Olbrechts-Tyteca arguyen que argumentar requiere tres cosas:

- 1) **Partir de un lugar del acuerdo:** no es mi intención abordar de manera profunda este tema, empero, cualquier conversación ha de iniciarse con un tema en común pues esa es la especificidad del diálogo. Para estos autores,

---

<sup>15</sup> La retórica aristotélica, que en gran medida es la que ha perdurado hasta nuestra contemporaneidad, plantea el ejercicio persuasivo en tres partes: un libro dedicado al auditorio, a su talante y sus consideraciones; otro, dedicado a la elaboración de los entimemas, su lógica, las tópicos y las figuras y, finalmente, otro dedicado a la forma en que el orador ha de expresar su discurso de forma tal que sea capaz de persuadir a su auditorio. La propuesta aristotélica según como es descrita (Aristóteles, 1973) plantea la necesidad de concebir a la retórica como una praxis que empata con los postulados cibernéticos, es decir, recursiva, no pueden formularse ningún entimema si no es considerada la relación que sostiene el orador con su auditorio. Así pues, esta práctica es comunicativo de cuño y no puede reducirse a un mero adorno de los discursos o a la manipulación.

los lugares del acuerdo pueden ser de lo real o de lo preferible, no porque ambas estén separadas, sino porque al conversar, dependiendo de aquella elección que es, en suma, una elección compartida, influirá en la manera en que desarrollamos nuestros argumentos. Lo real, en ese sentido, hace énfasis en lo observable y los hechos mientras que lo preferible, lo hace en las jerarquías y los valores. Aquí me gustaría llamar la atención del lector porque, tal como he explicitado anteriormente, la verdad o lo verosímil están íntimamente relacionadas con lo que sabemos que es real y lo que sabemos que es preferible, no obstante, su distinción es más bien teórica puesto que en cualquier conversación natural ellas están mezcladas de forma casi imperceptible.

- 2) **La retórica requiere de una comunicación activa:** aunque Perelman y Olbrecht- Tyteca no desarrollan una retórica que bien podría llamarse recursiva, su entendimiento refleja la concepción de un proceso cibernético. Nuestros argumentos están íntimamente relacionados con el lugar del cual partimos y su tónica, pero también con los conocimientos que ese otro esgrime en sus argumentos. Así, la retórica no es una simple manipulación, en palabras de Billig (1992), es la forma en la que llegamos por medio de este saber decir, a la comprensión de nuestra realidad compartida.
- 3) **Toda argumentación requiere una situación argumentativa:** La práctica retórica es situacional, pragmática si se quiere. Cuando consideramos que manipula, estamos dando por hecho dos cosas: que nuestros auditorios son agentes pasivos en la comunicación, y que cualquier

recurso retórico puede servir para cualquier evento independiente de su contexto. No puede estar más equivocado. De hecho, la retórica necesita esa dimensión comunicativa que bien podemos relacionar con lo impredecible o también llamado problemas indeterminados (Buchanan, 1992), y que refiere a todo aquello que es ajeno a la tradición o a la historia puesto que cada evento comunicativo es irrepetible. Argumentar requiere considerar al otro y, por medio de nuestras inferencias, lo que es más prudente decir para influir.

La consecuencia principal de estas consideraciones es que la argumentación debe considerar forzosamente a un otro que está constantemente vertiendo su propio conocimiento para refutar o aceptar lo que el otro tiene que decir. No se trata de una disputa, sino de la búsqueda de un acuerdo sobre algo, y aunque Potter (1998), retoma la metáfora de una guerra donde hay retóricas defensivas y ofensivas, entendiendo que los argumentos refutan o aceptan, invito al lector a considerarlo más bien como la expresión de la agencia y la validación de nuestra propia identidad y la del otro en un evento comunicativo. “En la argumentación, lo importante no está en saber lo que el mismo orador considera verdadero o convincente, sino cuál es la opinión de aquellos a quienes va dirigida la argumentación” (Perelman & Olbrechts-Tyteca, 1994, p. 61).

Me gustaría poder dejar en claro que la retórica también es posible diferenciarla entre su estrato teórico y práctico. Por más que, en el plano abstractivo, llamemos ética a su práctica, ésta puede llegar a ser diferente tal y como he descrito los recursos constitucionalistas de la realidad por parte de la santa inquisición. Más simple, ¿podemos llamar al despliegue de acciones como el juicio, la caminata de oprobio, los ropajes colgados, ente otros, como recursos retóricos? Sí y no. Sí, porque conforman

parte de las estrategias discursivas para construir un tipo de realidad y no, porque cuando la retórica se une al ejercicio del poder tradicional o moderno estamos dejando de lado los tres principales puntos desde el cual parte la retórica.

Quizá por ello, sus inicios emigraron a la palabra y Perelman y Olbrecht-Tyteca (1994), nos advierten que:

El uso de la argumentación implica que se ha renunciado a recurrir únicamente a la fuerza, que se atribuye un valor a la adhesión del interlocutor, conseguida con ayuda de una persuasión razonada, que no se lo trata como si fuese un objeto, sino que se apela a su libertad de pensamiento. (p. 106)

De cualquier forma, su práctica no nos libra de caer en el ejercicio del poder y ha de ser necesario que todo interlocutor, siendo un evento comunicativo cualquiera, esté al pendiente de cómo y de qué manera construye sus descripciones-argumentos.

Ahora bien, desde la cibernética hemos dicho que nuestras descripciones son a la vez prescripciones y esto no es ajeno a la retórica. Jonathan Potter (1998), nos ofrece una clasificación, influido por la pragmalingüística, de cómo toda descripción que es retórica tiende a construir por un lado una realidad determinada con acciones particulares asociadas. Para este autor, las descripciones están constituidas por categorías orientadas epistemológicamente y por categorías orientadas a la acción.

En el caso de las primeras, ofrecen descripciones de la realidad que buscan factualizar un cierto tipo de organización y a las identidades de los interlocutores en juego. Por ejemplo, piense el lector en las diferencias existentes entre definir un hecho cualquiera como “tengo muchas ganas de llorar, como demasiado, y a veces simplemente no tengo ganas de nada” como tristeza o depresión. Cada categoría factualiza una identidad distinta y con ella un posicionamiento; en el caso de la tristeza

podemos hablar de una “normalidad”, incluso de algo esperado y relacionado a una pérdida, pero si lo encuadramos retóricamente como una depresión, entonces la identidad de quien la vive se transforma en una “patología”, incluso algo “cerebral” y con necesidad de intervención psiquiátrica. La identidad del que lo padece se transforma en el evento comunicativo, pero también del que es “espectador”, así, quien encuadra lo puede hacer posicionándose retóricamente como experto, acreditándose, estimando su experiencia o su vivencia en algo similar, sea para estimar o desestimar tales descripciones.

Por otro lado, en el caso de las categorías orientadas a la acción -que están asociadas a las epistemológicas- toda factualización entraña acciones determinadas. En nuestro ejemplo, una tristeza puede elicitar acciones como esperar, reflexionar sobre ello, buscar actividades y relaciones que nos aporten a sentirnos mejor, incluso hacer cartas para despedirnos de ese ente perdido, etc., pero, en el caso de la depresión encuadrada como algo “anormal”, las acciones elicidadas pueden ir encaminadas a asistir con un psiquiatra, tomar medicamentos, incluso reforzar aún más las conductas encuadradas, llorar más, comer menos, dormir demás, etc.

Incluir a la retórica como disciplina en nuestra práctica terapéutica como una forma de análisis de lo que sucede en terapia puede contribuir a sistematizar nuestra práctica a la vez que comprobar si aquello que hacemos y decimos tiene el efecto que decimos que tiene. Además, nos permite cuestionar la dimensión política de la terapia, esto es, a analizar y reflexionar si nuestros encuadres o resignificaciones contribuyen a generar bienestar o si, por el contrario, al modificarlas, estamos modificando o construyendo discursos que empobrecen. De alguna manera, la retórica, nos permite responder a la necesidad cibernética de la conciencia ecológica (Keeney, 1991).

Finalmente, es menester considerar que la propuesta potteriana no tiene por objetivo demostrar si lo que se dice en una conversación es cierto o falso, más bien se

trata, visto desde el relativismo metodológico, de cómo son construidos nuestros argumentos y como cada uno se acopla a los contraargumentos del otro en la conversación. Por extensión, tampoco intenta demostrar si aquello que se factualiza es una condición inherente a la psique de cada interlocutor, y más bien me atrevería a decir que, partiendo de nuestra definición de comunicación, el diálogo visto desde la óptica retórica contribuye a factualizar un cierto tipo de organización que tiene efectos en la vida de las personas; es decir, configura la mente (Tapia, 2004).

Sin embargo, estos efectos solo pueden constatarse cuando tenemos la posibilidad de seguir una conversación sobre el tiempo, y el espacio terapéutico nos ofrece tal posibilidad.

Aunque Potter ofrece una forma metodológica de acercarse a las conversaciones y a lo que sucede en ellas, su propuesta queda corta cuando miramos los encuentros comunicativos desde una visión semiótica. Puesto que las interacciones no son solamente lingüísticas, el movimiento del cuerpo, el espacio, los acercamientos, etc., conforman parte de ese todo comunicativo y por ello, además de poner la lupa sobre la construcción de argumentos lingüísticos que construyen mundo, también hemos de hacerlo en el plano estético; es decir, en la manera en que esos argumentos construidos por diversos sistemas semióticos en interacción son recibidos en la dimensión sensible de la comunicación y cómo esta dimensión se trata más bien de un acoplamiento entre los interlocutores más que de una condición estrictamente fenomenológica.

### **El diálogo sensible: la experienciación como fuente de toda comunicación dialógica**

Cuando uno se pregunta ¿qué es la estética?, la respuesta más obvia -quizá por pertenecer a aquellos discursos tan socializados que han caído en un lugar común- es

que la estética es todo aquello que nos remite al vasto campo del arte, sea como una disciplina que busca describir aquellos procesos internos o externos en la producción del arte o bien, como una historiografía de las condiciones sociales y reglas de producción y significación de esta (Lizarazo, 2004; Mandoki, 2006a, Mukarovsky, 1977). Sea que le demos un enfoque en las condiciones psicológicas por medio de las cuales un artista conceptualiza una pieza de arte, o bien, en las condiciones poiéticas de la misma, la estética tiene un objetivo más amplio y que, en la presente tesis, cumple la condición olvidada del proceso de comunicación: trata sobre la sensibilidad de todo acto comunicativo.

Pero, para poder aterrizar este concepto, antes que todo, invito al lector a pensar lo siguiente: ¿dónde empieza un acto comunicativo cualquiera? El acento en el signo lingüístico, del cual ya hemos hablado suficiente en los anteriores capítulos, nos ha convencido de que sólo podemos llamarle comunicación a todo aquello que se realice por medio de él, por consecuente, un acto comunicativo visto desde este ángulo sólo empieza en el primer momento en el que uno de los interlocutores hace uso de su capacidad lingüística.

El cuestionamiento al acento desmedido en el lenguaje tampoco ha producido grandes avances en la forma en que observamos, describimos y explicamos la comunicación. En ese sentido, el concepto de elementos paralingüísticos da un espacio a todo aquello que no conforma parte del uso del lenguaje y puede ser reconocido, por poner un ejemplo, en las aportaciones que hace la etnometodología y el análisis conversacional en la transcripción de conversaciones. En ellas, los silencios, las muletillas, la cadencia de la voz, los alargamientos y respiraciones conforman parte central, y su objetivo es describir cómo se desarrollan los turnos de habla y de qué forma dan sentido al total de la conversación (Hepburn & Potter, 2003).

No obstante, este enfoque queda corto cuando conceptualizamos a la comunicación como dialógica y la unimos a la cibernética. Si partimos, una vez más de la premisa “todo comunica”, y si la comunicación es un saber-acción o un conocimiento-comportamiento, entonces, ya no podemos dejar de lado que, de hecho, el espacio, el cuerpo, la mirada, la ropa, la energía imprimida en la interacción, etc., son partes esenciales de la misma puesto que ellas son utilizadas como recursos legítimos de comunicación, que no sólo son paralelas al lenguaje, sino que, sin ellas, muchas de nuestras formas lingüísticas no tendrían sentido.

Confío en que el lector sabrá reconocer esta simbiosis cuando, por ejemplo, con el ademán de llevar nuestro dedo índice al ojo y luego señalar un algo y decir “mira”, estamos indicando a nuestro interlocutor que queremos que vea un algo específicamente y no sólo referimos la acción de mirar. Cuando juntamos todos los dedos de una mano y la agitamos diciendo “está así”, estamos indicando que un espacio o lugar está demasiado lleno. Cuando queremos enfatizar ciertas declaraciones o pedimos a otro que haga algo, como cuando decimos “shhh” y a la par llevamos nuestro dedo índice de manera perpendicular a nuestros labios, estamos pidiendo silencio.

Con estos ejemplos me permito mostrar que la comunicación humana inicia desde que dos interlocutores dispuestos en un contexto determinado poseen un potencial interactivo. Esto es que, todo sistema que posea la capacidad de percibir su entorno y a sí mismo, está de hecho, comunicando y respondiendo a la comunicación y por tanto, la comunicación no se constriñe al lenguaje o al uso de los códigos que pertenecen al ámbito digital, si no que existe un componente sensible que, si recordamos la propuesta peirciana, se trata de aquella primeridad o potencialidad que, a manera de gatillo, dispara el flujo de información en todo sistema.

Con lo anterior podemos sentar la base de una tesis central para la estética y para la cibernética dialógica: la existencia de cualquier sistema comunicativo depende

de la capacidad que tenga para estar abierto sensiblemente a otros sistemas. Es menester enfatizar que esta experienciación encuadrada en el ámbito cibernético es un proceso que sólo tiene sentido en las relaciones que conforman cualquier sistema; es decir que, si bien podemos pensar que ella es una facultad individual si consideramos al ser humano como agente capaz de experimentar, no podemos dejar de lado que un “individuo” es a su vez un sistema. La cibernética ha dejado en claro eso, puesto que existimos en sistemas insertos en sistemas, un individuo no es exclusivamente “un elemento” en un sistema más complejo, como puede ser una familia, un grupo escolar o una banda de música; ese mismo individuo está constituido por otros sistemas que conforman su corporalidad, por menos complejos que estos sean.

A esa capacidad que cualquier sistema tiene de responder activamente a su entorno en circuitos de retroalimentación hemos de llamarle: *aisthesis* o bien, experienciación (Mandoki, 2006a). Empero, la experienciación no debe confundirse con los conceptos de emoción o sensación propios de la psicología tradicional por dos razones: 1) porque ambos conceptos han sido teorizados desde una visión individualista, sea fenomenológica o psicofisiológica (Greenwood, 2011), y 2) porque la estética aquí vertida, no tiene por objetivo acercarse a la experiencia en términos individuales, antes bien, concibe a esta apertura al mundo como una apertura socialmente construida y compartida, determinada por los contextos a los cuales pertenecemos y que únicamente son posibles en el proceso comunicativo. La prosaica o la estética de lo cotidiano es:

el estudio de los procesos de estesis en el seno de la vida social [...] Entendamos, pues, a la Prosaica como la teoría de las sensibilidades sociales y del papel de la estesis en las estrategias de constitución e intercambio de identidades individuales y colectivas. Otra manera de demarcar a la Prosaica es como la exploración de actividades estéticas

materializadas en procesos de construcción de realidades matriciales y sus respectivas identidades. (Mandoki, 2006b: 20)

Quizá la propuesta de la prosaica, que busca dar cuenta de cómo respondemos sensiblemente a nuestro entorno cotidiano a la vez que lo producimos y reproducimos, resulte incomprensible. Pero lo cierto es que no necesitamos acercarnos a ninguna experiencia sensible de manera subjetiva para poder reconocer cuando una persona sufre o goza, es feliz o está triste, mucho menos cuando reconocemos, por ejemplo, que le caemos mal a alguien, o por el contrario que gusta de nosotros. Parece ser que esa interpelación sensible, si bien no podemos descartar una dimensión individual, perteneciente a cada sujeto y facilitado por condiciones psicofisiológicas, también posee una dimensión colectiva e histórica; es decir, la experienciación está dada a través de aquellos recursos que comunitariamente poseemos y que nos permiten expresar tal experiencia.

Y estas formas de reconocimiento sensible del otro son tan importantes que, siendo tal como son, determinan en cierto sentido el desarrollo subsecuente de cualquier evento comunicativo, pero también, de la conformación de las identidades. Así, imagine el lector un mismo movimiento respecto dos personas distintas: un amigo y alguien que no nos cae tan bien. Si nuestro amigo nos sonrío fortuitamente, reconocemos que esa sonrisa puede ser un recurso estésico para demostrar simpatía, afecto o apoyo, pero si esa misma sonrisa la esbozara la persona que no nos agrada del todo, podría ser reconocida como una burla, nos produciría desconfianza o simplemente nos fastidiaría.

Las acciones que uno u otro reconocimiento desencadenan están ligadas, entonces, al intercambio simbólico (Mandoki, 2006b). A la sonrisa de nuestro amigo podríamos responder con otra sonrisa, o con un abrazo; al de la otra persona, quizá

voltearíamos los ojos o arrugaríamos el entrecejo. Note el lector como lo estésico de la comunicación recorre el camino inverso de lo que tradicionalmente sabemos que es “sentir”; es decir, el reconocimiento no proviene primero desde un adentro hacia un afuera, sino que se trata de un acomodo recursivo entre los interlocutores. A esos recursos que imprimen la dimensión sensible Mandoki los denomina: recursos estésicos.

El reconocimiento que hacemos de tales recursos, siguiendo nuestra línea peirciana, tiene, en efecto, un componente histórico y comunitario, pero el significado atribuido a ellos depende de lo que sucede en el momento de la interacción, es pragmático. Entonces, una sonrisa, si sabemos semánticamente que significa amabilidad, felicidad o similares, en una interacción determinada como la esbozada por una persona que no nos agrada puede ser interpretada como sorna, burla o sarcasmo. En adición, las interpretaciones que hacemos en un intercambio comunicativo estarán matizadas por el conocimiento compartido de las comunidades a las que pertenecemos y que Mandoki denomina: matrices culturales que son:

Literal y metafóricamente los lugares donde se gesta y se desarrolla la identidad. La matriz es al sujeto colectivo lo que el cuerpo al sujeto individual, v.g. su condición material indispensable. Al tratarse de una disposición que tiñe y posibilita ciertos modos de intercambio social, la subjetividad sólo es perceptible cuando es objetivada o conformada como identidad desde registros y modalidades en su enunciación e interpretación. (Mandoki, 2006b, p. 90)

Estas matrices representan el suelo fértil o el telón de fondo en dónde tiene cabida cualquier intercambio comunicativo y que, de alguna manera, intentando hilar algunos conceptos señalados en capítulos anteriores, forma parte del contexto batesoniano (cibernética), de la historia y la tradición gadameriana (hermenéutica), de

la comunidad y la significación peirciana y de las reglas de producción, distribución e interpretación (semiótica). Como hemos dicho que la identidad es multi-historiada y atada a las diversas comunidades donde se gesta, así mismo, entendamos que las matrices culturales operan sincrónica y diacrónicamente.

La consecuencia de ello es que la interacción está atravesada por una retahíla de matrices como pueden ser la escolar, la religiosa, la política, la de nación-estado, la económica, etc. Y cada una de ellas aporta las reglas de interpretación e interpelación sensible que nutren nuestra capacidad comunicativa, como puede ser que, aplicado a la terapia, podamos encontrar la matriz de salud, la familiar y la religiosa.

Encontramos la de salud cuando observamos que en algunas instituciones los psicólogos utilizan batas blancas, formularios, cámaras de Gesell, utilizan ademanes como llevarse la mano a la barbilla, cruzar la pierna, etc., y los consultantes suelen sentarse de manera conjunta, sin moverse demasiado, respondiendo exclusivamente a las preguntas hechas por el terapeuta. La matriz familiar se hace evidente en la forma en que una familia responde al terapeuta, sea que la madre responda inicialmente, que el padre pida constantemente a los hijos que hablen haciendo ademanes con las manos para incitarlos o incluso cuando en las conversaciones con los hijos los padres interrumpen para aclarar ciertos puntos. Finalmente, la matriz religiosa, en México más frecuentemente la católica, encontramos que consultantes mujeres de mayor edad suelen persignarse, utilizar frases como “Dios mediante”, enfatizando verbalmente la palabra Dios, etc.

Todos esos recursos estésicos que nos interpelan y que pertenecen a diversas matrices culturales operan al mismo tiempo en un evento comunicativo determinado, pero también lo hacen diacrónicamente puesto que ellas son el contexto de desarrollo de las relaciones que sostenemos. El que una persona recurra a la matriz religiosa nos indica que ella es parte importante de la historia de su existencia y, visto desde la terapia

cibernética, será importante considerarlas puesto que podemos encontrar en ella las razones de su adherencia y significación.

A su vez, esta significación, va constituyendo las identidades que entran en juego. No sólo significamos la acción, también a quien la enuncia y por ello Mandoki entiende que todo intercambio estésico es un intercambio simbólico de identidades y de historias que la conforman:

los procesos en los cuales un sujeto se pone en relación con otros sujetos y con su medio ambiente a través de una gran variedad de recursos [...] son procesos de sustitución o conversión, equivalencia, y continuidad en las relaciones que el sujeto establece consigo mismo, con los otros y con su medio ambiente a través de enunciados que ponen en juego identidades individuales y grupales en términos de su valorización y que apelan a la sensibilidad de los participantes. (Mandoki, 2006b: 26)

En terapia hemos de considerar esta dimensión puesto que con frecuencia olvidamos que, así como una conversación dialógica se desarrolla con un carácter de pregunta respuesta, así mismo sucede con la experienciación que tanto consultante como terapeuta pueden llegar a tener. Por ejemplo, imagine el lector que nos encontramos ante un caso de violencia psicológica ejercida por un hombre a su pareja sentimental. Mientras escuchamos los relatos y preguntamos para obtener más información sobre lo que sucede, podemos escuchar declaraciones como: “a veces él me dice que soy una tonta y que no valgo y yo sólo me quedo callada porque se que no hice las cosas bien”.

En lo tocante a lo estético, esta declaración puede estar acompañada de un cuerpo rígido, casi apretado en la silla, una voz delicada que va bajando mientras termina la frase, los ojos hacia abajo donde se encuentran unas manos entrelazadas y nerviosas. Al observar todo ello, podemos experimentar una sensación de

preocupación, malestar y enojo, y cabe resaltar que tal experienciación, por ser relacional, incluye tanto lo que experimentamos respecto de la mujer como de su pareja y con uno mismo.

Así, la identidad que puede surgir a partir de ella es la de una mujer indefensa, violentada, asustada y sin recursos, a su vez esta identidad puede condicionar la identidad del hombre: agresivo, patán, no le preocupa su pareja, no la quiere, etc., pero también la de uno como terapeuta y, en este punto es dónde hemos de cuestionarnos qué tipo de identidad queremos que entre en juego. Principalmente porque, si atendemos las identidades descritas podemos fácilmente caer en la trampa de vernos y presentarnos como un salvador, experto en relaciones, verdugo de quien ejerce violencia y protector de quien la recibe. Si bien es cierto que no podemos ser neutrales en terapia y hemos de considerar nuestra propia dimensión política, no es menos cierto que como profesionales de la salud, tenemos la obligación ética de contribuir a la resolución de conflictos.

En mi práctica terapéutica suelo hacerme las siguientes preguntas para establecer cuál es mi posición discursiva y terapéutica frente a mis consultantes: ¿Qué tipo de experiencia me están contando? ¿Para ellos es buena o mala? ¿Cómo me interpela esta historia? ¿Me hace sentir aterrado, enojado, frustrado? ¿Cómo puedo yo contribuir a que esta historia sea diferente? ¿Qué papel debería representar en él? Si en el caso de violencia elijo una identidad de protección, entonces utilizaré recursos estésicos orientados a presentarme como tal: declaraciones suaves y comprensivas frente a la mujer y declaraciones más puntuales y secas con el hombre; quizá asuma posiciones defensivas frente al hombre como cruzar los brazos, mirada impertérrita, hacer menos preguntas, etc. Pero, si eligiera una identidad de conciliación y de búsqueda de resolución, entonces, ocuparía recursos estésicos como preguntas de duda,

gestos de incomprensión, movimiento de ojos como buscando entender o alguna respuesta, frases más lentas, mayor uso del cuerpo en el espacio, etc.

Aunque los recursos estésicos que podemos utilizar dependiendo de las matrices en operación han sido sistematizados por Mandoki, no significa que sean, al igual que la *elocutio* en retórica, una especie de etiquetas que podemos sacar de una caja de utilería puesta *a priori*. Más bien se tratan de recursos que, dependiendo de lo que somos y nuestra historia, pueden ser utilizados para lograr que las personas se adhieran a nuestros argumentos: no se trata de fingir algo que no somos, sino de explorar lo que somos capaces de hacer con nuestros conocimientos. Ello requiere, entonces, que el terapeuta conozca sus habilidades y/o desarrolle otras.

Así pues, no basta con saber usar el lenguaje, también necesitamos saber usar otros recursos semióticos y que, en lo tocante al presente capítulo, conforman lo que anteriormente he denominado entimemas. El acomodo que hacemos del cuerpo, el espacio, la vestimenta, la mirada, entre otros, con nuestras descripciones, conforman la totalidad de un entimema, una descripción o un enunciado y por ello Mandoki observa que, además de la retórica hemos de darle un peso importante a la dramática. Esta autora entiende a la dramática como una puesta en escena -influenciada por Erving Goffman- que no trata sobre lo que es verdad o mentira, sino de la manera en que ejecutamos nuestras acciones, ora como fuerza que es imprimida en los movimientos de nuestro cuerpo, ora en las acentuaciones de un apalabra a lo largo de un discurso o bien, en un resoplido, una mueca o en el uso de colores vivos de nuestra vestimenta.

La dramática y la retórica integrada en la prosaica conforman una matriz metodológica tanto de análisis como de producción estética y ambas se retroalimentan recursivamente, mientras la segunda genera entimemas razonables para cada situación comunicativa particular, la primera le otorga su dimensión sensible:

En tales actos hay una actitud o talante que denominaré dramática y hay modos de enunciarla o retórica. Estos modos son retóricos y no simplemente enunciativos porque pretenden provocar efectos sensibles en el interlocutor. La dramática impulsa a la retórica y ésta configura a la dramática. (Mandoki, 2006b: 26)

Este modelo octádico (Mandoki, 2006b) está conformado por registros retóricos y modalidades dramáticas que se acoplan mutuamente. En cuanto a los registros retóricos, encontramos al léxico, lo acústico, lo somático y lo escópico:

- 1) **Registro léxico:** se refiere a la forma que adquiere el uso del lenguaje en la interacción comunicativa “y su repertorio de términos, qué manejo hay de la formación lingüística, qué tipo de lenguaje utiliza, que estilo se elige y con qué actitud se despliega” (p. 33).
- 2) **Registro acústico:** en él se contemplan los sonidos que emitimos y “trascienden la vocalización y conlleva cargas semánticas propias que pueden complementar o contradecir al registro léxico” (p. 35).
- 3) **Registro somático:** hace referencia a todo aquello que ha quedado relegado del signo lingüístico y que es expresado por medio del cuerpo y sus variaciones de sudoración, el aspecto, los movimientos, etc. Conforman lo que comúnmente se ha denominado comunicación no verbal.
- 4) **Registro escópico:** se refiere a “la puesta a la vista a través de la construcción de sintagmas de componentes espaciales, visuales, objetuales como vestuario, utilería, maquillaje y escenografía” (p. 41).

En cuanto a las modalidades dramáticas, encontramos la proxémica, la cinética, la enfática y la fluxión:

- 1) **Proxémica:** este concepto fue desarrollado inicialmente por Edward T. Hall, integrante de la universidad invisible, y hace referencia a “uso del espacio entre individuos determinado por convenciones culturales” (p 48), sin embargo, este concepto no hace alusión exclusivamente a la somática, sino también a la voz, a la forma en que utilizamos la imagen para definir una distancia, a la manera de utilizar el lenguaje para señalar si hay proximidad o no. Esta puede ser catalogada como corta o larga.
- 2) **Cinética:** este concepto hace referencia “al dinamismo, estabilidad y solidez de los sintagmas en cada registro [...] caracteriza al orden y regularidad, movimiento, lentitud solemne y ceremoniosa o vivacidad alegre y vertiginosa” (p. 50), además puede ser catalogada como estática o dinámica.
- 3) **Enfática:** Se refiere “al acento, foco o intensidad de energía en un aspecto o lugar particular de un enunciado. En todo sintagma estético, hay elementos en los que se carga mayor energía que otros” (p. 51). Ésta puede catalogarse como marcada o no marcada.
- 4) **Fluxión:** es definida por Mandoki como “la modalidad dramática de abrir o cerrar, tensar o relajar, gastar o contener, disipar o controlar energía, materia o tiempo a través de los sintagmas” (p. 52). Puede ser catalogada como abierta o cerrada.

El entrecruce los registros retóricos con las modalidades dramáticas dan por resultado 16 combinaciones posibles (ver figura 10), que pueden ser utilizadas, junto con la propuesta potteriana del análisis discursivo, como una forma microanalítica de acercarse a los fenómenos comunicativos; además, como el lector puede observar su ejercicio no está desconectado de las bases epistemológicas de la terapia cibernética, y por el contrario, en su quehacer inicial en la universidad invisible, grandes teóricos como Hall, Birdwhistel, Sheflen, Watzlawick, etc., ya habían sentado alguna bases para poder entender la terapia como dialógica. Así pues, quisiera ofrecer una síntesis más estructural sobre el contenido del marco teórico ya expuesto, partiendo de la idea de que la comunicación es esencialmente un proceso dialógico-recursivo. De esta forma, la epistemología y ontología de esta mirada es resuelta por medio del diálogo entre la propuesta cibernética, que ofrece una suerte de varillas flexibles para entender el flujo de ese proceso pero que, sin la propuesta semiótica peirciana no puede dar cuenta del producto de la comunicación: la significación o, mejor dicho, nuestros conocimientos.

Figura 10  
Acoplamiento de los registros retóricos y las modalidades dramáticas y sus 16 combinaciones

		Registro Retórico				Variantes de los 16 acoplamientos
		Léxica	Acústica	Somática	Escópica	
M o d a l i d a d e s  d r a m á t i c a	Proxémica	Proxémica léxica	Proxémica acústica	Proxémica somática	Proxémica escópica	Corta o larga
	Cinética	Cinética léxica	Cinética acústica	Cinética somática	Cinética escópica	Estática o dinámica
	Enfática	Enfática léxica	Enfática acústica	Enfática somática	Enfática escópica	Marcada o no marcada
	Fluxión	Fluxión léxica	Fluxión acústica	Fluxión somática	Fluxión escópica	Abierta o cerrada

Entonces, la semiótica y la cibernética funcionan como una especie de caldo de cultivo o telón de fondo que dota de sentido nuestras interacciones y nos permite producirlas y analizarlas, en ellas se juega la comunidad o comunidades de las cuales participamos, los discursos que describen y prescriben nuestra realidad y nuestras identidades con ellas; las creencias y los hábitos que las mantienen y la forma en que ellas se modifican en el tiempo, siempre desde un presente ineludible.

Finalmente, la retórica y la estética, disciplinas del discurso y descendientes directas de la cibernética y la semiótica, nos permiten acercarnos microanalíticamente a los conceptos construidos que conforman la comunicación. A través de ellas es posible validar, refutar y modificar constantemente esas premisas y su relación es esencialmente recursiva. Por decirlo en una sola frase: se trata de la relación entre teoría y práctica, es esencialmente pragmático.

## Capítulo 4. Propuesta metodológica

### Planteamiento del problema

De acuerdo con el marco teórico antes expuesto, nuestro conocimiento sobre la realidad está organizado en una amplia red de discursos que fluctúan en las interacciones que sostenemos con otros y el mundo -y que bien pueden llamarse creencias-. Estos discursos son compartidos por comunidades específicas y sostenidas por su producción y reproducción en prácticas sociales que, además, contribuyen a la significación de nuestras propias experiencias.

No obstante, la fuerza de los discursos radica en una contemplación recursiva que no puede solventarse puntuando un primero y un después, es decir, ni el discurso existe antes de las prácticas que lo constituyen, ni las prácticas antes del discurso, antes bien, ambos están entretejidos de tal forma, que su fuerza aumenta cuanto más una comunidad acepte un discurso-conocimiento como explicación válida de sus propias experiencias; es decir, se vuelva significativo.

La relación entre interacción y producción discursiva permite conceptualizar cualquier discurso como inserto en una interacción comunicativa, sea que ésta sea evidente como en el caso de una conversación cualquiera, o menos discernible, como cuando leemos un artículo, consultamos estadísticas, escuchamos música o similares. Es decir, los discursos están insertos todo el tiempo en nuestra interacción con el mundo; en adición, estas interacciones contribuyen a una construcción procesual de la identidad y de los intereses asociados a tales identidades que estarán enmarcadas en contextos determinados.

Así, es posible preguntarnos ¿quién dice qué cosa, para qué y para quién la dice? ¿Qué tipo de mundo construye tales descripciones? ¿Cómo son aceptadas o refutadas

en la interacción? ¿Cómo se adhieren las personas a uno u otro discurso? ¿Qué efectos tiene en el mantenimiento o modificación de las prácticas humanas?

Uno de los campos menos estudiados desde esta perspectiva es el acontecimiento comunicativo de la terapia y más específicamente en la terapia familiar; si bien es cierto que existen evidencias de investigación de otros procesos en este tipo de interacción, como lo ejemplifica Díaz (2012), estos han sido estudiados ora 1) desde el tipo de resultados, sea con la perspectiva del cliente, del terapeuta o de un evaluador independiente; 2) ora de los procesos de terapia, específicamente del cambio, 3) ora del progreso en terapia; no queda claro con qué tipo de fenómeno están trabajando y cómo lo están encuadrando discursivamente. Esto es que, no es lo mismo denominar una experiencia como “problemática”, “trastorno mental”, “tristeza”, “depresión”, “ansiedad”, etc., cada una trae asociada una identidad y acciones específicas que a la par, emergen de las interacciones comunicativas.

Como corolario, los resultados producidos en tales investigaciones pueden tender a considerarse como datos que reflejan una realidad al límite y fuera de los intereses de los investigadores y dar por hecho que esa realidad existía y sólo hacía falta descubrirla. Como si lo que denominados como “trastornos mentales” no estuviera influido por la manera en que hablamos sobre ella y actuamos en función de ese conocimiento.

Para dejar más claro este punto, considere el lector que existe un interés por parte de la Organización Mundial de Salud (2020), en establecer una definición de salud que contemple también la salud mental -concepto en el cual la psicología y la práctica terapéutica basa el desarrollo de su trabajo- de esta forma aduce que “la salud es un estado de completo bienestar físico, mental y social, y no solamente la ausencia de afecciones o enfermedades”; por su parte, la Oficina de Información Científica y Tecnológica para el Congreso de la Unión [INCYTU] (2018), considera que ella “implica

bienestar personal, independencia, competencia, dependencia intergeneracional y aceptación de la capacidad de crecimiento y realización a nivel emocional e intelectual” (p.1).

Al acercarnos a las cifras expuestas por esta misma organización sobre la incidencia de “los trastornos mentales”, llama la atención que plantea un panorama preocupante a la vez que no se hallan los datos que respondan a ese “estado completo de bienestar”, surgiendo preguntas como: ¿a qué nos referimos con completo bienestar? ¿Cómo sabríamos que lo tenemos? ¿bienestar para quién y para qué? De esta forma, se estima que, al menos hasta el 2016, existía un aproximado de 500 millones de personas en el mundo que padecía algún “trastorno mental”, siendo la “depresión”, el “trastorno bipolar” y la “esquizofrenia”, los de mayor prevalencia con 300 millones de personas, 60 y 21, respectivamente. Pareciera que hay una desconexión entre las definiciones otorgadas y las “evidencias” estadísticas, que sugiere que aún se define y evalúa la salud por la cantidad de personas que entran en tales cifras.

La cuestión se vuelve aún más llamativa cuando nos acercamos a los datos ofrecidos por el Instituto Nacional de Estadística y Geografía (2017), ya que, por un lado sugiere que los sentimientos de “depresión” son mayores en habitantes con 65 o más años de edad, prevalece en mayor medida en mujeres -de las cuales el 5.8% consume antidepresivos- y es más frecuente en configuraciones relacionales conyugales; además de reportar un crecimiento de 36% en el periodo 2014-2017 (Espinosa, Zavaleta & Mendoza, 2018). Por otro lado, no queda claro si lo que evalúa son “trastornos mentales”, “problemas normales”, “dificultades” o similares, ya que ellos son enmarcados ambiguamente con descripciones como “sentimientos de nerviosismo o preocupación”.

Así que, en lugar de concentrarnos evaluando estadísticamente el fenómeno de la salud-enfermedad mental, sea lo que eso se refiera, propongo estudiar

comunicativamente las interacciones de las cuales emergen esos conocimientos: el propio proceso terapéutico. No obstante, el interés en ello, no radica, siguiendo la propuesta del relativismo metodológico recuperado por Jonathan Potter (1998), en conseguir resultados que contribuyan a decir lo que es verdadero o no, sino más bien, en analizar la forma en que en la comunicación humana se significan las experiencias y los efectos que estas significaciones tienen en la vida práctica de sus involucrados, sobre todo la forma en que en la conversación terapéutica de la práctica familiar sistémica o cibernética, se consiguen resultados que tanto para el consultante como para el terapeuta pueden ser denominados como exitosos siempre desde una perspectiva *emic* o, desde el propio contexto de producción.

De esta forma la pregunta de investigación que guía el presente análisis es: ¿Cómo se resignifica una experiencia problemática en el curso de la práctica terapéutica sistémica?

### **Objetivo General:**

- Describir el proceso de resignificación de la experiencia problemática en el curso de la práctica terapéutica sistémica.

### **Objetivos específicos:**

- Identificar los principales sistemas semióticos que conforman la práctica terapéutica sistémica
- Identificar los discursos emergentes en la interacción dialógica entre consultante y terapeuta en el curso de la práctica terapéutica sistémica

- Describir la función de los sistemas semióticos que permiten la construcción de los discursos en el curso de la práctica terapéutica sistémica
- Describir el proceso dialógico entre terapeuta y consultante que permite la resignifica de una experiencia problemática en la práctica terapéutica sistémica

## **Método**

**Unidades de análisis:** se seleccionaron dos casos terapéuticos videograbados de la Residencia en Terapia Familiar de la Facultad de Estudios Superiores Iztacala. El primer proceso duró dos sesiones y de la cual una sesión se encuentra videograbada y la segunda sólo en audio. El segundo proceso terapéutico consta de dos sesiones de las cuales ambas se tiene un registro audiovisual. Se consideró dos criterios de inclusión para los registros audiovisuales: a) que el proceso terapéutico fuera corto, no más de tres sesiones y b) que haya sido considerado un caso exitoso tanto por los consultantes como por los terapeutas.

**Estrategia analítica:** Para analizar el evento comunicativo de la conversación terapéutica se decidió utilizar tres estrategias distintas:

- **La transcripción multimodal de Williamson (2007).** Esta estrategia contempla al evento comunicativo como el resultado de la participación de diversos modos o sistemas semióticos, para ello considera dos grandes registros: el visual y el auditivo. De tal forma que es posible desglosar y registrar al evento comunicativo tanto por lo que se ve, sea en fotogramas o videos, poniendo de relieve el espacio, el uso del cuerpo, la vestimenta, etc., como por lo que se escucha, inflexiones

de voz, lenguaje, pausas, respiraciones, etc., con la finalidad de analizar la articulación dada entre ellos.

- **El análisis del discurso propuesto por Beltrán y Mandujano (2018)**, específicamente las tablas de aspectos logonómicos y palabra hablada -orientación epistemológica y de acción- así como la transcripción del audio con aplicación de códigos jeffersonianos (Potter, 1998). La tabla de aspectos logonómicos (Apéndice A) está ideada para otorgar las reglas de interpretación y significación de un evento comunicativo cualquiera, en ella se consideran aspectos centrales como: qué tipo de material es, cómo se obtuvo, si el material pertenece a alguna institución, quiénes son los “expertos” que se presentan, y eventos relacionaos de manera local, nacional o internacional que puedan ayudar al proceso de interpretación. En el caso de las tablas de palabra hablada orientadas epistemológicamente y a la acción (Apéndice B), son una síntesis de las categorías analíticas propuestas por Potter; sin embargo, al ser guías de análisis, no todas las categorías serán consideradas, sino sólo aquellas que permitan responder a la pregunta de investigación, su propósito es identificar el uso que se hace del lenguaje de manera discursiva para construir mundo, las identidades y sus acciones asociadas. Finalmente, los códigos jeffersonianos (Apéndice C), son una estrategia para la transcripción del habla, ideada para el ejercicio del análisis conversacional, ellos son utilizados para identificar las respiraciones, las inflexiones de voz, las pausas, etc., que permitan tener un panorama amplio de cómo se ejecuta una conversación en los diferentes turnos del habla, permite, además, dar cuenta de la

participación de sistemas semióticos no relacionados directamente con el signo lingüístico.

- **La propuesta de la prosaica o estética de lo cotidiano de Katya Mandoki (2006b).** Esta matriz metodológica permite categorizar la interacción comunicativa desde su dimensión sensible al contemplar la participación de sistemas semióticos extralingüísticos desde una mirada procesual; es decir, la forma en que se utiliza el cuerpo, la vestimenta, el espacio, la energía imprimida, etc., y cómo el otro en interacción responde activamente. Además, la interacción entre estos y la palabra hablada (analizada con la propuesta potteriana y recuperado por Beltrán y Mandujano), permiten identificar la forma en que se construyen las identidades en relación y la participación de matrices culturales específicas.

**Tipo de estudio:** El presente trabajo puede considerarse dentro de los estudios del discurso que tienen la característica de ser transdisciplinarios. El énfasis que estos estudios han puesto al valor del lenguaje de mundo, por la influencia múltiple de la filosofía analítica, la hermenéutica gadameriana, el socioconstruccionismo, la pragmalingüística, la etnometodología, el análisis conversacional y las disciplinas del discurso como la retórica, la estética y la semiótica (Campos, 2004), impiden que pueda plantearse un alcance específico como en los estudios cuantitativos ya que el lenguaje - más bien nuestros sistemas semióticos- no sólo exploran, describen, correlacionan o explican, sino que son la principal fuente de construcción de nuestro mundo. Por otro lado, tal y como Campos (2014), Garay, Iñiguez y Martínez, (2005) y Potter (2008), exponen a la tradición discursiva en psicología, no puede enmarcarse dentro de la gran

categoría que son los estudios cualitativos, sin embargo, Potter, describe cinco condiciones que conforman la acción de la psicología discursiva y que propongo a ampliar a los estudios del discurso en general:

- **Es práctica:** considera la forma en que las descripciones son invocados en las actividades humanas.
- **Es responsable:** construye la agencia y la responsabilidad de los interlocutores
- **Situada:** las descripciones están incrustados en la interacción, no afuera de ellas ni dentro de las personas; las descripciones están retóricamente orientadas y, finalmente, las descripciones están situadas institucionalmente.
- **Personificada:** considera las expresiones tangibles de las construcciones y las orientaciones de los participantes.
- **Expuesta:** considera lo psicológica como algo expuesto en el habla y la interacción y no como una psicología interna y privada en el que el lenguaje sería el conducto para transmitir pensamiento de una mente a otra.

**Procedimiento:** Para analizar cada proceso terapéutico en su totalidad se decidió segmentarlo en partes: a) contexto, b) registro de actividad dialógica y c) microanálisis.

- a) **Contexto:** se generó una ficha de identificación para cada proceso mediante el llenado de la tabla de aspectos logonómicos. Esta tabla requirió conocer la fuente del material, su pertenencia a alguna institución y su categorización en el tipo de registro. Contempla, además, una parte para la descripción biográfica de quienes pueden ser considerados expertos, en este caso los terapeutas y la supervisora en turno, para ello, se introdujeron los

nombres completos de cada uno en el motor de búsqueda Google, y se seleccionaron de las dos primeras páginas las ligas más importantes; en adición, se buscó las credenciales académicas en el consultor de cédulas profesionales mexicanas.

- b) **Registro de actividad dialógica:** se realizó una transcripción de cada registro audiovisual dando un total de cuatro. Para la selección de fragmentos analizables, primeramente, se leyó de corrido las transcripciones que conforman todo un proceso terapéutico para familiarizarse con el caso y obtener una idea global de él. Posteriormente, se volvió a releer las transcripciones siguiendo una primera pregunta: *¿dónde se habla de una diferencia o un cambio?*, esto requirió poder ubicar semánticamente hablando, frases como: *estoy más tranquilo(a), me siento mejor, he estado bien, etc.* Una siguiente relectura con base en la pregunta: *¿Esta diferencia es respecto a qué?*, permitió elegir aquellos fragmentos que tematizaran sobre la problemática. Una tercera relectura considerando la pregunta: *¿En qué momento se generó la idea de que la terapia fue exitosa?*, permitió seleccionar los fragmentos que evidenciaran la interacción el diálogo donde se construye la idea de éxito.

Una vez seleccionados los fragmentos, se transcribieron utilizando códigos jeffersonianos poniendo especial atención en: los turnos del habla, las pausas, el énfasis en una u otra palabra, los alargamientos y las respiraciones. Seguido de esto, se realizó una transcripción multimodal en PPT y para ello, se seleccionaron los fragmentos del video que contienen la interacción de las transcripciones lingüísticas; los videos fueron cortados y seccionados en 50 fotogramas por segundo, sin embargo, este registro sólo permite obtener un panorama amplio de la interacción de los diversos

modos semióticos del evento comunicativo, pero el análisis se llevó a cabo con el video en su totalidad y no con sus fotogramas.

- c) **Microanálisis:** Los resultados serán descritos de manera diacrónica y sincrónica, esto quiere decir que se presentarán de forma que evidencie el desarrollo del diálogo sobre el tiempo a la par que enfatiza el uso de los recursos discursivos para construir un cierto tipo de mundo, sus acciones asociadas y la identidad-responsabilidad de los interlocutores. Para ello, el uso de transcripciones multimodales y la implementación de códigos jeffersonianos resultarán de gran utilidad explicativa por su virtud de presentar la sincronía existente entre la palabra hablada y la representación visual (fotogramas) de la interacción.

En el caso de la dimensión diacrónica, se presentarán los resultados siguiendo un esquema general de tres ejes: 1) la tematización del problema, 2) el camino dialógico a la resignificación y 3) la resignificación; en el caso de la dimensión sincrónica, debido a que toda producción discursiva-dialógica está conformada por la utilización de signos, intercambios simbólicos y argumentos de persuasión, se identificarán: 1) los recursos retóricos y estéticos asociados a cada eje diacrónico poniendo énfasis en su funcionalidad y la relevancia de ciertos sistemas semióticos en detrimento de otros, 2) la estabilidad o cambio en la identidad de los interlocutores asociada a una propuesta ontológica específica y sus acciones asociadas, y 3) los discursos-conocimientos emergentes de cada interacción. La identificación y análisis de los recursos discursivos son retomados de la propuesta potteriana por ello, para conocer más sobre ellos y cómo son definidos por este autor es posible consultarlo en La representación de la realidad. Discurso, retórica y construcción social (1998)

## Capítulo 5. Resultados

Se decidió presentar los resultados de cada proceso terapéutico por separado debido a que, al hacerlo de esta forma, es posible poner énfasis en aquellos aspectos microanalíticos que son propios de cada evento comunicativo que, si bien pueden constituir recursos dialógicos-discursivos existentes en ambos procesos terapéuticos, su funcionalidad depende del acomodo recursivo entre sus participantes.

### Caso Tamara

Siguiendo nuestra propuesta teórica sobre el evento comunicativo como dependiente y funcional a un contexto determinado, es necesario que el lector cuente con un panorama general de los interlocutores y el espacio en el que se desarrolla la interacción y que constituyen las reglas de producción, distribución e interpretación de los significados según lo han teorizado Kress y Van Leeuwen (2001). Para proteger la identidad de la consultante y de los expertos se han cambiado los nombres y se han difuminado las caras en los fotogramas elegidos.

Sirva al lector considerar, además, que, en este caso en particular, el investigador funge el papel de uno de los terapeutas por lo que, si bien es cierto que cada descripción es un acto de autorreferencia, la interpretación hecha a los resultados puede estar matizada con mayor énfasis por un interés de presentarse a sí mismo como experto y capaz, por ello, el anexo de las transcripciones resulta útil en la medida en que constituye una democratización del dato.

Así pues, al recuperar el acta de llamada a la consultante, que se nombrará de aquí en adelante como Tamara, se encuentra que ella es una mujer de 57 años que vive sola, viuda -su marido falleció de cáncer 6 años atrás- y con hijos, de 33 y 27 años de

edad, que ya son profesionistas e independientes y que se siente orgullosa de lo que ha logrado hasta ahora pero que siente que: “hay algo que falta, quiero sentir paz interior”, siendo este su motivo de consulta.

La atención psicológica se llevó a cabo en el marco de las prácticas supervisadas de la Residencia en Terapia Familiar de la Maestría en Psicología de la Universidad Nacional Autónoma de México que ofrece un espacio de formación a los residentes. En este caso, la sede corresponde a la Clínica de Medicina Familiar “Tlanepantla” del Instituto de Seguridad Social al Servicio de los Trabajadores del Estado, ubicado en Los Reyes, Iztacala. El registro obtenido puede ser considerado como un registro “psicoterapéutico”, no diseñado ni editado y que es utilizado por los estudiantes en formación para analizar el desempeño del terapeuta en la práctica clínica, observar a detalle la interacción y definir y planear posibles líneas de intervención terapéutica.

Se presenta como expertos a dos terapeutas en formación, el primero que a su vez es el investigador se llama Gustavo Millán Aguilar, la segunda, por cuestiones éticas no se proporcionará el nombre, pero sí algunos datos públicos que pudieron ser encontrados en la internet; ambos terapeutas en formación cuentan con cédula profesional en la licenciatura en psicología expedida por la UNAM. En el caso del primero, la información encontrada al ingresar su nombre en el motor de búsqueda Google arroja la existencia de una página de Facebook de servicios psicoterapéuticos y su participación en el Foro de Investigación Discursiva y Análisis Multimodal de la Facultad de Estudios Superiores Zaragoza con temas como la señalética, la identidad machista y campañas anti-acoso. En el caso de la segunda, sólo pudo encontrarse una participación en el XIII Congreso de Posgrado en Psicología UNAM siendo la pareja el tema de exposición.

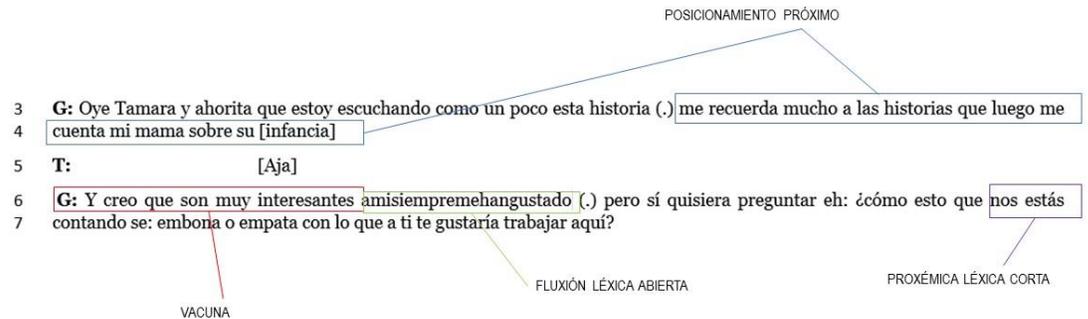
## ***Tematización del problema***

Le pido al lector que a la par que se presenta este apartado pueda observar las figuras que contienen los números de línea, así como los recursos retóricos y estéticos que serán explicados; además, en los fragmentos se hallarán diferentes iniciales que deben ser entendidos de la siguiente manera: **G:** Terapeuta 1, **K:** Terapeuta 2; **T:** Tamara (consultante) y **E:** Terapeuta 3.

Note la figura 11. La interacción del fragmento comienza después de una explicación larga sobre quien es Tamara y de cómo ha vivido su vida desde su infancia. En la práctica clínica de la terapia sistémica, al utilizar el modelo de Terapia Breve Centrada en Soluciones, las conversaciones son orientadas hacia la identificación de aquello que pueda construir una solución a la experiencia problemática y no tanto sobre el problema mismo; no obstante, si consideramos la diferencia de edades entre la consultante y los terapeutas, 57 años y 25 y 27 años respectivamente, rápidamente encontramos que, en el plano de las matrices culturales puede llegar a ser difícil cambiar el rumbo de la conversación sin que este cambio sea interpretado como una falta de respeto o refleje un desinterés, por ello, el Terapeuta 1 (T1 de ahora en adelante) ocupa la siguiente configuración discursiva: **posicionamiento+vacuna**. Cuando dice “me recuerda mucho a las historias que luego me cuenta mi mamá sobre su infancia”, no sólo está describiendo una porción de experiencia, sino que esa declaración a su vez genera un posicionamiento próximo en la medida en que refleja el interés por la historia recurriendo a la **matriz cultural mexicana de respeto a la madre** y por extensión de respeto a la experiencia de la consultante. Sin embargo, también proporciona el contexto para la frase “y creo que son muy interesantes” que funge como una **vacuna contra conveniencias** para no ser interpretada la pregunta “¿cómo esto que nos estás

contando embona o empata con lo que a ti te gustaría trabajar aquí?”, como un desinterés por la consultante.

**Figura 11**  
Fragmento 1. Caso Tamara. Primera sesión



En términos estéticos, aunque no es posible mostrar el audio, en cuanto al **registro léxico** hallamos una **proxémica corta** evidenciada en el uso de la segunda persona del singular; es decir, el terapeuta no la trata de “usted” si no de tú, y esto puede contribuir a generar, dependiendo de cómo se reciba, un ambiente de calidez y confianza. En cuanto a la **cinética léxica**, se identifica una de **tipo abierta**, el uso de los sintagmas es regular y las pausas no alteran ni evidencian ningún tipo de trastabilleo o desconfianza; al contrario, note el lector en la línea 6 como los sintagmas unidos a una **fluxión abierta** en “a mí siempre me ha gustado” que deben ser leídos de corrido, pueden indicar seguridad.

Ahora bien, en cuanto a la tematización del problema, recordemos que la descripción de cualquier experiencia problemática relaciona una forma ontológica con acciones asociadas y que esta tematización es el resultado de una interacción comunicativa. Así pues, prestemos atención a las líneas de la 8 a la 35 de las figuras 12

y 13. Las palabras que Tamara utiliza para describir su experiencia problemática son: odio, temor, hay algo por ahí, muchísimo miedo, angustia, tensión y nervios. Estas **atribuciones de categorías** además están acompañadas de **maximizaciones y repeticiones de palabras** (mucho odio -línea 9-, sin tanto temor -línea 23-, muchísimo miedo -línea 31-) y que tienen el efecto de presentar al problema como relevante y serio sobre todo si consideramos que las descripciones que hace de las situaciones en las que se presenta, fácilmente podrían caracterizarse como mundanas o exageradas como lo es poder usar el coche sin temor o angustia. Estas maximizaciones, además, tienden a favorecer que el tema de la conversación se centre en esa experiencia problemática, es una interpelación a los terapeutas para hablar sobre ello.

Las líneas 8, 9 y 10, ejemplifican esta interpelación en la medida en que la declaración “eso lo voy cargando yo, según yo, ya lo he trabajado he ido no sé a como a psicólogos diferentes y lo he trabajado yo pienso que ya casi”, negocia la identidad de los terapeutas a la vez que la de la consultante en una **manipulación ontológica**. Por un lado, posiciona a los terapeutas como responsables de ofrecer algo diferente a lo que otros psicólogos ya le han ayudado, pero sin decirlo directamente y, por otro, la consultante se presenta como alguien responsable de sí misma y decidida a resolver sus problemas lo cual mitiga la probabilidad de ser considerada como alguien que realmente no ha hecho lo suficiente por resolver su problema.

En estas mismas líneas, el uso de los verbos trabajar y cargar cumplen una función retórica doble: a) **metaforizan la construcción ontológica** y b) son **verbos promotores de intenciones**. En el caso del primero, como se ha explicado en la parte teórica, no existe una diferencia contundente entre la utilización del signo lingüístico como referente de un mundo real e independiente y su utilización como figuración; sin embargo, estos verbos contribuyen a crear la identidad de la consultante

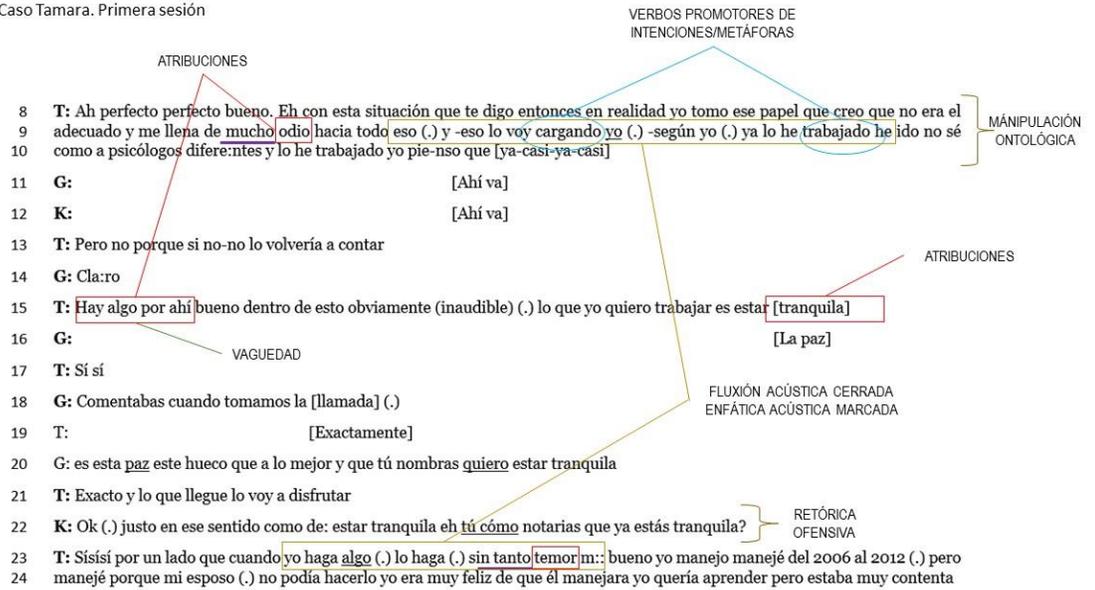
como alguien que es consciente de sus acciones, cargar algo implica conciencia de estar haciéndolo y trabajarlo una decisión de querer liberarse de ello con esfuerzo.

No obstante, la declaración “ya casi ya casi” y “pero no porque si no no lo volvería a contar”, generan una propuesta ontológica que contrapone la conciencia y la responsabilidad del hablante frente a un problema que es construido por medio de la vaguedad a la par que se presenta como independiente de lo que ella ya ha hecho hasta ahora. Le da vida a la descripción problemática. Por otro lado, en torno a las cuestiones estéticas, notemos cómo el uso de las pausas representadas con (.), es utilizado para dar énfasis exclusivamente al problema; es decir, dan espacios que tienen el efecto de centrar la atención de la conversación en ese aspecto y a ello puede considerársele como una **enfática acústica marcada y una fluxión acústica cerrada**.

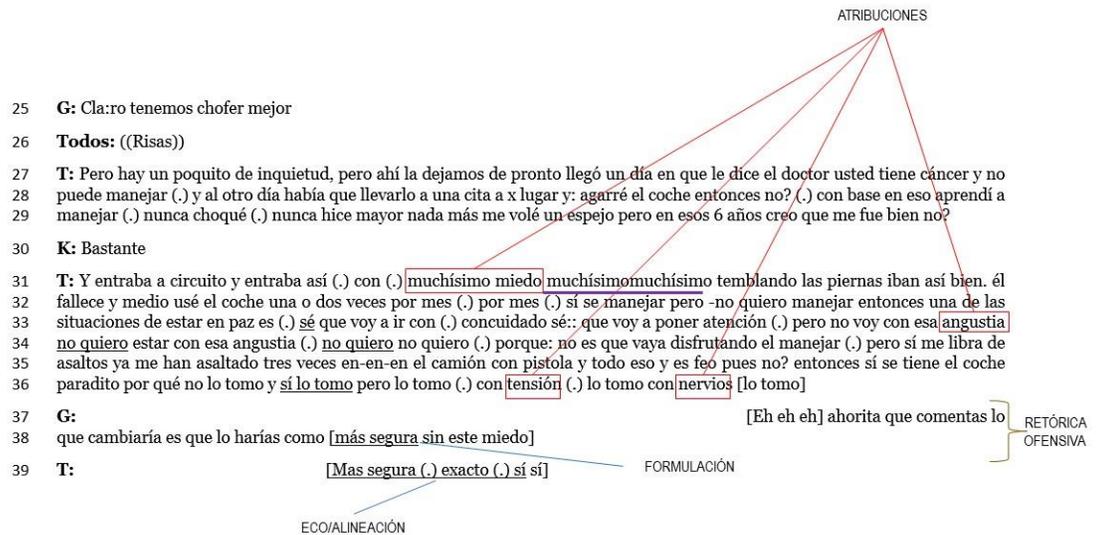
Tal y cómo hemos recuperado a Peirce, estas **atribuciones de categorías** pueden ser vistas como representaciones de la tríada signica de Peirce y que representan al objeto-fenómeno de acuerdo a un fundamento. Así, note el lector que hasta este punto el problema-fenómeno es representado con las palabras odio, miedo, angustia; no obstante, este mismo fenómeno es representado con otro fundamento que la misma consultante ha ofrecido en la llamada inicial y que es el de “estar tranquila” (línea 15). Es decir, ese mismo fenómeno, discursivamente puede ser categorizado como un problema o como una situación que posibilite la solución.

De acuerdo al esquema recursivo de Bateson, cada categoría enmarca una serie de acciones que son puntuadas como pertenecientes a ella, y observe en la línea 22 que la pregunta está dirigida a conocer las acciones asociadas a la categoría “tranquila”. Con ello se hace evidente la búsqueda de una comprensión común de un fenómeno determinado dado que los signos pueden significar cosas distintas para los interlocutores, en suma, se trata de la puesta en práctica de la **doble descripción** y de la dimensión **interpretativa** del signo.

**Figura 12**  
Fragmento 2. Caso Tamara. Primera sesión



**Figura 13**  
Fragmento 3. Caso Tamara. Primera sesión



En términos retóricos el énfasis en la frase “tú cómo notarías”, comienza a proponer la identidad de la consultante como alguien que puede hacer algo respecto de su problema al utilizar un **verbo promotor de acción** y una **enfática léxica y acústica marcada**. La respuesta dada por la consultante sigue una estructura interesante: **repetición de palabra + manipulación ontológica**. Note el lector que la repetición de palabra refiere a una aceptación de la pregunta hecha anteriormente y de hecho esa pregunta funciona, además, como parte de una **retórica ofensiva** que busca orientar la conversación hacia aquello que puede funcionar para resolver la experiencia problemática; es ofensiva si consideramos que, hasta ese punto, la conversación ha girado en torno a la problematización y la pregunta intenta desviarla para centrarse en un aspecto distinto. De nuevo nos enmarcamos dentro de las matrices culturales que propone Mandoki, y es que, el cambio, la solución o la resolución de un conflicto es un entendido común de lo que hacen los terapeutas y la conversación evidencia, de hecho, tal posición.

Empero, la estructura de contraste releva que la retórica ofensiva -esgrimida por la terapeuta- no fue aceptada, si por un lado acepta la pregunta para contestarla, por otro, la descripción que hace sobre el hecho problemático busca ejemplificar el “hacer algo sin tanto miedo”, pero presentándolo como un evento relevante, de ahí que el uso de **maximizaciones** como “muchísimo muchísimo temblando las piernas” ofrezcan la idea a los terapeutas de que no es algo simple ni mundano.

Ahora, note las líneas 37 a la 39. Dialógicamente, los interlocutores utilizan las experiencias-descripciones que son vertidas en el acto comunicativo y, en el proceso, pueden ofrecer descripciones que emerjan de las categorías utilizadas; así, T1 ofrece una **formulación** a la vez que puede ser vista como una construcción de la **retórica ofensiva** y una **manipulación ontológica**. Veamos. Cuando Gustavo dice “lo harías como más segura sin este miedo”, utiliza un énfasis en las palabras “más segura”

(**enfática léxica y acústica**) que además se contrapone con la categoría “miedo”, está formulando una nueva descripción que permita orientar la conversación hacia lo que funciona y no tanto hacia el problema, he ahí la retórica ofensiva. Sin embargo, la configuración “más segura” también supone ontológicamente que la consultante ha actuado en algún momento de forma segura, lo cual puede facilitar el reconocimiento de esta capacidad, desplazando dialógicamente la conversación sobre el problema.

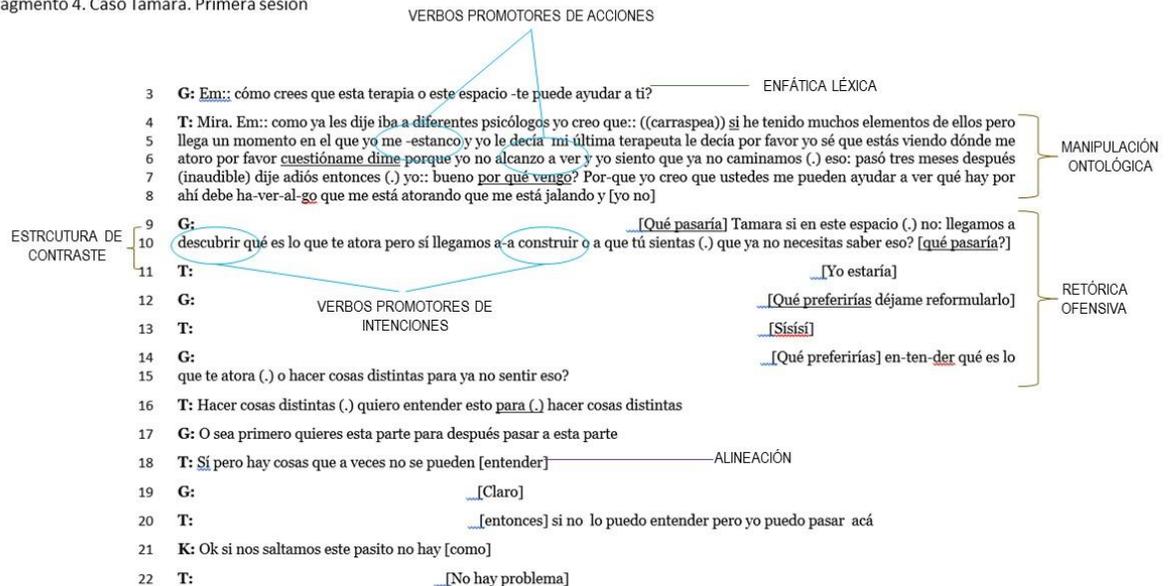
Una de las críticas que puede hacerse a este tipo de interacciones es que puedan llegar a ser manipulaciones conscientes o inconscientes y que desprestigien la experiencia de los consultantes, empero, recordemos que estas interacciones son retóricas y reconoce que los interlocutores son capaces -y que de hecho lo hacen- de aceptar o refutar nuevas descripciones. En la línea 39, observamos una primera aceptación de la retórica ofensiva cuando la consultante afirma y enfatiza lingüísticamente “más segura, exacto sí”. Estos “ecos” -categoría que he decidido agregar- no son simples repeticiones de palabras, sino que muestran una alineación con el modo de la conversación: hacia el cambio.

Ahora bien, observemos la figura 14. Este fragmento se desarrolla después de una larga conversación explorando y tematizando sobre el problema. En la práctica terapéutica establecer objetivos también es un trabajo dialógico que necesita un acuerdo legítimo y por ello será necesario observar dos cosas: 1) el conocimiento-discurso que esgrime la consultante sobre lo que es e implica su problema y 2) el acomodo recursivo de las retóricas ofensivas y defensivas.

De las líneas 4 a 8, notemos que trata de una respuesta-descripción a la pregunta de Gustavo “cómo crees que esta terapia o este espacio te puede ayudar a ti?”, lo que puede resultar un pleonasma “te puede ayudar a ti” representa una **enfática léxica** que coloca la identidad de la consultante como alguien responsable de su propio cambio y que tiene la posibilidad de centrarse en ella más que en lo que tendrían que hacer otras

personas y, la respuesta dada por la consultante es una **manipulación ontológica** que presenta de nuevo una distinción entre lo que ella es capaz de hacer y el problema que es tratado como algo oculto, algo que no deja alcanzarse: “yo me estanco”, “no alcanzo a ver”; además, estos verbos no sólo sirven para describir la experiencia de la consultante, sino que son una interpelación a los terapeutas que, combinadas con las declaraciones de las líneas 7 y 8 construyen la identidad de los terapeutas y de Tamara por medio de **acreditaciones**: los terapeutas son los expertos y la consultante es la persona a la que se le enseñara cómo resolver el problema. Incluso, en términos estéticos, la **enfática acústica** hecha por la consultante en la línea 6 al decir “cuestióname dime”, contribuye a la factualización de estas identidades.

**Figura 14**  
Fragmento 4. Caso Tamara. Primera sesión



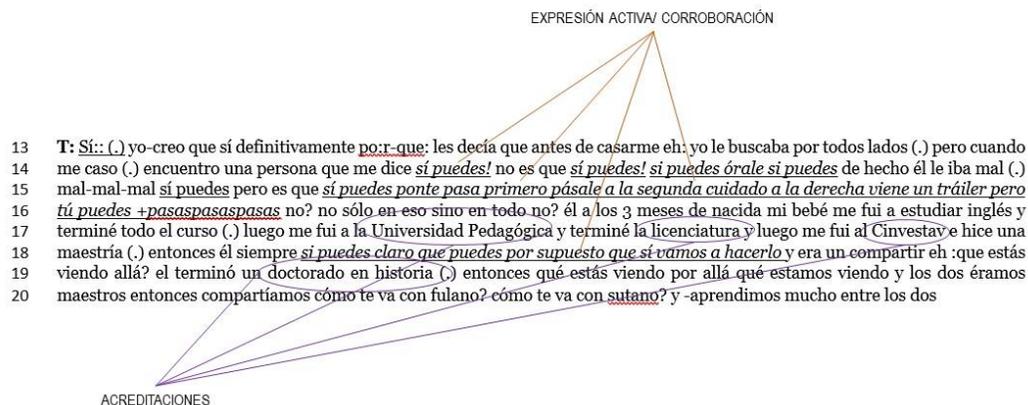
La conversación subsecuente que parte de la línea 9 a la 22, evidencia en términos discursivos la forma en que se llega a un acuerdo legítimo. Tras la explicación dada por la consultante sobre el problema y el énfasis en “ver lo que la está atorando”, T1 pone en marcha la **retórica ofensiva** que busca desplazar y aterrizar la conversación al acuerdo. En la línea 10, el uso de los verbos “descubrir” y “construir”, tienen una función interesante en cuanto están dispuestas en una estructura de contraste, o esto o esto; estos **verbos como promotores de intenciones** proponen una distinción ontológica: descubrir implicaría sacar a la luz lo que está oculto, tal como la lógica de la consultante lo ha expresado, en oposición construir implica la movilización de la consultante para hacer algo distinto a la descripción problemática; en adición, esta construcción discursiva no es una simple pregunta de ilusión de alternativas sino una puesta en escena de las posibilidades según la lógica de la consultante y la lógica de los terapeutas.

Hacia el final de la conversación observemos que lo que pareciera ser una retórica defensiva por parte de la consultante al decir “quiero entender esto para hacer cosas distintas”, se transforma en una alineación con la retórica ofensiva de T1 “sí pero hay cosas que a veces no se pueden entender”. Esta interacción ejemplifica las condiciones que según Peirce debe cumplir un encuentro comunicativo siendo la máxima el estar en una conversación donde haya un “nosotros”; en ese sentido, la alineación de los interlocutores hacia un entendimiento común es el claro ejemplo de esta condición.

Un fragmento más nos ayudará a concluir y aterrizar en los discursos-conocimientos que emergen en la conversación. En la figura 15, de las líneas 13 a 20 tratan de la descripción de una experiencia de la consultante que posiciona su identidad a la vez que la de su marido, utilizándolo para dar relevancia, una vez más, al problema, si visualizamos los fragmentos como parte de un todo organizativo.

Así, presenta a su esposo por medio de la construcción: **expresión activa + maximizaciones**; las primeras son líneas que son tratadas como la recuperación de lo que otro dice y ayuda a generar la factualización de una experiencia puesto que el mensaje es: no lo digo yo, es lo que dijo otra persona, se trata de una corroboración discursiva que, en este caso, están acompañadas, todas, de un léxica y acústica enfática que estéticamente interpelan sensiblemente al interlocutor para generar la sensación de un hecho real, no modificado. Sin embargo, el contenido de esas expresiones está enmarcada en el fragmento por una descripción de un evento, y entonces pone el énfasis en colocar al esposo como una persona que en todo momento la motivó y la hizo hacer cosas, deposita en él la agencia que ella tuvo en esos momentos a pesar de que según lo que se aprecia, ambos son acreditados como personas con conocimientos de altos grados.

**Figura 15**  
Fragmento 5. Caso Tamara. Primera sesión



Si hacemos una recapitulación de los discursos-conocimiento sobre el problema hallamos los siguientes:

- a) El problema es ambiguo, no definido.
- b) El problema es ajeno a la consultante, sin embargo, está dentro de ella, es necesario descubrirlo para poder tratarlo
- c) Resolver un problema implica conocerlo para hacer cosas distintas
- d) La consultante es una persona responsable y decidida a tratarlo, pero no sabe cómo hacerlo
- e) El problema está en su vida desde tiempo atrás y se expresa en situaciones relevantes que a otros pudieran parecer simples

### ***El camino dialógico hacia la resignificación***

Como ya he mencionado en el apartado teórico, toda descripción incluye una serie de categorías que enmarca acciones y que revelan conocimiento. En el trabajo terapéutico, parece que es importante estar al tanto de esas categorías que puntúan tal o cual acontecimiento puesto que en ellas co-existen otras, que pueden orientar el proceso de resignificación. De esta forma, en el caso de Tamara, los signos miedo, angustia, odio, temor presentan y representan en la conversación una porción de esa experiencia y tienen su fundamento en aquellas descripciones utilizadas por la consultante para factualizarla; no obstante, también presentó y legitimó otras categorías que están asociadas como la tranquilidad y la seguridad, aunque éstas sólo sean utilizadas para volver la conversación hacia el problema.

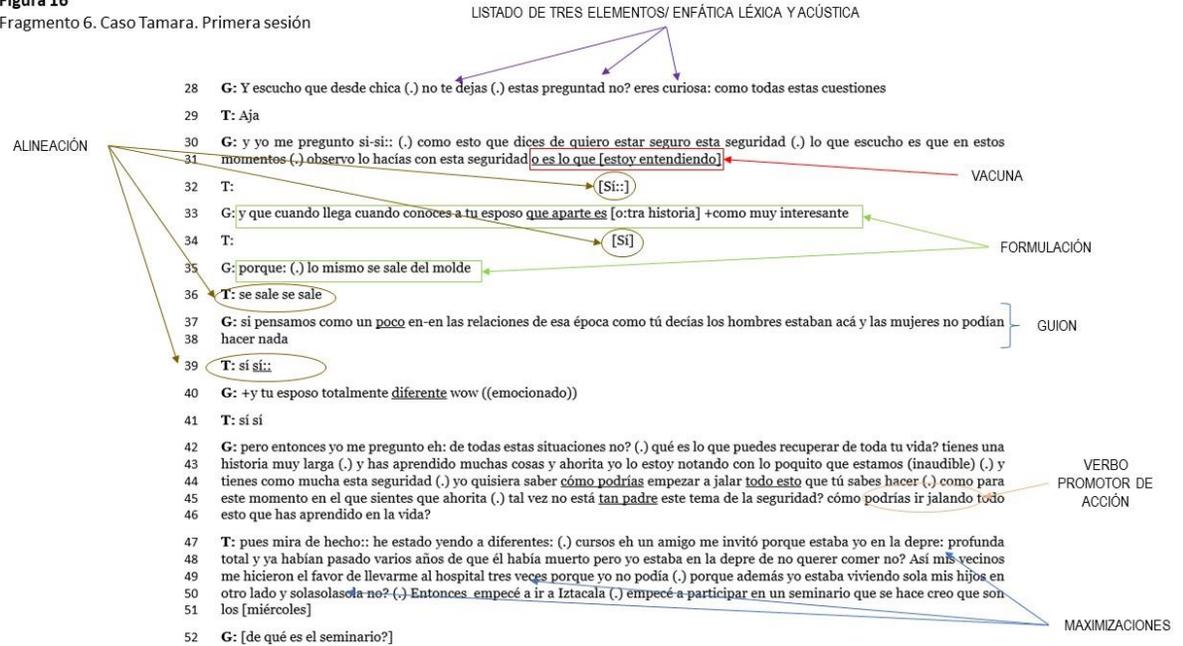
Fijémonos en las líneas 28 a 52 de la figura 16. Esta interacción comunicativa surge después de la explicación de la consultante sobre la relevancia de su esposo y

permite evidenciar el camino de la resignificación, en el sentido de recuperar lo que no se dice pero

que está inmerso en la construcción discursiva. De esta manera, T1 plantea una **manipulación ontológica** que devuelve a la consultante una identidad de ella y de su vida y sus experiencias como algo inusual y valorable, a la vez que todo acto de formulación discursiva resulta una interpelación al otro para ser aceptado o rechazado. Retóricamente sigue la siguiente construcción: **formulaciones enmarcadas en un listado de tres elementos + vacuna + guion + maximización + verbos promotores de acciones**, y todas estas estrategias conforman en sí mismo una manipulación ontológica. Vayamos por partes.

Cuando Gustavo dice “no te dejas”, “estás preguntado”, “eres curiosa”, son descripciones que orienta para poner énfasis en lo que anteriormente ya había formulado como “hacer las cosas más seguras”; así, estas descripciones que son acciones, estarían enmarcadas en la categoría de “seguridad”. Según Potter (1998), utilizamos retóricamente los listados de tres o más elementos para fortalecer las descripciones, entre más ejemplos se tengan sobre una idea en particular, más corroboración y fuerza factualizante puede tener un hecho; si aunamos esto con la parte estética, los listados interpelan sensiblemente de forma que los sintagmas parecen tener una enfática léxica y acústica que los pone de relieve; el lector puede notar esta enfática con los puntos que señalan las pausas, buscando la atención del interlocutor. En adición, estas descripciones pueden dar el mensaje de “te estoy escuchando y esto es lo que yo puedo decir sobre ti” y esta interpelación puede ser aceptada o rechazada.

**Figura 16**  
Fragmento 6. Caso Tamara. Primera sesión



Para que, en el diálogo, estas descripciones tengan una mayor probabilidad de ser aceptadas, T1 ocupa una vacuna que lo coloca, una vez más, como un terapeuta inexperto en la vida de Tamara, al decir “o es lo que estoy entendiendo”, la identidad de inexperto también conlleva la asunción de la propia responsabilidad de las palabras a la par que solicita a Tamara si ella concuerda con estas descripciones. Quisiera hacer énfasis en esta parte, pues estas sutilezas que pueden llegar a pasar desapercibidas, son los pequeños empujes que todo diálogo tiene para desarrollarse.

La interacción comunicativa sigue con una **formulación+ guion**, que, además, puede ser visto como una **estructura de contraste**. Cuando menciona al esposo (recordemos que las descripciones hechas por Tamara estaban orientadas para factualizar “el problema” y su identidad como alguien responsable y cuidadosa de sí misma) lo hace categorizando su relación como “una historia interesante” y contrastándola con lo que la consultante había dicho sobre las relaciones entre hombres

y mujeres; note el lector que este movimiento además comienza a tener un efecto de alineación con la consultante que retórica y estéticamente se evidencia con el sí repetido, alargado y enfático. Esta interpelación estética a su vez, es ocupada por Gustavo para aumentar la fuerza de la formulación de su relación de tal forma que concluye con una voz mucho más enfática acústicamente hablando, léxicamente depositado en las palabras “diferente woow”, una fluxión abierta en la medida en que no hay pausas. Su relación con su esposo es puesta en evidencia ya no como el probable causante de inseguridad o miedo, sino como algo valorable por su rareza.

Finalmente, estas descripciones no son rellenos innecesarios, sino que construyen el campo necesario para una pregunta que implica una identidad distinta para la consultante, una en la que sea capaz de hacer algo por ella misma. Así, la pregunta, “¿cómo podrías jalar todo eso que tú sabes hacer como para este momento...?”, está conformada por **verbos promotores de acciones** que están asociados a un conocimiento específico, en este apartado, ese conocimiento puede traducirse como: tú has logrado algo muy único y raro para la población a la que perteneces y eso habla de tu capacidad de hacer cosas distintas. Sin embargo, la importancia de este camino de resignificación, que es, en suma, presentar otros fundamentos para un mismo fenómeno, debe ser aceptado según la lógica de la consultante.

Notemos entonces la línea 47, la consultante acepta la manipulación ontológica de T1 y se orienta conjuntamente la conversación hacia lo que ha hecho diferente. Esta descripción resulta atractiva, y parece que sigue una estructura discursiva similar en varios fragmentos, se trata pues de presentar lo que se ha hecho de diferente en una **estructura de contraste** configurada por **maximizaciones** que evidencien lo mal que se lo pasaba, su incapacidad, o similares; por consecuente en esta estructura de contraste, la diferencia se hace más relevante a la vez que la factualiza para evitar que

sea ironizada como algo demasiado simple, que no necesitó esfuerzo, etc., y que, por extensión, entonces el problema no era tan fuerte.

Esta interacción ejemplifica cómo en el proceso de la resignificación es necesario negociar identidades. Estéticamente hablando, en estos fragmentos no es posible tener un registro visual, pero en lo tocante al audio, note el lector que por parte de T1, encontramos una proxémica léxica que genera un ambiente más íntimo, esto es, llamar por el nombre en lugar de “usted” a una consultante que es más grande que el terapeuta es un intercambio estético de confianza y seguridad. Por otro lado, la conversación oscila entre momentos de **fluxión abierta y cerrada** según el tema del cual se esté hablando, mayoritariamente la fluxión cerrada cuando se trata del problema y abierta cuando se trata de descripciones sobre ella, lo que hace, cosas que podrían ser interpretadas como no tan relevantes para la construcción del problema.

Ahora bien, quisiera presentar la figura 17 pues me permitirá ejemplificar en este caso la interacción entre el conocimiento, el hábito y la duda y cómo emergen de la construcción discursiva. Debo puntualizar que la conversación pertenece a la segunda sesión con Tamara que se llevó a cabo a más de un mes de distancia de la primera por factores ajenos tanto a los terapeutas como la consultante. En la conversación previa se habían acordado dos sesiones más, sin embargo, la consultante estaba entusiasmada en poder ver salir de viaje con sus hijos por lo que la segunda sesión se acordó sería la última.

El diálogo comienza después de un intercambio de retóricas, los terapeutas habían encontrado un momento en la descripción de la consultante donde el problema no había sido el protagonista así que la conversación estaba siendo orientada hacia allá. Sin embargo, aunque la consultante aceptada parcialmente la digresión, lo hacía para mostrar que, si bien fue algo diferente y funcional, una vez más, al igual que el problema, es algo que no depende de ella.

La interacción en la línea 28 y 29 permite acentuar la interacción que, en la comunicación, tienen los diferentes sistemas semióticos. Tamara utiliza la vaguedad para hablar de algo que sucede en su cabeza cuando no está el problema y utiliza la expresión “no sé algo pasa por acá no?” llevando sus manos hacia su cabeza. Esta expresión, además de interpelar culturalmente a los terapeutas, si pensamos que estos ademanes están conectados con un saber cultural que ha depositado la cordura, el pensamiento, lo revelador y lo racional en el cerebro, fue tomado por T2 para pedir especificidad.

En términos estéticos, puede considerarse el movimiento corporal de la consultante, en específico los ademanes que acompañan el habla, como una enfática somática que contiene un entendimiento cultural. Es decir, no solo trata de un acompañamiento, sino de una dramática que le da fuerza al relato, lo dinamiza, y en ese sentido la **cinética somática es dinámica** y la energía que le imprime corresponde a una **fluxión abierta**, lo que tiene el efecto de producir una puesta en escena disfrutable, entendible y reconocible. En lo dialógico, este sistema semiótico que dinamiza puede llegar a ser compartido por todos los interlocutores, y el menos en este fragmento, puede identificarse como T2 lo utiliza como un medio de acercarse al lenguaje del paciente y a la lógica que la produce.

La respuesta de Tamara es compleja e interesante y podría fácilmente ser desestimada por la cantidad de información que parece innecesaria, sin embargo, ella ejemplifica el momento en el que pasa eso que ha denominado como: “algo pasa por acá” y lo categoriza implícitamente como inconsciente (línea 30). Lo que sigue, es conocido discursivamente como **detalle**, esto es, la utilización de descripciones de algo que no es posible conocer a menos que hayamos participado en la experiencia, y es utilizada en este caso para lograr la factualización de que, en efecto, eso que pasa cuando no está el problema, es algo que no lo logra identificar ni manejar, es más bien algo

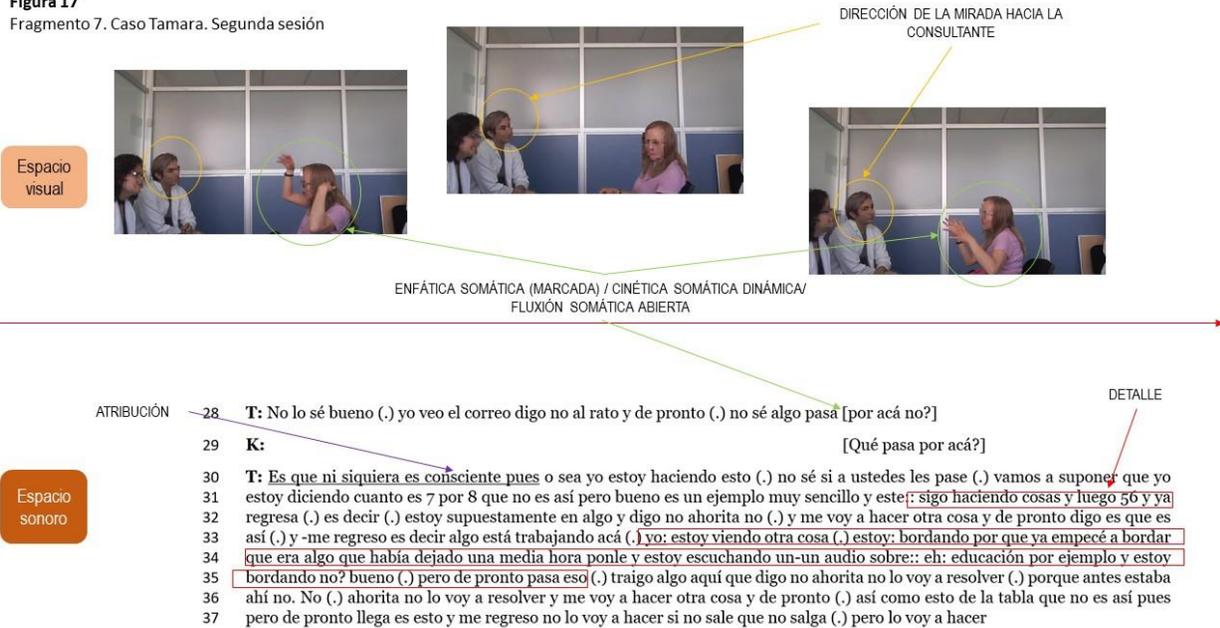
espontáneo, el detalle permite interpelar sensiblemente al interlocutor en la medida en que disipa las dudas de estar escuchando algo inventado, pero también, cumple la función de fortalecer retóricamente su descripción, aunque sea algo espontáneo y no controlable, el detalle muestra justamente su naturaleza escurridiza y previene la ironización de ser considerado superfluo, absurdo o similares. Además, esta estrategia retórica, siguiendo a Mandoki, es performatizada y note el lector como el detalle atrapa la atención evidenciado en la mirada de los terapeutas dirigida todo el tiempo a la consultante.

Del fragmento anterior junto con los ya presentados, podemos extraer que, en efecto, todo conocimiento tiene efectos prácticos en la vida de las personas. Así pues, según la experiencia de Tamara, rescato el discurso de que los problemas o dificultades son inconscientes y que, además, su solución también lo es, parece que hay que hacer emerger en consulta con el psicólogo eso que estaría escondido en el inconsciente para poder tomar acciones concretas. No obstante, note el lector que este conocimiento en sí genera acciones: ir al psicólogo, intentar “ver” o “descubrir” lo que está escondido, “trabajarlo”, etc., aunque paradójicamente estas no sean acciones relevantes o significativas.

Una de las consecuencias ontológicas y prácticas de este tipo de descripciones o discursos, es que, con frecuencia, lo que no es posible conocer puede fácilmente vivirse primero como algo molesto, luego como una dificultad, luego como un problema; así, parece que este conocimiento engendra en sí mismo una duda cuando tiene consecuencias problemáticas. Y esto es evidente en la medida en que la situación que hizo relevante acudir al psicólogo fue que Tamara no puede tomar el coche y utilizarlo o que quiere que las cosas se hagan al momento y a su manera; es probable que, de no haber existido esos episodios, el conocimiento sobre los problemas o soluciones no sería significativo.

Así, la duda emerge cuando el conocimiento que trae asociadas ciertas acciones no son las adecuadas frente a un problema que necesita otros tipos de conocimientos. Siguiendo a Peirce la duda no genera acciones, al menos no en el sentido buscado por las personas que es el de resolver el problema, el proceso de resignificación, entonces, consistiría en ocupar esas acciones-conocimientos no significativos y mostrarlos dialógicamente en un marco donde tal información haga una diferencia. Para ello, me permito mostrar la continuación de esta interacción comunicativa.

**Figura 17**  
Fragmento 7. Caso Tamara. Segunda sesión



En la figura 18, Gustavo responde ante la descripción de Tamara de forma que plantea una propuesta de resignificación que formula, una vez más, la identidad de Tamara como alguien con agencia para hacer frente a su problema, pero, además, la responsabiliza de esa agencia. En general, encontramos las siguientes estrategias discursivas: **vacunas + enfoque cero + formulaciones** y, todas ellas, generando una **manipulación ontológica** que sirve, además como una retórica ofensiva.

T1 recupera las categorías utilizadas por Tamara para nombrar el lugar donde está el problema: “inconsciente”, empero, lo utiliza ya no para hablar de él directamente, sino para hablar de lo que hace o no hace Tamara, así las frases “quieres luchar contra tu inconsciente” o “el hecho de que quieras escuchar y saber qué es lo que dice tu inconsciente” proponen la identidad de la consultante como alguien que ha contribuido a generar este problema pero también como alguien que ha hecho cosas para aminorarlo. Estas formulaciones, además, pueden ser cuestionables en la medida en que podrían tener el efecto de hacer sentir culpable a la consultante por su problema, no obstante, el uso de vacunas contribuye a aminorar la sensación de regaño o desdén: “yo lo que veo”, “me parece”, “creo más bien”. Estéticamente, notemos como T1 acompaña su descripción con una somática similar a la de la consultante; es decir, una **enfática somática** que puede notarse en el uso de sus manos, una **cinética somática dinámica** y una **fluxión somática abierta**; de cierta forma, estas formas similares de dialogar contribuyen a generar un espacio de intercambio en el cual los interlocutores puedan reconocerse como miembros de él.

Finalmente quisiera que el lector notara cómo ante una situación que parece ser un punto de quiebre, el uso de adverbios se vuelve indispensable para caracterizar las acciones de los involucrados. En la línea 43, el adverbio “curiosamente” no sólo funciona como un buen ejemplo del conocimiento del lenguaje, sino que, después de las vacunas y las formulaciones, busca dar luz a las acciones de Tamara de manera que

estas sean vistas por ella como algo innovador o algo que merece ser considerado, e incluso, como algo que ya hacía sin darse cuenta, es decir, siguiendo una parte de la lógica del modelo de soluciones: aquellas soluciones espontáneas.

**Figura 18**  
Fragmento 8. Caso Tamara. Segunda sesión



FORMULACIÓN

**38 G:** O sea que: en realidad bueno no sé tú cómo lo escuchas yo quisiera ah: en esta parte (.) yo lo que veo es que en realidad tu  
**39 inconsciente es muy inteligente (.) tu inconsciente me parece no, es el que te está causando problemas (.) creo que lo que te está**  
**40 causando problemas es que quieres luchar contra tu inconsciente (.) porque cuando tú escuchas a tu inconsciente (.) es que aparte**  
**41 dices no es que lo escuche simplemente como que surge espontáneamente porque te pones a hacer otras cosas entonces creo que**  
**42 más bien el hecho de quieras escuchar y saber qué es lo que dice tu inconsciente (.) es lo que-lo que parece que el inconsciente ni**  
**43 te voy a decir nada y hazle como quieras (.) y curiosamente cuando empiezas a hacer otras cosas y no te enfocas tan-to en eso que**  
**44 ahorita que ahorita no puedes o tu inconsciente no te quiere decir es cuando empieza como que tu inconsciente te da la clave en**  
**45 otros momentos no?**

VACUNA

**Espacio sonoro**

### ***La resignificación***

La creación de discursos-conocimiento no es, en absoluto, un proceso lineal ni secuenciado; si consideramos que todo conocimiento es evaluado por sus efectos prácticos, entonces, ese conocimiento necesitará de un tiempo para ser puesto en práctica y evaluado por sus consecuencias. No obstante, sí que podemos hablar de una posible resignificación dialógica siguiendo el hilo de la conversación, prestando

atención a aquello que es aceptado y lo que es refutado y las estrategias discursivo-retóricas para hacerlo. Así pues, sobre este caso presentaré dos extractos que e permiten evidenciar esta resignificación.

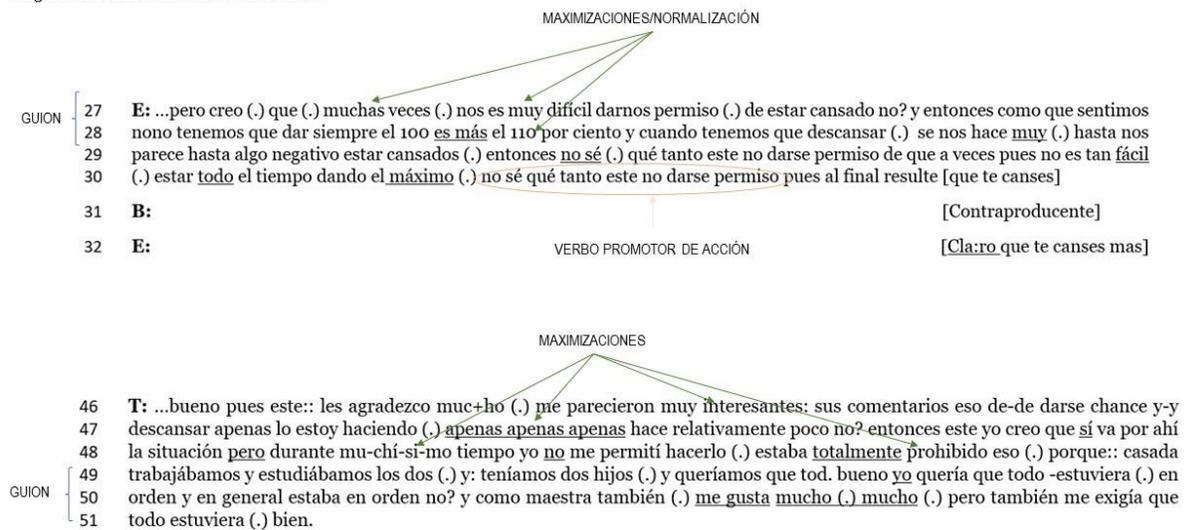
La figura 19 contiene dos fragmentos no continuos, pero ambos de la primera sesión con Tamara. El primer fragmento es la intervención discursiva hecha por un compañero de la maestría en un equipo reflexivo. Se trata de una actividad terapéutica en la que se hace explícito lo que el equipo terapéutico piensa sobre el caso de la consultante, de tal manera que la intervención es en sí misma esta apertura. En este caso, la conversación había versado hasta antes del equipo reflexivo, en lo que Tamara consideraba una consecuencia del problema que no entendía y era que, en varias ocasiones cuando su esposo estaba en sus últimos días de vida, ella tuvo que buscar quien le ayudara para llevarlo al hospital o ponerle una inyección, se narra a sí misma como alguien que no se detenía pero que al final, cuando lo lograba en lugar de decirse así misma que lo había logrado, se ponía a llorar o se desplomaba.

La intervención del compañero terapeuta sintetiza la opinión de otros comentarios y por eso he decidido sólo mostrar este extracto. Parece ser que, una parte importante del trabajo terapéutico es, en sentido discursivo, la normalización de las experiencias problemáticas y la modificación, por extensión, de la identidad de la consultante como alguien que “no necesariamente tiene un problema irresoluble” sino alguien “que se enfrente a un evento normal”. Para hacer esto, el terapeuta produce una **manipulación ontológica** conformada por una **estructura de contraste + guion + maximizaciones + verbos promotores de intenciones**.

Las líneas 27 y 28 producen un guion que tiene por objetivo construir una supuesta forma de actuar generalizable y normal que recae en la idea de no darnos permiso de descansar y de la autoexigencia que puede haber en ello, las maximizaciones como “muchas veces” o “muy difícil” estéticamente corresponden a una enfática léxica

que interpela al interlocutor para decir “esto que te digo es cierto, es regular que suceda y entendible que te sientas así”. Este guion, además, funciona como una estructura de contraste en la medida en que tras presentar lo que es normal y entendible, se puede generar una descripción que no sólo se trata de una duda legítima del terapeuta, sino una interpelación indirecta de “deberías hacer esto”. Cuando dice “no sé qué tanto este no darse permiso pues al final resulte que te canses”, funciona gracias a que, con la utilización de verbos promotores de intenciones, se presenta la idea de poder hacer algo distinto que, además, aunque parece ser simple, enmarcado dentro del total de la descripción, resulta adecuado.

**Figura 19**  
Fragmento 8. Caso Tamara. Primera sesión



El segundo fragmento corresponde a la respuesta de Tamara al equipo reflexivo y note el lector como su descripción si bien es una aceptación de las ideas presentadas por el equipo, también evidencia que son cosas que ya hacía. Esto es importante de resaltar puesto que la resignificación no funciona generando una idea de la nada, más bien, se enlaza con la experiencia del consultante. Así pues, Tamara pone de relieve que la propuesta de descansar es algo que ya está haciendo y que tiene relevancia en su vida,

para ello utiliza **maximizaciones** que hacen constar ese cambio como algo relevante al decir “apenas apenas apenas”, no se tratan de simples repeticiones sino de un uso estético y retórico que pone énfasis en la acción. Por otro lado, esta acción adquiere más relevancia cuando lo contrasta con un guion de lo que estaba permitido y la forma en que vivió su vida en pareja.

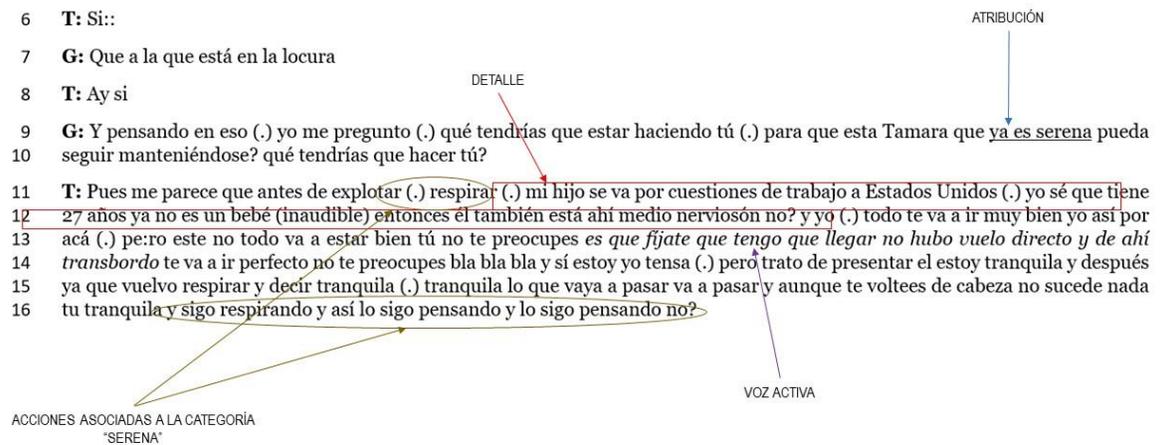
Podemos hablar entonces de una posible resignificación, sin embargo, será hasta la segunda sesión que podemos evidenciar los efectos de este nuevo discurso-conocimiento. Así, hacia el final de la segunda sesión (figura 20), T1 recupera y nombra-categoriza a Tamara como serena y lanza la pregunta para saber qué tendría que hacer para mantenerse Serena. Nótese que discursivamente T1 habla de Tamara en tercera persona, jugando un doble papel, por un lado, si bien la pregunta se dirige a la consultante, también permite que ella hable de sí misma vista desde una identidad más deseable y, sobre todo, acorde a lo que ella estaba buscando, que era, sentirse en paz y qué, pareciera que, semántica y prácticamente hablando, la serenidad se acerca a ese objetivo.

Así, la serenidad como categoría tiene asociadas acciones que, en este caso, son descritas como “trato de presentar el estoy tranquila” o “vuelvo a respirar”; aunque parezcan absurdos, estas acciones son relevantes y significativas para la consultante si las consideramos dentro de un todo discursivo que, por medio de la **voz activa** de su hijo y los **detalles** de la narración, le confiere factualidad a eso que parece servirle. Resulta importante señalar cómo el problema presentado y puesto en evidencia mediante los discursos-conocimientos construidos en sesión, si bien son interesante, no contribuyeron necesariamente al desarrollo de una solución y pareciera que ésta se encuentra desconectada del problema.

En general, las respuestas de Tamara están mezcladas con narraciones y detalles que parecen que pueden prescindirse; sin embargo, el uso recurrente de estas

estrategias nos hace cuestionarnos de su necesidad para la búsqueda de sentido de los problemas y las soluciones. Es decir, estas narraciones en contraste con los discursos-conocimientos esgrimidos a lo largo de la terapia sirven para fortalecer retóricamente hablando la posición de Tamara.

**Figura 20**  
Fragmento 8. Caso Tamara. Segunda sesión



## Algunas consideraciones estéticas

Antes de concluir con los resultados del primer proceso terapéutico, quisiera poner énfasis en cuatro aspectos estéticos que acompañaron al evento comunicativo y que, si bien no pueden evidenciarse en todos los fragmentos, le pido al lector los considere como un marco interpretativo.

Primeramente, reconocemos en la figura 21 una vestimenta por parte de los terapeutas más ligada al ámbito del sector salud; las batas blancas suelen traer consigo

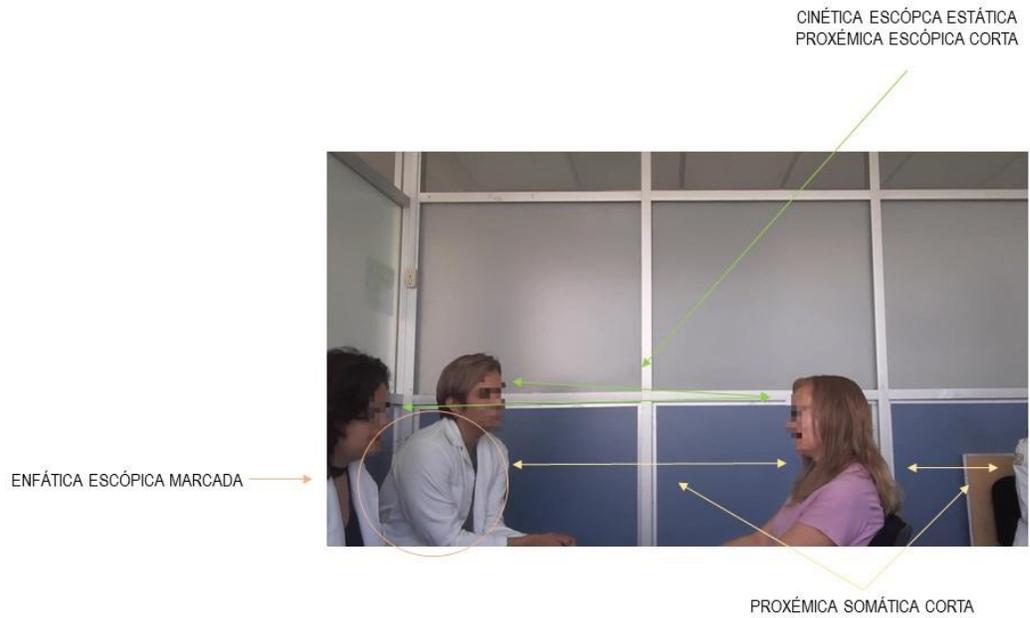
una identidad que coloca a quien la porte en el marco de una institución como es la clínica familiar, como responsable de la vida y salud de los pacientes. Recurrimos entonces a la matriz de salud, en la cual se acepta que el experto en salud posee el conocimiento, dice lo que hay que hacer, cura una enfermedad, etc. Y en ese sentido entendemos por qué parte de las descripciones hechas por Tamara estaban dirigidas a posicionar a los terapeutas como los responsables de su cambio.

Sin embargo, esta matriz está matizada por dos cuestiones: 1) la diferencia de edades y 2) la disposición del espacio. En cuanto al primero, ya hemos hablado sobre ello al inicio, pero valga la pena recordar que culturalmente sostenemos el discurso-conocimiento de que hay que respetar a los mayores y que parte de ese respeto debe ser reflejado en el tipo de expresiones usadas; no obstante, el diálogo se desarrolla con informalidad y hasta cierto punto camaradería, no existen distinciones de edades o jerarquías en el diálogo mas que las pertenecientes a las identidades terapeuta-consultante. Esta proxémica léxica pudiera estar influida o por lo menos reforzada por un espacio pequeño que favorece una proxémica somática corta entre los terapeutas y la consultante, como la consultante con lo que puede apreciarse parte del equipo terapéutico; creando una atmósfera que puede experienciarse como privada y en la cual cada interlocutor puede reconocerse como parte de ella.

Ahora bien, si nos colocamos en la escópica o lo que hay a la vista, reconocemos de inmediato una enfática escópica que da peso a la matriz cultural de la salud. Las batas blancas como marcador visual, poseen un peso en la conformación de la identidad de los terapeutas como expertos. Finalmente, dentro de este apartado escópico, el uso e interacción de las miradas, mayoritariamente fijas entre los interlocutores puede reconocerse como una cinética escópica estática y una proxémica escópica corta. La mirada sostenida y su poca movilidad pueden interpretarse como “un estar en la conversación”, la atención está fijada en la conversación y en el uso de los diferentes

modos semióticos de significación, lo que, a su vez, pudiera estar reforzando estéticamente hablando, una interacción comunicativa que podemos llamar privada y de interpelación mutua.

**Figura 21**  
Fotograma aleatorio. Caso Tamara. Segunda sesión



### **Caso Paloma**

El caso que se analizará a continuación fue recuperado del acervo de videos pertenecientes a la Residencia en Terapia Familiar. A diferencia del anterior, este proceso se llevó a cabo en las inmediaciones de la Facultad de Estudios Superiores Iztacala en la Clínica de Terapia Familiar; los videos fueron producidos con la intención de servir al proceso formativo de los terapeutas, así como de análisis y planeación de

intervención terapéutica siendo la fecha del primero el 8 de mayo de 2019 y el segundo el 22 de mayo.

Los terapeutas responsables del caso y a quienes se les considera en el análisis como expertos serán nombrados como T1 y T2; ambos cuentan con cédula profesional de la licenciatura en Psicología expedida por la UNAM. Al ingresar el nombre completo de T1 en el motor de búsqueda Google, se encuentra que ha formado parte de la plantilla docente de la FES-I en la modalidad de SUAyED y puede encontrarse evidencia de ello en su canal de YT. Además, participó como ponente en el 6º Encuentro nacional de estudiantes de psicología. El vínculo entre la teorización y el ejercicio profesional, en el panel: reflexiones respecto al rol de supervisor CAPED. Lo cual indica que, antes de su participación en la maestría ya ejercía como supervisor clínico. Por otro lado, es autor del trabajo diferenciación y desconexión emocional: una revisión que puede encontrarse en la Revista Electrónica de Psicología Iztacala.

En el caso del segundo, al ingresar su nombre completo en Google, se halló evidencias de su trabajo hecho en el transcurso de la maestría centrado en el trabajo con adolescentes y las emociones. Ha ejercido anteriormente como psicólogo clínico para Adeco, Medica COVIAZA y como psicólogo evaluador para la Secretaría de Seguridad Pública; además ha sido profesor de inglés en The Anglo Mexican Foundation y coordinador y docente de idiomas para el Instituto Mexicano Norteamericano de Cultura.

Para proteger la identidad de la consultante se han cambiado los nombres y los lugares que pudieran ofrecer información sobre ella. No se cuenta con las actas descriptivas para ampliar el conocimiento sobre la consultante; sin embargo, se trata de una mujer de aproximadamente 23 años, estudiante de la carrera de psicología en la FES-I y que asiste a consulta en la clínica de terapia familiar de la misma institución remitida por su profesora.

## ***Tematización del problema***

Todo proceso de resignificación está sujeto a la manera en que una conversación y sus contenidos se desarrollan, específicamente, en la manera en que el consultante tematiza, es decir, muestra lo que para aquél es una experiencia conflictiva, la forma en que le atribuye realidad y su participación en ella.

Es frecuente que en esta tematización dejemos pasar de largo estrategias discursivas que se nos antojan como relleno o como mera paja de la conversación, sobre todo cuando parece que se trata de una narración cargada de contenidos específicos que parecieran no tener relevancia para el problema. Sin embargo, hemos de recordar que toda descripción es potencialmente funcional en la medida en que los interlocutores deciden a qué aspectos puntuar y diferenciar. Así pues, quisiera mostrar cómo lo que anteriormente, siguiendo a Potter, he nombrado como **detalle**, en realidad cumple una función específica en la construcción de mundo y de las identidades en juego más allá del conflicto evidente.

Para ello, invito al lector en centrarse en la secuencia de figuras 22, 23, 24 y 25; ellas corresponden a la narración que hace la consultante de su experiencia problemática como respuesta a la pregunta de T1 “en qué te podemos ayudar”. Para entender cómo el **detalle** funciona en el plano discursivo, observe el lector que éste proporciona un marco de interpretación tanto del suceso como de la consultante. Se trata pues, de un conflicto suscitado a raíz de la inclusión de la familia de la pareja de la madre de la consultante que, tras tener problemas con su madre, ésta los corre y su padre le pide a la madre de la consultante que los acepte un tiempo en su casa.

Antes de llegar al nudo central, la consultante hace ciertas declaraciones que pueden encontrarse en las líneas 28 y 30: “mi mamá esta con su pareja desde hace 15

años más o menos”, “él siempre nos ha tratado muy bien esa persona la verdad es para mí como mi segundo papá”; con estas descripciones no sólo está ofreciendo información sobre el estatus de las relaciones de aquella familia (**acreditaciones de categoría**), sino que a la par, ofrecen una vacuna para que, al contar el problema, la consultante no sea leída como alguien que tiene encono o disgusto por la pareja de su madre, sino que, al contrario, al mostrarlo como una relación significativa y con una duración larga, el problema adquiere un matiz nacido de la preocupación y del conflicto que supone quererlo o apreciarlo, por un lado, y las acciones o decisiones que ha tomado y que para la consultante no son las más correctas.

La descripción continúa con declaraciones que factualizan la realidad problemática y la distribuye a lo largo de sus relaciones que recaen en los hijos de la pareja de su madre. Al centrarnos en estas **atribuciones** encontramos las siguientes declaraciones: “igual ellos tenían problemas con su mamá entonces este su mamá los corrió de la casa donde vivían” (línea 36); “no colaboraban con las tareas de la casa, pues de peleaban entre pues sí problemas maritales” (línea 38 y 39); “lamentablemente sí tienen un grave problema con el alcohol pues los descontrola muy feo” (línea 43 y 44); “uno de ellos comenzó a pegar a su esposa” (línea 50); “empezaron a agredir a mi mamá verbalmente” (línea 59).

Estas declaraciones que también pueden verse como un **listado de tres o más elementos**, en su conjunto generan una **manipulación ontológica** en la que el problema está depositado en la forma de ser de los hijos de la pareja de su madre y en sus hábitos que, dicho de paso, parecen existir mucho antes de la llegada de ellos a su casa, como si se tratase de un problema inherente a ellos. Si pensamos en las identidades que entran en juego en esta descripción, rápidamente podemos ubicar una en la que la madre y la consultante son posicionadas como víctimas de violencia y a los hijos como violentos dando relieve al problema no como un conflicto pasajero sino

como uno, que ha dejado huella y que es preocupante de atender. Por otro lado, estas identidades víctima-victimario, son encuadradas indirectamente con el uso del **detalle y atribución**, cuando la consultante dice “en el matrimonio que tuvo con mi papá pues también sufrió violencia”; de esta manera, aunque no dice explícitamente que aquello que vivió es violencia, puede interpretarse de esta forma. Note el lector cómo el detalle en la historia permite dar sentido y significado a la experiencia y cómo estos detalles que son en sí mismos discursos-conocimientos generan acciones específicas, en este caso, la madre que pide a su pareja que controle el conflicto, que la madre termine por correrlos de su casa ante el fracaso de la regulación del esposo y que esta interacción se haya vuelto simétrica terminando en un empujón que le ha dejado un moretón a la madre. Estas acciones pueden ser vistas como un **listado de tres elementos**.

Ahora bien, cuando tratamos con historias con detalle, se suele correr el riesgo de que a mayor detalle más posibilidades de hallar inconsistencias y por consecuente, mayor probabilidad de generar descripciones ironizantes. Aunque este caso no se desarrolló de esta forma, notemos como la consultante, después de haber narrado la escena, utiliza el detalle como una **vacuna** para que a la par que factualiza el hecho y las identidades, se protege a sí misma para no ser interpelada como alguien que ha inventado algo, que lo describe de esa forma para desprestigiar a los hijos y al padre o similares. Así, cuando dice “todo eso yo lo sé por boca de mi mamá porque pues yo estaba en mi cuarto, yo la verdad estaba dormida, eso fue alrededor de las 2 de la mañana”, construye la identidad de todos los implicados. Esto es más fácil de entender si observamos las identidades como producto de la función discursiva, a todo afectado le corresponde alguien quien afecta, a alguien enojado a su vez, alguien que no se ha dado cuenta que lo ha provocado. Lo que quiero dar a entender con ello es que las identidades se mueven siempre a la par.

En cuanto a la visión estética, he de hacer notar que nos adentramos en el ámbito de la **matriz cultural de la relación con la madre** y que de hecho, la organización discursiva presenta y representa un cliché de la **matriz cultural familiar mexicana**: un hombre que es el padre, violento y que abandona a la familia, una madre que se queda con sus hijos puesto que ellos son lo más importante pero que también decide rehacer su vida amorosa y, una hija mayor que, siendo tal su jerarquía, se convierte en la hija preocupada por su familia, lo que en la visión estructural de la terapia sistémica llamaríamos una hija parental. De tal manera que lo que comunica es una relación de confianza, la hija acepta el relato de la madre y lo comunica de tal forma, incluso usando la **expresión activa** (línea 67) para factualizar ese hecho.

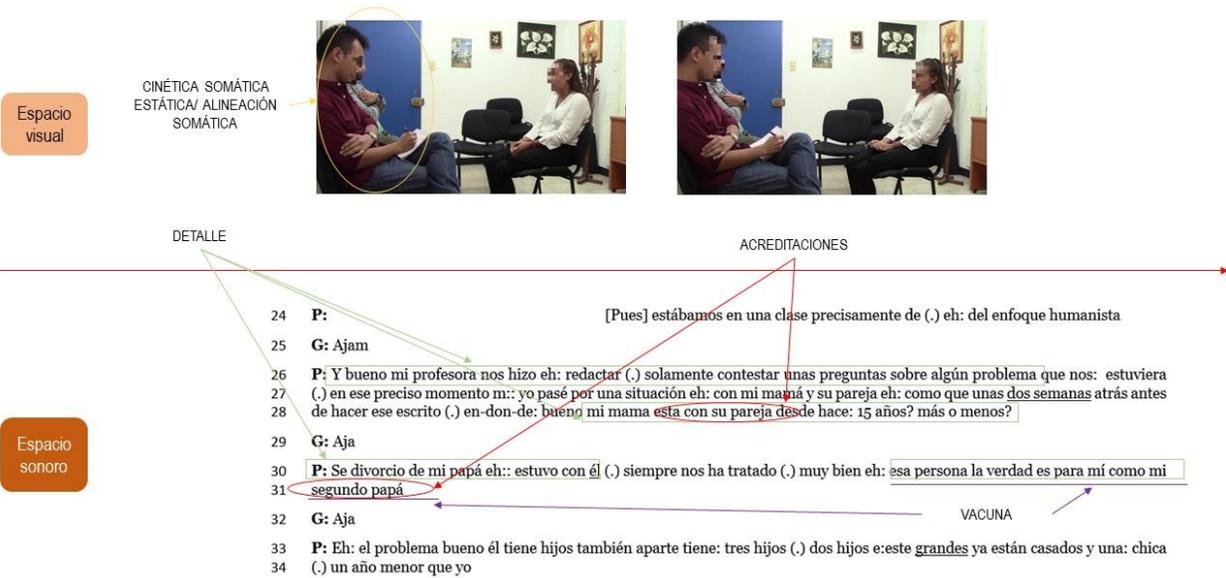
Por otro lado, note como, a diferencia del caso anterior, la tematización del problema está pautada por una interacción somática, entre los terapeutas y la consultante, que mantiene el flujo de información estable; es decir, tanto unos como la otra, se retroalimentan por sistemas semióticos no lingüísticos que hacen acoplar sus comportamientos unos con los otros. Así pues, de entrada, existe una secuencia somática entre los terapeutas que podemos llamar de alineación, esto es que, si observamos las figuras 22 y 24 que corresponden a momentos distintos, notamos como sus posiciones son similares, en la primera, encontramos espaldas pegadas al respaldo, los brazos cruzados a la altura del torso, en el caso de T1, el más próximo al primer plano, las manos están depositadas en los brazos, en el caso de T2 los brazos muestran un entrecruce más fuerte. En la figura 24, la postura de la espalda se conserva, no obstante, los brazos se muestran más relajados, depositados en el regazo.

Esta interacción somática es interesante porque construye la visión de una adecuación entre terapeutas, posicionados con la misma perspectiva. La falta de interacción lingüística y las pocas intervenciones hablan más bien de una posición de escucha atenta al relato y la cinética estática nos ofrecen la perspectiva de un estar

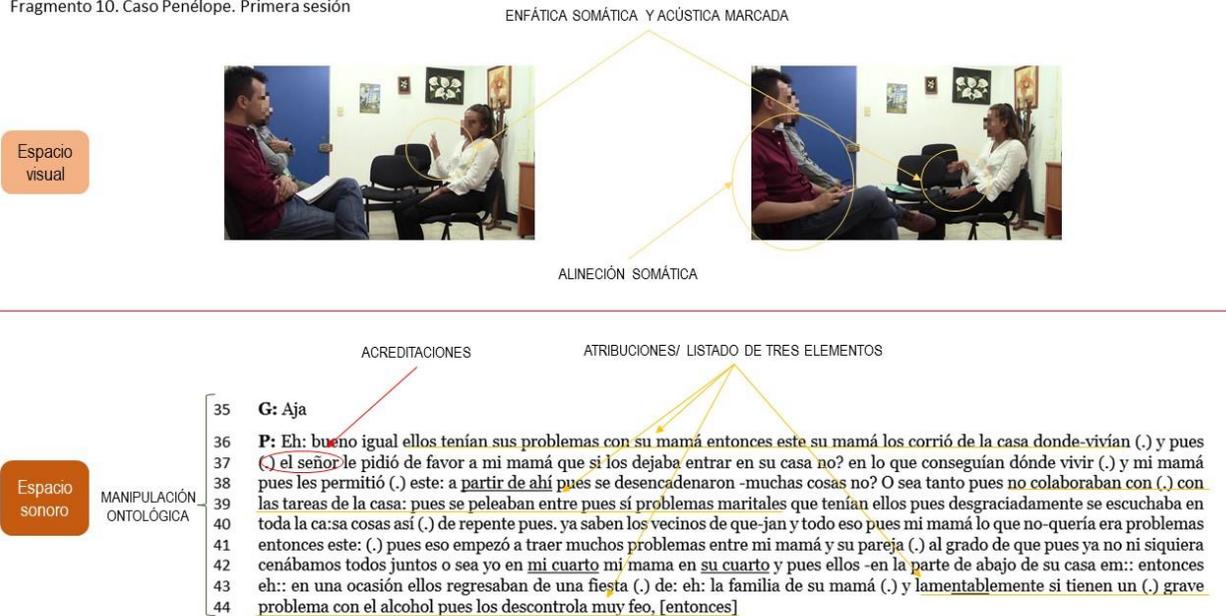
expectante. Además, nótese cómo esta posición genera una alineación con la consultante en la medida en que estas mismas posturas son adoptadas por las consultantes. He de aclarar, además, que no podemos hablar de una imitación manipulativa, sino más bien de una retroalimentación somática que contribuye a generar una implicación de todos los involucrados al evento comunicativo.

Por otro lado, notamos en el desarrollo de la secuencia, cómo la consultante a pesar de tener esta alineación somática, en ciertas ocasiones, específicamente cuando se trata de dar énfasis a las consecuencias del problema (figura 24 y 25) sí utiliza una somática enfática y una cinética dinámica con sus manos. Así, estas son utilizadas para presentar y representar el moretón de su madre en el brazo, así como marcar el espacio ocupado en la descripción “ya no ni siquiera cenábamos juntos o sea yo en mi cuarto mi mamá en su cuarto”. Con esto, se puede evidenciar, una vez más, que el uso del cuerpo resulta importante como un modo necesario para dotar de significado lo lingüístico, la dramática no es una puesta en escena ficticia, sino que acompaña y da forma a la interacción dialógica, ofreciendo descripciones que puntúan lo importante de la conversación.

**Figura 22**  
Fragmento 9. Caso Penélope. Primera sesión



**Figura 23**  
Fragmento 10. Caso Penélope. Primera sesión



**Figura 24**  
Fragmento 11. Caso Penélope. Primera sesión



**Figura 25**  
Fragmento 12. Caso Penélope. Primera sesión



Ahora bien, siguiendo nuestro análisis discursivo, quisiera hacer notar algo que pareciera carecer de interés, y es que las acreditaciones o las formas en que nombramos algo o alguien, dice mucho de cómo es conceptualizada tal relación y en lo tocante a estos fragmentos, pasan desapercibidas las acreditaciones que la consultante hace de pareja de su madre. Fijémonos en que ella lo nombra con al menos cuatro formas: “su pareja [de su madre]” -línea 28-, “como mi segundo papá” -línea 31-, “el señor” -línea 37- y “su esposo [de su madre]” -línea 54-. Tales atribuciones pasan desapercibidas gracias a la descripción que hace la consultante del problema, pero al prestar atención podemos preguntarnos las implicaciones que la diversidad de nombramientos tiene en lo tocante a su relación. Si por un lado lo nombra de manera afectiva y cercana, por otro parece existir un distanciamiento con él y no queda claro cuál es ese estatus, lo que contribuye a factualizar el problema y colocar a la pareja de su madre como alguien que ha contribuido a ello.

Antes de continuar quisiera hacer una aclaración y es que, cuando se analiza discursivamente no lo hacemos con miras a evidenciar si se trata de una verdad o una mentira, sino más bien, de cómo son construidas las descripciones y con qué intenciones. Así, no trato de evidenciar si la relación con su padrastro es “realmente” afectiva y cercana o, por el contrario, “distanciada y problemática”. Más bien se trata de hacer notar el cambio que sucede en la interacción discursiva y sus efectos. En esta situación, la diferencia de acreditaciones está conectada con la generación de una identidad de la consultante que a la par que es leída como alguien que está preocupada y enojada por la situación, no sea leído ese enojo como producto de una “mala fe” a la pareja de su madre.

Continúo. Las descripciones con detalle son utilizadas para marcar la temporalidad y secuencia de los actos, es decir, ofrecen una perspectiva a los interlocutores sobre el presente, el pasado y el futuro y, en los fragmentos, además,

permiten justificar las consecuencias emocionales y el problema que lleva a la consultante a terapia. Sin embargo, note como tras la descripción del suceso, T2 utiliza el alargamiento y repetición de la palabra “me” (línea 63) para intervenir y aportar su interpretación-información y, note, además, que esta aportación dirige la conversación hacia los efectos del suceso dándole la categoría de enojo o prenderse; la respuesta de la consultante confirma tal dirección y podemos hablar entonces de una alineación entre la consultante y el terapeuta.

De tal manera que las categorías utilizadas para significar su sentir son: “rabia”, “incertidumbre” “no poder hacer nada”, que están conectadas con discursos-conocimientos sobre lo que es ser familia, cómo actuar frente a un problema de “violencia” y las acciones aceptables o no dentro de esta categoría de familia. Entonces, podemos resumir los discursos-conocimientos emergentes de esta tematización de la siguiente manera:

1. No es aceptable la expresión de violencia en la dinámica familiar, mucho menos cuando se trata de una familia pluricompuesta, donde parece todavía haber una diferenciación entre la familia original y los anexados.
2. El problema ante la violencia surge de la imposibilidad de defender a las personas y las relaciones significativas
3. En las dinámicas familiares hay que colaborar
4. Existen problemas que pueden interferir en la manera en que se gestan las interacciones tales como: consumo de alcohol, problemas maritales que escalan a golpes, peleas o gritos.
5. Los problemas de alcoholismo y violencia son inherentes a las personas que los ejercen

Parte de lo que vuelve problemático el suceso es que en las descripciones parece existir una necesidad por parte de la consultante de ser escuchada respecto lo que hacen mal o no deberían hacer los hijos de la pareja de su madre, y estas acciones sólo se han vuelto significativas cuando existe un contexto que es incapaz de sustentarlas, esto es que, en la casa de la consultante, tras una historia que ella misma nombra “violenta” en la relación de su madre y su padre, tales acciones son inaceptables. Por otro lado, lo que es inaceptable entonces debe ser señalado y ha de actuarse en función de prevenirlo o eliminarlo y así, el problema surge de la incapacidad de acción y no tanto del acto mismo.

Finalmente, llama la atención como en esta interacción discursiva, la intervención de los terapeutas fue limitado en tanto ellos aceptaban la historia de la consultante sin hacer mayores intervenciones, lo cual no significa que no tenga algún impacto en el desarrollo de la sesión, se trata pues de una forma de generar una experiencia de ser escuchado y validado. Estaríamos hablando, entonces, de la dimensión estética del diálogo y quiero echar luz en que este diálogo no necesariamente ha de evidenciarse en un intercambio profuso y rítmico de sintagmas lingüísticos; al contrario, evidenciamos que el diálogo está dado también a través de la entonación, el uso del cuerpo -en este caso los asentimientos con la cabeza- y la mirada fija en la consultante que, al igual que en el caso pasado, interpela y comunica un “te estoy prestando atención, me interesa, continua”.

### ***Camino a la resignificación***

La elección de los siguientes fragmentos supone un ejemplo que contrapone la idea clásica de la matriz psicoterapéutica de que, en psicoterapia ha de hablarse forzosamente del problema, ahondarlo, explorarlo y hallar los puntos más profundos

para generar reflexiones que reorganicen la psique humana; con la idea de que los pacientes saben lo que deben hacer. Entonces, aunque parezca un análisis escueto, su fuerza radica precisamente en la simplicidad de la intervención. Veamos.

El fragmento de la figura 26 comienza después de que los terapeutas contrastaran las descripciones que la consulta hace de ella misma como una mujer que no le gusta el conflicto y que evita problemas con las acciones de afrontar y decir lo que le incomodaba a la pareja de su madre y que, de cierta forma, habla de una versión distinta de ella misma. Uno de los terapeutas había preguntado qué pasaría si esta actitud la llevara con su madre y otras relaciones le dijera lo que le preocupaba o incomodaba; así pues, el fragmento comienza hablando sobre los posibles resultados de seguir haciendo esto con la pareja de su madre.

Al igual que en otros fragmentos y en el caso pasado, se hace evidente que la **expresión activa** es un recurso recurrente cuando en la descripción se quiere factualizar la identidad de una persona sin que se cuestione si esas descripciones de identidad son producto del interés del interlocutor. Por eso cuando la consultante dice: “yo creo que me diría pues es que son mis hijos no? Y así los voy a querer tal cual son”, genera la sensación de ser “realmente” una frase que esa persona podría decir, interpela a los interlocutores a aceptar la descripción en ese sentido. Ahora bien, esa frase, refuerza discursivamente la identidad de la pareja de su madre, y puede ser leída, aunando la línea 66 “el que no vea eso”, como una persona obstinada e incapaz de aceptar sus errores. Sin embargo, la primera parte, antes de la expresión activa, también funciona como una **vacuna** que protege ante el cuestionamiento de un interés, y es que, ocupar el verbo creer, pone de relieve la asunción de la responsabilidad del hablante al formular lo que dice a continuación como un producto individual, algo que puede estar sujeto a cuestionamiento; paradójicamente refuerza el no cuestionamiento.



y concienzuda sobre su posición para no ser cuestionada como pesada, petulante o impertinente.

Una estrategia discursiva que parece ser utilizada por los terapeutas es la de agarrar las descripciones problemáticas hechas por los pacientes y formularlas en términos de una normalización. En la línea 3 y 4 de la figura 27, lo que resulta problemático para la consultante, esto es que, ella ve cosas que la pareja de su madre ni sus hijos ven, es formulado y normalizado al relacionarlo como producto no de un problema sino como el resultado de estudiar una carrera que trabaja con problemas humanos y esto a su vez puede ser visto como una retórica ofensiva que busca en primera instancia, ironizar o desarticular la experiencia relatada a la vez que interpelar a la consultante para alinearse con esta formulación.

El camino a la resignificación tiene su punto más álgido cuando uno de los terapeutas utiliza la propia idea ofrecida por la consultante sobre saber que no es posible cambiar a las personas y estéticamente utiliza una enfática acústica que pone de relieve lo que ella sí puede hacer y que es “tenerlo claro”. Es decir, la simple acción de agarrar algo que ha dicho la consultante y que es potencialmente benéfico para ella y sus relaciones y enfatizar ese propio conocimiento, resulta ser, como veremos en el siguiente apartado, una estrategia discursiva poderosa para la resignificación. Finalmente, el fragmento termina dándole énfasis a la **retórica ofensiva** al mostrar las consecuencias negativas que ha tenido para ella querer que las otras personas cambien según su propia perspectiva.

En términos estéticos, note el lector cómo T2 utiliza, al igual que en otros apartados, su cuerpo para acompañar sus descripciones y podemos identificarlo como una cinética somática, al menos en el uso de las manos, dinámica y una enfática somática marcada. Llama la atención, además, que esta forma de interacción se repite a lo largo del evento comunicativo y con ello me permito evidenciar que el diálogo y el

uso de los sistemas semióticos se adecuan y organizan mutuamente para generar un evento de implicación mutua.

**Figura 27**  
Fragmento 14. Caso Penélope. Primera sesión

Espacio visual

ENFÁTICA SOMÁTICA MARCADA Y  
CINÉTICA SOMÁTICA DINÁMICA

---

Espacio sonoro

RETÓRICA OFENSIVA

3	V: ...Tienes las cosas muy claras (inaudible) sabes (.) qué tendría que estar haciendo Gilberto qué no tendría que estar haciendo Gilberto cómo tendría que estar criando a sus hijos <u>que es algo</u> que nos da mucho la carrera [no?]	NORMALIZACIÓN/ FORMULACIÓN
5	P: [Ajám]	
6	V: [también] mucho que te dio tu mama	
7	(.) o sea (.) si también hablas así todo lo que te enseñó tu mama [no?]	
8	P: [Sí]	
9	V: [Cómo] comportarte cómo hablar tu lo decías no? cómo ser respetuoso	
10	con Gilberto y creo que: a veces nosotros queremos hacer eso queremos cambiar al mundo -pero a veces no se [puede]	
11	P: [Sí]	ENFÁTICA ACÍSTICA
12	V: [no] todos van a	
13	cambiar (.) pero: es importante que tú lo <u>tengas claro</u> y (.) el (.) <u>punto</u> también de querer cambiar pues (.) -tal vez te estas metiendo	
14	tú en estos problemas (.) y era muy interesante porque platicábamos que tu habías dicho que (.) <u>evitas</u> los problemas [no?]	
15	P: [[[Risita]]]	
16	V: Pero <u>parece</u> que-ahora-estás-adentro-de-un-problema	

### La resignificación

Como ya he mencionado anteriormente, hablar de resignificación no significa que ésta suceda forzosamente al finalizar una sesión. En realidad, parece ser que esta resignificación sólo es posible al evaluar sus implicaciones y efectos en la vida de los consultantes. Así que, para mostrar eso, quisiera enfocarme en las figuras 28 y 29, lo importante del fragmento 28 son dos cosas: por un lado, uno de los terapeutas lanza una pregunta interesante que es, a la vez que una **manipulación ontológica**, una interpelación para dirigir la conversación hacia la ampliación de las primeras respuestas de la consultante y, por otro lado, cómo la idea que modifica las

consecuencias de la vida de la consultante si bien son sus propias palabras, están solo adquieren relevancia cuando es reconocido por una comunidad, que por más mínima que sea, es necesaria.

Respecto a la primera, esta manipulación ontológica se da en la pregunta “qué cambios importantes ha habido” -línea 7-, esta pregunta es frecuentemente usada en el modelo de Terapia Breve Centrada en Soluciones; discursivamente supone que el “bien” de la consultante está intrínsecamente ligado a cambios respecto de la experiencia problemática que fue relatada en la primer sesión, no obstante, no se trata de un cambio cualquiera, el uso de adjetivos es importante pues ellos atribuyen y categorizan, así, la utilización de “importante” interpela a la consultante a contar aquellas cosas diferentes y relevantes que han contribuido a estar bien; es decir, a aquellas acciones que puedan ser contenidas en la categoría de “estar bien” a lo que la consultante responde alineándose a esta manipulación ontológica por su propia experiencia. La categoría “tranquila” (**atribución**) aunado a una retórica alineada de las líneas 10 y 11 figuran una “justificación” que dan sentido a la experiencia pasada, lo evidencia.

Empero, la parte más interesante de este fragmento es la forma en que la consultante ha resignificado su experiencia. Si nos fijamos en la línea 13, lo que ella había presentado en la sesión anterior como una forma de crear una identidad reflexiva y autocrítica frente al problema que la llevaba, ha sido transformado a través de un doble movimiento que resulta más que curioso. En la sesión pasada ella había afirmado que sabía que no podía hacer cambiar a las personas, y esta misma frase fue utilizadas por uno de los terapeutas para devolver un mensaje final, para esta sesión, parece que la consultante no se da cuenta de que esta es su propia idea, y, al contrario, ella lo liga al que hacer terapéutico y a la intervención de los terapeutas, depositando de algún modo, la agencia recuperada a la intervención terapéutica.

**Figura 28**  
 Fragmento 15. Caso Penélope. Segunda sesión

Espacio visual



---

Espacio sonoro

3 V: qué tal cómo estás?

4 P: bien ((risas))

5 V: bien?

6 P: si.

7 G: qué cambios importantes han habido?

8 P: pues me siento más tranquila ← ATRIBUCIÓN

9 G: ok

10 P: la verdad este bueno la. la vez pasada que estuve aquí al momento de contar las cosas sí me sentía como que todavía muy tensa (.)

11 y: de hecho salí y: (.) como que andaba vagando no?

12 G: ajam

13 P: me quedé pensando la verdad en todo eso y pues sí (.) puse en práctica de no (.) hacer cambiar al agente ((risas))

14 T: ok interesante

15 P: la verdad este creo que ya entendí esa parte (.) este: por eso (.) me siento más tranquila

16 T: ajam

MANIPULACIÓN ONTOLÓGICA

ACEPTACIÓN DE LA RETÓRICA OFENSIVA

Esta parte es importante de reflexionar puesto que nos encontramos con dos ideas fundamentales del diálogo: la de la comunidad y la de la ética. En cuanto a la primera, tal y cómo se ha expresado en el apartado teórico, una idea no puede emerger ni adquirir fuerza o valor si no es en el seno de una comunidad que avale los efectos prácticos de ella; con frecuencia puede llegar a pensarse que las ideas valen más que la opinión pública, no obstante, este es un error lógico así cómo práctico. La figura 29 nos permite entenderlo de mejor manera.

Note el lector cómo las ideas conectan la descripción y prescripción de la realidad y sus prácticas; en el fragmento notamos que la estructura discursiva está dada por **listados de tres elementos** que evidencian las acciones asociadas al cambio de pensamiento, pero también es posible notar **estructuras de contraste** que contribuyen a generar en su totalidad una manipulación ontológica, de tal forma que a pesar de haber cambios con su madre y su hermano, no lo han sido del todo con la pareja de su madre. Esto no invalida los cambios, al contrario, le da relevancia en la

medida en que genera la identidad de la consultante como alguien que pudo resolver su problema pero que, si se resolviera en su totalidad podría ser ironizado como un problema que realmente no era tan grave ni tenía repercusiones extremas.

El hecho de que la consultante haya depositado la utilidad de la idea en la intervención terapéutica nos hace pensar justamente en la necesidad de una comunidad, por más chica que sea, que avale su existencia y cómo esta validación genera, a lo largo del tiempo, efectos prácticos deseables si consideramos que, de la primera a la segunda sesión, que dicho de paso es la última sesión, los cambios habían sido tan importantes.

No obstante, no podemos dejar pasar de largo las implicaciones éticas que puede llegar a tener esta resignificación. Primero, todo diálogo debe estar orientado a reconocer la contribución que cada interlocutor hace a la comprensión general del tema; en la práctica clínica, además, hemos de ser cuidados de escuchar cuando la agencia del consultante es depositada totalmente en la intervención terapéutica, incluso por el mismo consultante, como es el caso del presente análisis. Esto, en parte, porque invisibiliza los discursos-conocimientos que las personas tienen, llegando a caer en un proceso de apropiación y de regulación social; y por otra, porque puede contribuir a sentir que la terapia es el único espacio donde la persona puede encontrar soluciones. Hemos de recordar que el diálogo terapéutico si bien posee estructuras específicas que permiten la resignificación de las experiencias problemática, no significa en absoluto que sea el único tipo de diálogo que lo puede permitir.

**Figura 29**  
Fragmento 16. Caso Penélope. Segunda sesión



Espacio visual

LISTADO DE TRES ELEMENTOS

ESTRUCTURA DE CONTRASTE

Espacio sonoro

MANIPULACIÓN ONTOLÓGICA

44 G: como estos pensamientos en qué actos se tradujeron para cambiar tu situación?

45 pues empezando con la relación con mi mamá va:: mi mamá llegaba y creo que yo fue mi iniciativa el (.) fue el como que empezar a

46 hacer la plática ya este (.) se queda ya mi mamá el tiempo conmigo platicando que llega de trabajar me platica su día como le fue yo le

47 platico el mio em: incluso con mi hermano (.) mi hermano como les comentaba no me platicaba nada y (.) ha habido cambios ya me

48 platica de su escuela de cómo le va incluso en la mañana veníamos platicando que tenía que entregar un proyecto de que iba a exponer

49 no se qué entonces digo creo que me estoy uniendo más a ellos otra vez (.) eh (.) como con el esposo de mi mamá todavía esa parte me

50 falta siento que él también tiene obviamente sus resistencias igual llega a la casa y se sube a: a dormir y ya nada más yo creo que

51 también pues. influye el hecho de que llega casi a las 11 ya llegan cansados y pues yo también ya estaba ya de nada más los espero a que

52 lleguen un rato estoy con ellos y ya también me duermo (inaudible) entonces este: creo que con el todavía no he tratado de: (.) de:

53 recuperar esa relación que tenía pero pues sí lo quiero intentar (.) la verdad estaba (.) le comentaba a mi novio que quería yo hablar con

54 él (.) este (.) y pues yo siento que él- la distancia que yo tomé no se yo me siento como que (.) hacerle una grosería a él entonces de mi

55 parte pedirle una disculpa por haber (.) distanciado tanto de él (.) por algo que la verdad no fue mi problema no? entonces eso es lo que

56 quiero hacer ((risas))

### ***Algunas consideraciones estéticas***

Al igual que en el caso anterior es importante señalar algunas consideraciones estéticas que nos permitirán entender mucho mejor la manera en que ha actuado el proceso de resignificación en un acto comunicativo dialógico.

En primera instancia, a diferencia del caso anterior, el contexto a pesar de pertenecer a una matriz psicológica y específicamente, psicoterapéutica, al no pertenecer a una institución de salud gubernamental el uso de batas no es necesario y llama esto la atención puesto que en el análisis no existen diálogos que estén orientados a acreditar a los terapeutas como expertos, salvo quizá, en la manera en que la resignificación la consultante atribuye su cambio a la intervención.

A pesar de ello, la conjunción de lo esópico, lo somático y lo cinético construyen una identidad psicoterapéutica. En cuanto al primero, lo notamos en el uso de una

vestimenta que si bien no es informal tampoco lo es extremadamente formal, el uso de camisas, zapatos o botas comunican un evento importante pero casual y ello puede estar conectado a la manera en que el diálogo somático y cinético se desarrolló puesto que a pesar de no ocupar posiciones solemnes, las pocas intervenciones y los cuerpos rígidos nos hablan de un intercambio comunicativo que toma el tema como algo serio y digno de hablarse y entenderse sin llegar a la confianza que se tendría en un intercambio con amigos. La distancia de los cuerpos por otro lado es continua y pocas veces se modifica salvo en los momentos en que la somática de la consultante y de T2 es utilizada para enfatizar algunos aspectos de las descripciones; es posible afirmar que la cinética en general es estática salvo en aquellos casos mencionados en los que se torna más bien dinámica y en porciones del cuerpo específicas.

Finalmente quiero hacer notar al lector cómo la resignificación también afecta a la manera de ser y estar en un intercambio comunicativo. Si observamos la imagen de la izquierda de la figura 30, notamos en general estaticidad y posiciones expectantes, corresponde a la primera sesión cuando la consultante tematiza sobre su experiencia problemática y sus consecuencias. En contraste, la imagen de la derecha, pertenece a la segunda sesión después de los cambios y obsérvese como la posición de la consultante está mucho más relajada, los brazos apoyados en el respaldo del asiento y una postura más suelta, en términos escópicos la vestimenta de la segunda sesión es más llamativa, transmite una sensación de juventud y alegría (**fluxión escópica abierta**) en contraste con la vestimenta de la primer sesión que, si bien no hay diferencias de desaliño, transmite más una sensación de formalidad y seriedad (**fluxión escópica cerrada**).

**Figura 30**  
Fotogramas aleatorios. Caso Penélope. Comparación estética primera y segunda sesión.



De manera muy general, puesto que se retomará en el siguiente capítulo, algunos de los resultados que arroja el análisis de ambos casos es que, una parte importante del proceso dialógico orientado a la resignificación es el énfasis en las consideraciones estéticas. Esto es que el diálogo, no simplemente está dado por el lenguaje, sino que la puesta en marcha de otros modos semióticos como el cuerpo o el espacio, contribuyen al sentido global de la interacción. Además, note el lector que, en ambos casos, la resignificación va acompañada de cambios de posturas y discursos y a ellos es a los que el terapeuta ha de prestar atención, sobre todo cuando no se hace explícito que el proceso terapéutico ha sido exitoso.

## Capítulo 6. Conclusiones y discusión

He decidido dejar abiertos los casos en el análisis antes expuesto para poder redondear lo encontrado en este apartado. Para ello presentaré las conclusiones en dos grandes rubros: 1) del uso de las estrategias retórico-estéticas en la conversación terapéutica para la resignificación y 2) de la propuesta ciber-semiótica aplicada a al registro psicoterapéutico.

En cuanto al primero, es necesario considerar que las estrategias retórico-estéticas están ancladas a la forma en que culturalmente hemos aprendido a comunicarnos y no pertenecen exclusivamente a uno u otro registro, lo que tiene por consecuencia que su ejecución esté ligada a la forma en que hemos aprendido a relacionarnos y en la cual entra nuestra propia historia, prejuicios y discursos-conocimientos.

En ambos casos podemos notar puntos de encuentro, y esto es que la conversación no sólo está dado por el uso del sistema semiótico lingüístico, sino que es acompañado por una relación estrecha entre lo somático, lo acústico y lo escópico; esto es que los sintagmas lingüísticos necesitan el uso del cuerpo para dotar de significado ciertas descripciones, como en el caso de los momentos en los que se habla de las consecuencias de las experiencias problemáticas en las cuales los movimientos de manos dinamizan la descripción sea enfatizando palabras clave, presentando y representando una idea o un concepto o bien, proporcionando información que retroalimenta la conducta comunicativa. Esto lo podemos observar en la manera en que, en el primer caso, la enfática y cinética somática, marcada y dinámica respectivamente, se vuelve un recurso utilizado tanto por la consultante como por los terapeutas, mientras que, en el segundo caso, estas mismas estrategias son más bien

estáticas y no marcadas salvo en ciertas ocasiones en las que las manos son utilizadas exclusivamente para enfatizar porciones de descripción.

El hecho de que este acomodo recursivo exista nos hace pensar que se trata más bien de un acoplamiento de la interacción y no de una especie de calcado o copia de la conducta comunicativa. Verlo desde este último punto nos llevaría a cuestionarnos ¿quién calca a quién? Gatillando una serie de cuestionamiento improductivos para el registro psicoterapéutico como puede ser ¿el consultante calca la conducta comunicativa del terapeuta o al revés? De ser lo segundo, ¿qué tanto el terapeuta puede influir en el proceso de resignificación? A su vez, nos orientaría a preguntarnos por el concepto de jerarquía desde un punto de vista de dominación-dominado desvirtuando las contribuciones que los interlocutores tienen en el acto comunicativo.

El acoplamiento o alineación, parece ser condición necesaria de una conversación terapéutica que permita la resignificación y esto es logrado a través de lo que en Terapia Familiar sistémica o Cibernética -como le he llamado aquí- es nombrado como “hablar el lenguaje del paciente”; las aportaciones dialógicas están encaminadas a agarrar la experiencia del paciente y explorar más allá de sus límites evidentes y para ello, en ambos casos es utilizada la manipulación ontológica que se vale de la retórica ofensiva o defensiva, de acuerdo con cada caso, para mostrar las diferentes opciones interpretativas que un mismo fenómeno tiene.

En el caso de Tamara, esto es posible verlo cuando uno de los terapeutas devuelve una noción distinta de inconsciente, no desacreditándolo ni mostrándolo como algo malo, sino como algo real por sus efectos con el que se puede relacionar de distinta forma, si antes buscaba entender directamente lo que había ahí, llevando a la consultante a un camino sin salida, el terapeuta lo coloca como un inconsciente que le dice lo que hay que hacer cuando ella no está prestando atención, y esa también es una forma válida de saber lo que quiere decir. En el caso de Penélope, el terapeuta que toma

la frase de “yo se que no puedo hacer cambiar a la gente”, manipula ontológicamente la relevancia de esa idea puesto que en el discurso de la consultante parecía ser una idea periférica al problema, así, colocarlo en el centro de la experiencia permitió que la consultante pudiera apreciar desde un ángulo distinto su problemática.

No obstante; estas estrategias de manipulación y de retórica están ancladas con lo que en ciber-semiótica llamamos puntuación y distinción y que tienden a construir mundo. Hablar de construcción desde esta perspectiva debe ser entendido no como un acto físico similar a la construcción de un edificio, si no que construcción puede ser utilizado como sinónimo de semiotización o significación. Así, la significación-resignificación está sujeta a que la manipulación ontológica sea válida y entendible en el marco del consultante.

Otra estrategia que permitió la resignificación fue la normalización. Hemos de tener cuidado con esta estrategia pues normalizar no significa en absoluto que pueda ser aplicado a todos los casos de terapia ni que sea algo aceptable, más bien se trata de presentar el problema como una consecuencia lógica de la experiencia de los consultantes, sea por el esfuerzo y dedicación (Tamara) o por la carrera que estudia y crianza (Penélope). Esta estrategia, además, si bien se reconoce en partes determinadas del diálogo, es el producto de una interacción sobre el tiempo, así que la normalización la encontramos hacia la segunda mitad de las conversaciones o bien, hasta el final, cuando los terapeutas han conocido la historia, preguntado, puesto de relevancia otros ángulos de un mismo fenómeno y con base en esa información pueden generarla.

Otras estrategias recurrentes, en el caso de las consultantes, es el uso de maximizaciones, estructuras de contraste y vacunas tanto en el modo de describir el problema como la solución. Esto no tiene nada que ver con conceptos de mentira o realidad, sino que, en la construcción discursiva, las maximizaciones permiten enfatizar lo que es problemático, presentándolo como algo considerable y justificando la

recurrencia al psicólogo. Las estructuras de contraste a su vez, relacionan las consecuencias del problema con descripciones que colocan sus identidades como receptoras pasivas del problema; es decir, factualizan la no agencia y para ello son utilizadas las vacunas que evitan la ironización de sus experiencias a la vez que generan una porción de identidad que me funciona llamarla: de estancamiento, o bien, que no haya alternativas a sus problemas.

En términos estéticos, al menos en el caso de Tamara, la proxémica somática determinada por el espacio pudiera jugar un papel importante en el desarrollo de una proxémica léxica si consideramos la diferencia de edades, y la jerarquía implícita en las instituciones de salud, donde los especialistas están en lo correcto y los consultantes o pacientes sólo reciben esa información. Esa proximidad permitió generar una implicación comunicativa y acercarse mutuamente entre los interlocutores; a diferencia del caso de Penélope donde a pesar de tener aproximadamente la misma edad y no pertenecer a una institución de salud, se aprecian proxémicas largas, cinéticas estáticas y fluxiones cerradas; es decir, un contexto de formalidad y distanciamiento. Cosa curiosa si consideramos que lo esperado sería al revés.

Finalmente, las estrategias estéticas están supeditadas a matrices culturales que conforman la sociedad y que inciden en los registros. De ellas encontramos la matriz familiar, la de salud, psicoterapéutica y de respeto a los mayores. Aunado a eso, dependiendo de las ideas adscritas a cada matriz es como podemos identificar el uso del cuerpo, el espacio, la mirada y el lenguaje en el diálogo; así, en el caso de Tamara, la idea de respeto a los mayores desafiado con la cordialidad y la proxémica corta, permite una interacción más dinámica, cuestionar -por medio de vacunas, retóricas y manipulaciones ontológicas- las ideas sobre el problema de una consultante de mayor edad y hacer bromas que en otros contexto más serios podrían considerarse impertinentes. En el caso de Penélope, parece ser que la matriz familiar unida a la

significación de un episodio de violencia y a la matriz psicoterapéutica del cambio y profesionalidad generaron una interacción más formal y distanciada. Con ello, señalo que ni una ni otra es mejor, simplemente cómo cada idea asociada a las matrices culturales determina de cierta forma, el uso y ejecución de las estrategias retórica-estéticas.

Ahora bien, en lo tocante a la ciber-semiótica aplicada al registro psicoterapéutico, ya he mencionado la relación entre construir-significar, ahora será necesario puntualizar cómo esta construcción-significación es posible. La primera conclusión es que se hace evidente que toda idea necesita de una comunidad para existir. En los fragmentos lo observamos en la manera en que los cambios para tener relevancia deben ser valorados por otras personas pertenecientes al contexto de los consultantes, como los hijos, la madre o los hermanos. El que ellos noten estos cambios, a veces no de manera explícita sino más bien en la transformación de su relación hace que los efectos de las ideas que permiten la resignificación pueden cumplir ese objetivo, lo que lleva a la segunda conclusión: es necesario hablar de las acciones y las diferencias que esas acciones permiten en los contextos de los consultantes.

Así pues, seré puntual, la resignificación necesita de explorar la comunidad que avale una idea, y los efectos que produce.

Aunado a ello, ya he hablado de “hablar el lenguaje del paciente”, esto confirma que la información que cada interlocutor mete a un sistema de conversación compuesto por diversos sistemas semióticos, debe acercarse o ser entendible por los involucrados; la información adquiere relevancia y es vista como potencial generador de posibilidades cuando se presenta desde otros fundamentos -siguiendo la jerga semiótica-, que también son relevantes.

La resignificación no es un proceso acabado, sino en constante transformación, y debemos tener cuidado al presentar este proceso como un absoluto. Esto quiere decir

que, aunque la conversación fue exitosa en términos psicoterapéuticos y plantea un inicio y un final del proceso, en términos dialógicos siempre estará sujeto a nuevas resignificaciones; la conversación permite ampliar las posibilidades, pero no debemos dejarnos engañar que el terapeuta es quien lo logra, se trata, en lugar de ello, de un trabajo comunitario y colaborativo.

Algunas limitantes del análisis expuesto es que, al tratarse de un acercamiento novedoso en el campo de la psicoterapia ha de considerarse lo siguiente: 1) una revisión teórica más amplia que permita clarificar el alcance del entrecruce entre la semiótica peirciana y la cibernética, dejando en claro sus límites con otras semióticas y los aspectos irreconciliables; 2) una revisión y ampliación metodológica centrada en el análisis visual; en la presente tesis recuperar la estética de Mandoki solventó la parte visual, no obstante hay mucha información contenida en un registro audiovisual que pasa desapercibida y que será necesario considerar en futuras investigaciones; 3) la replicación del estudio de más registros psicoterapéuticos de Terapia Familiar Sistémica; hacerlo de esta manera permitiría encontrar regularidades entre los terapeutas y la forma en que los consultantes factualizan sus experiencias problemáticas en terapia; se propone una replicación con diversas condiciones y 4) su escasa inclusión en la formación de psicoterapeutas; si bien es una aproximación teórica-metodológica novedosa, el permitir cuestionar las estrategias de factualización en el diálogo, permitiría tener una visión más crítica de lo que sí sucede en terapia y lo que no; de cómo aprender a preguntar y qué aspectos son necesarios considerar en el diálogo psicoterapéutico, pero sobre todo, a cuestionar nuestros propios discursos-conocimientos que pudieran empobrecer o estigmatizar de formas sutiles en lugar de dar por sentado que hemos hecho un trabajo terapéutico.

## Referencias

- Alvarado, J.R. (2017). *Construcción discursiva del cambio en el contexto terapéutico. Un análisis desde la psicología discursiva*. (Tesis de maestría). Universidad Nacional Autónoma de México, Facultad de Estudios Superiores Iztacala, México.
- Andersen, T. (1995). El lenguaje no es inocente. *Psicoterapia y familia*, 8 (1), 3-7
- Andersen, T. (1996). El lenguaje es poderoso, y puede ser peligroso. *Psicoterapia y Familia*, 9 (1), 14-20
- Anderson, H. (1997). *Conversación, lenguaje y posibilidades. Un enfoque postmoderno de la terapia*. Amorrortu editores.
- Apel, K. O. (2008). *Semiótica filosófica*. Prometeo Libros.
- Aristóteles. (1973). *Retórica. En Obras*. Aguilar
- Aristóteles. (1983). *Ética Nicomaquea*. UNAM.
- Aristóteles. (2008). *Arte poética. Arte retórica*. Editorial Porrúa.
- Arnkil, T. E. & Seikkula, J. (2015). Developing dialogicity in relational practices: reflecting on experiences from open dialogues. *Australian and New Zeland journal of Family Therapy*, (36), pp. 142-154.
- Barthes, R. (1970). *Investigaciones retóricas I. La antigua retórica*. Ediciones Buenos Aires.
- Barthes, R. (1986). *Lo obvio y lo obtuso. Imágenes, gestos, voces* (C. Fernández Medrano trad.). Paidós
- Bateson, G. (1958). *Naven*. Stanford University Press.
- Bateson, G. (1979). *Mind and nature: A necessary unity*. E. P. Dutton

- Bateson, G. (1985). *Pasos hacia una ecología de la mente. Una aproximación revolucionaria a la autocomprensión del hombre*. Ediciones Lohlé-Lumen
- Bauman, Z. (2003). *Modernidad líquida*. Fondo de Cultura Económica.
- Bauman, Z. (2013). *La cultura en el mundo de la modernidad líquida*. Fondo de Cultura Económica.
- Beltrán, R., Mandujano, S. C., Sánchez, E. N. y Capistrán, I. A. (2016). *La construcción de la enfermedad mental en la televisión abierta en México. Retórica visual y textual*. Congreso Internacional de Investigación e Innovación 2016.
- Beltrán, L. y Mandujano, S. C. (2018). *Manual digital para el mejoramiento de la enseñanza de la Psicología Discursiva. Una guía para la investigación de habla, texto e imagen del discurso sobre lo psicológico*. Proyecto PAPIME PE305217. DGAPA-UNAM-FES Zaragoza.
- Bertrando, P. (2011). *El diálogo que conmueve y transforma: el terapeuta dialógico*. Pax.
- Beuchot, M. (2002). *Perfiles esenciales de la Hermenéutica*. UNAM.
- Beuchot, M. (2004). *La semiótica. Teorías del signo y el lenguaje en la historia*. FCE.
- Beuchot, M. (2019). *La filosofía del pragmatismo*. Orfila.
- Buchanan, R. (1992). Wicked problems in Design thinking. *Design Issues*, 8(2), pp. 5-21.
- Bertalanffy, L. V. (1976). *Teoría general de los sistemas. Fundamentos, desarrollo y aplicaciones*. Fondo de Cultura Económica.
- Billig, M. (1992). Memoria colectiva, ideología y la familia real británica. En Middleton, David y Derek Edwards (1992). *Memoria compartida. La naturaleza social del recuerdo y el olvido*. Paidós.

- Boscolo, L. y Bertrando, P. (1993). *Los tiempos del tiempo: una nueva perspectiva para la consulta y la terapia sistémicas*. Paidós Ibérica.
- Campos, H. (2014). Orígenes de la Psicología Discursiva y su desarrollo hacia una psicología cultural postmoderna. *CUHSO. Cultura-Hombre-Sociedad*, 24(2), 43-57.
- Camus, A. (2016). *La peste*. Mirlo.
- Capistrán-Caballero, I. A., Sánchez-Somera, E. N., Mandujano-Vázquez, S. C. y Beltrán-Ruíz, L. (2017). “Oigo voces”. Esquizofrenia, identidad discursiva y retórica en la televisión abierta mexicana. *Vertientes. Revista especializada en Ciencias de la Salud*. 224-225.
- Capra, F. (1996). *La trama de la vida*. Anagrama.
- Carey, M., Walther, S. y Russell, S. (2010). Lo ausente pero implícito. Un mapa para apoyar el interrogatorio terapéutico. *Procesos psicológicos y sociales*, 6, (1,2).
- Carroll, L. (2010). *Alicia en el país de las maravillas y a través del espejo*. Azteca
- Castañares, W. (1994). *De la interpretación a la lectura*. Iberoediciones.
- Cecchin, G. (1989, abril). Nueva visita a la hipotetización, la circularidad y la neutralidad. Una invitación a la curiosidad. *Sistemas familiares*, 5 (1), 9-16. <http://eqtasis.cl/wp-content/uploads/2018/04/Gianfranco-Cecchin-Nueva-visita-a-la-hipotetizacion-circularidad-y-Curiosidad.pdf>
- Chalmers, A. (1984). *¿Qué es esa cosa llamada ciencia? Una valoración de la naturaleza y el estatuto de la ciencia y sus métodos*. Siglo XXI editores.
- Cobley, P. (2004). *Semiótica para principantes*. Era Naciente SRL
- Denborough, D. (2018, octubre). *Una línea histórica de la práctica narrativa colectiva: una historia de ideas, proyectos sociales y colaboraciones (1ra. Parte)*.

<https://www.uv.mx/psicologia/files/2014/09/Una-linea-historica-de-la-practica-narrativa-colectiva.pdf>

Davis, B. y Harré, R. (2007). Posicionamiento: la producción discursiva de la identidad. *Athenea Digital*. <https://atheneadigital.net/article/viewFile/n12-davies-harre/445-pdf-es>

Deladalle, G. (1996). *Leer a Peirce hoy*. Gedisa

Díaz, I. F. (2012). La investigación en terapia familiar. *En-claves del pensamiento*, 6(11). [http://www.scielo.org.mx/scielo.php?script=sci\\_arttext&pid=S1870-879X2012000100010](http://www.scielo.org.mx/scielo.php?script=sci_arttext&pid=S1870-879X2012000100010)

Espinosa, M.; Zavaleta, J. y Mendoza, D. (2018). *Los mexicanos no van al psicólogo*. UNAM

Escandell, Ma. V. (2014). *Lengua, cognición y sociedad*. Ediciones Akal.

Halliday (2001). Entrevista con M. A. K. Halliday, Cardiff, julio de 1998. *D.E.L.T.A.*, 17(1), 131-153.

Eco, U. (1986). *La estructura ausente. Introducción a la semiótica*. Editorial Lumen

Eco, U. (2000). *Tratado de semiótica general*. Editorial Lumen

Elizondo, J. (2012). *Signo en acción. El origen común de la semiótica y el pragmatismo*. Paidós.

Fabbri, P. (2004). *El giro semiótico. Las concepciones del signo a lo largo de su historia*. Gedisa.

Fernández, P. (2019). Todos los psicólogos sociales: recapitulación de cuatro o cinco décadas. *Athenea Digital*, 19(1), 1-25.

Figuroa, R. (2013). *Introducción a las teorías de la comunicación*. Pearson.

- Fisch, R., Weakland, J. H. y Segal, L. (1984). *La táctica del cambio. Como abreviar la terapia*. Herder Editorial.
- Fuentes, E. G. (2020). *El diseño gráfico: un diálogo constante*. (Tesis de doctorado). Universidad Autónoma Metropolitana, Unidad Xochimilco.
- Fuentes, E. (2018). *El ver como de Wittgenstein y el reconocimiento de la imagen gráfica*. (Tesis de maestría). Universidad Nacional Autónoma Mexicana, Facultad de Filosofía y letras, México.
- Gadamer, H. G. (1993). *Verdad y método I. Fundamentos de una hermenéutica filosófica*. Sígueme.
- Gadamer, H. G. (2001). *El giro hermenéutico*. Cátedra
- Garaigordobil, M. (2013). *Evaluación psicológica. Bases teórico-metodológicas, situación actual y directrices de futuro*. Amaru Ediciones.
- Garay, A., Iñiguez, L. y Martínez, L. Ma. (2005). La perspectiva discursiva en psicología social. *Subjetividad y Procesos Cognitivos*, (7), 105-130.
- Gergen, K. J. (1991). *El yo saturado*. Paidós.
- Gergen, K. J. (1994). *Realidades y relaciones: aproximaciones a la construcción social*. Paidós.
- Gergen, K. (2005). *Construir la realidad*. Paidós
- Gergen, K. y Gergen, M. (2011). *Reflexiones sobre la construcción social*. Paidós
- Goffman, E. (1972). *Internados: Ensayos sobre la situación social de los enfermos mentales*. Amorrortu Editores

- Goldner, V. (1988). Generation and gender: normative and covert hierarchies. *Family Process*, 27, 17-31.
- González O., C. (1997). *Filosofía y semiótica. Algunos puntos de contacto*. UNAM.
- Greenwood, J. (2011). *Historia de la psicología. Un enfoque conceptual*. McGrawHill
- Grondin, J. (1994). *Introducción a Gadamer*. Trotta.
- Grondin, J. (2008). *¿Qué es la hermenéutica?* Herder.
- Guba, E. y Lincoln, Y. (2002). Paradigmas en competencia en la investigación cualitativa. En Denman, C. y J. A. Haro (comps.). *Por los rincones. Antología de métodos cualitativos en la investigación social*. El colegio de sonora.
- Halliday, M. A. K. (1982). *El lenguaje como semiótica social. La interpretación social del lenguaje y del significado*. Fondo de Cultura Económica.
- Hardy, K. (2001). *African American experience and the healing of relationships*. Dulwich Centre Publications. <https://dulwichcentre.com.au/articles-about-narrative-therapy/african-american-experience/>
- Hepburn, A. & Jonathan P. (2003). Discourse analytic practice, 180-196. In C. Seale, D. Silverman, J. Gubrium & G. Gobo (2003). *Qualitative research practice*. Uncorrected proofs
- Hare-Mustin, R. T. (1987). The problema of gender in family therapy theory. *Family Process*, 26, 15-27.
- Hoffman, L. (1981). *Foundations of family therapy: A conceptual framework for systems change*. Basic Books.

Instituto Nacional de Estadística y Geografía. (2017). *Encuesta Nacional del Hogar, Principales Resultados* 2017.

[https://www.inegi.org.mx/contenidos/programas/enh/2017/doc/enh2017\\_resultados.pdf](https://www.inegi.org.mx/contenidos/programas/enh/2017/doc/enh2017_resultados.pdf)

Howe, R. y Von Foerster, H. (1974). Cybernetics at Illinois. *Forum*, 6, 15-17.

Keeney, B. (1991). *Estética del cambio*. Paidós

Kress, G. y Van Leeuwen, T. (2001). *Discurso multimodal, los modos y los medios de comunicación contemporánea* (Laura Molina, trad.) Reino Unido, Londres: Arnold.

[https://brochagorda.files.wordpress.com/2008/07/kress\\_van\\_leeuwen\\_discurso\\_multimodal-espc3b1.pdf](https://brochagorda.files.wordpress.com/2008/07/kress_van_leeuwen_discurso_multimodal-espc3b1.pdf)

Laborda, X. (2017). La vieja “nueva comunicación” de Bateson y Watzlawick. Enseñanzas de una corriente interdisciplinar y aplicada. *Tonos digital: Revista de estudios filológicos*, (33), 1-20.

Lizarazo, D. (2004). *La fruición filmica. Estética y semiótica de la interpretación cinematográfica*. UAM-X.

Lileinfeld, R. (2004). *Teoría de los sistemas: orígenes y aplicaciones en ciencias sociales*. Trillas

López, A. (1995). Retórica antigua y retórica moderna. *Humanitas*, vol. XLVII, 871-907.

López R. J. M. (2004). “Peirce, Morris y el diseño gráfico. Un intento de análisis semiótico sobre dos carteles”. *Un año de diseñarte*, 43-55. UAM-A.

Lyotrad, J. F. (1987). *La condición postmoderna. Informe sobre el saber*. (Mariano Antolín Rato, trad.). Editorial R. E. I.

Mandoki, K. (2006a). *Estética cotidiana y juegos de la cultura. Prosaica I*. Siglo XXI

- Mandoki, K. (2006b). *Prácticas estéticas e identidades sociales. Prosaica II. Siglo XXI*
- Mandujano, S. C. (2018). *La factualización de la “enfermedad mental” en México. Construcción de guías de análisis discursivo multimodal. Congreso Internacional de Investigación e Innovación 2018.*
- Marafioti, R. (2004). *Charles S. Peirce: El éxtasis de los signos. Biblos.*
- Matterlart, A. & Matterlart, M. (1997). *Historia de las teorías de la comunicación. España: Paidós.*
- Maturana, R. H. y Varela, F. (2009). *El árbol del conocimiento: las bases biológicas del entendimiento humano. Editorial Universitaria S. A.*
- Metz, Ch. (1972). *Ensayos sobre la significación en el cine. Tiempo Contemporáneo.*
- Minuchin, S., Nichols, M. P. y Lee, W. Y. (2011). *Evaluación de familias y parejas. Del síntoma al sistema. Paidós Terapia Familiar*
- Mukarovsky, J. (1977). *Escritos de estética y semiótica del arte. Gustavo Gili.*
- Nardone, G. y Watzlawick, P. (1992). *El arte del cambio. Herder Editorial*
- Ochoa, I. (2004). *Enfoques en terapia familiar sistémica. Herder.*
- Oficina de Información Científica y Tecnológica para el Congreso de la Unión. (2018). *Salud Mental en México, 007.*  
[https://www.foroconsultivo.org.mx/INCyTU/documentos/Completa/INCYTU\\_18-007.pdf](https://www.foroconsultivo.org.mx/INCyTU/documentos/Completa/INCYTU_18-007.pdf)
- Palleiro, M. I. (2008). *Formas del discurso. De la teoría de los signos a las prácticas comunicativas. Miño y Dávila Editorial.*

- Peirce, C. S. (1868). Questions concerning certain faculties claimed for man. *Journal of Speculative Philosophy*, (2), 103-114. <http://www.peirce.org/writings/p26.html>
- Peirce, C. S. (1974). *La ciencia de la semiótica*. Nueva Visión.
- Peirce, C.S. (1987). *Obra lógico-semiótica*. (Ramón Alcalde y Mauricio Prelooker, trads.). Taurus.
- Penn, P. (1982). Interrogatorio circular. *Family Process*, 21 (3), pp. 267-280.
- Perelman, Ch. y Olbrechts-Tyteca, L. (1994). *Tratado de la argumentación. La nueva retórica*. Editorial Gredos.
- Potter. J. (1998). *La representación social de la realidad. Discurso, retórica y construcción social*. Paidós Ibérica
- Potter, J. (2008). Hacer que la psicología sea relevante. *Discurso y Sociedad*, 2(1), 186-200.
- Real Academia Española. (2019). *Diccionario de la lengua española*, 23.<sup>a</sup> ed., [versión 23.3 en línea]. Recuperado de <https://dle.rae.es>.
- Ricoeur, P. (1995). *Teoría de la interpretación. Discurso y excedente de sentido*. Siglo XXI
- Ricoeur, P. (2008). *Hermenéutica y acción. De la hermenéutica del texto a la hermenéutica de la acción*. Prometeo Libros.
- Rodríguez, T. (1995). Poder y saber. La micropolítica foucaultiana y la práctica escolar. *Teoría de la educación: revista interuniversitaria*, 7, 163-181. [https://gredos.usal.es/bitstream/handle/10366/71763/Poder\\_y\\_saber\\_\(La\\_micropolitica\\_foucault.pdf;jsessionid=50B2DF112CA5BBCEB032B6CF19680016?sequence=1](https://gredos.usal.es/bitstream/handle/10366/71763/Poder_y_saber_(La_micropolitica_foucault.pdf;jsessionid=50B2DF112CA5BBCEB032B6CF19680016?sequence=1)
- Saussure, F. (1986). *Curso de Lingüística general*. Editorial Losada, S. A.
- Sfez, L. (2007). *La comunicación*. Amorrortu.

- Shepherd, D. (1993). Bajtín y el lector. *Estudios de comunicación y política*, (3). UNAM
- Siles, I. (2007). Cibernética y sociedad de la información: el retorno de un sueño eterno. *Signo y pensamiento*, XXVI(50), 84-99. Pontificia Universidad Javeriana.
- Sluzki, C. (1987). Cibernética y terapia familiar: un mapa mínimo. *Sistemas Familiares* (3) 65-70.
- Tapia, A. (2004). *El diseño gráfico en el espacio social*. Designio.
- Tomm, K. (1988). Interventive Interviewing: Part III. Intending to ask circular, strategic or reflexive questions? *Family Process*, 27(1), 1-15
- Turberville, A. S. (2006). *La inquisición española*. Fondo de Cultura Económica.
- Van Dijk, T. (2006). Discurso y manipulación. Discusión teórica y algunas implicaciones. *Revista Signos*, 39(60), 49-74.  
[https://scielo.conicyt.cl/scielo.php?script=sci\\_arttext&pid=S0718-09342006000100003](https://scielo.conicyt.cl/scielo.php?script=sci_arttext&pid=S0718-09342006000100003)
- Vidales, C. (2013). *Comunicación, semiosis y sentido*. Comunicación social ediciones y publicaciones
- Warley, J. (2011). *¿Qué es la semiología? Didáctica de los signos y los discursos sociales*. Biblos.
- Watzlawick, P., Beavin, J. y Jackson, D. (1991). *Teoría de la comunicación humana*. Editorial Herder.
- White, M. y Epston, D. (1993). *Medios narrativos para fines terapéuticos*. Paidós.
- White, M. (2005). *Workshop Notes*. Dulwich Centre Publications.  
<https://dulwichcentre.com.au/michael-white-workshop-notes.pdf>

- Wiener, N. (1958). *Cibernética y sociedad*. Editorial Sudamericana
- Williamson, R. (2007). El diseño de un corpus multimodal. *Estudios de lingüística aplicada*, (46), 1-25. <https://ela.enallt.unam.mx/index.php/ela/article/view/583/635>
- Winkin, Y. (1990). *La nueva comunicación*. Kairós
- Wittgenstein, L. (1921). *Tractatus lógico-philosophicus*. Alianza.
- Wittgenstein, L. (1945). *Investigaciones filosóficas*. Crítica.
- Zambrano, H. M. (2019, julio). Las artes y el diseño, entre la praxis y la techné. *Revista de investigaciones artísticas*, (7), 177-183.
- Zavala, L. (2014). *Semiótica preliminar. Ensayos y conjeturas*. Fondo Editorial Estado de México.

## Apéndice A. Tabla de aspectos logonómicos

### Análisis de textos multimodales. Guía de trabajo para aspectos Logonómicos

**Pregunta de Investigación** (Anota tu pregunta de investigación):

Aspectos	Preguntas útiles para el análisis
Fuente	<i>¿De dónde se obtuvo el material? ¿Cómo se obtuvo? De ser el caso, anotar hipervínculo.</i>
Red de distribución ➤ (Cadena televisiva, redes sociales, entre otros)	<i>¿A través de que medio (televisivo, internet, etc.) se distribuye el material? Especificar (cadena televisiva, red social, plataforma internet, aplicación Apps, entre otros) ¿A quién o quiénes pertenece dicha red de distribución (cadena televisiva, red social, etc.)? Descripción biográfica (relevante) de la red de distribución ¿Existen alianzas de dicha red con otra industria?</i>
Producción • Se aplica aquellos materiales que fueron diseñados y editados por alguien (a título personal o por alguna empresa o institución)	<i>¿Quién produce el material? Descripción biográfica (relevante) de quien hace la producción. Género y formato al que pertenece (informativo, formativo, de entretenimiento, persuasivo, etc.)</i>
Emisión o Distribución	<i>Nombre del material: Canal en el que se transmite: País o estado en el que se transmite: Horario de transmisión: Días a la semana de transmisión: ¿El material dispuesto al análisis es parte de una sección predeterminada de un programa o no?</i>
Experto	<i>¿Quién es el presentador? Descripción biográfica (relevante) del presentador. ¿Cuenta con algún certificado que lo avale como experto en lo que está presentando? ¿Qué institución es la que lo certifica?</i>
Contexto socio-cultural	<i>Fecha o período de emisión. ¿Qué estaba pasando de manera local en ese momento? (de relevancia) ¿Qué estaba pasando de manera nacional en ese momento? (de relevancia) ¿Qué estaba pasando de manera internacional en ese momento? (de relevancia)</i>
Información adicional	

## Apéndice B. Tablas de análisis de palabra hablada.

### Análisis de textos multimodales. Guía de trabajo para aspectos de la Palabra hablada.

Pregunta de Investigación (Anota tu pregunta de investigación):

ORIENTACIÓN EPISTEMOLÓGICA DEL RELATO FACTUAL	
Aspecto/categoría analítica	Análisis
Tematizar. <ul style="list-style-type: none"> <li>➤ El investigador debe ubicar el tema en las “preocupaciones” de los hablantes</li> <li>➤ Si el tema sólo es preocupación del investigador debe justificar/ evidenciar cómo es que su tema forma parte del análisis.</li> </ul>	<i>¿De qué se trata este asunto?</i>
Busque las preocupaciones de los participantes. <ul style="list-style-type: none"> <li>➤ Nominalizaciones, categorías</li> <li>➤ Atribuciones</li> </ul> ¿Qué atribuciones le da a lo que factualiza?	<i>¿Cuáles son las cosas con las que trata, qué palabras/categorías/conceptos usa cada hablante para referirse a ellas? ¿Cómo las caracteriza o las describe? ¿Qué atributos les confiere?            ¿Cómo utiliza los <u>conceptos psicológicos</u>? ¿Cómo orienta las <u>preocupaciones psicológicas</u>?            ¿Qué relaciones establece entre los objetos/procesos que configura?</i>
Retórica <ul style="list-style-type: none"> <li>➤ Ofensiva</li> <li>➤ Defensiva</li> </ul>	<i>¿Cuál es la retórica ofensiva y defensiva? ¿Qué versiones/descripciones se realizan para potenciar la retórica ofensiva y socavar la defensiva? ¿Qué descripciones/versiones alternativas están en juego con/entre sus palabras?</i>
Posicionamiento del hablante <ul style="list-style-type: none"> <li>➤ Próximo</li> <li>➤ Distante</li> </ul>	<i>¿Cuál es la relación entre la identidad del hablante/escritor y la factualidad de la versión que produce?            ¿Asume la responsabilidad de lo que dice? ¿Cómo el hablante asiste reflexivamente a sus propias cuestiones sujeto-objeto/sujeto-mundo/sujeto-sujeto?</i>
Recursos centrados en la identidad del hablante (construcciones del agente)	
Intereses y conveniencias <ul style="list-style-type: none"> <li>➤ Vacuna contra conveniencias</li> <li>➤ Confesión de conveniencias</li> <li>➤ Sutileza</li> </ul>	<i>¿Cómo “x” dijo algo? ¿”x” dijo algo de alguna forma que sirva a sus posibles motivos? ¿Cómo el hablante socava descripciones invocando intereses y cómo diseña descripciones que contribuyen a esta socavación?            ¿Posee algún interés que desacredite su informe? ¿Confiesa su interés? ¿Qué está negando, refutando, previniendo, etc., al hablar de esta manera?</i>
Acreditación de categorías <ul style="list-style-type: none"> <li>➤ Experto</li> <li>➤ Testigo</li> </ul>	<i>¿Existen personas acreditadas como expertos, testigos o testimonios?</i>

<ul style="list-style-type: none"> <li>➤ Testimonio</li> </ul>	<p><i>¿Quién es el hablante cuando dice eso? ¿Cómo justifica lo que sabe? ¿Cómo aborda la posibilidad de que no se le crea o de que es parcial o de que está implicado emocionalmente? ¿Posee la persona alguna acreditación que aumente su credibilidad?</i></p>
<p><b>Construcción de Exterioridades: Recursos orientados a destacar independencia entre hablante y descripción (prácticas que separan las descripciones del actor)</b></p>	
<p>Discurso empirista</p>	<p><i>¿Cuál es la relación que se construye entre los objetos/procesos/personas de los cuales se habla? ¿Se utiliza impersonalidad gramatical, supremacía de los datos o reglas procedimentales universales? ¿Cómo son utilizadas para separar las descripciones del hablante?</i></p>
<p>Consenso y corroboración</p> <ul style="list-style-type: none"> <li>➤ Expresión Activa</li> </ul>	<p><i>¿Cómo es utilizado el consenso o corroboración para dar fuerza a la descripción factualizante? ¿Se utiliza la expresión activa (palabra citada de otro hablante)? y de ser así ¿cómo o cuál es la finalidad de su uso?</i></p>
<p>Detalle y narración</p> <ul style="list-style-type: none"> <li>➤ Detalle y enfoque (cero, externo e interno)</li> <li>➤ Socavar detalle a favor de la vaguedad</li> <li>➤ Justificación narrativa</li> </ul>	<p><i>¿Cómo se está usando la secuencia narrativa? ¿Se está utilizando para aumentar la credibilidad de la descripción? ¿La descripción desde qué enfoque (punto de vista que presenta una narración) está siendo narrada?</i></p> <p><i>¿En los detalles existen contradicciones y confusiones que se presten a reelaborar un tipo de narración diferente? ¿Cuáles? ¿Las narraciones factuales tienen coherencia y correspondencia a lo largo de la descripción del hablante?</i></p>

Análisis de textos multimodales. Guía de trabajo para aspectos de la Palabra hablada.

**Pregunta de Investigación:**

(Anota tu pregunta de investigación)

ORIENTACIÓN HACIA LA ACCIÓN	
Aspecto/categoría analítica	Análisis
Qué acción(es) se está(n) realizando (informar, vender, convencer...)	<i>¿Qué acción o acciones (microactos) se están realizando al decir las cosas de ese modo? ¿Cuál es la acción resultante (acto mayor)? ¿se indica realizar alguna acción? ¿Cuál? ¿Para qué?</i>
Categorización <ul style="list-style-type: none"> <li>➤ Metáforas</li> <li>➤ Control de Agencia (Nominalizaciones, Promotores de intenciones)</li> <li>➤ Manipulación Ontológica</li> </ul>	<i>¿Qué objetos y relaciones se están construyendo? ¿Qué descripciones alternativas están en juego con/entre sus palabras?</i> <i>¿Qué acción se promueve con la forma en la que se le llama al suceso u objeto? ¿Quién convoca a quién a la acción? ¿Se utilizan términos que proceden de otro campo de conocimiento? ¿Cómo son utilizadas las metáforas? ¿Cómo es utilizado el control de agencia en la promoción de determinados tipo de explicaciones? ¿Existen nominalizaciones, promotores de intenciones? ¿Qué fenómenos determinados da importancia la descripción realizada y cuales ignora/rechaza que son potencialmente relevantes? ¿En la descripción que entidades se constituyen?</i>
Maximización y minimización <ul style="list-style-type: none"> <li>➤ Términos modales</li> <li>➤ Repetición palabra</li> <li>➤ Contraste estadístico</li> <li>➤ Exhibición visual</li> </ul>	<i>¿Cómo se construyen descripciones que maximizan o minimizan el suceso u objeto? ¿Qué papel juega esto para promover/desacreditar una acción? ¿Cómo se describe para que parezca espantoso, malo o condenable? O en su lado opuesto ¿Cómo se le puede restar importancia o hacer que parezca aceptable?</i>
Normalización y anormalización <ul style="list-style-type: none"> <li>➤ Estructura de contraste</li> <li>➤ Listado de tres elementos</li> <li>➤ Formulación de guiones y rupturas</li> </ul>	<i>¿La descripción realizada presenta el suceso u objeto como normal y natural? O ¿Cómo anormal, sospechoso o problemático? ¿Se utilizan estructuras de contraste para describir la normalidad (regularidad) o anormalidad? ¿Se enlistan tres elementos para construir sucesos o acciones como comunes/no comunes? ¿Cómo se constituye el carácter metódico o común de la acción? O ¿Cómo se construye la descripción de una acción para presentarla como una desviación?</i> <i>Observar habla anterior y posterior ¿de qué se trata? ¿En qué se hace hincapié? ¿Cuáles son las acciones relevantes en/entre turnos de los hablantes? ¿Cuál es la versión que se da del suceso? Guión preferido.</i>
Características de la toma de turnos de habla y de modos en la expresión (es útil observar el uso de Códigos Jeffersonianos)	<i>Sobre los turnos de habla: ¿Hay construcción de pares adyacentes? ¿hay traslapes? ¿asignación o autoasignación? ¿hay “robo” de turno? ¿qué modos de la expresión hablada son relevantes para el análisis? ¿se repite algo?</i>

## Apéndice C. Códigos Jeffersonianos

Código	Descripción
:	Indican la prolongación el sonido inmediatamente anterior, cuantos más puntos haya, mayor será la prolongación
(.)	Refiere una pausa audible, aunque las pausas pueden medirse, en este caso se decidió homologar todas las pausas a menos que hubiera una, significativa para el análisis.
Subrayado	Utilizado para marcar cuando un sonido, palabra o frase está siendo acentuado con la fuerza de la voz
-	El guion indica el descenso en la fuerza de la voz
[]	Los corchetes indican una yuxtaposición de los turnos de habla y son colocados justo debajo de la palabra yuxtapuesta
(( ))	Las aclaraciones que no pueden ser registradas son puesta entre dos pares de paréntesis
?	Un signo de interrogación no necesariamente significa una pregunta, sino una entonación en forma de pregunta
.	Un punto al terminar una frase no necesariamente significa el final de la descripción sino una entonación de oración completa
Escritura decorrido	Implica una secuencia lingüística demasiado rápida como para separar
+	Implica un aumento en la fuerza de la voz
Se-pa-ra-ción	Es utilizado para marcar la dicción de una palabra por cortes